

CÓSPIDE
EL PODER ~~CONCENTRADO~~ DE LA ~~CINEMA~~
Elites; ~~elites~~ ^{factores} dirigente y clase dominante

EL PODER

Carlos Real
de Azúa



ESCRITOS POLITICOS

EL PODER

Carlos Real
de Azúa

245

ESCRITOS POR

8900

EL PODER

Carlos Real
de Azúa



ESCRITOS POLITICOS

La publicación del presente volumen contó con el
auspicio de la Fundación FRIEDRICH NAUMANN

PROLOGO

El poder de la cúspide, elites, sectores dirigentes: clase dominante, primero de los escritos planeados y redactados por Carlos Real de Azúa en sus últimos años que alcanza a publicarse, refleja muy bien las innovaciones que la vasta obra inédita de la que el presente manuscrito es parte, estaba introduciendo en la problemática y -quizá aún más decisivamente- en el estilo mismo de pensamiento de su autor. Sin duda la innovación no era rasgo nuevo en una trayectoria intelectual guiada por una reflexión incansablemente crítica y autocrítica, pero no se equivocaría quien reconociese en las que marcan el ingreso en la última etapa de esa trayectoria una realidad incomparablemente mayor que la de las que se habían sucedido desde el comienzo mismo de aquella.

Esa radicalidad refleja la de una doble modificación: la de las circunstancias exteriores en que esa exploración intelectual había venido avanzando, y la de la visión que Real de Azúa tenía de su lugar en el mundo. La primera de esas modificaciones, que se insinuaba ya al entrar el crónico conflicto sociopolítico uruguayo en su etapa resolutive, vino a consumarse en el marco menos efímero de la dictadura de base militar cuya instauración ofreció catastrófico desenlace a esa crisis.

Ya la agudización de ésta había sido suficiente para transformar sutilmente los supuestos acerca de su relación con su público que subtendían la obra de Real de Azúa. Hasta entonces ésta había venido a reflejar en su marcha la de un pensamiento esencialmente reactivo, que encontraba en la confrontación polémica su principal estímulo de avance, y se ofrecía también él a través de esos escritos como un estímulo a las reacciones de adhesión o rechazo de un círculo lector cuyos supuestos y cuyo mundo de referencia no tenían secretos para el autor. Que -tal era por lo menos la esperanza de Real de Azúa- crearía como un eco colectivo de esa fertilización intelectual por la confrontación y el contraste de la que su propia obra en avance se nutría. Ahora la urgencia de la crisis daba una dimensión práctica e inmediata a la relación con ese círculo, que hacía más urgente la búsqueda de acuerdos y coincidencias que la de una confrontación polémica, por intelectualmente fecunda que ésta se presentase. El efecto de esta nueva situación se puede advertir quizá mejor que en ninguna otra parte en la contribución de Real de Azúa al volumen colectivo *El Uruguay hoy*: cualquier lector advertido descubre en ella una conciencia muy clara de los problemas mal escondidos tras de las tajantes actitudes políticas de la izquierda en la que el autor militaba, y una lucidez casi profética para anticipar qué consecuencias tendría la escasa disposición para despegarlos a tiempo, pero ni la una ni la otra van a desplegarse con el brio polémico del pasado, sino a involucrarse en reticencias llenas de tacto.

Pero si la agudización de la crisis creaba una relación más compleja y quizá más distante entre Real y el público al que se dirigía, el desenlace de ésta iba a transformar esa relación aún más radicalmente; sencillamente, ahora él no sabía cuál era su público; más aún, no sabía si tenía aún un público; poco amigo de ilusiones, estaba seguro de que

la mayor parte de lo que ahora escribiese no habría de publicarse durante su vida; estaba menos seguro de que alcanzaría una publicación póstuma. Los que a partir del presente van finalmente a alcanzarla están entonces escritos a la vez para todos y para nadie; no pueden ya ser la mediación escrita e impresa entre el diálogo polémico que se enzarza entre el autor y sus inspiradores y contrincantes y el que aquél va a mantener con su público.

Con todo, la destrucción por el régimen dictatorial del tejido mismo de la vida intelectual uruguaya no lo explica todo. En el contexto tan inhóspito que ella había venido a crear, algo sobrevivía de las actitudes que habían dominado en el pasado; de esta etapa proviene el más vasto y ambicioso de los escritos dominados por la voluntad polémica que nunca iba a escribir, un abrumadoramente exhaustivo examen de la historiografía en torno a los orígenes uruguayos. Sin duda, ese escrito debe su vastedad misma a la nueva coyuntura (si la hospitalidad de periódicos y revistas, comenzando por la admirable de *Marcha*, se extremaba frente a las producciones de Real de Azúa, no dejaba por ello de imponerles límites), y a ella debe también ese carácter como de soliloquio colérico que estaba ausente aún en las más duras de sus producciones polémicas del pasado, y que proviene sin duda de la soledad insoportablemente dura en que los nuevos tiempos lo estaban acorralando, y que se extremaba para temas como el tocado en ese manuscrito, sobre los cuales pesaban con especial rigor las limitaciones impuestas al debate de ideas por quienes podían imponerlas.

Por detrás del cambio radical en el contexto uruguayo, hay entonces otros estímulos aún más poderosos para el nuevo tono que la reflexión de Real de Azúa asume en *El poder de la cúspide*. Ellos provienen -se ha indicado al co-

mienzo- de la modificación sufrida por su visión de su lugar en el mundo. Esta estaba desde el comienzo dominada por la conciencia de una contradicción -insoluble en el plano más personal- entre las exigencias de un compromiso cristiano vivido con devastadora hondura y la que juzgaba su radical incapacidad de satisfacer las exigencias que de él derivaban. En torno a esa contradicción se organizaban otras no todas las cuales aparecían como corolarios de aquélla; si muy pronto aprendió a aceptar que le estaba vedado resolverlas en el plano personal, sólo en la última etapa de su vida se resolvió por fin a admitir que la esfera de la vida en sociedad, en sus múltiples dimensiones (culturales, ideológicas, políticas) no ofrecía tampoco el terreno de elección para esa armonización de exigencias opuestas que no se resignaba a tener por imposible.

Esa esperanza tan dura de morir contribuyó sin duda a definir la actitud con que se aproximaría a una esfera que iba a ofrecer el objeto privilegiado para sus exploraciones: el itinerario que éstas iban a seguir estaría dictado por preocupaciones enraizadas en la esfera más personal, que conservaban vigencia obsesiva. Una primera inflexión en esa actitud vino a darse ya cuando la crisis uruguaya lo indujo a asumir un compromiso político más preciso; si al acercarse a él esas viejas obsesiones pasaron a la vez a ejercer un imperio cada vez más despótico y a confundirse en la efímera y apasionada esperanza en el cambio inminente que agitó por entonces a tanta parte de la intelectualidad uruguaya, cuando ese compromiso fue finalmente asumido, la apertura de un nuevo campo que se prometía más adecuado para intentar la resolución de esos viejos dilemas apartó a su reflexión de las rutas que había recorrido hasta entonces obsesivamente; fue precisamente entonces cuando comenzó a buscar en la ciencia política el modelo para una consideración más mediada y distante de ese mundo político-social

que hasta entonces no se había resignado a separar del de sus más íntimas exigencias.

Pero no era sólo eso lo que buscaba en ella; la marcha de sus anteriores exploraciones, gobernada por sus exigencias interiores antes que por la fisonomía del objeto de estudio, se apoyaba en una fe informada pero inquebrantable en la presencia en ese objeto, constituido por la compleja experiencia de vida en sociedad, de una estructura muy firme y precisa, cuya solidez misma permitía tomar a esas exploraciones un rumbo aparentemente caprichoso. Esa fe informada, y aún quizá no del todo consciente de sí misma, era corolario de otra fe más abarcadora, que definía uno de los términos del dilema que había atormentado a Real de Azúa; el Dios cuyas imperiosas exigencias lo habían encerrado en él ofrecía también la caución para la exigencia de un mundo externo de firmes y precisos contornos. La pérdida de intensidad de esos dilemas parecía ir despojándolo de su eficacia también en este segundo aspecto; y precisamente porque ahora la confianza en la presencia de un orden riguroso en el objeto mismo aparecía menos segura, la libre exploración de ese objeto según un itinerario dictado por exigencias subjetivas debía ser reemplazada por un esfuerzo sistemático por develar ese orden (o acaso imponerlo mediante un ataque rigurosamente metódico). Y también esa exigencia de método y sistema lo iba a incitar a ponerse en la escuela de la ciencia política.

La lectura de *El poder de la cúspide* es suficiente para persuadir de que cuando abordó ese proyecto Real de Azúa había ya dejado atrás una primera etapa en su exploración de esa disciplina, en que se había aproximado a ella en su actitud de rendido y humilde discípulo; es revelador que el aporte de la ciencia política norteamericana, sea aquí resueltamente puesto en su lugar, necesariamente modesto, y el problema central aparezca en cambio definido desde una

perspectiva a la cual la generosa apertura problemática de la filosofía política y la multiplicidad de horizontes a la que abre acceso la historia salvan del abstracto empirismo y la pobreza problemática e ideológica que (como sin duda Real de Azúa advertía ya mejor que en sus primeros y deslumbradores contactos con la ciencia política norteamericana) son el precio exorbitante que tanta parte de ella paga complacida por el rigor metodológico del que se jacta.

En *El poder de la cúspide* Real de Azúa busca ese rigor por un camino algo diferente; imponiéndose un itinerario que se propone respetar las articulaciones que en el objeto mismo enlazan a los temas y problemas que se propone dilucidar, y no ya atender a estos según un orden de prioridades dictado por sus exigencias interiores. Ello da al escrito un tono didáctico ausente hasta ahora de los suyos de tema político, cuya adopción se vio estimulada sin duda por la ya mencionada mutación en el vínculo entre el autor y su público, pero se debe sobre todo a esa otra mutación aún más significativa en su modo de entender su cometido intelectual.

Esta última podía sin duda -como se ha sugerido ya- ser consecuencia de experiencias que por afincarse en las esferas más hondas de su personalidad eran radicalmente intransferibles, y consumarse en la súbita soledad creada por la instauración del autoritarismo represivo; aún así la trayectoria que alcanzaba en esa mutación su punto crítico no dejaba de ofrecer un paradigmático anticipo de las que tantos intelectuales latinoamericanos, que iban a sobrevivir mejor que Real de Azúa a la muerte de sus esperanzas, iban a recorrer desde entonces.

Antes que ellos, Real de Azúa intentó en *El poder de la cúspide* una desarticulación y rearticulación del mundo de temas y problemas antes organizado en torno a esas espe-

ranzas ahora cruelmente disipadas; buena parte de lo que ellas habían incitado a volcar en el comentario polémico o en el llamamiento militante a la acción reaparece aquí remansado en la menos encrespada onda de avance propia de una exploración teórica. Pero, mientras en la adopción de una perspectiva decididamente teórica él ha ido aún más lejos de lo que iba a ser habitual en tiempos más recientes, en otros aspectos iba por el contrario a mantener una fidelidad más plena a un modo de ver las cosas que el disiparse de las febriles ilusiones de una peculiarísima hora uruguaya y latinoamericana no había venido a su juicio a invalidar.

Y sin duda una y otra discrepancia con las tendencias hoy dominantes se vinculan estrechamente. Es sobre todo la preocupación por seguir incidiendo eficazmente en la marcha de un proceso sociopolítico totalmente redefinido tanto en sus supuestos últimos tanto como en sus mecanismos la que incita hoy a muchos a revisiones que van más lejos de lo que Real de Azúa estaba dispuesto a llegar con la suya. Frente a esa preocupación sin duda legítima, que está volviendo a inspirar interpretaciones del presente que son sobre todo, como lo habían sido ya durante esa febril etapa a la que en el Uruguay había puesto fin catastrófica la dictadura, incitaciones a incidir en ese presente, un escrito como el que aquí se presenta, para el cual su autor sólo esperaba encontrar quizá lectores en un futuro necesariamente imprevisible, y en el cual la realidad no podía entonces sino ser contemplada *sub specie aeternitatis*, y la pérdida de las ilusiones, y aún quizá de la fe, no se traduce en la renuncia a las exigencias que un implacable curso de hechos ha venido a denegar cruelmente, encierra una lección de incondicionada honradez intelectual que merece más que nunca ser atesorada.

Tulio Halperin Donghi.

ACLARACION

Sería necesario establecer un criterio para la lectura minuciosa que requiere la corrección de un manuscrito de esta naturaleza.

Los subrayados numerosos que distinguen los textos del propio sutor o destacan textos de otros autores, hacen discutible la diferenciación de los mismos, consignando además, que la máquina de escribir de Real de Azúa padecía de una indiferencia gestual (o de tipos) que nos impide tal discriminación.

Por tratarse de una publicación póstuma, creo debe respetarse escrupulosamente el manuscrito que ahora se encomienda al atento lector, sin arrogarse, como lector, anticipados, ningún código literal más allá del que el mismo ofrecía y conservaba.

Debo agradecer a la Sra. Gabriela Fripp su colaboración para la corrección de las pruebas de páginas necesarias para esta edición

Carlos Pellegrino

El Centro de Estudios para la Democracia Uruguay, CELADU agradece a Lisa Block Bhear, a Carlos Pellegrino y a Gabriel Denis Real de Azua, sus desinteresadas y oportunas gestiones sin las cuales la edición del presente volumen no hubiera sido posible.

ADVERTENCIA Y CLAVE

Bastante abundantes son, como es común que ello ocurra en trabajos de este tipo, las notas que han debido ponerse. Las más de ellas, como también es habitual, dan el origen, siempre lo más preciso posible, de los textos, pasajes, expresiones (y aun opiniones, sintetizadas por nosotros) de los diversos autores. Otras tienen su punto de partida en comentarios o digresiones que importan otra "distancia" u otra posición respecto a la óptica general del planteo o a la línea que sigue. Un tercer lote, trata de ayudar a percibir el íntimo entrelazamiento de todos los temas tratados y, por medio de un sistema de remisiones, busca evitar toda reiteración en un desarrollo cuya ya excesiva extensión las haría inaceptables. Es el más desacostumbrado, por lo menos con la intensidad con que aquí se representa.

También con el fin de abreviar los textos de las notas que se dan a fin de capítulo, se ha creído útil codificar numeralmente las obras a que más se ha recurrido:

I - T.B. Bottomore: "Elites and Society", London, C. A. Watts & Co., 1964 (hay traducción francesa)

II - Raymond Aron: "Cathégories dirigeantes ou classe dirigeante?", en "Revue Française de Science Politique", Paris Février 1965, A. XV, N° 1, págs. 7-27.

III - John Plamenatz: "La classe dirigeante", en rev. cit., págs. 28 - 39.

IV - Pierre Hassner: "A la recherche de la classe dirigeante: le débat dans l'histoire des doctrines", en rev. cit., págs. 40 - 59.

V - Jean Meynaud: "Les catégories dirigeantes italiennes", en "Revue Française de Science Politique", Paris, 1964, págs. 639 - 674.

VI - Raymond Aron: "Note sur la stratification du pouvoir, en"Revue Française de Science Politique", 1954, págs. 469 - 483.

VII - Leo Hamon: "La latitude d'action des catégories dirigeantes", en "Revue Française de Science Politique", 1964, págs. 429 -458.

VIII - C. Wright Mills: "La Elite del Poder", México, Fondo de Cultura Económica", 1957.

IX - David Riesman, Nathan Glazer & Reuel Denney: "The Lonely Crowd", New York, A. Doubleday Anchor Book, 1953 (hay traducción española).

X - Talcott Parsons: "The Distribution of Power in American Society", en "Structure and Power in Modern Societies". Illinois, The Free Press of Glencoe, 1960, págs. 199 -225.

XI - Paul M. Sweezy: "Elite y clase dominante", Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1964.

XII - Carl. J. Friedrich: "El hombre y el gobierno"; Madrid, Tecnos, 1968

XIII - Douglas V. Verney: "Análisis de los sistemas políticos", Madrid, Tecnos, 1961.

XIV - Maurice Duverger: "Introduction à la politique", Paris, Idées-Gallimard - N.R.F., 1964.

XV - Georges Burdeau: "Método de la Ciencia Política", Buenos Aires, De Palma, 1964.

XVI - W.G. Runciman: "Ensayos: sociología y política", México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

XVII - Karl Marx: "Contribution à la critique de la Philosophie du Droit de Hegel", "Oeuvres Philosophiques", T. I, Paris, 1927, traduc. J. Molitor.

XVIII - Karl Marx: "Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel", México, Grijalbo, 1968.

XIX - Karl Marx: "La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850" en C. y F. Engels: "Obras escogidas", Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, T. I, págs. 112 -245.

XX - Karl Marx: "El XVIII Brumario de Luis Bonaparte", Buenos Aires, Editorial Problemas, 1942.

XXI - Karl Marx: " La guerra civil en Francia", Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1954.

XXII - Karl Marx: "La cuestión judía", Buenos Aires, Editorial Coyoacan, S.A.

XXIII - Godelier - Marx - Engels: "El modo de producción asiático", Córdoba, Eudecor, 1966.

XXIV - Karl Marx: "Formaciones sociales precapitalistas", Buenos Aires, Editorial Platina, 1966.

XXV - Federico Engels: "Contra Duhring", Madrid, Librería Bergua, 1935

XXVI - Federico Engels: "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, 1953.

XXVII - Nicos Poulantzas: "Hegemonía y dominación en el Estado moderno", Córdoba, Pasado y Presente, 1969.

XXVIII - Franz Hinkelammert: "Las clases sociales en la sociedad capitalista y en la sociedad socialista", en "Cuadernos de la realidad nacional", nº 1, setiembre de 1969, Universidad Católica de Chile (Ceren), págs. 119 - 161.

XXIX - Gaetano Mosca: "Teórica dei governi e governo parlamentare", en "Ciò che la storia potrebbe insegnare", Milano, Giuffrè, 1958, págs. 15 - 328.

XXX - Gaetano Mosca: "The Ruling Class", New York, MacGraw Hill, 1959.

XXXI - Vilfredo Pareto: "Traité de Sociologie generale", Paris, Payot, 1917 - 1920.

XXXII - Vilfredo Pareto: "Les systemes socialistes", Paris, Marcel Giard, t.2

XXXIII - Robert Michels: "Los partidos políticos", Buenos Aires, Amorrortu, 1969, 2 t.

XXXIV - Robert Michels: "Introducción a la sociología política", Buenos Aires, Paidós, 1969 (título original: "Corso di sociología política")

XXXV - Jean Meynaud: "La Technocratie: mythe ou réalité?", Paris Payot, 1964 (hay traducción española en Tecnos, Madrid).

XXXVI - S.M. Lipset y A. E. Solari: "Elites y desarrollo en América Latina", Buenos Aires, Paidós, 1967.

XXXVII - François Bourricaud: "Poder y sociedad en el Perú contemporáneo", Buenos Aires, Sur, 1967.

XXXVIII - François Bourricaud: "Las elites en América Latina", en "Aportes", Paris, Nº 1, julio 1966, págs. 122 - 151.

XXXIX - François Bourricaud: "El ocaso de las oligarquías y la sobrevivencia del hombre oligárquico", en "Aportes", Paris, Nº 4, abril 1967, págs. 4 -23.

XL - José Luis de Imaz: "Los que mandan", Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

XLI - Jorge Graciarena: "Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina", Buenos Aires, Paidós, 1967.

XLII - Juan Carlos Agulla: "Poder, comunidad y desarrollo industrial", en "Aportes", Paris, Nº 2, octubre 1966, págs. 80 - 105.

XLIII - Juan Carlos Agulla: "La aristocracia en el poder", en "Aportes", Paris, Nº 7, enero 1968, págs. 76 - 88.

XLIV - Delbert C. Miller, Eva Chamorro Greco y Juan Carlos Agulla: "De la industria al poder", Buenos Aires, Ediciones Libers, 1966.

XLV - Fernando H. Cardoso: "Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina", Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1968.

XLVI - Harold D. Lasswell, Dabiel Lerner, C. Easton Rothwell: "Elite concept", en Roy C. Macridis & Bernard E. Brown (edit): "Comparative Politics", Homewood, Illinois, The Dorset Press, 1964, págs. 43 - 50.

XLVII - Morris Janowitz: "The Military in the Political Development of New Nations", Chicago & London: The Chicago University Press, 1964.

XLVIII - Henri Lefebvre: "Los marxistas y la noción de Estado", Buenos Aires, Carlos Pérez, 1969.

Otras abreviaturas:

RESP: "Revue Française de Science Politique"

par.: párrafo

n.: nota
v.: ver
Ap.: Apéndice

La falta de planteos generalizadores sobre el tema de "elites" y "clases dirigentes" (1) me llevaron a preparar algunas notas que sirvieran para el uso de los estudiantes de Ciencia Política y en las que, sin pretensiones de originalidad, se ordenaran sistemáticamente las múltiples cuestiones que aquel tema convoca. Tendían a suplir, más que otra cosa, la variedad de materiales necesarios que al estudiante le es trabajoso reunir, aunque también a concederle al asunto la importancia que creo merece entre los núcleos problemáticos de la disciplina politicológica. Más tarde, el proyecto de una investigación sobre los sectores dirigentes uruguayos hicieron de estas notas la posible introducción teórica a esa labor, y acrecentaron -tal vez desventajosamente- sus pretensiones.

Carlos Real de Azúa
4 de marzo de 1970

(1) En puridad solo los libros Tom Bottomore: "Elites and Society" y el muy reciente de "Political Elites" de Geraint Parry (1969) tienen tal característica de "obras generales".

PARTE A

LA REALIDAD Y LA NORMA

I - UN TEMA CANDENTE

1 - No faltan razones para suponer que las minorías que mandan constituyen uno de los temas centrales de la sociología y la ciencia política. *Cuestiones ardientes* representan, las de quién tiene o debería tener el poder, la pregunta de si la "democracia", la "sociedad sin clases" o el "gobierno de los mejores" son reales, o posible, o contradictorios (1). No falta, por otra parte, quien sostenga que son esas minorías, esas "elites" las que *fijan* y perfilan los sistemas políticos (2) una aseveración que lleva, casi inevitablemente, a yuxtaponerle otras dos conexas: la amplitud o restricción del reclutamiento de los grupos directivos importa tal vez la variante caracterizadora decisiva de todo régimen político-social; fuera del caso, no frecuente, de la revolución, los prestigios y valores que prohijan esos grupos tienden a imponerse a toda la sociedad y actúan como fuerza socializadora de extrema eficacia.

El tema de *los que mandan*, en suma, es tan fascinante y abarcador como -veremos en seguida- difícil. Si por ahora es al primer rasgo al que atendemos, no cuesta trabajo explicar el singular atractivo de desarrollos en los que conviven la abstracción teórica y la concreción biográfica, en los que interactúan los planos de lo público y lo privado, en los que se aúnan las constricciones del rigor científico y un grado, variable pero cierto, de inferencia imaginativa. Si

puede estar sometido a estricta controversia hasta qué punto "demuestran" y aun hasta qué punto "convencen", no cabe duda, en cambio, que cumplen a las mil maravillas la más difusa y general de "esclarecer" y aun la menos científica pero muy amable de "divertir". Si así no fuera, dígame de paso, no se explicaría la gran circulación, traducción de un verdadero éxito popular, de algunos planteos ya clásicos sobre el tema. Son los casos de "The Power Elite", de Wright Mills, de "The Establishment", de Hugh Thomas y sus colaboradores, de (en el Río de la Plata) "Los que mandan", del argentino José Luis de Imaz (3)

2 - Pero también el rubro de las dificultades que el logro de estos u otros atractivos han tenido que vencer es -si al plano científico se aspira- extremadamente considerable.

Para comenzar debe apuntarse que existen pocos (o ningún tema) más resistente que éste al sustento de cualquier postura de objetividad científica. Las resonancias afectivas, los *efectos de halo*, de que hablaron Lasswell y Lerner (4) hacen difícil la impasibilidad ante doctrinas casi siempre basadas en supuestos frontalmente diversos a los más generalizados en un mundo que paga tributo verbal al principio de la igualdad de oportunidades y supone positiva la diseminación del poder. Otro sociólogo norteamericano, Robert Dahl ha subrayado la densa carga emotiva del asunto cuando observa que la idea de que son unos pocos los que dirigen los asuntos importantes *tiene un atractivo poderoso y magnificado. Es simple, compulsiva, dramática y realista. Y puede dar el toque, de necesario cinismo que es la reacción casi inevitable para tantas gentes de idealismo frustrado.* (5).

La tendencia a situarse en planos oscilantes entre lo pasional y lo objetivo, entre lo valorativo y lo descriptivo ha sido, pues, característica general de nuestro tema. Y las

actitudes que han acompañado su estudio han variado también, según el temple ideológico y personal de quienes lo emprendieran. Han ido desde la denuncia indignada al complacido cinismo "realista" que muestra orgullosamente como "las cosas son"; desde el ánimo de develación de las estructuras de poder - que se supone dotada de eficacia revolucionaria- a la neutra y matizada faena de verificación. Hay quien sostiene (tal vez con excesiva certidumbre), el definitivo desplazamiento del tema de las "elites" de lo valorativo a lo no-valorativo, de la connotación emotiva a las llanas descripción y explicación (6). Que existe, con todo, una tendencia hacia ese traslado del acento es, empero, una tendencia bastante visible y que puede estar, incluso, relacionada, con la universalización de ciertas evidencias. Con la evidencia, por ejemplo, de que la dirección de las actividades sociales es tarea especializada. Con la de que, además de ser especializada, tiende a ser, y a buscar ser, estable. Con la de que ello ocurre, incluso, en los sistemas más efectivamente democráticos. Con la de que en éstos, y más en los restantes, se dé siempre un "quantum" variable, pero real, de ruptura con las bases de sostén, se opera de modo también inevitable una pérdida sustancial de "representatividad".

Pero aun afirmada una dirección de acento empírico-racional dominante, la cuestión de la minoría vigente es todavía muy complicada. Aron sostiene que el problema implica a la vez *cuestiones de vocabulario, divergencias científicas y oposiciones ideológicas* (7). Pierre Hassner anota, a su vez, que tres controversias, se entrelazan en el tema: *un debate descriptivo-empírico, un debate ideológico y un debate teórico-conceptual*, de tipo sociológico (8). Otro expositor ha anotado la resistencia común entre los científicos de la política al uso extensivo de la categoría elitista, explicando su indole no demasiado popular al ambiguo carácter que le da el resultar un contraste entre las categorías formales de la

estructura estatal y las que permiten captar las múltiples ramificaciones del poder (9). Y haciendo referencia a las oligarquias (pero lo que dice vale también para figuras afines), afirma Bourricaud que su concepción se mueve entre el sentido común, la proposición empírica y la ideología (10) tal mezcla es la que hace urgente para él, la necesidad de reajustar científicamente el estudio del tema, y, contra la seudoteoría y la seudopraxis poder llegar a demostrar, incluso, el buen uso posible del pensamiento ideológico (11).

Como todos estos pareceres lo subrayan, ingredientes de verificación empírica e ingredientes doctrinales o ideológicos se entrelazan muy estrechamente en la cuestión de las minorías dirigentes. Cabe por eso, entonces y hasta es imprescindible, una consideración desglosada de los dos aspectos.

La verificación empírica está (y es habitual que así suceda) bajo la influencia de los supuestos ideológicos. Y tal vez nada represente mejor tal situación -aunque bien pueda discreparse con las consecuencias que de ella se extraigan- como la llamada falacia del *infinito retroceso*, expuesta por Dahl, Friedrich y otros politistas de dirección conservadora.

Si se parte -como "supuesto ideológico"- del punto de vista de un observador que quiere verificar la desigualdad en la distribución del poder, se hace plenamente inteligible la aseveración de Friedrich de que, por muy descentralizado que aparezca "a prima facie" su ejercicio *siempre se termina encontrando algunos que tienen más poder que otros* y que poseen -además- *rasgos comunes* (12).

Dahl habla de *un tipo de teoría casi metafísica compuesta por lo que se podría llamar un infinito retroceso* ("regress") *de explicaciones*. Y que se haría operativa de esta manera: si

en el caso del sector dirigente los gobernantes aparentes, formales de una comunidad no aparecen especialmente interrelacionados, se arguye entonces que detrás de esos líderes visibles hay un conjunto de líderes encubiertos, ocultos, que sí lo están. Y si se hace evidente que éstos tampoco constituyen una elite trabada, entonces se alega que todavía hay otros detrás... Y de este modo sin término ni límites fijos. Mediante este proceso de pensamiento afirma Dahl que una teoría que no puede ser controvertida por evidencia empírica no es *una teoría científica, sino, a lo más metafísica o polémica*, y que tampoco es aceptable una construcción conceptual que soslaye la obligación de que el *peso de la prueba recaiga en sus proponentes y no en sus críticos* (13). Como es presumible los denunciadores de la "falacia" creen haber puesto una pica en Flandes con su reflexión. En partes ulteriores de este desarrollo se examinará con cierto cuidado lo que puede haber de cierto y de falso en ella (14), sin que convenga, desde ahora, adelantar nuestras conclusiones.

Pero la dificultad intrínseca puede plantearse, sí, aquí. Y es la indole misma de las relaciones sociales, de los vínculos interpersonales que implica el concepto mismo de un sector dirigente cohesivo y organizado. Numerosos grupos humanos -la Masonería es probablemente el más conspicuo y el de acción más durable- han tenido profunda incidencia en el curso de la historia. Y aunque esporádicamente esta incidencia sea perfectamente documentable, por lo general, en la abrumadora mayoría de los acontecimientos el sello explícito de su intervención es muy trabajoso, si no imposible, de marcar. Si esto es posible -agréguese- con núcleos de consistencia institucional, dotados de organización, archivos, métodos regulares de afiliación y promoción, es fácil entender que hartó mejor se borraría toda marca de origen en el caso de grupos sociales que no poseen prácticamente organización y consistencia mínimas. Por eso, si es cierto

que tal clandestinidad ha generado en unos y en otros casos desafortunados ejercicios de fantasía sobre los "poderes ocultos" que rigen la sociedad, más pueril, más ingenuo resulta, tenidas en cuenta las condiciones recién anotadas, dimitir de todo examen del tema y declararlo drásticamente "extracientífico". Ciertamente es, en parte, que, como suele afirmarse, todas las teorías de la "clase dirigente" se hallan en cierto modo dominadas por la obsesión del "poder oculto", por la idea de que las formas de poder visible y formal son menos importantes que aquellas que desafían toda institucionalización y visibilidad (15). Pero tal "obsesión", que al fin y al cabo puede responder a un desafío de la realidad, no cancela ni mucho menos la decisiva importancia del asunto. Porque como decía Mills, si el analista político conoce los niveles medios por experiencia directa, los niveles bajos por diversos procedimientos de encuesta e investigación, de la cumbre solo puede percibir *rumores* (16).

Pero esos "rumores", agreguemos, no tienen por que ser ecos del vacío, mensajes de la nada; el "rumor", que estudió Allport, desde la certera tipificación del libro IV de "La Eneida" virgiliana, puede reposar en un certero carozo de hechos. Meynaud observa con muy buen sentido que el análisis político muestra que *los beneficiarios de facultades adquiridas al margen de las instituciones oficiales o yendo contra las reglas públicamente admitidas, tienen siempre el hábito de "refutar las conclusiones de cualquier examen que haga luz sobre la distribución efectiva del poder"* (17). Mano a mano. Si la proclividad a suponer lo oculto es característica de los investigadores del poder en la cima, la proclividad a ocultar lo real es, también un trazo reiterado del comportamiento de los ocupantes de la cima. Entre su equipo de reflejos, está el de apreciar con enorme sensibilidad la gran fuerza incriminatoria de toda demostración de sus vínculos internos.

Un estudio de las estructuras del poder efectivo tiene que moverse, entonces, entre estos dos límites y aun ser apretado entre las tenazas de una contradicción difícil de superar. Digamos que ellas son *la necesidad de la cuantificación y la insolvencia última de toda cuantificación* en cuanto capaces de fundar las conclusiones a que el estudio conduzca. Establecer los porcentajes, la medida de las series de hechos cuya significación les da relevancia en la investigación dentro del "universo" de los fenómenos homogéneos resulta, por ejemplo, imprescindible si hemos de fallar sobre el carácter dominante o, por el contrario, excepcional de ellos (18). Pero aun hay más: si nos atenemos "sólo" a los planos cuantificables de la realidad, la de un sector dirigente unificado puede escaparse airoosamente entre sus mallas; más de un estudio se las arregla para proceder de esta manera (19).

Es muy dable sostener que aquéllos que así proceden lo hacen bajo el "pre-juicio" y la inducción ideológica. Y puede pensarse igualmente que, a su vez, quienes rechazan tales carriles metódicos y exigen otras vías de esclarecimiento, también se encuentran ideológicamente inducidos. Pero como esta observación no lleva a un fallo salomónico, cabe ahora decir que, en quienes exigen una indagación más acabada, obra la intuición, borrosa, pero inmediata -ya se hará mención a un distinguido importante de Aron (20)- de que lo que ocurre es que "el poder tras el poder", los vínculos entre los distintos sectores, la coordinación operacional y actitudinal implican fenómenos que, o no son documentables (y menos cuantificables), o no lo están, o si lo estuvieran la prueba no sería accesible al investigador sino, por el contrario, celosamente resguardada de él.

3 - Con esto ya estamos viendo que la dificultad de la prueba (tema, en verdad, de consideraciones metódicas que

aquí se soslayarán) levanta verdaderas barreras, obstáculo que se refuerza por la misma falta de univocidad del concepto que habrá de ser usado a los propósitos científicos (21). Pero también de lo expuesto últimamente adquiere relieve asimismo la otra complicación mayor.

Esa complicación está representada por el hecho de que en pocas cuestiones político-sociales -probablemente en ninguna- subsisten con más intensidad los intereses y disfraces ideológicos, partidarios y de clase como en ésta. (Digo "subsisten", entendiéndola promovida al plano científico o al que trata de acceder a él, doy como normal que al nivel polémico-político, la "clase dirigente" no haga excepción a la violenta afectividad y a la equivocidad de todo el lenguaje político y social).

A lo largo de este desarrollo habrá oportunidad de marcar múltiples casos de esa mezcla de dictado ideológico y proposición empírica a que poco más arriba se hacía referencia. Si un solo ejemplo procediera aquí, pudiera consistir en anotar el carácter de casi todos los planteos dedicados al asunto.

Mientras la actitud científica puede tender a marcar en él -esa es al menos nuestra opinión- la movilidad y oscilación de la concreción de los modelos, los planos de pasaje y los matices, casi todos esos planteos tienden a colocarse, con relativa regularidad, en una polarización cerrada de afirmaciones y negaciones. O en otras palabras: se asevera la existencia de un sector dirigente "global", "real", efectivamente coordinado (22) o se aferra inversamente el expositor a la postura de que en una sociedad moderna, o en vías de llegar a serlo, sólo operan "élites funcionales" abiertamente reclutadas e independientes entre sí (23).

En verdad, la carga ideológica de los enfoques, la práctica impunidad del pensamiento inducido ("wishfull thinking") se explica holgadamente si se tienen a la vista las gravosísimas, trascendentales relaciones que la cuestión mantiene con casi todas las realmente importantes de la ciencia política, la teoría social y la hermenéutica histórica. No todas se podrán explicitar en las páginas que siguen, pero piénsese que no desbordaría nuestro planteo que lo hiciéramos cabalmente con: 1) las relaciones entre el poder político y el poder económico; 2) la estructura y estratificación de las clases y su cima y el asiento de su poder; 3) el problema de la base-económico-productiva y el sistema político como superestructura; 4) la cuestión de la "riqueza" tras el "poder"; 5) el tema del "régimen" político-social y sus límites; 6) la doctrina de la democracia y su efectividad social concreta; 7) la "sustantividad" o "instrumentalidad" del Estado respecto a la ordenación de clases y a las relaciones de dominación o hegemonía que de ella pueden derivar; 8) el liderazgo en su dimensión colectiva; 9) la burocracia y la sustentividad de sus intereses y pautas de conducta; 10) los mismos problemas respecto a otros sectores: el dirigente político, los técnicos, los intelectuales, etc.; 11) el tema de los grupos de presión y su relación con el sistema gubernativo y el modo de atenderlos; 12) la entidad y las cualidades de la "sociedad de masas" y su posible influencia en los fenómenos de concentración del poder; 13) la revolución y otras vías de cambio político-social; 14) la relación entre la conciencia de clase, el interés de clase, las ideologías, la superestructuras, etc. etc...

Magno lote, como se ve, cuyo volumen y heterogeneidad misma ayuda a comprender que el estudio que tome tangencia con él no puede ser afrontado desde la postura de especialización habitual en las ciencias sociales. Alguien ha sostenido que la investigación de la clase dirigente es a la

estructura social lo que la del gobierno lo es al sistema político (24). Acéptese o no esta opinión (el gobierno es ámbito habitual de ejercicio para la clase dirigente) ella apunta hasta que grado se entrelazan política y sociedad en el tema y hasta donde, al margen de ociosas competencias académicas, las ciencias que estudian una y otra resultan requeridas. Si la sociología, por ejemplo, posee competencia especial en el indagación de las estructuras funcionales y de los sectores sociales en que se sostienen, el análisis politicológico es insoslayable desde que se ofrecen los fenómenos de poder que se despliegan en cada cima o en su entrelazamiento y en el manejo y dominio de las decisiones que afectan a toda la sociedad y que es por la vía política que habitualmente se tramitan.

Notas Capítulo I

(1) IV, p.40

(2) Bertrand de Jouvenel: "Du Principat", RFSP, p. 1153 -1186.

(3) Hasta que al final de este planteo-pág. 51 - no realicemos una precisión terminológica que no es posible adelantar respecto a otras conclusiones del estudio, se designará el tema de examen bajo el rótulo de sector dirigente o sectores dirigentes y a la situación que la primera fórmula -en singular- refleja, se la llamará *la cima unificada de poder*. Esto, naturalmente, sin perjuicio, de que cuando se expongan las posiciones de los autores, no nos atengamos a los términos que ellos han utilizado. Todo lo anterior no importa tampoco que, por razones de no repetición y de elegancia, no nos concedamos alguna infracción a esta regla. Es sólito, por ejemplo, que se hable de "teorías elitistas", aunque se descrea, estrictamente, en el concepto mismo de elite.

(4) XLVI, p. 43.

(5) Robert Dahl: "A critique of the ruling class model", en "Sociology: the progress of a decade" (Prentice Hall, 1961).

(6) XL, princip.

(7) II, p. 7.

(8) IV, p. 41.

(9) XIII, p. 154.

(10) Suponer que la oligarquía es un grupo cerrado y todopoderoso, implica para Bourricaud el salto del sentido común a la ideología. Tratar de ver cómo se delimita el grupo dirigente, medir el rigor de su dominación, indagar de qué medio dispone, importaría, inversamente, pasar de la ideología a la proposición empírica.

(11) XXXIX, págs. 9-10.

(12) XII, p. 356.

(13) Dahl, art. cit. págs. 463 - 464.

(14) V. esp. par. 25, 39 y 58.

(15) XV, 208.

(16) VIII, p. 232. Esto, por lo menos, en sociedad tan compleja y vasta como la norteamericana. En países más pequeños, el contacto entre los niveles podrá ser más factible.

(17) XXXV, p. 120.

(18) Veinte vínculos familiares de determinada categoría entre un lote estipulado de mil dirigentes puede no ser significativo; cincuenta pueden dar el rasgo dominante entre un centenar posible, etc.

(19) Es el caso del libro de Imaz sobre "los que mandan" en la Argentina (XL), que consigue desprender de diversos procedimientos (encuestas, etc.) la conclusión de la multiplicidad y especialización de los sectores dirigentes y su alto índice de dispersión según los criterios de origen social, educación, procedencia geográfica,

etc. Se dirá, y es cierto, que otros elementos, caso de los ya citados entrelazamientos, son cuantificables. Pero existen otros decisivos: vgr. la estructura institucional de poder, la disposición del contexto social, la variable exterior, las influencias ideológicas que resisten a esa cuantificación o se empobrecen mucho si son sometidas a ella. V. par. 58

(20) V. par. 58

21) V. par. 50

(22) V. par. 20 y ss.

(23) V. par. 36

(24) II, p. 8

II - EL Fenómeno de la Desigualdad

4- Es muy antigua la evidencia de que el poder y la influencia sobre él están muy desigualmente repartidos entre los hombres y los grupos. El fenómeno, se agrega, es tan visible en el área de la sociedad-global, como en los varios sub-sistemas o sociedades parciales en que ésta se estructura. Con esto no tenemos todavía -advírtase bien- nada que se parezca a un sector, o clase, o elite dirigente sino la sola, y mera observación de que con regularidad de ley existen gentes (una minoría) que mandan y gentes (una mayoría) que obedecen. Tras esto, o concurrentemente a esto, se perciben otras cosas. Se tiene la impresión, por ejemplo, de que existen núcleos de intereses que no tienen que hacer mayores esfuerzos para ser atendidos y de que tal prima deriva de su posición estratégica, de su estar mucho más cerca del poder ("formal", "institucional", "gubernativo") que otros. También se barrunta de que hay fuerzas, factores que se interponen entre el querer explícito de la colectividad tal como (en general borrosamente) se expide en las elecciones, y lo que ocurre tras ellas. Sería entonces que se hace ostensible que los grandes intereses son contemplados mejor, más activamente que los regulares o pequeños. Pero asimismo se percibe que quienes en la puja electoral juraban eterna fidelidad a determinados sectores sociales aparecen, una vez ungidos en sus cargos, con comportamientos bastante contradictorios a esa promesa.

Las otras sospechas vienen después. Y la más importante es la de que esa minoría, ya percibida por sus "efectos", se cuida mucho de dar la cara, se pone de acuerdo en zonas muy, pero muy discretas del espacio social. Una tajante división se marcaría desde aquí: los que están en el secreto y los muchísimos que no lo están (1). Se fomenta así espontáneamente una concepción "criptica" de la historia, según la cual todo es decidido por pequeños grupos. Emerge como infinitamente más real que otra concepción "pública" que todo lo explica por la acción registrable de "la gente" incalificada (2).

Todo ello llevará, a pocos pasos, a advertir en múltiples manifestaciones la existencia de una minoría (no se le da título aún) más o menos coherente y consciente de sí misma, más o menos invisible, pero que reina. Una especie de supergobierno que manipula a los gobernantes institucionales que, o son su instrumento o forman parte de él (3).

Este es el tema. Un tema que, como es fácil comprenderlo, se aísla o se recorta de un ámbito problemático mucho más vasto que es el de la desigualdad económico-social. Hay -y esto debe admitirse desde ahora- una perceptible relación entre la falta de equidad en el reparto de las cuotas de poder político y la desigualdad general económica, social y cultural, que hay opinión dominante en atribuir al sistema de clases y a la institución de la propiedad privada. La correspondencia entre ambos planos resultó durante siglos "natural" y "normal" y sólo con el advenimiento y triunfo del pensamiento liberal democrático -como se marcará en el breve esbozo de historia del asunto (4)- esa correspondencia, variable pero siempre subsistente, adquirió la consistencia de un desafío a las pautas e ilusiones de la ideología. También movió a considerar la concentración del poder político como un núcleo temático independiente, como un

punto céntrico y estratégico de toda reflexión metódica en esa zona de la realidad social.

Su importancia desbordaría el análisis político y social hacia zonas inesperadas a principios del siglo, por ejemplo, la doctrina jurídica de León Duguit, partía del reconocimiento de que en todos los grupos sociales hay un hecho único: individuos más fuertes que los demás que quieren y pueden imponer su voluntad a los demás, expresión del hecho universal de la diferencia entre fuertes y débiles, gobernantes y gobernados. Según Duguit, la minoría se impone porque "se cree" que representa al cuerpo electoral y como su potencia económica es un obstáculo fundamental para la imposición de la voluntad de la mayoría se abre la vía a un equilibrio entre el número y la fortuna. Pero por mucho que se invistan de "representaciones" la voluntad de los gobernantes es tan concreta y humana como la de los gobernados, un hecho que muestra de modo fehaciente la índole ficticia de la "soberanía nacional" o de cualquier otro difraz de naturaleza jurídico-ideológica (5).

Notas Capítulo II

(1) F.E. Adcock, en "Las ideas y la práctica política en Roma" (Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1960, p.62), después de sostener que es *casi axiomático que sea cual sea la forma de gobierno*, las decisiones las toman "los que están en el secreto", pone el ejemplo del Senado romano en el cual todos, desde el más antiguo consular hasta el miembro más joven gozaban normalmente de la ventaja de estarlo.

(2) VIII, págs. 23 - 24

(3) II, p.9

(4) V, par. 10

(5) León Duguit: "Manuel de Droit Constitutionnel", Paris, E. de Broccard, 1923, págs. 56 - 70.

III - UNA CONTRADICCIÓN: LA REALIDAD Y EL MODELO DEMOCRÁTICO

5 - Parece claro, llegados aquí, que la efectividad posible de la democracia se reduce considerablemente si el fenómeno de la concentración del poder político-social en el tope es universal, si las tendencias de este poder se muestran tan incontrastables que sean capaces de enfrentar todo intento de cancelación. Esto, ya sea bloqueándolo frontalmente, ya sea buscando rodeos que respeten las exterioridades pero guarden el contenido igualmente incólume.

Que en el pasado, en los regímenes de tipo tradicional, esto ocurriera se daba por sabido. Pero Marx, Pareto, Mosca y otros habrían demostrado que en los regímenes democrático-representativos gobierna tanto una minoría y el pueblo gobierna tan poco como Dios gobernaba en las monarquías de derecho divino. Pareto y Mosca, como recuerda Aron (1) demostraron la fuerza de la minoría dirigente y el "poder de los financieros" frente a la inconsutil "voluntad general".

Poca variación introdujo en este desnivel la emergencia de grandes partidos políticos de masas, según lo marcaron Michels (2) u Ostrogorsky. Ya a principios de siglo este último (como lo recuerda Runciman) sostenía en sus conclusiones a un estudio profundizado de aquellos que *el go-*

bierno es un monopolio que está en manos de una clase. De una clase que, sin constituir una casta, constituye en la sociedad un grupo diferenciado (3). Y cerca de media centuria más tarde concluiría otro analista que la desigualdad es todavía un hecho casi universal y que *la participación en el proceso político parece estar más limitada en la práctica de lo que lo permite la teoría liberal-democrática* (4).

Ocioso resulta, en verdad, registrar los testimonios, académicos o no, de la opinión sobre la irrealidad esencial del "gobierno del pueblo" en cualquiera de los regímenes en que constituya valor legítimamente (5) o sobre la existencia -por el contrario- de densos intermediarios políticos oligárquicos entre todo gobierno y todo electorado (6). En ninguna parte nadie ve, en puridad (para concluir), esa democracia concebida como gobierno "del pueblo", "para el pueblo" y "por el pueblo" que enunció Lincoln en su célebre fórmula. Como Hassner anota, si al primer elemento del triduo atendemos nos es fácil colegir que la comunidad en que el presidente norteamericano pensaba está dividida siempre en grupos contradictorios de intereses; si al segundo, que en vez del pueblo mayoritario siempre gobiernan unos pocos y si al tercero que la minoría gobernante tiende a "interpretar" siempre ese destino de fomento popular en su propia promoción y beneficio (7).

Recordando la tradición aristotélica de clasificar los regímenes políticos por el número de personas que detentan el poder, (monarquía, oligarquía, poliarquía), verifica Alfred Meyer la extrema reserva con que hoy se emplea el esquema, una reserva derivada justamente de la convicción de que *todos los sistemas* son en último término oligárquicos o *elitistas* y en todos actúa un pequeño número de líderes y sigue una masa de partidarios. Esta verificación, como también recuerda Meyer, se amplía regularmente hasta sostenerse que las elites, siempre se autodesignan y autoperpe-

túan, que todas las formas de control y de responsabilidad son apenas poco más que estratagemas para que la oligarquía se legitime. Pero la generalización de la presencia de la elite, acepta Meyer, es *un hecho embarazoso* para los "politistas demócratas". Puesto que si lo reconocen, sólo les queda probar que unos sistemas son más oligárquicos que otros y que la democracia ha de reducirse a ser poco más que un sistema particular de reclutar los dirigentes y someterlos a control. Con la dificultad, concluye, de que no existe un criterio universalmente admitido que permita medir tal *responsabilidad* y tal *control* y que, en la práctica, de hecho, cada sistema afirmará su carácter democrático y aseverará a pie firme la ilimitación e irresponsabilidad de los que le son hostiles (8).

La tendencia a no reconocer infracción a este cuadro, esto es: a involucrar en tal regularidad la figura de "dictadura del proletariado" a la que se ve ejercida efectivamente por la elite de un partido es general entre los politicólogos y, sociólogos occidentales aunque, en verdad, es muy desigual el énfasis que ponen en marcarlo y la trascendencia, crecientemente descargada de hostilidad (si hablamos de la década del cincuenta y el presente) que le conceden (9).

El problema central sería, como alguien sostiene, el de la falta de control efectivo sobre los gobernantes en los tres tipos de procesos de elección, discusión y decisión. Los grupos en los que las decisiones se toman sufren mucho más la acción de otros grupos entrenados para el debate y la persuasión que la impronta del "gran público", se dice. Además, aunque muchas funciones, tanto en el sistema gubernativo como en los "grupos de presión" sean desempeñadas por personal ungido mediante elecciones, los candidatos factibles a ellas son en buena parte elegidos por otros hombres -los que ocupan los "puestos-clave"- y votados pasivamente por el resto. El poder, en puridad, se

gana más fácilmente obteniendo el favor de los que ya lo detentan que el favor del pueblo. Y si es cierto que la actitud (presente o previsible) del pueblo o masa pesa sobre los proyectos de la minoría, esto es igualmente cierto en cualquier régimen que sea "democrático" o no (10).

6- Este no es más (o es poco más) que el despliegue descriptivo, los grandes gruesos trazos de la contradicción realidad-modelo. Aparte se sistematizará en forma más cuidadosa esa realidad en concreta referencia a los procesos electivos (11). Puede, sin embargo, pedirse más. Y hay -ha habido- sociólogos y politicólogos que prefieren plantearse en su total radicalidad la cuestión, que han entendido que este planteo radical impone, antes que nada, no reunir en un contraste fácil e invariablemente elocuente, práctica oligárquica y teoría democrática.

Porque, como dice Friedrich, *un orden político democrático es antilegitista en lo más profundo de su entraña* (12). La democracia, recuerda Bottomore, por lo menos en uno de sus sentidos, implica que debería existir un grado de igualdad sustancial entre los hombres, que estos deberían poseer una influencia igual, pareja sobre las decisiones que afectan su vida y que las diferencias de riqueza, educación y rango social *no deberían ser tan considerables como para resultar de ellas la permanente subordinación de algunos grupos de hombres a otros*. Los "abogados de la igualdad", sigue, no han proclamado nunca algo tan tonto como que los individuos sean exactamente iguales en físico, inteligencia o carácter. Pero han alegado, en cambio, que entendidas todas las idiosincrasias individuales, los seres humanos son notablemente semejantes en algunos aspectos fundamentales, que el espectro de variaciones en las cualidades de los individuos es relativamente angosto y que hay un adensamiento grande en el centro de ese espectro, que las variaciones individuales tienden a

compensarse. Han alegado también los abogados de la igualdad que las diferencias individuales entre los hombres y las distinciones sociales entre ellos *son dos cosas distintas*; espontáneas las primeras, sostenidas por la propiedad y la herencia y por el poder político, militar e ideológico las segundas. En último término, ni la igualdad ni la desigualdad son fenómenos "naturales" que haya que aceptar: optamos por una o por otra sobre la formulación de distintos ideales morales y sociales (13).

La imposición minoritaria, sin embargo, puede "explicarse" y esto al margen de que se opte en pro o contra ella de acuerdo a "valores". Se verá de qué modo la explanaron los neo-maquiavelistas que no se limitaron sólo a "describir", como se ha dicho repetidamente (14). Max Weber, por otro camino, en su famosa "Economía y Sociedad", apuntaría hacia la primera guerra mundial las razones, en cierto modo típicas, de imposición de la minoría. En el caso del *dominio por una organización* destacó Weber las ventajas de la minoría frente a *los muchos* para una *acción societaria racionalmente ordenada*. Las dos condiciones esenciales son el número reducido de los actores decididos y la clandestinidad de su acción. De esas condiciones deriva, según Weber, la *dominación secreta* con sus dos niveles inexcusables que son los señores y *el aparato* que los sirve (15).

Pero un clivaje tan drástico entre elite y masa debe ser tomado con extrema precaución, según piensan algunos como Bourricaud. Este admite, para comenzar, la observable desigualdad en las participaciones políticas que se da en las sociedades pero supone que una de las causas de esto, pudieran ser *las disposiciones subjetivas de los individuos* y otra la posible existencia de *reglas institucionales*, en el caso en que *una parte de la población se encuentre estatutariamente excluida del*

juego político (16). Parece obvio -y esta es la ventaja de enumerar tales factores- que el tema de las minorías decisivas y las causas de su poder se mueve entre estos dos extremos, tan nítidos pero tan nominales (17).

Robert Dahl representa de modo muy solvente la línea justificativa del "status" social occidental que encarnó durante las últimas décadas la sociología estadounidense. Y puesto a explicitar el punto que aquí nos interesa, tomó como punto de partida una sociedad que sea una "democracia" en el sentido de que cada adulto tenga derecho a un voto, pero en la que hay numerosas desigualdades, en la que el saber, la riqueza, la posición social se hallan repartidas con escasa equidad. Y se pregunta en ese caso quién gobierna y cómo ocurre ello.

La *primera respuesta* a tal interrogación está representada para Dahl por el hecho de que mientras el proyecto democrático que importaban las primeras constituciones modernas se basaba en la igualdad de condiciones y recursos que incluso previó Tocqueville en los Estados Unidos de 1830, hoy las desigualdades de toda clase son mayores, harto mayores que las que se registraban en la "democracia agraria" de la Norteamérica de las primeras décadas. La *segunda respuesta* que para él cuenta, es la involucrada en la observación de que en una democracia "efectiva" gobiernan en puridad los "partidos" y el poder del ciudadano se limita al voto. Un voto que, de cualquier manera, expresa el "consentimiento" de aquellos, siempre que se dé en elecciones "competitivas". A la vez los sujetos de esa competencia, los partidos, los "grupos de presión", actúan como tales unidos por intereses o valores comunes (18). La *tercera respuesta* es calificada por Dahl (no sin candor) de *pesimista y europea* y tendría tanto una modalidad de izquierda como una modalidad de derecha (19). La "elite social" es la que se mueve, según ella, detrás de la política

democrática, la que *tira los hilos* resultantes de las grandes desigualdades de fortuna, cultura, condición social y posibilidades de publicidad (20).

Como se ve (es fácil verlo) estas respuestas -salvo tal vez la primera- tienen más de meras "verificaciones" que de auténticas "explicaciones" y, ni que decirlo, de "justificaciones". Y aun quedaría tras estos planes expositivos (antes de pasar a unas y a otras) cierta tendencia a problematizar (general en todo este asunto (21)) más que a organizar un cuadro coherente de causas y de factores. Esa problematización, sin embargo, puede valer para despejar la cuestión, para precisar -a veces algo engañosamente- sus límites. A falta de mayores logros, tal puede ser su utilidad.

Para Plamenatz los dos problemas mayores del esquema democrático son: 1) si los detentadores del poder arriesgan perderlo todo si sus decisiones son impopulares y 2) en qué medida esos detentadores pueden llegar a controlar las reacciones que provoquen sus decisiones y a asegurarse de que éstas sean favorables. Piensa este autor que las anteriores representan verdaderas "cuestiones". Y "cuestiones" en las que los "occidentales" (así los designa) pecan de complacencia, pues se expresan: 1) como si dentro de las democracias no existieran grupos privilegiados; 2) como si los grupos sociales dispusieran de una influencia correspondiente a su importancia real, a su fuerza numérica y como si todos los grupos sociales con intereses comunes tuviesen las mismas posibilidades de organizarse y de obtener los favores a que tienen -democráticamente- derecho. Planteado esto de tal modo, la pregunta decisiva es para él, la de si es cierto que en un régimen fundado en el sufragio universal, el poder de los grupos es proporcional a su número y a la fuerza de su adhesión (traducida tanto en apoyo como en el voto hostil a cualquiera que resista sus reivindicaciones) (22).

Llegados a este punto sólo queda decir que buena parte del desarrollo que de aquí sigue está dedicado a contestar tales cuestiones y a retrazar la línea histórica de pensamiento y el orden en que se fueron planteando.

Notas Capítulo III

- (1) II, p.9
- (2) V, par. 17
- (3) XVI, págs. 96 -97
- (4) XIII, págs. 154 - 155
- (5) David Thomson: "Las ideas políticas", Barcelona, Labor, 1967, págs. 194 y ss.
- (6) François Goguel y Alfred Grosser: "La politique de la France", Paris, Armand Colin, 1964.
- (7) IV, p. 59
- (8) Alfred Meyer: "Qui gouverne l' U.R.S.S.?" en RFSP, 1967, págs. 1065 - 1066
- (9) V. Ap. E
- (10) III, págs. 28 -31
- (11) V. Ap. B
- (12) XII, p. 365
- (13) I, págs. 122 - 124
- (14) V. par. 13, 16, etc.
- (15) En "Economía y Sociedad", México, Fondo de Cultura Económica, 1944, T. IV, págs. 21 - 23

(16) RFSP, 1958, 261

(17) Friedrich, a su vez (XII, p. 321) parte de la interrogación de si hay total *igualdad de oportunidades de adquirir el poder*. Y piensa que si se excluyen las diferencias de vitalidad, inteligencia, etc., la igualdad significa que todos los hombres han de ser igualmente aptos para ejercer sus dones naturales. ¿Qué posibilidad tiene este valor de efectivarse? Friedrich cree por lo menos, con Lasswell y Kaplan, que si esa igualdad se definiera en términos que excluyeran la elite *sería un concepto vacuo*.

(18) Esta respuesta ya incluye el tema de la "justificación", que se ve a seguido: par. 7 - 8

(19) Dentro de ella -vale la pena -acotarlo- se mueve este desarrollo.

(20) IV, págs. 55- 56

(21) V, par. 34

(22) III, págs. 35 -36

IV- JUSTIFICACIONES DE LA CONTRADICCIÓN

7 - En el curso de los últimos cien años el contraste entre la dogmática de una democracia que se supuso logro al alcance de la mano y la extensión prácticamente universal del hecho oligárquico, hubo de suscitar variadas reacciones y aún es capaz de hacerlo. Pudo desazonar, indignar, esclarecer, ser justificada.

Ahora bien: si se atiende a que las actitudes que los dos primeros verbos convocan son emocionales y a que la que alude el tercero, esclarecer, es meta de todo este planteo, se explicará que ahora se trate de indagar en los fundamentos de una "justificación".

Si de justificación se habla, vale la pena advertir que tal posición oficia, en cierto modo, como prólogo de toda teoría cohonestadora del poder de las elites. También es, paradójicamente, factor de reducción de todos los fenómenos que como específicamente elitistas se señalen. Pues se dirá entonces que cualquier serie de hechos que se registre es, simplemente eso: la expresión de una realidad genéricamente válida. De una realidad que ha insurgido contra los esquemas ideales, que se ha impuesto por los medios incoercibles a los que la realidad suele echar mano.

8 - Como se recordará más adelante, fue Raymond Aron uno de los muchos que ha sostenido que el contraste entre

la realidad y el proyecto democrático poco dice, más allá de lo meramente tautológico y ramplón. (1). Y si esto es así, es porque ya se sabe que la sociedad, la "mayoría", no puede gobernarse por sí misma, que la "voluntad general" o la "dictadura del proletariado" son "mitos eficaces" pero no modelos de supraordinación posibles de verificarse. Ya se sabe que es imposible una sociedad sin poder, o en que se alcance la identidad completa de comunidad y Estado, o en que pueda evitarse la acción de la "ley de hierro" de la imposición de las minorías (2).

Como se verá muy pronto, toda una corriente doctrinaria se apoya y justifica en la índole minoritaria del mando social, sostiene (con afán generalizador sin límites) la omnipresencia histórica de tales estructuras señala las exigencias colectivas que tienen a promoverlas (3). De la "menesterosidad", de la necesidad de la masa de recibir dinamización y dirección, sale ante todo la teoría psico-sociológica del "liderazgo" individual un tema de los más elaborados de la ciencia social y que no es, además el nuestro presente. Es posible sistematizar, sin embargo, la noción de sector dirigente, elite u oligarquía como una especie de colectivización del liderazgo (4) y fue énfasis de los neo-maquiavelistas señalar la frecuencia y la trascendencia infinitamente mayores del "equipo" que manda respecto al mandatario individual, sin agentes subordinados (5). La verificación sociológica ve a la "activa minoría" decidiendo soberanamente en todas las instituciones (6). ¿Mera casualidad? Según muchos pareceres esas minorías no harían otra cosa que investirse de la voluntad implícita de dominio que la "tendencia de la organización" en la "época de la organización" conlleva y les hace buscar desenvolver vida, propósito y verdad peculiares a cada una de ellas (7).

9 - Para una considerable corriente de pensamiento -y aquí recién estamos en el corazón de la tesis justificativa-

todo no será más que un malentendido. Un malentendido el carácter originariamente antidemocrático de la teoría de las elites que conciben al gobierno popular como una especie de catastrófico desborde o "rebelión de las masas". Un malentendido que la democracia, a su vez, se haya considerado incompatible con la existencia de elites si éstas se hallan abiertamente reclutadas, son conscriptas por mérito y (plurales, varias) son competitivas entre sí. El tamaño crecientemente grande de las organizaciones ha conferido al problema del liderazgo, factor aglutinante, una desusada importancia. Pero estas exigencias objetivas podrían llevar a una sociedad autocrática, si las elites resultantes no fueran, como se decía, abiertas, reclutadas meritocráticamente y competitivas entre sí. De esa pluralidad saldrá también la democracia como sistema de "contrapesos" y "balanzas", capaz de asegurar una sociedad pluralista y alta, creativamente diversificada (8). Los "leones", los "zorros" y los "corderos" se cazan y se huyen como en tiempos de Maquiavelo, pero lo que ha cambiado es el contexto de la lucha y la posibilidad de verlo lúcidamente puede estar dificultada (es cierto) por una pantalla de teorías inadecuadas. En este punto la más inadecuada es la *teoría clásica de la democracia*. La que supone que el pueblo decide la acción del gobierno y después elige a los encargados de controlarla y ejecutarla. Puesto que si se llama "voluntad política" (ya no "voluntad general") a un lote de principios claros capaz de orientar la actividad del ejecutivo y del legislador, ésta, sólo se halla en la misma minoría actuante (9).

La idea tiene distintas versiones variablemente significativas.

Friedrich comienza subrayando que al ordenar sus relaciones, al deslindar políticamente sus "roles" y funciones, las personas producen una *diferenciación*. Una diferenciación que ha dado pie a teorías que sostienen que, anterior-

mente a toda "organización", ya existe un grupo calificado por una capacidad superior en el arte del gobierno o dominación del resto, y que puede provenir de la voluntad divina, de la riqueza, de la herencia sanguínea o de la distinción intelectual. Pero si éstas son teorías, enfatiza Friedrich, los hechos no tienen que ver con ellas. Los hechos son, por ejemplo, que los hombres posean diferentes capacidades. Los hechos que el famoso "sentido religioso" de la democracia que habrían profesado hombres como Lincoln no implique tanto que todo el mundo sea apto para gobernar (ni siquiera para criticar al gobierno) sino que sea *imposible saber de antemano quien de entre la gente puede ser idóneo*. Pero esto no es fácil saberlo, aunque pueden existir indicadores relativamente seguros. Uno posible son las *elites*, que son grupos estables, sometidos a ratificación plebiscitaria y, por ello, revocables. Y si bien no sean en sí mismos deseables (la democracia, decía, es visceralmente anti-elitista.) esos grupos hacen pie cuando los logros del sistema son lo suficientemente buenos como para que la mayoría se desinterese de toda participación y deje en manos de las elites la gestión de los negocios públicos (10).

Algo más adelante se examinarán los argumentos en pro y contra de esa presunta pasividad de la mayoría (11). La posición que adoptan en el debate los formuladores de las teorías de la justificación elitista es fácil de prever: si el querer de la mayoría no conforma una "voluntad general" tampoco es una tabla rasa; si no es unívoco tiene *sus propias preferencias y valores* que no se violan impunemente, puesto que en las consecuencias posibles de esa infracción están (supuesto el sistema democrático efectivo) la privación del cargo. En verdad, todo el aire de estos razonamientos y distingos ya sería capaz de anticipar la analogía con los comportamientos del consumidor en el mercado que ha dado origen a la "teoría económica de la

democracia". Su formulación más explícita corresponde a lo que sepamos al estadounidense Anthony Downs (12). Según ella, la "democracia de masas" de tipo occidental resultaría la fórmula más próxima factible a un sistema político concebido en condiciones de libre mercado con competencia perfecta. La masa política votante representa en ella, como es obvio, a los consumidores; la minoría activa a los productores. Y si los consumidores no participan en las decisiones de producción, cuanto más viva sea la concurrencia (y ella se supone en un régimen de libre formación de partidos), más los productores deben fundar sus decisiones sobre el análisis de comportamientos que no están en situación de dominar.

De acuerdo a todo lo anterior, el grado de democracia dependería del rigor de la concurrencia entre los productores o (volviendo a los términos políticos) de la concurrencia dentro de la minoría actuante. Ciertamente es que los consumidores sufren fuertemente la acción de esa minoría actuante pero "influencia" es una cosa y "sometimiento" total otra. Y ayuda a ello que los consumidores políticos se beneficien de una libre elección en tanto ningún productor puede descartar del mercado un producto más seductor que el suyo. Esto sería la democracia. Aunque, todavía valdría la pena agregar que si los detentadores del poder aparecen menos responsables ante el electorado cuando se acrece su número, esto no quiere significar que el electorado se haga más pasivo sino que sus exigencias se multiplican. Y si, por otra parte, esos detentadores aparecen más unificados de lo que exigiría suponerlo la concepción de una concurrencia encarnizada, ello ocurre a causa de su forzosa cortedad numérica y a las características de toda comunidad fuertemente integrada. Insistir, en una palabra, en lo trabado de sus vínculos y aún en lo cooptado de su promoción no sería lo mismo que probar la no-recep-

tividad y la irresponsabilidad de la "minoría productora" (13).

Para Schumpeter en su obra "Capitalismo, Socialismo, Democracia" la prueba de oro de la democracia no consiste en ver si los *gobernantes obedecen o descubren* la "voluntad general". Operación imposible. Pero posible, en cambio, es ver *cómo* los que ejercen el poder lo han obtenido, cómo los que lo influyen llegan a las posiciones que le permiten hacerlo. Y la fórmula será democrática si cada vez que los que aspiran a dirigir o a controlar el gobierno rivalizan, en competencia popular, para llegar a lograrlo. Si el sufragio popular se emite sin presiones, si sus resultados se respetan, si se compite por él, la obligación de los dirigentes de entrar en la liza para mantener o conquistar sus prerrogativas es lo que da carácter democrático a un régimen. O, en síntesis, desde "los pocos": pluralidad de competidores y compulsión a serlo; desde "los muchos": factibilidad de elegir al lote que mayor confianza inspire (14).

En la misma línea se hallan las ideas de Karl Mannheim tal cual fueron expuestas a cierta altura de su obra en "Ensayos de sociología de la cultura". Mannheim, al tiempo que acepta como fenómeno inevitable que sean las elites las que gobiernen, creía que el carácter democrático de un régimen se halla preservado con el cumplimiento de la condición implícita de que los que están alejados del poder *tengan por lo menos la posibilidad de hacer sentir sus aspiraciones a ciertos intervalos* (15).

Abundante -y fácil- puede ser la crítica de todo este lote de concepciones y de las peculiaridades de cada una de los que lo integran.

Refiriéndose en concreto a la difundida construcción de Schumpeter observa, por ejemplo, Runciman, que para que ella configurara un mínimo de efectividad democrática le faltan dos principios esenciales. Uno: el de que la minoría gobernante no puede perpetuarse (la justificación monista de Schumpeter no lo preceptúa). Otro: que esa misma minoría debe ser suficientemente difusa, extendida (16). Dos puntos conexos, observa, pues para ser desplazable debe ser accesible y para ser accesible debe ser difusa. Y la idea de "difusión", podríamos agregar por nuestra parte, importa la idea de "especificidad de rol o función": si los gobernantes pueden ser investidos de multiplicidad de papeles podrán o tenderán a ser pocos; si se les exige especialización, serán muchos más. Por eso es congruente con este corolario (que Runciman no extrae) otra afirmación de que *las minorías no deben traslaparse demasiado*, esto es coincidir, superponerse así sea parcialmente (17).

Cuidadosa y sensata como todos sus enfoques críticos es la posición de Bottomore frente a las justificaciones democráticas (o pseudotales) del elitismo. El sociólogo inglés señala que la supervivencia de minorías dominantes en un sistema democrático siempre fue juzgada como una deficiencia de éste, "crítica de autoridad" histórica al fin y al cabo, no demasiado trascendente. Mayor entidad en cambio tiene su observación de que la teoría de las elites competitivas tienden a considerar a la democracia como algo *estático y acabado* y a la sociedad como un continuo indiferenciado en el que no habría clases y todos los partidos serían de igual naturaleza (esto es, precisamos nosotros: integrados al mismo nivel de "consenso", discordes al mismo nivel de cuestiones adjetivas o de controversia sobre los medios para alcanzar fines comunes). Igualmente discutible le resulta que la noción de una competencia entre las elites baste para asegurar la vigencia de una demo-

cracia, lo que se compagina bien, según él, con el alto (casi utópico) grado de exigencia que algunos de esos teóricos reclaman para que tal cosa suceda (18). Y agrega que a poco que se tenga en cuenta el modelo de elites abiertas y reclutadas de acuerdo a criterios de mérito, se advierte que escasamente se han acercado a ese modelo las elites occidentales, reclutadas entre unos pocos miles de miembros de la clase más alta ("upper class") y, con una perspectiva ideológica ("outlook") que sigue siendo básicamente aristocrática y distinguidas nítidamente, pese a su "apertura" del resto de la población. La concepción de la democracia implícita en las teorizaciones de Mannheim, Schumpeter y otros no sólo no toma en cuenta las diferencias económicas y de educación que imponen a su vez enormes desniveles en las posibilidades de participación, sino que ciñe estrechamente la efectividad posible de la democracia al gobierno de la sociedad global en tanto soslaya otras áreas sociales igualmente decisivas (el trabajo, la educación, etc.) (19).

Notas Capítulo IV

- (1) II, p.9
- (2) V. par. 14 - 16, etc.
- (3) V. par. 13 - 18
- (4) XXXIII, t. I, págs. 98 - 117; t. II, p. 188; XXXIV, págs. 114; 120
- (5) V. p. 13, 14, 16
- (6) David B. Truman: "The Governmental Process", New York, Alfred Knopf, 1962 págs. 133 - 155: "The active minority"
- (7) John K. Galbraith: "How to control the military", New York, Signet Books, 1969, p. 16

(8) I, págs. 11 - 13 y 105 - 107

(9) III, págs. 29 - 31

(10) XII, págs. 62, 345, 353, 354

(11) V. par. 31

(12) Un resumen de la teoría en RFSP, 1961, págs. 401 - 412: "Un exemple de modèle politique"

(13) V. artic. cit. n. anterior. No hay espacio aquí para una discusión de esta teoría muy ingeniosa en su planteo y detalles pero cuyo modelo se halla tan distante de las condiciones empíricas de los sistemas políticos más o menos "democráticos".

(14) "Capitalismo, Socialismo, Democracia", Buenos Aires, Claridad, 1946, págs. 290 - 327. Gran repercusión tuvieron en su momento estas ideas de Schumpeter. Verney, por ejemplo, sostiene que lo único democrático de las elecciones presidenciales de Estados Unidos consistiría en la operación de descartar a los candidatos más impopulares: XIII, pág. 158

(15) "Essays on the Sociology of Culture", traducc. inglesa, p. 179 - 200 (cit. en I, p. 11); V. sobre Mannheim: par.36

(16) Sin esa "difusividad", obsérvese, podría darse un tipo de centralismo "bonapartista" o "cesarista" que ni Schumpeter ni Runciman aceptarían seguramente como democracia.

(17) XVI, p. 103 y ss.

(18) I, págs. 107, 114, 121 n. Apunta por ejemplo I, págs. 112, 113 las condiciones exigidas por Schumpeter: un alto rango cualitativo del personal dirigente; un radio no demasiado amplio en las decisiones a adoptar; una burocracia bien entrenada; un control democrático por vía eleccionaria

(19) I, págs. 113, 120.

PARTE B

**LA TRAYECTORIA DE
UN PROBLEMA**

V - HISTORIA DE UN CONCEPTO

10 - En sus expresiones primeras e informales las ideas sobre "aristocracias", "elites" y "clases dirigentes" se confunden con el origen mismo del pensamiento político. Ahora bien: si contrastamos las modulaciones que el tema recibió aproximadamente antes de 1800 y a las que después estaría sometido se advierte claramente una abrupta discontinuidad. Para el pensamiento tradicional la existencia de una estricta selección directiva es un dato natural, un hecho que parece integrar el orden del mundo. Para el de los últimos ciento cincuenta años no deja nunca de representar un desafío -más o menos chocante, escandaloso- a las ideas y valores recibidos. Marcando las dos vías de las que llama *teorías de la participación limitada* sostiene Verney que la primera parte del supuesto de que *los pocos que dirigen* se hallan determinados por criterios de sexo-clase, raza o edad (1) y cada uno de estos criterios es *individualmente inalterable* (lo que tal vez puede explicitarse mejor señalando que cada ser humano se incluye o excluye de acuerdo a pautas fijas, automáticas y supraindividuales). El segundo postula la existencia de "elites" abiertas a la capacidad individual. "A grosso modo" y dejando a salvo la corriente marxista, cuyo planteo desborda estrictamente el tema aunque lo induzca fuertemente, podría decirse que el clivaje anotado es el que marca también la división de "antiguos" y "modernos".

Pero otra variación significativa se anota también entre ambos. Mientras en los "antiguos" domina un enfoque axiológico y aun normativo, entre los "modernos" (sin que estos últimos falten enteramente) se acentúa el sesgo descriptivo, presentista y empírico de la cuestión (2).

Si a estos distingos nos atenemos es fácil concluir que la etapa de los "antiguos" sólo puede valer como una suerte de prehistoria del tema. No es ocioso recordar, sin embargo, que desde el siglo V griego hasta la Revolución Francesa se desplegaron las explícitas legitimaciones del privilegio que lo fundaron en la sangre, en la sabiduría, en la virtud, en el coraje físico, en la destreza, en la tradición y el designio inmutable de las cosas, tal cuales eran, tal cuales debían aceptarse. Esto no quiere decir que la idea de la igualdad radical de todos los hombres no haya permeado desde el principio la historia de éstos: planteada en las corrientes heterodoxas del pensamiento clásico se halla implícita o visible en las grandes religiones universales que la portaron dentro de sí como uno de esos hibernados elementos explosivos que en el tiempo (en los siglos) se activaría.

Antes que ello ocurriera, hay que recapitular brevemente que tanto los sistemas de castas como el hindú como prospectos sociales del tipo de la "república" platónica con sus estamentos cerrados de filósofos, guerreros y trabajadores manuales llevan inviscerados una justificación axiológico-normativa de la desigualdad (3). Pero fue, sin duda Aristóteles aquél cuyo enfoque es más congenial con el espíritu empirista y científico de la modernidad. De Aristóteles puede decirse que "La Política" bordeó el tema por todos sus lados aún sin tratarlo frontalmente. Ello hace que los textos fundamentales que corroboran su posición se hallen más bien incómodamente dispersos a lo largo de la obra (4). Pese a esta dispersión, debe asentirse al juicio de que en el texto del gran realista ético-político se articulan

puntos tan fundamentales como la imposibilidad del "gobierno de todos", el de la primacía del "régimen" sobre las "leyes" y la definición del primero por los hombres que gobiernan constituyendo una jerarquía informal y efectiva; la consideración de dos oposiciones: la de mayoría y minoría, la de pobres y ricos (no necesariamente coincidentes y la segunda mucho más importante) como las fundamentales que se daban en el interior de la "polis" griega (5). También vale la pena recordar que la fusión de democracia y oligarquía que en el cuadro de Aristóteles se ofrece parece, según el juicio de Robert Dahl, un retrato de la sociedad política norteamericana (y de otros países) en el presente.

Las abruptas diferencias entre el mando de unos pocos y la obediencia forzada de los más se reitera naturalmente en el enfoque realista de Maquiavelo. Empero, y de modo curioso, fue el máximo teórico de la democracia radical quien tal vez planteó mejor hasta la formalización específica del tema la realidad de elites y clase dirigente. Por ello es con toda razón que Runciman asevera que *Rousseau sabía esto* cuando enjuicia la presunta novedad de los neo-maquiavelistas como las *perogrulladas* de que *el gobierno de la mayoría es imposible y la oligarquía es inevitable* (6). Hassner, que subraya la lucidez de Rousseau y la peculiaridad de que haya anunciado *las dos teorías* de la clase dirigente, ha destacado sus pasajes esenciales (7).

En "El Emilio" (1762) Rousseau aventuró que *hay en el estado civil una igualdad de derecho quimérica y vana, porque los medios destinados a mantenerla sirven también para destruirla y la fuerza pública, sumada al más fuerte para oprimir al débil rompe esa especie de equilibrio que la naturaleza había establecido entre ellos. De esta primera contradicción derivan todas aquéllas que en el orden civil*

son señalables, entre la apariencia y la realidad. Siempre la multitud será sacrificada al pequeño número y el interés público al interés particular, siempre estos nombres especiosos de justicia y de subordinación servirán de instrumentos a la violencia y de armas a la iniquidad (8).

Pero es en "El contrato social", también de 1762, que los textos se hacen más relevantes. En uno de ellos, como apunta Hassner, se plantea el problema de la "unidad de conciencia", de la reificación del grupo gobernante. *Para que el cuerpo del gobierno tenga una existencia, una vida real que lo distinga del cuerpo del Estado; para que todos sus miembros puedan obrar en armonía y responder al fin para el que fueron instituidos, necesita un yo particular, una sensibilidad común a sus miembros, una fuerza, una voluntad propias que tiendan a su conservación* (9).

Poco más adelante de este texto postuló Rousseau lo que bien pudiera tomarse por la primera fórmula de la "ley de la oligarquía" michelsiana: *De tomar el vocablo en todo el rigor de su acepción, habría que decir que no ha existido nunca verdadera democracia, y que no existirá jamás, pues es contrario al orden natural que el mayor número gobierne y el pequeño sea gobernado. No se puede imaginar que el pueblo permanezca siempre reunido para ocuparse de los asuntos públicos, y se comprende fácilmente que no podría establecerse para esto comisiones sin que cambiase la forma de la administración* (10).

En la segunda de sus *Cartas de la Montaña* precisó mejor el fenómeno de esta concentración oligárquica: *un cuerpo que actúa siempre (el Ejecutivo) no puede rendir cuentas de cada acto: no rinde más que de los principales. Bien pronto no lo hace de ninguno. Más la potencia que actúa es activa (la ejecutiva) más enerva la potencia que quiere (la legislativa).*

11 - Estos esporádicos vuelos proféticos de Rousseau no impidieron el hecho de que cuando esa democracia comenzó su curso histórico triunfal en su primera modalidad realmente viable (la vida liberal, representativa, constitucional, parlamentaria, pluralista) la vida del tema elitario se haya diversificado complicadamente, perdiendo a la vez relevancia visible en la corriente central, adquiriéndola, inesperada, en zonas heterodoxas y claramente marginales. Para Hassner, las doctrinas de la clase dirigente cabalmente tales parten de Saint-Simon y sus planteos tecnocráticos como también del pluralismo madisoniano tal como se explana en el famoso N° 10 de "El Federalista" (11) culminan con Tocqueville hacia 1830, en "La democracia en América". Es entonces, y allí, que se habría tejido la alianza tácita entre la concepción liberal-burguesa de la democracia y la de elites múltiples (política, económica, religiosa, cultural, etc) y es desde tal nivel que se accede, según Hassner, a las postulaciones actuales, centradas en el análisis de las funciones específicas de dirección de la sociedad industrial. Entre un extremo y otro, el espacio estaría ocupado por las dos etapas que representan el marxismo y la corriente de los neo-maquiavelistas Mosca, Pareto y Michels (12), y que merecerán examen aparte en este trabajo.

El esquema, sustancialmente, exacto, merece sin embargo alguna precisión y ciertos complementos. La primera ha de advertir sobre la importancia que para el tema asumieron los "socialistas utópicos", Proudhon, la primera etapa de Comte y ciertas direcciones del anarquismo y el republicanismo. Utopistas y positivistas, aparecen más o menos obsesados por la necesidad de un gobierno racional de la sociedad asegurado por grupos sociales que custodiaran y ejercieran el "valor dominante". Ello se refleja en la "omniarquía" de Fourier pero, sobre todo, en las concepciones del conde Henri de Saint-Simon que esbozó fórmu-

las, que en verdad, divergen bastante. En una instancia propuso la gestión de los asuntos comunes por parte de *los industriales más importantes* sobre el supuesto de que *quienes producen todas las riquezas poseen la fuerza pecuniaria*. En otra, sostuvo como ideal el de una sociedad gobernada dualmente por *científicos*, capaces de procurar el bien material comunitario y por *artistas*, aptos para promover el desarrollo mental del ciudadano y sus placeres y satisfacciones de índole emocional (13). En los dos casos es claro su anhelo de poner el poder de la humanidad *en manos de los que tienen las luces*.

No se cerró la línea saintsimoniana con el mismo sino que se prolongó por el contrario en quien fuera alguna vez su secretario. La concepción de la "política positiva" de Augusto Comte auna, según Bottomore, el implícito autoritarismo del maestro y el mucho más implícito de De Bonald, uno de los teóricos de la acción contra revolucionaria anterior a 1800 (14).

Tiene orígenes diversos y dirección antagónica el "minoritarismo activista" que las exigencias prácticas de la lucha fomentarian en el republicanismo místico de Giuseppe Mazzini y su concepción de la "dictadura revolucionaria" y en el anarquismo, especialmente en Bakunin. Tal vez sea factible ver la culminación de esta línea en la idea del partido revolucionario con activistas profesionalizados y especializados que plantearía Lenin en el período pre-revolucionario ruso (15).

Si estos precedentes tienen algún valor en nuestro tema, poco lo poseen, creemos, los pensadores de tipo individualista, aristocrático y heroico al modo de Carlyle, Emerson, Nietzsche y Burckhardt. Quien los trae a colación aquí, como Friedrich (16) debe ser observado de imprecisión: una cosa es la teoría de un grupo director coherente y fun-

damentalmente homogéneo; otra, la del individuo impar, "héroe" "superhombre" u "hombre representativo" por más que pueda hallarse rodeado de un séquito.

De nuevo se acercan a nuestra línea, en cambio, aun con sesgos que varían de lo científico a lo profético algunos pensadores del positivismo: Taine, Gumplowicz y sobre todo Ernest Renan. Sesgo, por ejemplo, de profecía, tiene su visión de un "gobierno de sabios" dirigiendo a la humanidad mediante el terror y legitimándose ante los demás (hay que suponer que entre ellos los mismos aterrozados) sobre el hecho de que la política, la administración, pensaba Renan, son tareas científicas y no asunto de pasión o mero parecer (17).

Carácter generalmente antidemocrático y antisocialista poseyeron, tras la etapa utopista, las teorías cuya mención hacemos. Carece en cambio de él, por lo menos ostensible, la tajante distinción entre "gobernantes" y "gobernados" que corrió, desde 1910, en la prestigiosa doctrina jurídico-constitucional de Leon Duguit (18). Volvió, inversamente, al carácter anterior, el empleo, sin tasa, que el fascismo, en especial el italiano, hizo de las ideas de Mosca, Pareto y Michels en los que, incluso, reconoció filiación.

Digamos, cerrando este trayecto, que entre 1940 y 1960 se publicó un lote de obras en las que el tema de las elites y la clase o sector dirigente asumió la fisonomía que hasta hoy conserva. De 1941 es "La revolución de los directores" ("The managerial revolution"), el "best-seller" político-periodístico del ex-marxista James Burnham. De 1953 es, el estudio de Floyd Hunter sobre "La ciudad regional" (Regional City) es de 1956 el de C. Wright Mills sobre "La Elite del Poder". En la crítica a ambos (Parsons, Dahl, Bell, Riesman, etc) los conceptos de elite, clase dirigente y afines se perfilaron de modo muy sensible. En 1957 apare-

ció en Occidente el análisis del supuesto sector dirigente socialista: "La nueva clase" que produjo el yugoeslavo Milovan Djilas. Dos años más tarde, un conjunto ensayístico ("reader") inglés compilado y dirigido por Hugh Thomas dió curso teórico a la noción peculiarmente británica de "The Establishment".

En la década que acaba de terminar se abrieron posiblemente paso análisis más metódicos y empíricos, aunque menos ambiciosos. Es el caso, con todas las reservas que puedan merecer, de "La elite política británica" ("The British political elite" 1963) de D.L. Cutsman o el de "Los que mandan", de J.L. de Imaz (1965).

Notas Capítulo V

(1) Se refiere al gobierno tradicional de los ancianos

(2) XIII, págs. 149 - 150

(3) Señala Verney que mientras Platón hablaba de la elite como entidad deseable, futura, Pareto, Mosca y compañía lo hacen como de una realidad implantada en el presente: XIII, p. 151; sobre las "castas": Louis Dumont: "Homo hierarchicus: essai sur le système des castes", Paris, Gallimard, 1966

(4) Libro I, cap. IV; Libro II, cap. II; Libro III, cap. VI y VIII; Libro VI, cap. III; Libro VII

(5) IV, p. 162

(6) XVI, p. 92

(7) IV, págs. 62 - 64

(8) "Emile", Paris, Larousse, Libro IV, p. 148

(9) "El contrato social", Madrid, Espasa-Calpe, 1923, p. 83 (libro III, cap.I)

(10) Idem, p. 91 (libro III, cap. IV)

(11) Hamilton, Jay y Madison: "The Federalist", London, J. M. Dent, Everyman's Library, págs. 41 - 48

(12) IV, p. 49; otras síntesis: I, págs. 9-10,15n; XXXIII, págs. 164-172; Gaetano Mosca: "Piccola Polémica" en Riforma Sociale, año XV, vol. XVIII, cap.IV.

(13) La primera y más conocida está en "Catecismo político de los industriales" (1823)-Buenos Aires, Aguilar, 1960, obra escrita hacia el fin de su vida (1760 - 1825) v. págs. 53-61 y 85-86; la otra pertenece a "Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporains" (1803), Paris, Felix Alcan, 1925, págs. 41-42 y 88-89. Es de notar que en la formulación de 1823, Saint-Simon identificó a "industrial" con "productor", implicando por igual en la categoría al patrono y al obrero (p.53). Les imponía actuar gratuitamente y los suponía capaces de asegurar la *tranquilidad pública* y un *gobierno barato*, valiosa meta burguesa.

(14) I, p. 15

(15) V, par. 19

(16) XII, p. 352

(17) "El porvenir de la ciencia", Buenos Aires, Americalee, 1943, esp. págs. 287-290 y "Diálogos filosóficos", Santiago de Chile, Ercilla, 1942, págs 77-78. Otras teorías elitistas del valor: v. par. 35

(18) Duguit, op. cit. en n. 5 del Cap. II

VI - MARX Y EL MARXISMO

12 - La inscripción del pensamiento marxista en nuestro desarrollo bien puede comenzar con el registro de una paradoja. Y ella se configura en la circunstancia de que si bien Marx y sus seguidores no realizaron ninguna aportación deliberada al tema de las "elites" o de una "clase gobernante" o "dirigente" no existe un solo planteo de estas categorías que no haya estado imantado por las posiciones marxistas, que no las tenga en cuenta, polémicamente -aun en forma tácita, oculta- en cada uno de los pasos de su argumentación. (1).

La causa de esta peculiar relación es clara y puede bien resumirse, sin perjuicio de todas las ulteriores y necesarias precisiones. A primera vista, Marx sólo habló de "clase dominante", la propietaria de los medios materiales de producción, sin creer necesario hacer distinciones dentro de ella en cuanto a su incontrastable poder sobre hombres y cosas. Las "elites", en caso de existir y en caso de asumir las diferentes funciones implícitas en el dominio social, serían meros instrumentos, simples ministerios de aquella categoría dominante global y tal dependencia haría innecesarios todo matiz operativo y todo clivaje sustancial de sectores.

Aun podría agregarse que, hablando en términos generales, está extendida y es muy visible la desconfianza que el

pensamiento marxista profesa hacia las nociones que estamos tratando de precisar. Tanto "elite del poder", como "clase política" o "dirigente" tienden a aparecérseles al marxismo como escamoteos ideológicos de la evidencia esencial y decisivamente importante que es la evidencia estructural y, macroscópica, por así decirlo, de la "clase dominante". La relación dual de supraordinación y subordinación, de dominio y obediencia sería (circunscribiéndonos a términos políticos, no económicos) el único dato de significación a retener. Y todo el resto consistiría en bordados destinados a disimularlos (2).

Procede, sin embargo, antes de pasar adelante, hacer dos reflexiones en cierto modo apriorísticas y terminológicas.

La primera consiste en subrayar el carácter básicamente estático de la noción de "dominio" y su notoria inadecuación, entonces, si lo que se ha de explicar es el dinamismo social, el enderezamiento de la colectividad en busca de determinadas metas que le son propuestas o impuestas. "Dirección" y "dirigentes" resultan por ello vocablos más idóneos (aunque no excluyentes) que "dominio" y "dominadores", para abarcar e inteligir el fenómeno (3).

La segunda reflexión llamará a su vez la atención sobre la naturaleza excesivamente global y masiva de la noción de "clase". Así parecería ésta resultar, cuando lo que se trata no es percibir en un corte vertical los distintos segmentos de la estratificación social, sino la forma en que cada uno de ellos -y en nuestro caso el superior- actúa. Que todos los grupos o segmentos de esta clase superior sean desigualmente activos, que estén dotados de muy diferentes capacidades de gobierno y dirección es una inferencia que se habilita limpiamente dentro del orbe del pensamiento marxista mismo. Este, por poco que se atienda a la aguda conciencia de la heterogeneidad interna y contradictoria de las

clases que Marx exhibió, por ejemplo, en sus análisis político-sociales de la Francia del siglo XIX (4), textos sobre los que el presente planteo tendrá que volver repetidamente.

Una exposición más cuidadosa del pensamiento de Marx sobre estos puntos tiene que partir inevitablemente sobre el momento que representaron entre 1840-1841 sus reflexiones sobre la "Filosofía del Derecho (o del Estado) de Hegel" y su ensayo sobre "El pueblo judío en la historia". Fue en ellas que Marx esbozó, sobre un planteo nítidamente antitético, sus ideas sobre la relación entre sociedad y Estado. El empeño de Marx apuntó en una opción en verdad decisiva, a la desmistificación de este último como esfera del Espíritu encarnado, "en sí" y "para sí", en la que el hombre objetiva su "esencia", en la que la "generalidad" se impone victoriosamente sobre todo elemento "particular" y el "interés superior" del todo planea soberanamente sobre los intereses de cada uno de los componentes. La alienación política que rinde tributo a ese *mundo falso*, a esa *representación que hace abstracción del hombre real* bajo el mendaz pretexto de *realizar la Idea* fue una de sus primeras tareas, y de las más trascendentes, de develación. Invertida la antítesis y recuperados los fueros lo terrenal, lo real y lo concreto de la vida humana frente a las pretensiones de ese "cielo" de la "generalidad irreal" en la que el hombre es "titular imaginario de una imaginaria soberanía", surgió nítido el contraste entre el "hombre real" de la "sociedad civil" (*Bürgerliche Gesellschaft*) y el "ciudadano", presunto participante de la universalidad involucrada en el Estado. Pero éste, decíamos, es "la otra vida" respecto a la terráquea, efectiva y sus decisiones presuntamente generales el embozo del querer concreto de las fuerzas sociales. El poder político es una especie de subproducto de la potencia social (5).

Al convertirse en esta forma el Estado y el poder político en manifestación del sistema social, se convierten también

en expresión e instrumento de las fuerzas que dominan el sistema social. Pero el Estado político es fenómeno moderno y el proceso de emboscamiento generalizador que su misma existencia implica se revela con excepcional claridad en contraste con etapas histórico-sociales anteriores. En la Edad Media *la sociedad civil era la sociedad política y el principio orgánico de la sociedad civil era el principio del Estado*; las clases políticas eran idénticas a las clases de la sociedad civil; en aquella *cada esfera privada tiene carácter político, la constitución política es la constitución de la propiedad privada, el contenido material del Estado es formulado como su forma* y todas las realidades sociales: propiedad, corporaciones, bienes feudales, siervos, son directamente *políticos* (6). En los tiempos modernos, inversamente, si la propiedad sigue siendo el contenido del derecho y del Estado, este contenido reside fuera -detrás- *de las formas del Estado*; el Estado material se desglosa ideológicamente de la abstracción del Estado político que emergió coetáneamente a esa otra *abstracción* que es la *vida privada*. El Estado, *cielo de la universalidad* pretende adquirir sustancia frente a la *existencia terrestre de su realidad* (7).

“Superestructura” de la “infraestructura” social determinada por las relaciones de producción y la estructura de clases por ellas determinada, el poder político es el *resumen oficial del antagonismo existente en la sociedad civil*, como lo estipularía una fórmula de “Miseria de la filosofía”, en 1845, es un *producto de la sociedad, en una determinada etapa de su desarrollo* (8), surgido de la sociedad misma y no impuesto desde fuera (9).

Fundamentales para la complejidad del sistema, de esta corriente de afirmaciones saldría la esencial tesis marxista de la instrumentación del Estado, el poder político y el orden jurídico a los intereses de la clase dominante.

Esta tesis, digámoslo desde ahora, tiene varios niveles de precisión y refinamiento. En algunos textos, por ejemplo aquél en que Marx comenta la concepción hegeliana del mayorazgo como propiedad privada independiente (10) se ve por qué sutiles modos se formalizó plenamente, en otros, como los que Engels dedicó al poder político en su famosa obra “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado” la idea se despliega en el más modesto (y a la vez ambicioso) giro de simplicidad y eficaz esquematismo (11).

Por regla general, la clase económicamente dominante, la clase más poderosa, sostuvo Engels, se convierte también en la clase políticamente dominante para la represión y explotación de la oprimida. Gestor del Estado ese sector especializado (que entrelaza este planteo más vasto con nuestro tema particular), asegura mediante su poder la división de la sociedad en clases, santifica la propiedad privada, impone el reconocimiento legal de las formas de adquirir la propiedad y el derecho de la parte poseedora a explotar y dominar a la no-poseedora (12).

Particularizando esta estructura de dominación al período capitalista y burgués, Marx apuntó en “El pueblo judío en la historia” *la contradicción de la política y el poder del dinero en general*. Puesto que *mientras la primera predomina idealmente sobre la segunda, en la práctica se convierte en sierva suya*. Y agregaba que *el egoísmo es el principio de la sociedad burguesa y se manifiesta como tal en toda su pureza tan pronto como la sociedad burguesa alumbra de su seno el Estado político* (13). Durante el período burgués, el Estado, *colocado bajo el control del parlamento -es decir bajo el control directo de las clases poseedoras- va adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de la fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase*. Se acentúa

con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del Poder del Estado (14).

De todo este mazo de aseveraciones derivarán las fórmulas que identifiquen al Estado con *la comisión ejecutiva de la clase gobernante, con un gremio creado para defender los intereses de quienes constituyen el poder* (15) o, como dice Baran, *gerencia de la burguesía*, neutro sí, entre sus fracciones siempre que éstas fueren similares en peso e importancia, aunque no ciertamente entre las diversas clases. En la primera "ecuanimidad", afirma Baran, se efectiva el valor social superior de la "igualdad"; la ideología se encargará de extrapolarla a la segunda situación en la cual, en verdad, ese valor no llega a realizarse (16).

Estas u otras fórmulas se mueven en un determinado nivel de la elaboración marxista de las nociones de Estado y de personal político gestor que no han dejado de suscitar reservas. Puede ponerse como ejemplo de esta actitud, el planteo de Nicos Poulantzas, estrictamente marxista, aunque esta afirmación pueda suscitar, como siempre es factible, su correspondiente negación (17).

Poulantzas, que se adhiere a la noción de "hegemonía" de Gramsci como más idónea que la de "dominación" (18), expone la concepción marxista clásica del "Estado de clase" tal como fue expuesta entre otros por Vishinsky, ciñéndola en los siguientes trazos:

a) especificidad institucional del Estado reducida al aspecto normativo (leyes, reglamentos);

b) el Estado como *fuerza de opresión y organización de la violencia* a disposición de la clase dominante, que lo manipula a voluntad;

c) el Estado como máquina, o herramienta o instrumento de los fines de dominación de una clase;

d) el Estado como producto de una *voluntad o conciencia de clase* concebida como *entidad abstracta y sujeto trascendente de la historia* que permite ver qué "relaciones objetivas" mantiene con las estructuras de un modo particular de producción;

e) la visión de los *intereses de clase* como *traspuestos en su expresión política institucionalizada sin otra mediación*;

f) el Estado visto como *patrimonio exclusivo de "una" clase dominante* que es *clase-sujeto* única de la *voluntad de dominación*;

g) esa clase, sujeto del Estado, es vista ella misma en sus relaciones con el Estado *como abstractamente unificada* por su sola voluntad de dominación. Una voluntad, agréguese, en la que se diluye la problemática de sus contradicciones internas.

h) la unidad interna del Estado, correspondiente a su autonomía, relativa y a su eficacia específica está inmediatamente referida a la unidad de voluntad de la clase dominante (19).

Complejo y cuidadoso es el examen que Poulantzas realiza de las tesis precedentes, a las que incrimina concurrentemente de *economismo* vulgar, carente del sentido de las mediaciones, de *voluntarismo*, en todo cuanto concibe el Estado como instrumento, y de *idealismo* (en la abstracción del Estado y la clase-sujeto de voluntad). Frente a ellos, Poulantzas sostendrá:

a) lo que considera los fueros de la *especificidad histórica* de un Estado determinado en cuanto se resisten a ser diluidos en la consideración abstracta del Estado en general (20);

b) la necesaria diferenciación o distancia entre Sociedad y Estado (20);

c) la necesidad de "mediaciones" entre el nivel económico y el nivel estatal;

d) la relevancia del "consentimiento", logrado a través de la acción de las ideologías respecto a la nuda relación basada en fuerza o violencia (22);

e) la "universalidad" expresiva e ideológica que asume el Estado;

f) la unidad interna del Estado, la especificidad del nivel político y la autonomía relativa del Estado respecto a los conjuntos económicos (23);

g) la condición del Estado de ser expresión del *sistema de relaciones* de clase y no solamente el *instrumento de una clase*. Poulantzas sostiene -y la diferencia con el Estado "gerencia de la burguesía" es abismal- que el Estado *no es la práctica política de una clase* sino la manifestación de una *sociedad dividida en clases, conjunto particular de estructuras objetivas que nacen y funcionan en relación con las contradicciones propias a un conjunto particular. El Estado político moderno no traduce al nivel político los "intereses" de las clases dominantes sino la relación de esos intereses con los de las clases dominadas* (24).

O dicho en forma más concisa: el Estado y sus gestores son manifestación de la totalidad de las relaciones sociales

en su dinamismo incesante. Cabe pensar que si se vuelve a la pluralidad de elementos que Marx enumeraba en sus textos de juventud como traspuesto directamente al nivel político antes de la emergencia del Estado moderno es dable ver cuánto más cerca se hallan estas fórmulas de su pensamiento auténtico que tantas apresuradas simplificaciones (25).

Las precedentes son, en suma, las variantes realmente esenciales en torno a la tesis capital que ahora reclamaba consideración. Pero en el curso de este desarrollo se verán las corrientes que, dentro de las posibilidades teóricas de los marcos mismos del marxismo, se ofrecen a otros problemas que tanto merecen abordarse como necesitan una dilucidación, por precaria y rebatible que ella sea. Sin perjuicio del trato que les quepa, de los argumentos aquí colacionados se puede inferir ya cuáles son. Uno es la factibilidad teórica e histórica de que el Estado y sus instrumentos, además de representar una estructura de poder, se justifiquen, se legitimen por el cumplimiento de una función que sea a la vez la base y el refuerzo de su poder (26). Otro es la posibilidad de que el Estado y su personal en su función moderadora de los antagonismos sociales asuman respecto a ellos un rol de equilibrio y compromiso bastante distinto de una función puramente impositiva. Otro, la tendencia del sector estatal y los grupos sociales con él entrelazados a alcanzar un grado variable, pero sustancial, de independencia y autonomía. A la vez, esta última posibilidad adquiere la significación de un adensamiento considerable de intereses en el sector más establemente vinculado -el de la burocracia- a la gestión estatal. También se involucra, en fin, el problema del proceso por el cual el área política; condicionada estructuralmente al sistema social, alcance un margen de autodeterminación que la haga capaz de actuar sobre sus bases y oficiar de fuerza decisoria e impulsora sobre la totalidad social (27).

Notas Capítulo VI

(1) V. la sinopsis de Pierre Hassner: IV, pág. 60. Parece útil señalar que el punto aquí planteado no debe ser confundido con el tan transitado debate causal sobre la acción de la "masa" y la "personalidad" en la historia y en el que el marxismo tiene una posición inequívoca.

(2) V. par. 18 "in fine" y 23 (Observaciones de Sweezy a Mills)

(3) V. par. 53. Aron - VI, p. 460 - observa que para Marx resultaba natural la identidad de las dos series de términos.

(4) V. par. 63

(5) V. XIX, XX y XXI

(6) XVII, págs. 84 y 95; XVIII, págs. 18 - 38, 40 - 43, 81 "et passim"; XX, págs. 118 - 119; XXII, págs. 19, 34 - 37, 46, 62.

(7) XVIII, págs. 43 y 90 -91; XXIII, págs. 58 - 59

(8) XVIII, págs. 42 - 43

(9) XXVI, p. 204; XLVIII, págs. 127 -128

(10) De la idea de Hegel sobre el mayorazgo como propiedad privada independiente deduce Marx: "Hemos visto que el mayorazgo es la abstracción de la *propiedad privada independiente*. A esto se relaciona una segunda consecuencia. *La independencia, la autonomía* en el Estado político (...) es la *propiedad privada* que, en su mayor desenvolvimiento se presenta como propiedad *inalienable de la tierra*. La independencia política no surge *ex-proprío* sino del Estado político, no es un don que concede el Estado político a sus miembros, no es el espíritu que le anima, sino que los miembros del Estado político, reciben su independencia de un ser que no es el Estado político, de un ser del derecho privado abstracto, de la *propiedad privada* abstracta. La independencia política es un accidente de la propiedad privada y no la sustancia del Estado

político. El Estado político y en él, el *poder legislativo* es el misterio revelado *del verdadero valor* y del *verdadero ser* de los momentos del Estado. La significación que la *propiedad privada* tiene en el Estado político es su significación *esencial*, su significación *verdadera*; la significación que la *diferencia de clase* tiene en el Estado político es la *significación esencial* de la diferencia de clase (...) El Estado político es *el espejo de la verdad* para los diferentes momentos del Estado *concreto*." Por lo tanto, si la "propiedad privada independiente" tiene en el Estado político, en el poder legislativo, *la significación de la independencia política, es la independencia política del Estado*. La "propiedad privada independiente" o la "propiedad privada real" no es entonces únicamente el "sostén de la constitución" sino que es la "**constitución misma**" (XVIII, págs. 133 - 134).

(11) XXVI págs. 129; 203 - 209. Engels enumeraba entre las condiciones necesarias para la existencia del Estado: la destrucción de los vínculos de organización gentilicia, el incremento de la riqueza con correlativos y grandes desniveles de fortuna, una valorización suprema de ella, antagonismos y conflictos de clase y sistematización del ejercicio de la violencia (XXVI, págs. 129, 174 y 204). De ahí nacería el Estado con los cuatro elementos que menciona: división territorial, existencia de una fuerza pública, sistema de impuestos y deudas y erección de una autoridad situada por encima de la sociedad y aureolada de respeto (*idem*, págs. 205 y ss.).

(12) XXVI, págs. 203 - 209

(13) XXII, págs. 15 - 16

(14) XX, págs. 59, 88, 117; XXI, págs. 74 - 76; 78 -79; 82 - 83

(15) XXXIII, págs. 170 - 171

(16) Paul Baran: "La economía política del crecimiento", México, Fondo de Cultura Económica, 2a. edic., 1961, págs. 114 - 115. En su interesante ensayo Hinkelammert desglosa, en la estructura de dominación que simboliza el Estado: 1) el sistema de valores

del que saldrá la determinación del lugar social de la clase dominante y la legitimación del poder estatal represivo; 2) las relaciones sociales de producción y 3) la coordinación de la división social del trabajo, punto de su particular insistencia (XXVIII, págs. 122, 146). También (idem, págs. 133 - 134) distingue dos niveles en la relación entre poder y clase dominante: a) el nivel de la estructura misma "que garantiza la forma en la cual la clase dominante surge". Aquí se trata de las relaciones sociales de producción y de las normas de propiedad de un sistema dado"; b) el segundo tipo o nivel es representado por "el aprovechamiento del poder de la clase dominante para someter ciertos sectores de la sociedad entera a intereses de grupos particulares", es el "aprovechamiento del poder estatal a favor de algunos grupos" (o empresas).

(17) V. XXVII

(18) El concepto de "hegemonía" de Gramsci (ya utilizado por Plejanov) supondría un poder mayor y más decisivo (tal vez también más persuasivo) pues involucra la imposición de una ideología y el logro de un "consentimiento condicionado" más que la dominación estricta (XXVII, págs. 43 - 44)

(19) XXVII, págs. 44- 46

(20) XXVII, pág. 46

(21) XXVII, págs. 54 - 55

(22) XXVII, p. 69

(23) XXVII, p. 65

(24) XXVII, p. 50

(25) Hinkelammert, concurrentemente, afirma que el poder dominante está determinado por el "sistema de clases" que decide los "marcos de autonomía de cada sector social" y no por esa clase capitalista que se supone que "puede hacerlo todo" aunque si

pueda, ciertamente "inmiscuirse" en los demás sectores.

(26) Ap. C

(27) Ap. D

VII-LOS NEOMAQUIAVELISTAS

13- Aunque pocas direcciones del pensamiento político-social hayan sido más drásticamente revisadas que la que Gaetano Mosca (1858-1941), Vilfredo Pareto (1848-1923) y Roberto Michels (1876-1936) representan, no hay, empero, historia posible de las categorías dirigentes que pueda evitar pasar por ellos y quedar libre de la marca que, a derechas o a torcidas, le imprimieron.

Mencionarlos juntos no implica, en su caso, fabricar una de esas tantas constelaciones arbitrarias con que el pensamiento histórico identifica lo frecuentemente heterogéneo. Y esto no sólo por la sustancial identidad temática y perspectiva que los aúna sino por la propia conciencia que los tres tratadistas tuvieron de la acción fecundante que las teorías de los otros ejercieron en las suyas propias (1).

Michels y Pareto actuaron con cierta plurinacionalidad no común en su tiempo; el primero desarrolla su obra en Alemania e Italia, el segundo en Italia y Francia. Los tres participan del ambiguo honor de aparecer como precursores y/o teóricos del fascismo, cuya variante italiana la vida de Pareto no alcanzó cabalmente; Michels prestigió aceptando de manos de Mussolini el rectorado de la Universidad de Perugia y Mosca más bien se limitó a sufrir, viejo "senador del Reino", en el ocaso de una larga carrera universitaria. Los

tres, por fin, pero sobre todo Mosca y Pareto, participan de una extensa mala reputación ganada por *el cinismo* de muchas de sus opiniones, como lo ha registrado en el caso de Francia Raymond Aron (2).

Los "maquiavelistas" como suele designárselos tras el libro tan difundido de Burnham (3) partieron en realidad de ese contraste tan sólido como elemental (y ya registrado en este planteo) (4) que se da entre el sistema de normas democráticas que profesaban casi todas las sociedades europeas del 900 y la realidad efectiva de los procesos de poder dentro de ellas. Destruir implacablemente la convicción ingenua de que las mayorías se gobiernan por sí mismas no resulta tarea difícil ni en aquel tiempo ni el nuestro; ya Rousseau, como se ha recordado, había dicho lo principal. Pero de esta convicción, en cada tiempo y desde cada perspectiva social pueden extraerse consecuencias muy disímiles; las que dedujeron Pareto, Mosca y Michels están marcadas tanto por el peculiar entendimiento que de "la crisis de la democracia" tuvo el novecientos, como por las condiciones político-sociales en cierto modo comunes de Alemania y de Italia (5).

14- Varias veces reelaboró Mosca, a lo largo de su dilatada gestión profesoral y parlamentaria las ideas capitales que le dieron nombradía (6).

La argumentación fundante de su *clase dirigente* o *clase política* resulta de la evidencia de que en toda sociedad ya se gobierne en ella en nombre del pueblo, en el de una aristocracia o en el de un soberano- aquellos que gobiernan - sean quienes fueren los que lo hacen -constituyen *una minoría* ("minoranza") de *gobernantes* que tiene bajo ella una mayoría de *gobernados* que no participan en absoluto de la tarea de dirección. La "máquina gubernativa" siempre se en-

cuentra en manos de los primeros, *clase especial de personas* en minoría numérica que son, concretamente *el gobierno*, hipótesis y formulismos a un lado. Si esto es obvio en regímenes constitucionales basados en la "voluntad del pueblo", menos lo es- y aquí comienza tal vez la originalidad del planteo- en el de lo que Mosca denomina "monarquía absoluta" y el lenguaje político actual designa más genéricamente como "monocracia". Pues aun en esta circunstancia, si se ponen a parte rarísimas excepciones de personalidades sin parangón es también una minoría -limitada pero considerablemente plural- la que manda en nombre del monarca absoluto o monócrata (7). El ejercicio del poder trae anejos múltiples beneficios que sobre la minoría refluyen; el mero sufrirlo o estar sujetos a él priva en absoluto de ellos.

El valor interpretativo de la categoría acuñada era, según Mosca, elevadísimo. Sólo el perfecto conocimiento de esta *clase speciale* o *política* y de las diferencias posibles de su composición haría posible una clasificación verdaderamente científica de los regímenes políticos; éstos, recíprocamente difieren en cuanto sea divergente el proceso de formación y funcionamiento de sus clases dirigentes (8).

¿Qué clasificaciones permiten, según Mosca, el ingreso al grupo privilegiado? Creía, para comenzar, que aquellos que formaran la "clase política" no podían ser *constreñidos* a gobernar sino disponerse a ello. Pero, al mismo tiempo, tal empuje sólo sería exitoso en el caso de poseerse una *superioridad* -mérito, cualidad- que significara fuente social del prestigio de la "clase política" y de cada uno de los investidos en ella (9). El análisis de cada una de las fuentes de prestigio que Mosca realizó en su obra juvenil abunda en pasajes de feliz sutileza como la que caracteriza sus observaciones sobre *el valor militar*, primer tipo histórico del mérito (10), seguido por *la riqueza*, especialmente la "riqueza territorial", *el nacimiento* (en cuanto implica fortuna, re-

laciones, adquisición de conocimientos y hábitos de mando) y el *mérito personal*, cuarto y último de los criterios calificativos considerados, cuya significación incrementaron tanto razones ideológicas (*sentimientos de igualdad y de justicia social*) como razones técnicas y científicas derivadas de la creciente complejidad de las funciones sociales (11).

Esta legitimación del mérito o *superioridad de índole moral* no sería capaz de triunfar de la *fuerza bruta del número* si no estuviera respaldada por el poder formidable de la *organización* frente a la mayoría desorganizada. En los proemios de la edad histórica de la "organización", Mosca concluyó que esta relación de supraordinación y subordinación no es resultado de ningún azar: la minoría es irresistible por lo mismo que está organizada pero el hecho mismo de su minoritarismo es el que permite tal organización (12).

Una minoría organizada, omnipresente según se vio antes aun en los sistemas formalmente monocráticos, representa la constelación humana de *un séquito* capaz de gobernar entre los extremos, irreales en cuanto tales, de un mandatario que impusiera sus órdenes por medios coactivos y un inmenso resto-la sociedad entera- en estado de subordinación igualitaria (13).

Poco antes se hizo referencia al factor "reconocimiento de la superioridad". El poder de la clase dirigente puede ser más o menos legal y consentido, más o menos arbitrario y violento. Pero en cualquiera de estos extremos- aunque en grado variable- la mayoría acepta, voluntaria o involuntariamente, su subordinación. Mosca llamó fórmula política al elemento necesario de justificación de todo poder que pretenda ser estable. Se trata, pensó, de una justificación abstracta de una situación de hecho, lo que hace que pueda no ser más que *una pura y simple mistificación*. De cualquier manera, suponía, tiene importancia y merece ser tomada en

consideración. *Es propio del carácter humano querer creer que se obedece más bien a un principio abstracto que a una persona*. Los cambios que sufra la fórmula política representan, por ello, un indicador valioso de los cambios que sufre la "clase política": simplemente hay que traducir sus elementos abstractos a elementos de hecho (14).

La posibilidad de imponer la *fórmula política* es uno de los muchos recursos que a la minoría da su poder de manipular a las masas por la *astucia* y la *elocuencia*, función que cumple un personal político subordinado a su vez a los magnates de la finanza que representan, en las sociedades contemporáneas, la verdadera potencia económica (15). Aguda percepción tuvo Mosca de la interacción entre lo político y lo económico. El poder produce riqueza y la riqueza, poder. Lo segundo ocurre- ya lo veía Mosca- incluso en los sistemas democráticos, en los que si es común resistir la elección del rico (los Estados Unidos son una excepción ostensible a esta tendencia) éste es muy capaz de influir por variadas vías sobre el electo pobre e instrumentarlo a sus fines (16).

Todo se configura en una realidad extremadamente móvil en la que Mosca, ya en su planteo de 1884, advirtió un activo fenómeno de *circulación* de clases dirigentes, señalando que el dinamismo social decide por lo regular que fuera de los legalmente habilitados para mandar por "*la fórmula política*" se forme otra clase en actitud de contestación y ésta acceda al fin, sea como fuere, al poder (17).

Basada sobre el principio ya visto del "mérito" implicado en el nacimiento, es ley general de toda clase dirigente tender a devenir hereditaria, de hecho sino de derecho. Hay una *fuerza social de inercia* que así lo quiere, incluso en las estructuras nominalmente democráticas. Pero, planteada la situación en estos términos, parecería inevitable (Mosca ob-

servaba) que si nos atuviéramos a los principios de la evolución tal cual los había difundido el darwinismo - de tan enorme influencia en su tiempo- la trasmisión hereditaria de los "caracteres adquiridos" que hacen idóneos para el mando y la función directiva no haría sino reforzarse con el curso de las generaciones. Lo que iría, como es obvio, suscitando una estructura social cada vez más estática, más cristalizada.

Si ello no ocurre así, es debido a la emergencia de nuevos factores y fenómenos de novedad. Pueden presentarse bajo la forma de exigencias inéditas, de desafíos no conocidos, de imprevistos estímulos. Una nueva fe religiosa, una nueva forma de riqueza (no se mencionan entre estas variedades los cambios de las ya existentes) son dables de asumir tal significación. Son hechos nuevos, que la vieja clase dirigente no es capaz de afrontar y cuyo impacto decide por eso mismo, su caducidad. Es la destrucción "desde dentro", diríase, que también posee su correspondencia con la eventual destrucción "desde fuera" bajo el golpe de invasiones y conquistas. Nuevas cualidades morales e intelectuales permitirán ajustarse a las nuevas situaciones y estas cualidades también serán heredables. Hasta que un nuevo ciclo de ascenso y decadencia sea completado y así indefinidamente (18).

Bottomore opina que Mosca se situó muy cerca de Marx en su explicación de los factores sociales que explican la emergencia de nuevos sectores dirigentes aunque también admitió, al revés de su antecesor, significativas causas psicológicas de ello (19). También Bottomore registra el paralelismo ostensible que se da entre la concepción de Mosca y la de Pareto, que poco más adelante se examinará. En ambas el monopolio de la capacidad de mandar por parte de los gobernantes legales se ve controvertido por el ascenso de nuevas capacidades que emergen desde los estratos ba-

jos de la sociedad con la consiguiente promoción de antagonismos y conflictos. Destacable es especialmente, opina el sociólogo inglés, la ambigüedad de Mosca en toda esta área de fenómenos sujetos a explicación. Pues si, por una parte, insiste en la unilateralidad de la interpretación económica y destaca, como Weber lo haría más tarde, la importancia del impacto de las ideas morales y religiosas en el cambio social, en puridad casi no recurre a factores psicológicos individuales como clave explicativa considerándolos *producidos frecuentemente por circunstancias sociales* (20).

Dominante, amenazada o emergente, Mosca destacó con sensatez en su "clase dirigente" o "política" su alto grado de heterogeneidad interna y una clara variedad de estratos. Concentró sobre todo su interés en señalar cómo siempre se da en tales estructuras un nivel de dirigentes máximos y otro de dirigentes medios, encargados más que de otra cosa en la imprescindible función de comunicación entre el tope y la masa.

Tales son las ideas capitales de Gaetano Mosca sobre cuyos aspectos positivos y negativos poco más adelante se volverá. Desde ya puede adelantarse, sí, que es común el juicio, expresado agudamente por Gramsci sobre la índole de "puzzle" o rompecabezas que la categoría misma implica (21), y la indecuación global del concepto en sus dos elementos capitales de "clase" y "política" (22). En realidad, durante su larga carrera intelectual y sobre todo con posterioridad a su experiencia con el fascismo, Mosca atenuó muchos de los ingredientes más agudos o provocativos de su concepción. Por ejemplo, como Meisel destaca, sólo en su crítica a Marx recurrió Mosca a un contraste violento entre "masas" y "minorías", prefiriendo por lo habitual ver atenuada la dicotomía por la operancia de otras fuerzas sociales o por la unidad de valores profesados en la sociedad global, a la vez que igualmente tendía a ver su "clase política" en alguna medi-

da "representativa" y no gobernando sólo por la seducción y el fraude (23). También el periodo final de su vida bajo el poder mussoliniano le habría llevado a una apreciación más justa de la influencia posible del sistema democrático en la pluralidad de grupos dirigentes y en la positividad de que éstos tengan que controvertir por el voto público (24).

15- No es muy claro el deslinde ni el cotejo entre las ideas recién expuestas y las que articuló en su obra Vilfredo Pareto. Suele afirmarse que la "clase política" o "dirigente" de Mosca importa una categoría básicamente *política* y la noción de un *grupo real*, en tanto la "elite" de Pareto poseería significación esencialmente *psicológica* de índole estrictamente *estadística* (25).

Ya se han marcado, por otra parte, los estrechos contactos que existen entre la concepción que Mosca tenía de la renovación de su "clase política" y la que Pareto profesaba respecto a la "circulación" de su "elite", así como lo que pueden tener de exagerados juicios del tipo del de Meisel. También apuntamos que la conciencia grupal de deudas recíprocas, fuerte en los "neo-maquiavelistas" era más borrosa en Pareto que en sus compañeros (26). Pero como se ha considerado a menudo a Pareto un plagiaro de Mosca, resulta equitativo registrar de nuevo la opinión de Meisel de que si bien Pareto le debe mucho a este último, se halla muy lejos de la condición de poder ser considerado un simple plagiaro suyo (27).

16- De una manera básicamente confusa y aun variable según las diversas oportunidades en que lo reformuló, Vilfredo Pareto consiguió darle a su concepto de "elites" una vigencia que ha vencido ostensiblemente lo precario de su sustento.

En su "Curso de Economía Política", en su "Tratado de Sociología general" (1915-1919) y en "Les systèmes socialistes", en especial (28) Pareto caracterizó como elites aquellos grupos constituidos por los individuos más capaces en cada rama de la actividad humana. *Formemos una clase con aquellos que tienen los índices más elevados en la rama en que despliegan su actividad y demosle a esta clase el nombre de elite* (29). Es desigual la distribución de la riqueza y de las aptitudes humanas, lo que hace que tanto con aquella como con cada aptitud especial puedan formarse diferentes jerarquías y ver los topes de cada una de ellas ocupados por diferentes personas (30).

Los que se sitúan en las cimas de esas jerarquías deben luchar con la masa de los menos capaces para llegar a la primacía. Pero esto, que ya roza el tema del dinamismo de las elites, es también el proemio de un cúmulo de oscuridades.

Pues nada más vago, oscilante, que la concepción que Pareto profesaba de su "elite" (ya se decía). Por una parte, la concibe del modo antes indicado: los más destacados en cada rama, según noción esencialmente "estadística". Por otra parte, la ve también como "grupo" real y este grupo a su vez como "grupo gobernante" y como "grupo no gobernante" (31). A todo lo largo de su obra oscila, en verdad, Pareto entre los extremos de Mosca (un grupo de dirigente concreto, real,) (32) y esa "elite estadística" tan similar a las "elites funcionales" del pensamiento contemporáneo (33). Y el primer extremo, a su vez, desplegándose entre una variante de grupo gobernante formal y otra de grupo no-gobernante (34); Pareto concibió, se ha señalado, la idea de una curva de riqueza y la de una curva de poder que tenderá aun a coincidir (35). *Si se dispone a los hombres según su grado de influencia y de poder político y social en ese caso, en la mayor parte de las sociedades, serán los mismos hombres los*

que ocuparán el mismo lugar en esta gráfica ("figure") que es la de la representación de la riqueza (36).

Poco queda en claro de esta parte de la construcción parretiana como no sea la afirmación de una tajante división social de una cara superior o elite (término que habría aquí que usar en plural) y una clase extraña a la elite (37), de una drástica diferenciación - a lo Mosca- entre *gobernantes y gobernados* (38). Una semejanza con otra visión es la de aquel sector superior (enseguida se verá por qué) en *movimiento continuo* (39).

Las formas y factores de este movimiento intraelitario y aun del más trascendental entre el nivel de las "elites" y el resto de la sociedad llevó en Pareto, como es fácil suponerlo, las marcas de todos los equívocos implícitos en el anterior planteo. Sin embargo su teoría de la "circulación de las elites" es seguramente lo mejor conocido y lo más influyente de su pensamiento social.

La proclividad de las "elites" dominantes a perpetuarse en el poder alcanzado, constituyéndose en oligarquía y transmitiéndose hereditariamente representaba para Pareto una de esas verdades históricas casi axiomáticas. Pero constituye también ley que las "aristocracias" no duren (40) y uno de los temas predilectos de su sociología fue el estudio de los procesos por los que opera esta *circulación*, como la denominó (41). Si el ritmo de la circulación se entelecece, se incrementan los *elementos degenerados de las clases que poseen todavía el poder* y los *elementos de calidad superior de las clases todavía sujetas*. El equilibrio se hace cada vez más inestable y se rompe, al final, por fenómenos de conquista o revolución (42). Había razones biológicas, creía Pareto, en este curso de decadencia y renovación (43) aunque también operarían factores psicológicos (44) y otros de índole ideológica y/o estrictamente social que adquirirían gran

relevancia en el desarrollo de ciertas elites conscriptas por cooptación o algún procedimiento semejante, como sucede con el clero católico (45). Lo cierto es que *la historia*, como lo dijo en fórmula famosa, *es un cementerio de aristocracias* (46).

Como anota Bottomore, también en esta parte de su discurso social la ambigüedad preside el fenómeno de la "circulación", que puede significar por un lado, el ascenso de individuos desde el estrato bajo al alto o la inversa; por otro, la degeneración global de las "elites viejas" y su reemplazo por las nuevas (47).

Muy divulgada fue también, y pese a su rechazo actual desempeñó un rol importante en el crecimiento la psicología social, la teoría de las "cualidades" y medios por los cuales las "elites" se imponen y logran la fluidez circulatoria que habilite los reemplazos. La causa fundamental de tal fenómeno creyó Pareto relevarla en las características psicológicas tanto de los miembros de la elite "gobernante" como de los de la "emergente", tal cual resultaban de determinadas fuerzas que llamó "residuos" (48). Entre los residuos destacó dos: el residuo de *persistencia de los agregados*, del que derivaría la tendencia al gobierno coactivo, al uso de la fuerza, y el residuo de *las combinaciones* que daría origen a las prácticas del gobernar por medio de la astucia. En su pretensión de querer insertar todas las actitudes políticas dentro de estos dos moldes, elaboró, en calidad de derivados, los dos tipos opuestos del *gobierno de especuladores* y el *gobierno de rentistas* que resultan, como se ha observado, un simple "travesti" de la política de los "leones" y los "zorros" de Maquiavelo con más aparato científico (49). En tanto una "elite", una "aristocracia" se hallan "en forma" y el equilibrio social es estable, la mayoría de los individuos que las componen aparecen eminentemente dotados de ciertas cualidades que, buenas o malas, aseguran el poder (50). En

condiciones de equilibrio, los miembros de cada elite llevan una especie de etiqueta que es presunción de competencia, pero como hay muchas de estas etiquetas que se logran hereditariamente, la historia de los desfases entre la apariencia y la sustancia es también la historia de los dinamismos de decadencia y renovación (51).

¿Posee el fenómeno de la herencia este único impacto rectificador sobre la totalidad de la teoría?. Duverger sostiene que la visión de Pareto sólo sería aceptable en una sociedad socialista y en un tipo de organización en el que las elites ocupantes tienen inflexibles límites y dificultades en sus propósitos de perpetuación. Inversamente: tanto en la sociedad tradicional como en la capitalista, la herencia asegura un margen tal de perpetuación que toda la teoría paretiana se hace básicamente irreal (52).

Desde aquí pueden amontonarse las críticas, que han sido especialmente implacables con su obra. Más aún que Mosca, Pareto ha sufrido el juicio de que suyo *no hay (...)* ni un sólo texto que se tenga en pie y de que sus afirmaciones más ciertas no pasan nunca de ser cosa *trivial y tautológica* (53), pleonástica.

La falta de prueba de toda su construcción ha recibido incriminaciones de las que puede ser ejemplo Bottomore. Es suya la aseveración de que Pareto no explica en modo alguno haber llegado a su tipología de "rentistas" y "especuladores" por cambios psicológicos independientes de la variación de las condiciones raciales, ni justifica que no existan otros tipos, ni describe psicológicamente los que acuña, ni explica por qué método llegó a establecerlos, ni da prueba histórica de ellos, ni demuestra cómo el ascenso o descenso de individuos o grupos sociales se vinculan unos con otros, ni da razón de por qué la elite gobernante sobrevive o es sustituida revolucionariamente por otra, ni establece una

tipología de esos cambios, ni enfrenta siquiera cuáles pudieron ser las causas para que un sistema de castas como el de la India pudiera durar siglos contra todas las deducciones factibles de su teoría, etc., etc... (54).

Agréguese a esto, el conservatismo implícito de una visión muy cerrada sobre el equilibrio social, al modo de los "funcionalistas" cuyo precursor ideológico y científico se dice que fue (55). Toda su concepción se reduce al fin en un ciclo interminable de elites afirmadas, o renovadas, o sustituidas, pero siempre gobernando sobre la masa, sin contemplar nunca la eventualidad de transformaciones en la estructura social, sin preguntarse por la existencia de cambios en la relación entre masa y "elites", sin otras variaciones en la perspectiva ideológico-cultural de estas últimas. De esa raíz deriva su pesimismo histórico (un pesimismo muy fácil) que sostenido en su misma posición social, le hizo concebir cualquier revolución eventual como un simple reemplazo de elites. Un reemplazo que, aunque pudiera importar a corto período un mejoramiento de las condiciones de la masa, nada aseguraba en él que, a la larga, su minoría dominante no pudiera ser más astuta o más brutal que todas las que le precedieran (56).

Más serios son todavía, pues se refieren a la idoneidad del instrumento categorial mismo algunos trazos ya apuntados de su concepción de las elites:

a) la debilidad de su explicación psíquico-antropológica de la estratificación social y del tope elitario, muy ostensible cuando se trata de explicar la "elite de la riqueza" pero, a su vez vulnerada por la importancia concedida a la riqueza misma, como criterio de estratificación y por el subrayado de la coincidencia entre la jerarquía establecida por ésta y las jerarquías de aptitud y de función;

b) la confusión, que lo anterior hace claro pero que es aún más general, entre los topes de estratificación social determinados por el poder económico y los topes funcionales o de aptitud;

c) la confusión entre funciones sociales y estratificación socio-económica ("elite" vs. "clases");

d) la identificación desaprensiva de "elites funcionales" con "elites del valor biológico";

e) la inadecuación radical de los criterios psíquicos para explicar la circulación social en cuanto alcanzan o implican a la estratificación de clases y aun a las elites de índole claramente hereditaria.

f) la oscilación permanente entre la concepción estadística-individual y social de la "elite" y su concepción como grupo social-real, político y gobernante.

17- El más tardío de los tres neo-maquiavelistas y el menos ostensible, Roberto Michels es también el que ha legado al pensamiento social un aporte a la vez más circunscrito y más sólido. Con su obra "Los partidos políticos: estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna" (la edición alemana: 1911; la inglesa : 1915)-(57) realizó una contribución sustancial, que se suma a la algo anterior de Ostrogorski al conocimiento de una realidad -los partidos políticos de masas- virtualmente inexplorada hasta entonces. Pero su dilatado examen sería menos recordado si en él no hubiera formulado su famosa "ley de hierro de la oligarquía" que obraría en los partidos y prácticamente en todas organizaciones sociales siempre que-puesto que es ley de índole "tendencial" -una vigilancia muy activa y unas contramedidas muy eficaces no pugnasen sin cesar por cancelarla. Es tan persuasiva, aún hoy, su demostración,

que todo el debate sobre la "ley" ha de centrarse forzosamente en torno a la cuestión de si en contexto político-social distinto a aquel de que Michels la dedujo, la tendencia oligárquica mantiene su misma fuerza y es tan universal como él lo supuso.

La posibilidad de que entre las organizaciones afectadas por la "ley de hierro" se halle el Estado, la sociedad política misma, confiere a la tesis michelsiana una dimensión política mayor. También desborda por ello su significado crítico de los partidos socialistas europeos de la primera preguerra, transformándose en una drástica revisión de la ideología igualitaria y los principios representativos en que estaban -y están- asentados los regímenes democráticos pluralistas de Occidente. Por esta vía se sitúa de pleno derecho tanto en la dirección común de los neo-maquiavelistas como en el centro problemático del desarrollo que estamos siguiendo.

Brevemente compendiado el contexto de la "ley de hierro de la oligarquía" estaba representado por el proceso de burocratización y aburguesamiento que estaban sufriendo hacia la primera década del XX los poderosos partidos socialistas europeos y, en especial, el alemán. Pero a estas condiciones deben sumarse otras que son el peso mismo de las necesidades de la "organización" y del "agrandamiento" dimensional, el impacto del enriquecimiento de los partidos y las redes sindicales, nutridas por una caudalosa corriente de cuotas, el proceso de "ablandamiento" de los jefes políticos y gremiales por obra de las responsabilidades del poder político- en el que frecuentemente coparticipaban - y por los contactos con los sectores políticos burgueses y la creciente identificación con ellos en modos de vida, estilo y nivel económico. Súmese todavía a lo anterior el efecto de la irrupción masiva de núcleos pequeño-burgueses y, sobre todo, intelectuales dentro de las organizaciones políticas y

gremiales de la clase obrera, pero también las mejoras económicas logradas por la masa trabajadora a través de la lucha de sus organizaciones y aun las ventajas -concretas, materiales- que las organizaciones mismas brindaban a sus integrantes. La influencia de los dos últimos factores se acrecia, según Michels, por la operancia dominante de móviles pequeño-burgueses, "bienestaristas" de su acción. Al conjuro de estas fuerzas y fortalecido por las tendencias implícitamente conservadoras de toda organización, el partido y los sindicatos se convierten en un "fin" (tras haber sido un "medio"), prolifera el espíritu burocrático y se pierden los móviles ideales e, incluso, la más precaria perspectiva internacional del movimiento. El curso de los sucesos le pareció a Michels casi fatal y aún mayor su calidad de irremontable si se tiene en cuenta su observación de que las tendencias a la oligarquía eran más fuertes de lo común en las organizaciones de población de bajos ingresos (58).

A la distancia -sesenta años- que hoy nos separa de la obra es factible aún dibujar parámetros más amplios al espacio en que Michels vio la acción de su "ley de hierro". Son los que representan el período inicial de la crisis del capitalismo, una nación económicamente próspera en la que predominaban tradicionalmente comportamientos sociales centralistas y autocráticos y "last, but not least", un momento bajo, difuyente y controversial de la evolución del marxismo. Pues explícitamente Michels admitió que una teoría *enérgica* como él, sólidamente internalizada, podía amortizar muchas de las tendencias que llevaban a la primacía oligárquica en todas las organizaciones (59).

Antes de esbozar la famosa ley digamos que la concepción michelsiana de una "clase política" (como en general la denominó (60)), adolece de las mismas variantes y flaqueces que se han anotado anteriormente en los casos de Mosca y Pareto. Habitualmente tendió a verla como una

realidad tridua-política, económica, intelectual y aun eventualmente plural en cada uno de estos niveles (61). El dinamismo social y el interno del área dirigente puede decidir que cada uno de los tres sectores llegue a tener su momento de hegemonía dentro de una categoría, ahora unitaria, llamada *clase política* (62).

Para precisar un poco más la visión de Michels cabe decir que los tres segmentos que componían la clase política se peculiarizaban: *el político en el sentido de una voluntad enérgica*; *el económico* (aparentemente no necesitado de especificación) y *el intelectual que trabaja con palabras, Símbolos y ciencia*. Los tres círculos que constituyen poseen, pensaba Michels, *puntos de intersección y conexiones lógicas y sociológicas*. *De los caminos que llevan a la penetración en la clase política los más directos y rápidos son la riqueza y el dinamismo político* (63).

Marcados por su incómoda situación bajo el fascismo, se hallan los juicios sobre la función de la clase dirigente intelectual *función indispensable del gobierno* aun en los movimientos de tipo más agresivamente antintelectual (64). También lo están sus consideraciones sobre una clase política que se forme fuera del círculo tradicional hereditario o plutocrático en cuyo caso, centrado en torno a un "líder carismático" *la base de la categoría político-volitiva descansa en el anhelo vehemente de autoridad, en una fe indomable y en el coraje físico* (65).

Michels rotuló como "ley de hierro de la oligarquía" la tendencia de los dirigentes de todas (factiblemente) las organizaciones a fraguar en grupo cerrado, autosostenido y estable, profesional y concretamente retribuido por su posición en el tope. Este impulso se vería facilitado por diversos factores de superioridad. Uno: la superioridad de educación y conocimientos y, sobre todo, de experiencia que la

misma profesionalización concede. Otro: la que brinda la total dedicación a la función y la práctica insustituibilidad por razón de competencia que esa dedicación provoca. Un tercero consistiría en el control de los canales por los que fluye la comunicación interinstitucional y la posible expresión de la voluntad de las bases (incluida eventualmente en ella la del propio descontento) En este rubro, Michels subrayó la importancia del uso de la prensa partidaria tanto para fines de prestigio como para ocultar hechos o vetar cualquier discusión no querida, y también cabe decir que en el control de estos canales de comunicación se halla lógicamente implícito el manejo de los procedimientos de renovación periódica y su transformación en prácticas de veto, cooptación y aun nepotismo.

Todo este cuadro no sería posible sin el otro término dicotómico: es el de las bases, generalmente amorfas y pasivas, respetuosas de los líderes aureolados, ya carismáticamente, ya retribuidos por vivos sentimientos de gratitud por lo logrado para todos. Sin embargo si pesan tales actitudes la "ley de hierro" surge con más nitidez aún del contraste entre dirigentes "full time" y decisivamente interesados en su rol y el bajo grado de participación (o la participación parcial, discontinua, desmayada) que incluso en las mejores condiciones se logra de esas bases.

En el curso del proceso los líderes -aún los de más limpia tradición combativa y revolucionaria- sufrirían inexorablemente cambios y se harían presentes comportamientos, impulsos y sentimientos de impacto concurrente: autoritarismo, apetito de poder, desfibramiento de los móviles ideales, aferramiento al cargo en y del que se vive, vanidad, etc. Pero Michels no es "psicólogo". La "ley de hierro de la oligarquía" surgiría de las necesidades implícitas de la organización, la administración y la estrategia de las instituciones; el "determinismo psicológico" no haría sino com-

plementarlas y son las primeras las decisivas: la necesidad de personal especializado; la necesidad de división funcional y de liderazgo; la imposibilidad del "gobierno directo" apenas crecen las organizaciones más allá de cierta medida; la urgencia de un mínimo (alto mínimo) de obediencia y disciplina que permita responder con unidad de acción, rapidez y eficacia a los desafíos de luchas a menudo enconadas.

Con cauto espíritu científico, estudió Michels, tras formular lo esencial de su "ley" las posibles limitaciones o constricciones que pudieran moderarla y no fueron muchas las esperanzas que le hicieron concebir los remedios entonces ortodoxos: "referendum", el anarquismo, el sindicalismo, el "renunciamento" al viejo estilo de vida, cuando procedía. Más efectivas, más situables también en una especie de "última ratio" de los conflictos sociales, le parecieron las limitaciones involucradas en las luchas entre los mismos líderes por afirmarse en el poder y aún la válvula de seguridad -ley histórica también- consistente en que cuando las clases dominantes u oligarquías fuerzan las relaciones sociales hasta un punto de ruptura, las masas aparezcan en escena y terminen (tal vez para volver a empezar el ciclo) con el poder de las capas favorecidas (66).

18- Al cabo de este desarrollo relativamente dilatado de las posiciones de los neo-maquiavelistas que no ha ahorrado, por cierto, reflexiones críticas, bien puede abreviarse el ineludible balance general.

Al señalar la tajante oposición, concede Runciman, entre *la realidad* y el esquema democrático, impusieron una revisión a fondo de éste (67). Es muy factible ser más generoso que el sociólogo inglés y afirmar que pese a que poco se salve (hacemos la excepción de lo sustancial de Michels) de los planteos concretos de los neo-maquiavélicos, su faena

de remoción y replanteo se confunde con la historia misma y el crecimiento de la ciencia política. La destrucción de la "ficción democrática" defendida con los más tupidos "velos ideológicos" por el pensamiento liberal-burgués del siglo XIX parece hoy logro definitivo; la verdad es que alguna vez hubo que alcanzarlo y que la contribución de Mosca, Pareto y Michels a esta labor es casi tan considerable a nivel político como lo es la de Marx y sus discípulos al nivel económico y social global. Igualmente, acentuando la tremenda importancia -que el curso del tiempo acrecentaría- del rol de la "organización", superaron la dicotomía estéril de una "masa" amorfa y un "monócrata", solitario. Al centrar el foco de atención sobre la acción de las minorías estructuradas y dinámicas enriquecieron el análisis socio-político con una categoría interpretativa de insoslayable empleo.

Frente a estas evidencias bien puede asentirse a la corriente de crítica general aceptando que los tres autores poca cosa hicieron más - y no ciertamente útil- que enfatizarlas y desmenuzarlas comprometiendo - y "enloqueciendo"- la parte de verdad que pudieran portar. El contraste entre el esquema democrático y la realidad, es cierto, no fueron únicamente Mosca, Pareto y Michels los únicos (ni los primeros) en advertirlo y la insistencia en el punto y la satisfacción con su registro hace que buena proporción de sus aseveraciones sean tan generales, tan meramente descriptivas que el sello de *tautológicas* aplicado por Runciman a las de alguno de ellos, el de *banales* propinado por Aron, no sean exagerados (68). Su dar por supuesto, sin prueba histórica o actual múltiples elementos ha sido controvertido acerbamente en algunos casos: a la luz de lo sabido no tiene, por ejemplo, nada de inexorable que elites dirigentes hayan existido en todas las sociedades (69). Otras articulaciones esenciales de su doctrina resultan, incluso, dudosas sino erróneas, frente al conocimiento político-social acumula-

do. Más que controvertible es, por caso, que cualquier tipo de organización o confabulación minoritaria sea capaz, fuera del contexto del poder económico dominante, de convertirse en elite dirigente. La visión de una sociedad dividida monóticamente en mayoría y minoría no es realista, pues no sólo existen planos de paso y matices intermedios sino que - también - raramente alguien es de modo invariable "mayoría" o "minoría" por poco que se tenga a la vista la pluralidad de roles que cumple cada individuo (70). Poco o ningún lugar tiene en sus construcciones, además, el compromiso entre mayoría popular y minoría dominante y dirigente que - aun por desventajosos que para la primera los términos sean - es relidad común en casi todas las sociedades modernas y desarrolladas (71).

Ya se señaló en el caso de Pareto y de Mosca con que oscilación peligrosa se movieron en la configuración de su categoría dirigente, pasando de la noción de "éxito" o "logro" en el cumplimiento de una función a la de "poder" fundado en la "riqueza" como sustento de la preeminencia minoritaria; cómo fueron y volvieron de la noción de "grupo-estadístico" a "grupo-real", cómo superpusieron, desglosaron y tornaron a confundir una clase dirigente "político-gubernativa" y una clase dirigente "política" en sentido amplio y una clase dirigente "social" en sentido más amplio aún (72). Y aún se volverá a los modos con que ni siquiera cada uno, por separado, consiguió manejar una categoría terminológica unívoca, mínimamente segura (73).

Desembozaron los supuestos ideológicos de la democracia liberal pero ellos usaron a su vez otros embozos que suelen manifestarse incluso con la exageración de la caricatura en sus discípulos y continuadores (74). Bottomore asevera que la tesis de la "elite gobernante" fue postulada para evitar los inconvenientes de probar que una clase, debido a su poder económico, domina todas las esferas de la vi-

da social. Pero que esto se hizo *al costo de abandonar toda explicación del fenómeno* (75).

Notas Capítulo VII

(1) Este reconocimiento es muy explícito en Michels, el menor de los tres, respecto a Pareto y a Mosca y en cambio es muy débil en Pareto, extremadamente yoísta, al parecer.

(2) VI, p. 469

(3) James Burnham: "Los maquiavelistas". Buenos Aires, Emecé, 1945.

(4) V. par. 5-6

(5) Gyorgi Lukacs, en "El asalto a la razón" (México, Fondo de Cultura Económica) ha marcado su peculiar condición de países que no tuvieron revolución democrático-burguesa. La afirmación parece discutible si se tiene en cuenta el "Risorgimento" italiano. Los corolarios que extrae nos parecen, en todo caso, excesivos.

(6) Las obras de Mosca vinculadas con el tema son: "Sulla teoria del governo e sul governo parlamentare" (Roma, Lescher, 1884; 2a. edic. 1924); "Elementi di Scienza Politica" (1896), 2a. edic. Torino, Bocca, 1923; "Questioni pratiche di diritto costituzionale" (Torino, Bocca, 1898); "Il principio aristocratico e il democratico nel passato e nel avvenire" (1903); "Piccola polemica" (1907); "Storia delle dottrine politiche" (1933). Desde 1939 se difundió mucho la versión inglesa titulada "The Ruling Class", de Arthur Livingston, resultado de una refundición habilidosa de la primera y la segunda obras mencionadas (I, p. 15)

(7) XXIX, pags. 31-34; XXX, pags. 50 y ss.

(8) XXIX, pags. 24, 35. Esto no priva, decía Mosca, de la necesidad del conocimiento de las grandes individualidades ni del de las "condiciones materiales, morales e intelectuales *delle plebi*", de las cuales las clases dirigentes "extraen ordinariamente su nu-

trición" (idem, p. 24). De cómo se forman más clases dirigentes, sostenía Mosca, poco sabemos en los periodos más atrasados y apenas podemos seguir muy imperfectamente el proceso en dos periodos relativamente recientes, que son el de la ciudad greco-romana y la reconstrucción del Estado unitario hacia el fin de la Edad Media (XXIX, p. 35)

(9) XXIX, pags. 41-42

(10) V. par. 67

(11) XXIX, pags. 42-51. Mosca destacó que el ascenso del criterio del mérito no significa que la fortuna pierda su importancia: el entrelazamiento de los dos elementos hace que el que posea riqueza tenga muchos más medios que el hombre común de hacer valer su "mérito personal". Mosca también estudió en su obra primeriza como métodos o sistemas de reconocimiento de capacidades: el régimen de exámenes (tipo del mandarato chino), los procedimientos electorales y la validación de criterios adscriptivos (en la administración local inglesa) (XXIX, pags. 49-54)

(12) XXIX, p. 34; XXX, pags. 51-52

(13) XXX, p. 51. Sobre la importancia de los "séquito" insistió Oswald Spengler en su renombrada (en su hora) "La decadencia de Occidente" (II parte, cap. IV, par. C)

(14) XXIX, pags. 52-55. La "fórmula política", precisa Mosca en su enfoque realista, "no determina" a la clase política sino ésta a aquélla. Distinguía además dos tipos fundamentales de fórmulas: sobrenatural y racional, la segunda por lo menos en apariencia (idem, pags. 53-55)

(15) De esta influencia saldrá también la noción de "pluto-democracia", de Pareto, que manejó mucho el fascismo y varias corrientes ideológicas revolucionarias, pero cuyo origen, según Hassner, se halla probablemente en Marx (v. par. 12).

(16) V. par. 56

(17) XXIX p. 47

(18) XXX, pags. 64-69

(19) I. p. 7

(20) I, pags. 49-51. De cualquier manera la fórmula triádica, que el mismo Bottomore cita: "nuevos intereses, nuevos ideales, nuevas fuerzas en la sociedad" aúna lo socio-económico y lo psico-ideal.

(21) I.p. 6-es la "clase media intelectual", la "gente educada", el "personal político", el "sector intelectual de la clase dominante", "los ricos".

(22) V. par. 50

(23) I, pags. 5-6

(24) I, pags. 4; 12-13; V. par. 8

(25) XII, p. 346

(26) Pareto recurre a factores psicológicos; Mosca a las fuerzas sociales "lo que le trae inconfortablemente cerca de Marx" según Meisel (I, p. 26). En realidad, como ya se señaló, Mosca apeló tanto a lo psicológico como a lo social

(27) I, pags. 15-16

(28) "Traité de Sociologie" (v. XXXI); "Les systèmes socialistes" (XXXII); v. Franz Borkenau: "Pareto", México, Fondo de Cultura Económica, 1941, p. 83-131 (caps. VI y VII)

(29) XXXI, p. 1297 (No.2031)

(30) XXXII, pags. 27-28

(31) I, p. 1; XXXI, p. 1297

(32) IV, p. 52

(33) Friedrich sostiene (XII, pags. 346,349) que Pareto eludió el carácter cohesivo, cooperante de la elite porque tuvo conciencia de que el gobierno es una actividad demasiado compleja para suponer una elite coherente; sobre ambigüedades generales del uso de "elite" en Pareto: VI, pags. 470-471

(34) XXXI, p. 1297

(35) I, p. 2

(36) XXXII, p. 28

(37) XXXI, p. 1298

(38) XXXI, p. 1301

(39) XXXI, p. 1305

(40) Pareto usaba con gran latitud e indiferencia los términos "aristocracia", "elite", etc (v. cap. XVII n. 15)

(41) Vgr. XXXII, pags. 28 y ss. para la "circulación" de la aristocracia guerrera.

(42) XXXI, pags. 1304-1305 (No.s 2055-2056); XXXII, p. 30

(43) XXXII, pags. 31-33

(44) I, p. 6-7. La democracia produciría, por ejemplo, elites incompetentes y titubeantes "bajo la presión de los sentimientos generales a los que la sociedad rinde tributo" pero, de cualquier manera, las elites continuarían existiendo, con democracia y todo.

(45) XXXII, pags. 33-34

(46) XXXI, p. 1304. Michels identificó el tema mismo de la elite con este fenómeno de la decadencia y renovación de las aristo-

cracias (XXXIV, pags. 64-75). Una discípula de Pareto estudió según su enfoque el proceso de la "circulación de las elites" en Francia, del siglo XI al XVIII (I, pags. 42-48), Henri Pirenne lo hizo dentro del periodo naciente del capitalismo (I, pags. 51-52) y Schumpeter realizó la indagación de la movilidad de las clases, dentro de una perspectiva teórica más amplia en "Imperialismo y clases sociales", Madrid, Tecnos, 1965, II parte.

(47) I, p. 42. El mismo Bottomore señala (*idem*, pags. 55-56) que, en general los estudios sobre circulación de elites, aun aquellos que toman en cuenta los cambios sociales, no llegan a establecer correctamente la relación entre esa circulación de individuos y grupos de la sociedad y la extensión de los cambios en los sistemas político, económico y cultural pues: a) no comparan sistemáticamente los tipos de sociedades; b) no dan la medida exacta de las proporciones del fenómeno (es decir, de los porcentajes de los miembros de la clase más alta reclutados en clases más bajas y, sobre todo, del porcentaje de las clases más bajas que ha podido subir a la más alta). Y si esto no se estima, el resultado inevitable es el de exagerar la tasa de circulación social.

(48) Para fijar la noción de "residuos", Pareto distinguió entre "acciones lógicas (que hoy llamaríamos "racionales") dominantes en actividades como la economía, la labor científica, etc., que definía como aquellas enderezadas a alcanzar fines empleando medios idóneos para lograrlo y "acciones no-lógicas" (hoy "no-racionales") que serían aquellas no dirigidas a un fin dado, o dirigidas a un fin inalcanzable o empleando medios incapaces de alcanzar ese fin. Pareto creía que todas las acciones no-lógicas las más para él -estaban determinadas por fuerzas que llamó "residuos" y que clasificó en seis variedades (de "combinaciones", de "persistencia de agregados", de "sociabilidad", de "actividad", de "integridad individual" y de "sexo"). A las vías que empleamos para que las acciones no-lógicas parezcan tales, las denominó "derivaciones", noción bastante próxima, como se ha observado (I, pags. 43-45) a la común de "ideológicas" (y aún a la de "racionalización")

(49) I, p. 45. Como también ha observado Bottomore (I, pags. 43-44), Pareto parece considerar -"a veces" - que las elites representan intereses sociales particulares y que lo que explica su circulación es la declinación o ascenso de algunos de esos intereses (hablo de una nueva elite tradeunionista o sindicalista), sin embargo, y por lo regular, se inclinó a la explicación psicológica.

(50) XXXII, p. 28

(51) XXXI, p. 1298

(52) XIV, págs. 115-116

(53) XVI, pags., 93-95. Runciman, da ejemplo de esto en la aseveración de que saliendo de los "residuos" las cualidades para gobernar, los que lo hacen son los que los tienen mejores. Si Runciman no fuese inglés y conservador podría dudar de la presunta "tautología" de la afirmación.

(54) I, págs. 46-47

(55) I, p. 53

(56) II, p. 10 (observación de Aron)

(57) XXXIII

(58) XXXIII, esp. t. I, págs. 213-229; II, págs. 153-163, 173-180, 182-215

(59) XXXIII, t. II, p. 99

(60) V, cap. XVII, n. 15: su uso de variantes: "clase dominante", "aristocracia", etc.

(61) XXXIV, págs. 112-113

(62) XXXIV, p. 105. Es decir, Michels en ese texto de decadencia que es su "Corso di Sociología política", admite una "clase po-

lítica general" o dominante y un sector o "clase política" especializado y en competencia con otros sectores (económico, cultural, etc.).

(63) XXXIV, págs. 102-103

(64) XXXIV, págs. 105-106

(65) XXXIV, p. 106

(66) XXXIII, prácticamente "in toto", Recapitulaciones y síntesis en t. I, págs. 8-9, 53-56, 229; t. II, págs. 177, 188-192, 196, etc. Otras síntesis por XII, p. 361, XIII, págs. 163-172, etc. S.M. Lipset registra en su prólogo (XXXIII, p. 20-26) la respuesta marxista esbozada en Polonia a la presunta inexorabilidad de la ley de Michels. Insistir en las consecuencias de la socialización del poder económico, de la labor educativa y del ascenso del nivel cultural medio, así como la posibilidad de más inocuos y numerosos derivados psíquicos a las tendencias de auto-afirmación, sería una manera de cancelar la posible validez de la "ley de hierro" oligárquica. Y aún podríamos agregar nosotros las consecuencias implicadas en el aumento del tiempo libre en una sociedad madura y sus eventuales efectos sobre una más plena dedicación a las numerosas organizaciones voluntarias o necesarias en que se produce el fenómeno oligárquico. Es claro que cabría afirmar que la ley de Michels, como toda ley, lo es, si se da el fenómeno en determinadas condiciones, las mismas en que él creyó que se daba.

(67) XVI, p. 91

(68) VI, p. 470

(69) XII, p. 349

(70) XIII, págs. 98, 110

(71) V. par. 52

(72) V. par. 33

(73) V. Cap. XVII n. 15

(74) Para no referirnos al uso oficial de Michels, Pareto y Mosca en la Italia fascista mencionemos el ya citado Cap. IV de la 2a. parte de "La decadencia de Occidente", de Spengler.

(75) I, p. 26

VIII- MARX Y LOS NEO-MAQUIAVELISTAS

19- Bosquejados los supuestos esenciales de la posición de Marx y de la de los neo-maquiavelistas es fácil advertir la complicada relación -de aproximación, coincidencia, frontal rechazo- que tendió a trabarse entre los dos lotes doctrinales.

A determinado nivel resulta ostensible la tajante disidencia que mantienen aquéllos y Marx en las zonas temáticas comunes. El poder del grupo social dominante es para Marx de naturaleza "social" y sus bases son "económicas" (la propiedad). Mosca, Pareto y Michels subrayan la índole "política" de ese poder y las calidades "psicológicas" y "biológicas" que lo habilitan. Contrastando las implicaciones de los dos conceptos marxista y elitista: "clase dominante" y "elite", señala Bottomore que mientras la primera subraya la división entre el nivel que manda y clases sujetas, la segunda lo hace entre la minoría organizada y gobernante y la mayoría desorganizada. Lo precedente se refleja a su vez, agrega Bottomore, en la relación entre gobernantes y gobernados: mientras en Marx los antagonismos de clase son el motor de la historia, en los elitistas la relación es mucho más pasiva. Mientras "clase dominante" es categoría que explica las propias bases del poder que se tiene, la teoría de la elite no lo hace y exige por ello el recurso a otras

claves indagatorias. Y todavía habría que señalar según el mismo autor, un cuarto contraste. Mientras en la "elite gobernante", a menos que entren en juego otras consideraciones de riqueza o de origen, la cohesión es meramente "presumida", en la "clase dominante" el carácter cohesivo del grupo está explicado por tener intereses económicos en común y porque el estar comprometido en conflictos con otras clases aviva la autoconciencia de la solidaridad (1). Y aún cabría recordar, según el crítico inglés, que la misma concepción de las elites surge, según ya se vio, en forma dialécticamente antitética de la de clase social (2) lo que no obsta, digase de paso, que según algunas formulaciones, como la de Lasswell, la "elite política" ("the power holders") incluya tanto a los líderes mismos como las *formaciones sociales* de las que los líderes *típicamente vienen* y ante las que son responsables (3).

Resumiendo la oposición, dice Friedrich que Mosca y Pareto le dieron a la noción marxista de "clase dominante" una *connotación no-económica* y que su *tipología monista* concentra su examen sobre el ejercicio del *poder efectivo, estabilizado*, por parte de un número relativamente pequeño de personas (4).

Para Aron la diferenciación entre clase y elite es la relación entre diferenciación social y jerarquización política en las sociedades de tipo actual (5). Y concentrando la oposición entre Marx y Pareto, atribuye a ése la afirmación de que no es cierto que la riqueza sea la única fuente de dominación, puesto que las minorías guerreras y violentas son capaces, por sí mismas, de apoderarse de tales riquezas. Pero como la "astucia" (además de la "fuerza") juega su parte, Pareto, señala Aron, insistió muy especialmente en el rol de los financieros y los especuladores casi con la misma fuerza con que Marx lo hace con los propietarios de los instrumentos de producción. Aunque de alguna manera,

también, la noción de "pluto-democracia" que emplearon los maquiavelistas, es en Marx que tiene origen (6).

Examinando el punto en forma más amplia, sostiene Pierre Hassner que neo-maquiavelistas y marxistas puede no ser contemplados a la vez como solidarios y como oponentes. Pareto y Michels han reconocido esta solidaridad y hay en ellos numerosos pasajes en los que se admite la importancia de la lucha de clases como motor de la historia (7) y la significación decisiva de la riqueza en la consolidación del estrato superior (8). Al mismo tiempo negarían, empero, que sólo lo económico determine la lucha de clases y que, en especial, el juego de sus contradicciones pueda rematar en una "sociedad sin clases" (9). La intención "elitista" de demostrar como errónea la teoría marxista de las clases y, al mismo tiempo, la necesidad de la existencia de elites en cualquier tipo de sociedad tendría su "pivot" en la noción de la circulación de esos grupos si está clara afirmación, la denegación reforzará el énfasis en señalar como **determinista** la doctrina de la sociedad sin clases. Es un determinismo en que, según Bottomore y sin abrir opinión sobre la verdad de esa aseveración, participan la doctrina misma de las elites y su propia insistencia en que **siempre** tienen que existir (10).

Retomando la reflexión de Hassner sobre la índole **solidaria** y a la vez **opuesta** de ambas posiciones, se puede recordar su arbitraje de que la doctrina neo-maquiavelista **no puede ser jamás falsa** pero no nos ilumina mucho sobre una sociedad dada (el repetido reproche de "tautología") al desmesurar el contraste obvio entre el esquema democrático ideal y la realidad política y convertirlo en clave de una realidad mucho más compleja. **La verdad** de los maquiavelistas está, para Hassner, en el mínimo incontestable de una jerarquía fundada en la relación de mando-obediencia, y de que el gobierno en cada sociedad debe ser e-

jercido por algunos. Y ello es lo que los elitistas repiten incansablemente, olvidando, como dice Aron, que **lo más universal puede no ser lo más importante.**

En cambio, piensa Hassner, de postura claramente conservadora, *el marxismo no puede ser nunca completamente verdadero* en cuanto reposa sobre la negación del poder político libre o su aceptación sólo en calidad de sub-producto del poder económico (11), una posibilidad que supone sólo es actualizable en pequeñas comunidades en las que una cerrada minoría todo lo posee y lo domina. En cambio, si hasta aquí es falso e incompleto, acepta Hassner que nos esclarece mucho la textura social y la causalidad que la determina será entonces que a partir de la que juzga su falsedad, se podrá acceder al tema fundamental de las relaciones entre el poder político y el poder económico y entre la clase socialmente dominante y la minoría políticamente dirigente. En ese plano, el marxismo, es siempre verdadero, en cuanto señala el mínimo de interés propio de la minoría gobernante. Para permitir el estudio empírico concluye, los neo-maquiavelistas deberían asumir que esa clase dirigente cambia de significación política o sociológica según su grado de unidad, de organización, su reclutamiento y sus relaciones con otras elites y con la mayoría social. Los marxistas, a su vez, tendrían que admitir que esta minoría política dirigente existe, quieras que no. Si unos orientan la discusión política, otros lo hacen con la discusión social. Aunque sería deseable que se reconociera - en común - la importancia y la urgencia del problema político (12). El balanceado fallo de Hassner acota por lo menos el área problemática de esta relación que Michels planteó explícitamente en su obra más importante. En ella sostuvo que *no hay contradicción entre la doctrina de que la historia es el registro de las luchas de clases y la doctrina de que estas luchas culminan en la creación de nuevas oligarquías que llegan a fundirse con las anteriores.* La "clase política" no

contradice al marxismo como *dogma económico* sino como *filosofía de la historia* afirmación que, sobre todo en su primera parte, bien puede controvertirse (13).

El antagonismo pese a todos los esfuerzos de conciliación permanece en pie. Aunque, como se ha observado, del mismo Lenin saldría en el camino de la "praxis" social un ostensible reconocimiento a la verdad del énfasis elitista en la acción de las minorías organizadas y dinámicas. Es la teoría del partido obrero de vanguardia, integrado por revolucionarios profesionales, con su organización directiva estable y férreamente trabada, tal cual lo expuso en el famoso texto de "¿Qué hacer?" (14).

Notas Capítulo VIII

(1) I, págs. 31-32

(2) V. par. 18

(3) I, págs. 7-8

(4) XII, págs. 207-208

(5) I, p. 8

(6) II, págs. 9-10

(7) Pareto lo hace, por ejemplo, explícitamente en XXXII, t. II, p.405

(8) XXXIV, p. 104-105. Agréguese todavía los contactos ya mencionados de Mosca con Marx a propósito de la influencia de los cambios sociales en la renovación de las clases dirigentes y las afinidades entre los "residuos" de Pareto y las "ideologías" (v.par. 14 y 16). Empero, si de las ideologías hablamos, más contactos con la de Nietzsche que con la de Marx tienen los "residuos"

de Pareto (V. Hans Barth: "Verdad e ideología", México, Fondo de Cultura Económica, 1951, cap. V)

(9) Hacia el final de su carrera, Michels, sin duda bajo la influencia de sus compromisos con el fascismo (fue rector de la Universidad de Perugia) extremó su discordia, sosteniendo que la tesis marxista de la coincidencia del poder político con el económico ("en el máximo nivel de riqueza") es "maltratada por la historia", lo que creía ocurría con la del siglo XVIII francés. "Los grandes cuerpos económicos mantienen una relación bastante distante con el poder político", afirmación tras la cual concedía "que a veces pueden ejercer algún tipo de influencia sutil sobre sus titulares" (XXXIV, págs. 103-104). También acentuó hacia esa altura de su vida las tendencias que, en su opinión habrían de operar en un régimen socialista a la conservación del "control de los instrumentos de poder colectivo". Se apoyaba en algunos textos del autoritario socialismo alemán de Augusto Bebel y sostenía que el socialismo, además de la socialización de los medios de producción es "un problema de administración y un problema de democracia", "no sólo en las esferas técnica y administrativa sino también en la esfera de la psicología" (XXXIV, págs. 172-173)

(10) I, págs. 12-14

(11) V. Ao. D

(12) IV, p. 65

(13) XXXIII, t. II, p. 178. Hay, en verdad, contradicción, porque si esas oligarquías se funden con las anteriores, la tensión no se supera y sigue en los mismos términos para renovarse enseguida. Si, por el contrario, no se funden, la tensión se desplazaría, pero entonces para doblar la lucha de clase con otro elemento: el conflicto de cada clase con la minoría que la ha traicionado.

(14) "¿Qué hacer?", en V.I. Lenin: "Obras escogidas", Buenos Aires, Editorial Problemas, 1946, t. I, págs. 133-330, esp. págs. 260-264. En la práctica, como subraya Aron (II, p. 10), aunque las

teorías elitistas son impopulares en la izquierda, hay tratadistas radicales, caso de Mills, que han hecho uso de ellas, si bien combinándolas con el marxismo (v. par. 23).

IX - TEORIAS ESTADOUNIDENSES: MILLS Y HUNTER

20- La teoría de la "elite de poder", de C. Wright Mills (1916-1961) es, sin duda la más famosa y difundida elaboración realizada dentro del área de estudio que examinamos. Si a ello se agrega que se imbrica a ella una muy ácida, frontal crítica a la sociedad nacional y al sistema económico dominante en Occidente, se hace fácil comprender que tanto el material de glosa como el de revisiones haya crecido sobre ella, desde hace casi tres lustros, como una verdadera fronda (1).

Pero recordemos, antes que nada, las claves esenciales del planteo millsiano.

Los Estados Unidos, bajo sus formales apariencias de sociedad pluralista y de democracia representativa están gobernados, en la efectividad del término, por una conexión de poderes económico, político y militar (altos empresarios y ejecutivos corporativos; jefes superiores de las fuerzas armadas; figuras políticas y burocráticas de elevado nivel). Estos poderes se atrincheran en verdaderas fortalezas institucionales: las "corporaciones" (grandes sociedades anónimas) los grados superiores de la administración y el entrelazamiento de "estados mayores" de las tres fuerzas universalmente conocido por el término "Pentágono". El peso

y la trabazón de tales elencos y tales instituciones decide que otras -caso de la familia, las Universidades, las múltiples "iglesias"- nada puedan hacer por sí mismas ni balancear aquella suma de poder (2).

Esa clase directiva económica, política y militar se recluta en su inmensa mayoría en ciertos sectores de raza, religión, zona geográfica, educación, profesión y, sobre todo, fortuna. Casi nadie llega "de abajo" (3) y para los que lo hacen desde allí, o desde fuera, funcionan criterios de cooptación poco racionales, caprichosos, que desmesuran como presunto certificado de aptitud el valor de conformidad con los ideales del grupo cimero tal como son modelados por parte de ciertas iglesias o por ciertas universidades (4), tal como son hechos ostensibles por los más miméticos y habilidosos o tal como se sospechan a través del "contacto" en sociedades y clubes de frecuentación común (5). Este proceso de adscripción está reforzado por la indudable fuerza socializadora que modela y homogeneiza las ideas, actitudes y comportamientos de la elite. Ello decide inversamente el carácter poco revelador y secundario del origen social de sus integrantes y explica el fenómeno, no demasiado raro, de que hombres de clase elevada puedan representar intereses populares y hombres de clase baja los de la privilegiada. Es un desfase al que refuerza el hecho de que la clase alta no actúe muchas veces por sí misma, sino por medio de gestores (6).

Los nexos de la minoría resultan así, mucho más que del origen social de una variedad de factores que están representados por:

- la coincidencia de determinadas posiciones institucionales;
- las relaciones interpersonales;

- la "analogía psicológica" resultado de la común modelación;
- la conexión progresiva de las decisiones que se va cumpliendo al apreciarse la conveniencia de que sean centralizadas (7).
- son también fuerzas corroborantes la atracción mutua, los vínculos matrimoniales que se anudan entre las familias exitosas, la "fraternidad de vencedores" (8).

Todo lo anterior explica suficientemente, según Mills, que los sectores que integran la "elite del poder" tengan mayor conciencia de clase y posean una organización superior a todos los demás (9). También hacen innecesaria la hipótesis de una "conspiración" permanente de la minoría superior o la tendencia a hipostasiarla en una "personalidad" única (10). No evita, sin embargo, Mills, el comunicar a sus lectores cierta sensación del misterio y la inaccesibilidad que la trabazón de su "elite" pareció despertarle (11).

De su examen extrajo Mills la conclusión de que la sociedad norteamericana cuyo sistema de poder aspiró a develar la de la década del 50-no estaba dirigida "desde atrás" por el sector financiero e industrial (punto de vista marxista) ni por el sector político-formal (punto de vista liberal) (12). La riqueza no actúa, a su parecer, como un conjunto de puntos de vista impuestos a los sectores decisivos (políticos-militares) vinculados a ella; lo hace por la acción, no siempre deliberadamente coordinada de grupos organizados y corporaciones.

Del análisis sectorial concluye, a su vez, que la clase de los "muy ricos" se recluta en un ámbito cada vez más cerrado y en el que no ha existido, contra la frecuente alegación, nivelación de fortunas (13). En los elencos políticos nacional y estatales apuntó igualmente el decrecimiento

de la proporción de los que acceden a los niveles más altos tras una carrera político-partidaria cabal así como el incremento del "intruso político" ("political outsider") llegado a aquéllos desde un notorio volumen económico-financiero. Sin embargo, como se ha observado (14), no insistió al modo de los neo-maquiavélicos en que los representantes políticos sean irresponsables ante quienes los eligen. En realidad ni incluyó a los legisladores en su "elite del poder" ni aseveró que la presidencia de los Estados Unidos sea discernida por una mera confabulación de los "altos círculos".

El planteo es abundante pero percute sobre ciertas evidencias y si en un esquema somero de las variables esenciales, según Mills las maneja, llamamos "1" al "prestigio", "2" al "dinero", "3" al "poder", "4" a la "violencia" y "5" a la "reputación", se podrían establecer las siguientes secuencias:

- 1 es igual a 2+3+4+5;
- 2 es la fuente de 3;
- se tiene 1 porque se cree que el titular tiene 2 y 3 y a la vez éstos acarrear la posesión de 1;
- 3 tiene su fuente última en 4 (posición maquiavélica)
- 5 completa a 2 y 3 para la conservación, si no la adquisición de 1 (15).

La tesis central de la obra es, sin embargo, la de que los dirigentes de las tres jerarquías-empresaria, político-administrativa y militar- adoptan de consuno, merced a sus estrechas conexiones, las grandes, esenciales decisiones que originan o dan rumbo a toda línea política coherente; también que lo hacen sin ningún control efectivo del pueblo ni de sus representantes, lo que sería especialmente cierto en materia de política internacional. Un dominio, agréguese, en el que este comportamiento se ve facilitado porque, como se ha apuntado (16), la constitución de los

Estados Unidos no realizó previsiones para que el control democrático se ejerciera en él. Y parece de más decir, que ya sea en asuntos de política extranjera como en cualesquiera otros, los decisores dan una importancia máxima a sus intereses y preferencias ideológicas.

A los primeros vale, empero, la pena volver, pues si se atiende a que esas decisiones son de las del tipo del ingreso de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial, el lanzamiento de la bomba atómica, el envío de aviones espías sobre la Unión Soviética o el escalamiento en el golfo de Tonkin se hace comprensible la afirmación de Mills de que, con el poder de ellas en su mano, la "elite" aparezca dotada de alcances no sólo cuantitativa, sino cualitativamente diferentes a los de todos los demás sectores sociales en términos de "experiencia", de "libertad" y de "poder". Su capacidad de influir sobre los hechos que verdaderamente deciden en la historia no habría tenido, antes o ahora, parangón.

Así, a su más alto nivel, la sociedad estadounidense aparecía dirigida por fuerzas sustancialmente unificadas y de poder colosal. Mientras tanto, el "fondo" se halla fragmentado sin remisión y sólo en los niveles medios se hace factible cierto equilibrio. Es el hecho que enfatiza con entusiasmo whitmanesco la "sociología celebratoria" estadounidense con fórmulas como la "teoría de los poderes compensadores" de Galbraith y la de los "grupos de veto" de Riesman (17).

La realidad, empero, sólo señalaría que la clase de "los trabajadores de cuello blanco" ("white collar class"), los agricultores, los obreros sindicalizados logran compensarse y estabilizarse a nivel medio, pero sin acceder nunca a los de la clase alta ni entrar en verdaderos "compromisos" con ella.

En verdad creía Mills, esta concepción tripartita de la sociedad no es incompatible con otra, de tipo dicotómico. Es la que compone, de un lado, la "elite del poder" ,dueña de todos los resortes del prestigio y de la influencia (entre ellos los medios de información y comunicación masivas) y por el otro, la sociedad masificada y expuesta, por su amorfismo propio, a todos los impactos e instrumentaciones. La tesis de la "elite del poder" no se completa, en verdad, sin el famoso análisis millsiano de "la sociedad de masas" (18).

Todo, en síntesis (19), abona para Mills que el poder y la influencia van a "hombres seguros" más que a los emprendedores, inteligentes e independientes y que, mismo si hay competencia por el sufragio y libertad de expresión, los grupos privilegiados disponen de un poder y una influencia incompatibles con el bien de la comunidad (20).

21- ¿Cómo se llegó a la situación social que Mills creyó relevar en los Estados Unidos de los años de las presidencias Eisenhower (1953-1961)?

Los Estados Unidos representaron en sus orígenes una sociedad sin pasado feudal, sin valores aristocráticos y sin tradición militar; una nación de "frontera abierta". Es uno de los "lugares comunes" de la historiografía norteamericana al que el autor asiente. Pero de la sociedad fundamentalmente igualitaria que hacia 1830 reflejó "La democracia en América" de Tocqueville se pasó, tras la guerra de la secesión (1865-1868) a una nación en que el poder ascendente de "los negocios" llegó a instrumentar (como tal vez jamás se había logrado hacerlo) un poder político relativamente rudimentario y débil. Casi ningún otro medio fue necesario para ello que el muy sumario del soborno sistemático y casi universal de los investidos por roles públicos, oficiales (21).

Las dos esferas permanecían, sin embargo relativamente separadas. Y no fue hasta el periodo del "New Deal" de F.D. Roosevelt (1932-1937) que las elites económicas eligieron la táctica del entrelazamiento y penetración en las instituciones públicas. Pero en "los años treinta" el poder de los agricultores y los obreros sindicalizados era lo suficiente grande como para que el arbitraje estatal se hiciera necesario; esos "años treinta" fueron años eminentemente "políticos" y el poder de "los negocios" era "uno" de los poderes dentro de una estructura regida por políticos y no por empresarios. Los años de la segunda guerra mundial y su postguerra, en cambio, vieron emerger tras este sistema de equilibrio la "elite del poder". Se trató de la cúspide de una nueva estratificación social, dentro de la que se da, ya no la drástica, clásica oposición de clases diferenciadas al estilo tradicional europeo, sino más bien divisiones internas dentro de una clase única y participante en un mismo género de vida y similares valores. O más bien prácticamente única, puesto que iría desde las estratificaciones de la "elite" a un minoritario infra-proletariado marginal y a los grupos raciales más descalificados (22).

Todo el proceso fué facilitado por el crecimiento del rol político del poder ejecutivo pero, al mismo tiempo, por la falta de una administración estable y profesional del tipo de las europeas. El instrumento se hizo más contundente, pero menos idóneos y responsables los formalmente encargados de manejarlo (23).

Tales inducciones (vale la pena señalarlo) fueron des-puntando en la percepción de Mills en el curso de su actividad de sociólogo. Pero tal vez resultaron sus investigaciones sobre la "clase de cuello blanco" y los sindicatos obreros las que-como apunta un crítico inglés (24) - le convencieron de la impotencia política de esos sectores y le llevaron al tema

de la elite y a su preocupación básica por la pregunta sobre "quién tiene el poder". Al mismo tiempo, su estudio de las "corporaciones" suscitó su convencimiento de que la tesis de Burnham sobre la hegemonía de la "clase gerencial" era falsa así como el análisis del espectáculo que ofrecían políticos y Congreso maduró su juicio de que todos ellos, en tanto que elenco, se encontraban fuera del núcleo director. Por otra parte, tanto le pareció que congresales y políticos se hallaban subordinados a las "máquinas partidarias" como que éstas estaban sometidas a desmesurada influencia y en ocasiones auténtico control por parte de muchos representantes de la élite de los negocios.

22- Tal fue, es probable, la trayectoria del pensamiento millsiano, la vía por la que accedió a su drástica y-como veremos enseguida-atacada tesis. Pero no sería justo en este recuento de experiencias soslayar la que pudo significar en sus preocupaciones el conocimiento de un "estudio de campo" menos ambicioso que el suyo y publicado con tres años de antelación a "The power elite": el de Floyd Hunter sobre la estructura de poder en una comunidad local norteamericana denominada convencionalmente "Regional City" (25).

Hunter mostró en su planteo que en una ciudad de la naturaleza de la por él estudiada, domina una "estructura dual" de poder, compuesta, en una ala, por el lote de funcionarios político-gubernativos y, en la otra, por los cabecillas del mundo de los negocios, constituyendo un grupo perfectamente consciente de sus intereses y fines lucrativos.

No existe, afirma Hunter, ningún vínculo oficial entre los intereses económicos y el gobierno municipal o estadual pero la misma estructura y composición de los comités que formulan las proposiciones públicas y planean las activida-

des conjuntas determina que el sector del gobierno se halle mediatizado a los intereses de los grupos empresarios combinados. Ahora bien: lo anterior no significa que exista una "pirámide continua" de poder, ya que los grupos de influencia decisiva no tienen interés en muchos asuntos (o no creen tenerlo); tampoco hay una estructura ininterrumpida que pueda transmitir a los cuerpos legislativos los intereses inarticulados de los otros sectores.

Junto a esta "elite local", real aunque laxa pero, a la vez ciertamente efectiva, puede marcarse la acción de "elites funcionales"-culturales, profesionales, educativas y religiosas- pero ellas, en realidad, ninguna influencia poseen sobre el tope unificado de poder local, lo que es especialmente cierto respecto a los núcleos educativos y religiosos. En lo que a éstos otros tiene atinencia, es por otra parte casi seguro que aquél o aquéllos que quieran romper con esa estructura unificada de poder se verán contundentemente amenazados en su trabajo, su interés y aun su seguridad personal (26).

23- Poco rebatible parece que parte del éxito de la obra de Mills se haya originado en la expresión, feliz y provocativa, de su título. Pero también hay que decir que el criterio que la noción "elite del poder" involucra no es nada claro y explica, en verdad, las muchas objeciones de las que su planteo conceptual mismo, ha sido objeto.

Contrastando el modelo de James Burnham y el de Mills, sostiene Plamenatz que ambos combinaron marxismo y neo-maquiavelismo pero que mientras el teórico de la derecha (Burnham) pareció atenerse más a las relaciones sociales de producción, el doctrinario del radicalismo estadounidense que fue Mills se ciñó más directamente a la "situación" y a la "psicología" de la minoría dirigente (27). Lipset señala que la publicación del libro planteó en forma bastan-

te ostensible la divergencia de marxismo y elitismo. Y, agrega, que aunque los críticos marxistas aceptaron, "grosso modo", las tesis concretas de Mills sobre los Estados Unidos, tendieron a rechazar su *híbrido esquema teórico*, puesto que no habrían dejado de ver que, importaba otra alternativa a sus claves usuales de explicación (28).

Ejemplo especialmente idóneo de tal postura ideológica puesto que participó vital y científicamente de la problemática millsiana, Paul M. Sweezy señaló hasta que punto rechazó Mills de plano el criterio tradicional de que su "elite" fuera tal: esto es, una selección cualitativa de habilidades e inteligencias (29). Tras este rechazo, continuó Sweezy, Mills siguió dos vías de acceso a su tema, sin preguntarse *hasta qué punto no pueden entrar en conflicto*. Una, la de clase social, determinaría que los miembros de elite actúen como *representantes o agentes de una clase nacional dominante que los entrena, les suministra sus moldes de pensamiento y los selecciona para los puestos de gran responsabilidad*. La otra es la originada en conceptos como *ordenamientos jurídicos institucionales, jerarquías o dominios* tales como el político, el económico o el castrense (30). No niega cautelosamente el crítico que puedan existir posibilidades histórico-sociales de conjuntos que los posean pero sí, niega, que los Estados Unidos puedan ser uno de ellos y sostiene que la "elite del poder" recluta sus miembros *en las capas más favorecidas del sistema de clases*. Esta base es la que permite el gran intercambio de roles entre una y otra sub-elite o, como dice Sweezy, *los mismos individuos aparecen y desaparecen, mudándose de una a otra* (31).

Esta índole de la construcción de Mills, mixta y ambigua, clasista y elitista, funcional y estructural, empuja, incluso a Sweezy a simplificar la cuestión, identificando cualquier elite real, efectiva con *la clase propietaria o dominante*. La clase decisiva es la de los "ricos corporativos" que, desde la

crisis de 1929 ha preferido tomar los timones por sí misma en vez de ponerlos *en las manos alquiladas de los agentes de los trusts*. Piensa también que si bien Mills demostró ignorancia o desdén por el dinamismo de clases, las presunciones marxistas se confirman si se revisan las elites parciales que éste esboza y se concluye, por caso, que la de "celebridades" no forma parte de la clase dirigente o que los "políticos" están totalmente sujetos a los "ricos corporativos" que les pueden hacer perder sus cargos si osan contradecirlos en puntos fundamentales (32). Mills, en suma, demostró, según Sweezy, el mito de la "elite política", y sólo dejó en pie, en condición de elites supervivientes a la corporativo-empresarial y a la militar (siendo la primera la realmente importante). Por todo ello Sweezy prefiere al de "elite del poder", el concepto de "clase dirigente" (33). Cree que Mills rechazó tal término porque implicaría que una *clase económica gobierna en lo político* lo que no es imprescindible si nos atenemos a la teorización-bastante laxa que de la clase dirigente realizaron sus exponentes más autorizados (34).

En puridad y en toda su anchura operacional, la relación entre elite y clase es en Mills bastante oscura. Friedrich afirma que tanto él como Hunter los vincula explícitamente-cayeron en *el error* de seguir las huellas de estudios como el que los Lynd realizaron sobre "Middletown" (el modelo de la comunidad estadounidense de tamaño medio) y, como ellos sólo habrían conseguido identificar una "estructura de clases" y un concepto puramente estadístico de los que mandan que nada tiene que ver con una "elite gobernante" (35). Parsons apunta que, a todos los efectos, la obra identifica la "elite del poder" con la "clase alta" ("upper class") aunque dándole a la noción de "clase" un sentido económico de "status ocupacionales" divergente al sentido sociológico habitual (36). Pero ha sido Bottomore, a nuestro parecer, quien más cuidadosamente revisó los fundamentos de

la elección teminológica de Mills y las razones de su preferencia por "élite del poder" respecto a "clase gobernante". Mills, recuerda Bottomore, consideraba expresión negativamente connotada ("badly loaded") el uncir "clase", término social, con "gobernante" o "dirigente" ("ruling") expresión política. También habría agregado que su significación implícita, esto es, la de que una clase económica gobierna políticamente puede ser o no cierta pero conviene no adelantarla a las conclusiones del estudio empírico. Ello decide que la teoría de la "clase gobernante" sea una "teoría cortocircuito" ("short-cut theory") políticamente determinista al negar la autonomía del sector gubernativo-político y del sector militar. Al definir, dice Bottomore, la élite en el sentido de Mosca; es decir, designando los que tienen los puestos de comando, el problema de Mills fue demostrar que los tres grupos elitarios: económico-corporativo, político y militar son representativos de la "clase alta", un fenómeno que si bien Mills acepta, se negó, como se apuntaba más arriba, a tomarlo como base de su teoría. De cualquier manera, no pudo evitar, subraya Bottomore, el subrayado de la homogeneidad y cohesión de la élite así como el señalamiento de los factores que la unificaban (el origen común, las relaciones familiares y sociales y el activo intercambio de personas entre los tres sectores económico, político y militar). Sin embargo, al negarse, aun en estas circunstancias, a aceptar la concepción de una "clase gobernante", Mills habría rechazado, en opinión de su crítico inglés, todo intento de *explicación* del fenómeno, debiendo limitarse entonces a una simple *descripción de esa solidaridad* (37).

El pluralismo elitario explícito de Mills ha sido objeto, sobre todo, de duras críticas, cuando éste refuerza la relevancia del sector militar y su presunta autonomía operativa y decisional. Aunque es tema extremadamente complejo y el material de examen se incrementa sin pausa (38), la fuerza del Pentágono como centro del "complejo industrial-militar"

que denunció Eisenhower en su discurso de despedida, fue cuestionado por los críticos de Mills tanto desde lo que podemos llamar convencionalmente la derecha como la izquierda. Parsons, que subraya la importancia que al sector militar Mills le asigna, sostiene que coincide mucho con él, pero supone también que el incremento de ese poder tendió -estructuralmente- a llenar un vacío en el campo de la gestión nacional de decisiones ("to fill a vacuum in the field of national decision-making"). Mills, agrega, olvida o soslaya que ciertas recomendaciones de los militares han sido desestimadas a menudo y que si bien es incuestionable la emergencia de una "metafísica militar" definiendo todos los problemas internacionales en términos militares, ella no sería tan absoluta como Mills lo supone, y un impulso ("swing") en dirección opuesta resultaría perfectamente discernible (39). Pero también Stuart Schram (40) y en especial Paul M. Sweezy han objetado el margen de autonomía que Mills concedió a los militares. Sweezy afirma que la élite militar siempre estuvo sujeta al poder civil, salvo en tiempos de guerra, en los que entonces crece en tamaño y poder, aunque al precio de dejar de ser un dominio separado de los demás. Regularmente, sin embargo, la élite militar no poseería un sistema de valores ni una política del todo distinta de la de los otros sectores dirigentes. Pese a ello, explica Sweezy la posición de Mills desde el supuesto de que éste "necesitaba" esa élite para su teoría de una "élite del poder" compuesta de elites parciales ya que, según su crítica, su teoría elitista atendió a los factores externos de los fenómenos sociales más que a su estructura (41).

En este último pasaje, debe señalarse, la crítica de Sweezy no parece precisa, salvo si se identifican "factores externos" con "funciones", lo que nos lleva a otra de las observaciones: desconocer o desdeñar la noción de "función" como criterio explicativo de sus elites parciales (42). Un juicio demasiado tajante puede en este punto resultar desa-

justado y parecería más cerca de la verdad sostener que Mills combinó -aunque en forma más bien desprolija- las categorías de "poder" y de "función", lo que bien podría ser uno de sus aciertos básicos (43). Pese a ello, reitera la crítica un juicio tan cauto como el de Hassner. También destaca éste que ni la constelación de poder de Mills ni ninguna otra que pueda concebirse son explicables si no se relacionan -como un todo, y no por meras élites separadas- con la sociedad global (44). Objeción común a las teorías elitistas o minoritarias es dudoso, sin embargo, que Mills la merezca, por lo menos en forma drástica: el análisis de la "sociedad de masas" es un punto capital de su concepción.

En realidad, puede bien defenderse que Mills combinó la teoría de la "elite real de poder" y la de las "élites funcionales", vinculando, sustancialmente, la primera a la clase "alta" o "superior" o "dominante". Que lo haya hecho de manera confusa se debe justamente a su atención a las jerarquías toques de cada función, como tantas veces se ha observado con el caso de las "celebridades" de la radio, cine y T.V. y con el ya referido de los militares. Pero si Mills pecó de desprolijo al ubicar todos los toques de sus jerarquías en la "elite real" instrumentada por el nivel dominante, ello bien pudo deberse a su percepción, no del todo explícita, de que ciertas zonas de la "elite del poder" desbordan a la clase alta posibilidad que representa, en verdad, la única alternativa para que la de "elite del poder" no se haga una noción bastante tautológica. La solución más limpia, como más adelante se propondrá (45), hubiera sido tal vez localizar estrictamente la elite del poder sobre la base estructural de la clase superior o dominante aunque distinguiendo al mismo tiempo dentro de ella varias sub-élites funcionales y todavía sin desdeñar el registro de otras que, de manera ostensible, no la integran. Si se realiza esta labor de complementación, procede en cada caso afrontar entonces un dilema insoslayable: o esas élites ratifican y refuerzan el poder

de la elite "real" y entonces no lo son ellas, estrictamente hablando o, por el contrario, la amenazan o, simplemente, la niegan. En cuyo caso, y en grado más o menos variable, serán "élites emergentes" o "contra-élites", como puede ocurrir con la sindical, la intelectual, la técnica y aún -en determinados casos- la militar.

24- Por su eminente situación dentro de la sociología norteamericana y mundial, dentro de la corriente "empirista-abstracta" aunque en su máxima ambición teórica, vale la pena retomar la sustancia de la crítica de Talcott Parsons a la obra de Mills. Mills, creyó Parsons, mezcló en su tesis sobre el poder político-social norteamericano lo aceptable y lo inaceptable; su objetar supuso más factible el deslinde entre uno y otro ingrediente si se ceñía, primero, al nivel de la generalización empírica y se aplicaba, después, al examen de algunos problemas estrictamente teóricos que el libro plantea (46). Su disidencia con Mills se plantea, dice Parsons, en los dos planos aunque sea obvio que el segundo le parezca el más importante. Pues entre los medios técnicos de *reducir lo arbitrario* de cualquier proposición sociológica se halla el de ejercer el control de las verificaciones a través *del uso de un esquema teórico técnico y relativamente bien integrado* (47).

A nivel de generalizaciones empíricas las objeciones de Parsons fueron bastante numerosas (48) pero mucho mayor interés posee su imagen global contrastante de la situación norteamericana y de sus raíces hacia mediados de esta centuria. Parsons cree, en suma, que dos series de hechos interrelacionados fueron ocurriendo en los Estados Unidos desde principios del XX. La primera está representada por la dinámica de una sociedad industrial madura

y su impacto sobre la total estructura social. La segunda engloba cambios exógenos que han afectado a los Estados Unidos en forma decisiva, tales como la declinación de Europa, el ascenso mundial del poder soviético y el proceso universal de descolonización. Importante es que la acción de las dos series de hechos hayan provocado por igual un incremento sustancial de la importancia relativa del gobierno y del Estado dentro de la sociedad estadounidense. Es un incremento mucho mayor de lo que pudo eventualmente ser, debido a la circunstancia de que los Estados Unidos habían representado una sociedad fundamentalmente no-política y basada en una tradición de descentralización y en una tradición económica que ponía crecido énfasis en la producción y la empresa. (Pero una producción y una empresa fundadas en un sentido activista de la vida y no en una *evaluación hedonista meramente pasiva de goce de bienestar material*).

Frente a estos fenómenos de largo alcance, subraya Parsons el trazo "jeffersoniano" y "agrarista" del ideal de Mills, una filiación que le habría conducido a no percibir con suficiente fuerza que en los Estados Unidos la sociedad industrial ha producido un proceso de especialización en diversos campos: especialización de la actividad económica y especialización de roles directivos dentro de cada organización o empresa. En esta estructura crecientemente diferenciada y acrecida en escala, el liderazgo se habría hecho esencial, siendo, como es, simplemente la expresión de un proceso normal de diferenciación y crecimiento.

Mills, recuerda Parsons, afirma que el curso de los hechos ha ido demasiado lejos y que las "corporaciones" exceden todo límite de eficiencia económica. Supone, inversamente, su crítico, que si bien es cierto que han aumentado en dimensiones, su parte "relativa" en la estructura económica total no ha variado grandemente desde 1920.

La réplica (o visión alternativa) de Parsons angosta su lente cuando discute la afirmación de Mills de que la parte de los grandes ejecutivos se ha incrementado en las grandes firmas más allá de las necesidades funcionales o la de que la porción recibida por los "ricos corporativos" y los "muy ricos" ("corporate rich" y "very rich") lo ha hecho igualmente. Además de rebatir la identificación de unos y otros, supone Parsons que lo menos probado es que en este proceso se cumpla medianamente la práctica de las ventajas acumulativas. Su conclusión-saltando observaciones menores (49)- es la de que, en tanto se hable de la naturaleza y la posición de poder de la elite que se suscita dentro del sistema económico, debe sostenerse que una sociedad industrial desarrollada tiende casi inevitablemente a hacerla aparecer. Niega, sí, la aseveración de que ella dependa en lo sustancial de un grueso impacto de factores y *ventajas acumulativas* y de que esa "elite de los negocios" sea primariamente una elite de propietarios. También observa que esta cuestión -la de la elite económica- debe ser diferenciada de la de la elite que opere eventualmente dentro de la sociedad global y de su correspondiente posición de poder (50).

Páginas más adelante, se expide su duda frontal sobre la posibilidad de que Mills sea convincente en su tesis de que la estructura de poder norteamericana que actúa sobre la acción gubernativa tienda a coalescer en una alianza empresario-militar con un socio más joven representado por los manipuladores de los medios de información de masa tratando de regular el proceso político y de evitar que *la gente proteste o advierta lo que pasa* (51).

25- También registra Parsons una de las incriminaciones que más regularmente se han hecho al esquema teórico de "la elite del poder". Es la de ser poco, escasamente "operacional", la de no resultar idóneo para ser verificado

adecuadamente o, en caso contrario, rechazado por inútil. La crítica se despliega en algunos matices diversos y es generalizable (ya se señaló) (52) a todas las teorías de la cima unificada.

Parsons, al que se mencionaba, explicaba las dificultades de una tarea del tipo de la de Mills, como originada en la circunstancia de que los datos precisos operacionalmente útiles pueden no bastar para una *plena base empírica de conclusiones interpretativas*. Y esto no sólo porque tales datos son, a su nivel, *fragmentarios e incompletos*, sino porque las cuestiones empíricas cruciales surgen a un nivel en el cual los procedimientos operacionales útiles son de poco o ningún uso. Todo lo anterior, precisa Parsons, no significa que no sea factible la observación, pero sí que no puede haber precisa observación en el sentido usual del término (53).

Sintetizando, cabe decir: que si todo poder político-social del tipo del de la "elite" se muestra superlativamente en la capacidad de imponer decisiones, la fuerza de la obra de Mills no llega hasta ello.

Fue tal vez Robert A. Dahl en un artículo (54) quien con más minuciosidad ha elaborado la posible prueba deseable de este poder inconstrastado así como, frente a ella, ha demostrado, tanto en Mills como en Hunter la ausencia de una verificación empírica de pareja cualidad.. El desarrollo es largo y abstracto, pero lo condensa bien la transcripción textual del "test" propuesto por Dahl como adecuado. *Supongamos que ha habido un cierto número de casos, no digamos cuantos, en los que ha habido desacuerdos dentro del sistema, sobre asuntos políticos claves. Supongamos que la hipotética "elite del poder" prefiere una alternativa y otros grupos prefieren otras alternativas. Entonces, a menos que en todos o la mayoría de esos asuntos la alter-*

nativa defendida por la "elite del poder" sea la adoptada, entonces la hipótesis de un sistema dominado por una "elite de poder" es claramente falsa. Esto no quiere decir que la investigación necesaria para tal prueba sea fácil o que la vida política colectiva se preste fácilmente para ella. Pero no se ve como puede suponerse que se ha establecido la existencia de una "elite de poder" sin basar su análisis en un estudio concreto, cuidadoso de decisiones. Unas decisiones que pueden constituir una totalidad ("universe") o ser una muestra de las decisiones políticas claves. Es notable y asombroso que ni Mills ni Hunter hayan intentado examinar un lote de casos específicos para probar su hipótesis mayor. Agreguemos ahora que Dahl considera elite un grupo de control menor en tamaño que una mayoría, una estipulación que, como bien se ha observado, no supone un grupo cohesivo capaz de operación ni especifica la cualidad existencial del grupo capaz de constituirlo (55).

François Bourricaud, sucesor de Gurvitch en su cátedra de sociología y en buena parte eco de las corrientes norteamericanas, ha prorrogado igualmente, respecto a Mills, la postura de Dahl. De acuerdo a su juicio el autor de "La elite..." *debió hacer una lista de cuestiones acerca de las cuales los intereses en conflicto se enfrentaban y una lista de quienes perdían y quienes ganaban. Mills, dice Bourricaud, hubiera escrito en ese caso un libro quizás menos brillante pero más juicioso. Si se llega a mostrarme que en la mayor parte de los casos en que se adoptan decisiones importantes, estas decisiones han sido preparadas, defendidas ante la opinión y luego impuestas por el mismo grupo o la misma coalición, reconocerá que dicha coalición es eficaz, que tiene poder. Pero Mills no intentó siquiera establecer que en los grandes debates-fiscal, presupuestario, militar, etc - los "ricos corporativos" hagan la ley*

o impidan que se haga contra ellos. Pero si no lo intentó es porque su investigación hubiera marcado *la confusión de los intereses, la incertidumbre de los resultados, y el carácter estadístico de las decisiones sociales*; todo esto y no, ciertamente, el *"fiat" de algunas voluntades soberanas* (56).

Llegados a este punto de la recapitulación, parece oportuno sostener que si Mills no realizó la prueba de la elite por medio del análisis de decisiones que Dahl y Bourricaud juzgarían definitivo y confirmatorio- y en verdad que lo hubiera sido -buenas razones tuvo para no haberlo siquiera intentado. Para ser breves, digamos por nuestra parte, que Dahl y sus famosas exigencias prescinden redondamente del contexto social en el que la presunta lucha por las decisiones tiene que inscribirse. Pues ¿es posible, acaso, comparar la "propuesta de decisión" de la mayoría y la de la elite gobernante, como si ambos sectores fueran piezas aisladas, incomunicadas, operando en el vacío? Por el contrario, elite y mayoría actúan en el medio social global y ese medio social representa un conjunto, un ámbito "ya" impregnado por las valoraciones y el sistema cultural que los sectores dominantes, con toda la amplísima gama de medios de comunicación y persuasión que está a su alcance, están en condiciones de imponer. En circunstancias tales, que son las de casi todas las sociedades modernas (y no sólo las de los Estados Unidos), concebir que la mayoría pueda articular sus reclamos, formular sus proyectos decisionales con espontaneidad, con autenticidad, con efectivo dominio de todas las variables en juego; que pueda (además) procesarlos hasta el enfrentamiento y competencia con los correspondientes al sector superior, es concebir un contrasentido. Un contrasentido cuyos mismos alcances, sin otro argumento necesario ya, resulta de la situación expuesta.

Si se analiza, a su vez, el planteo de Bourricaud se advierten, por ejemplo, ya no sólo las dificultades que tuvieron que presentársele a Mills sino las propias ambigüedades que ese planteo conlleva. Algunas: a) ¿hay "intereses", previos, fijos, mensurables en el sector dirigente y en los sectores rivales, o ellos están regulados por una dialéctica compleja e incesante de límites y regateos? (57); b) ¿no son extremos falsos los representados por el dilema de "hacer la ley" o "impedir que se haga contra ellos"? ¿Qué significa la última expresión? ¿Ser expropiados? ¿Que no se imponga ninguna carga? ¿Que se aumente las que ya se soportan? ¿Quiénes ganan y quiénes pierden? ¿Cuánto? ¿Respecto a qué?, etc. ; c) Todo lo que es elite ¿es un sector monolítico, homogéneo? ¿O, por el contrario, hay variantes, tensiones, aproximaciones de algunos sectores a los intereses de aquella?; d) pero, sobre todo, ¿no supone ya la efectiva dominación de un sector dirigente el hecho de que la "masa", los "otros grupos" no sean capaces de por sí, "ab ovo", auténticamente, de formular alternativas de acción y de soluciones y las razones de ello (58). Y e) por último ¿es posible, a los efectos de una comparación, establecer con certeza cuáles son "los intereses" de la elite? ¿Actúa ésta por sí, públicamente, o mas bien en la discreción y hasta la clandestinidad, moviendo el juego por mano ajena, abriendo aparentemente su frente, buscando portavoces mediatizados fuera de ella?

Todos estos problemas -casi insolubles- arrastra la prueba de la decisión, una cuestión que, vale la pena decirlo, Mills no ignoró de ningún modo. Por el contrario, ya en el capítulo inicial de su libro afirmaba: *La idea de la elite del poder no implica nada acerca del proceso de adopción de decisiones como tal; es un intento para delimitar las zonas sociales en que se realiza ese proceso, cualquiera sea su carácter* (59). Podrá argüirse, sí, que para

delimitar esas zonas es necesario el conocimiento del proceso de decisiones concretas que permita acotarlas. O, dicho de otro modo muy tautológico: habría que contar con ejemplos de grupos de autores de decisiones para poder establecer por medios más seguros que los de la hipótesis, cuáles esos grupos o grupo son.

Pese a este verdadero obstáculo, aún un adversario de la posición millsiana ha reconocido la posibilidad de verificaciones distintas a las difícilísimas y casi seguramente maliciosas planteadas por Dahl y sus seguidores. Es Friedrich quien dice que *la existencia* (de la elite) *no está exenta de prueba sólo porque los conflictos sobre las decisiones no puedan ser probados* (60). Sustitúyase "exenta" por "desprovista" y la conclusión se hace intachable.

26- También un grupo de críticas a Mills se concentra ostensiblemente sobre un punto. Es la que insiste en la inexistencia de una verdadera demostración, realizada sobre material concreto, de los vínculos que se anudan en la cima, de los lazos que harían de la elite una entidad compacta, real (61).

Según este tipo de objeciones, Mills quiso demostrar demasiado y a ello obedece, en parte, que haya quedado a medio camino de su intento. Plamenatz piensa que es lástima que en vez de contentarse con demostrar el desnivel de influencia gozada y satisfacciones recibidas por los grupos comparativamente a su influencia numérica, Mills no se circunscribiese a ese punto. Pues puede ser que los líderes de cima ("top leaders") sean menos receptivos y responsables de lo que debiera, pero si es así sus argumentos se lo demuestran (62). Un crítico británico reconoce que *como teoría de la estratificación el modelo de la "elite de poder" es difícil de defender* y admite que los

críticos de izquierda y de derecha han arguido eficazmente que *no queda claro* cuáles sean los intereses comunes de los varios elementos de esa elite del poder. Lo que hace que, mientras esos intereses no se exhiban convincentemente, no se hace verosímil la idea de que esos elementos actúen normalmente al unísono. Cree también que es importante la crítica de derecha, en el sentido de que una "elite", compuesta de la manera en que Mills la concibe, más bien tienda a dividirse por conflictos internos de interés y que esos conflictos sean capaces de provocar una "intra-elite" o de fragmentarla en un sistema de "frenos y balanzas" (63). Bottomore, también en la tesis pluralista, después de explicar la base de la elite económica por el crecimiento de la escala, tamaño y complejidad de las empresas; la de la elite militar por la agudización de la situación internacional; la de la elite política (menos satisfactoriamente) por la decadencia del parlamento y de las asociaciones voluntarias se pregunta porqué, para Mills, existe entonces *una elite* y no *tres* (64). David Butler (también británico como, por azar, los tres anteriores) apunta que en la obra de Mills *existe siempre el peligro de identificar grupos y similitudes allí donde no existen* puesto que *la extensión en la cual una identidad de "status" social produce una identidad de perspectiva no es habitualmente mensurable y a que los hechos reales referentes a la naturaleza y el alcance de los contactos entre los miembros de la elite son muy difíciles de averiguar. Además, no es cuerdo infravalorar las particularidades individuales o asumir que un determinado origen social es capaz de producir, necesariamente, una perspectiva, un punto de vista* dado (65).

Todas las observaciones precedentes, recapitulemos, son sensatas. Pero sensatas desde la estricta óptica de las "elites". Y mucho dejan de desear si vinculamos estas elites

a una clase dominante o superior o, simplemente recordamos que las clases existen y sus intereses también.

27- Entre la alternativa visión de la sociedad estadounidense propuesta en la crítica de Parsons y ya expuesta (66), se insinuaba lo que ahora procede examinar con más detalle. Es la concepción, formulada de modo diverso pero concordante en sus fines, de un poder social tanto fragmentado en la cima y renovado sustancialmente en sus titulares como contrapesado de manera eficaz en los niveles medios de la sociedad. Mills (67) que la conoció bien se expresó despectivamente sobre algunos de los modelos que alcanzó a conocer; en otra parte de este desarrollo se volverá sobre ellos más en general (68).

La convicción de que la "teoría del equilibrio", tal como fuera expuesta hasta 1956, era aplicable a los niveles medios de la sociedad pero no cancelaba la evidencia de una cima unificada, fue profesada por Mills en su obra. Más escéptico era, claro está, su juicio sobre la tesis de la fragmentación de la propiedad y sobre la creciente relevancia de algunos grupos estratégicos (contables, abogados, ingenieros) al modo serio en que la desarrollaron Berle y Means (69) e iniciando así la corriente que primaría la "función" respecto a la "propiedad". Semejante actitud adoptó ante las tesis de Galbraith sobre los "poderes compensatorios" y las de Reisman sobre los "grupos de veto" (70), pero mucho más severa fue, naturalmente, la que tuvo ante la de Burnham y a la que enseguida se hará mención lo que bien puede pasar por ápice de los que Meynaud llamó *mitos indecentes* del desplazamiento de los capitalistas por una clase gerente o directorial (71).

Semejante posturas se renovaron tras la obra de Mills y a propósito de ella. Daniel Bell, al tiempo que sostuvo, sobre la línea de Berle y Means, que el control familiar de

las grandes corporaciones se hallaba en vías de liquidación, propuso de nuevo la imagen de una sociedad norteamericana fragmentada en una pluralidad de grupos situados en equilibrio mediante un complicado juego librado a sus poderes de "regateo" y "contrapeso" ("bargaining and countervailing power"). Los grupos interactúan de esta manera no sólo consigo mismos sino también con los partidos y el Estado pero esto no impide, acepta el expositor, que puedan crearse *incidentalmente formaciones contextuales de poder* (72) (una posibilidad, obsérvese, en la que si fijamos el adverbio "incidentalmente" en las décadas presentes es, justo, la que Mills plantea en su famosa obra).

Dentro del presente rubro otras teorías, como se recordaba, más que insistir en cambios cualitativos entre el tope económico-político y los niveles medios tendieron a subrayar los cambios ocurridos en la cima de los más decisivos.

Quince años anterior a "La elite del poder" es "la revolución de los directores" ("The managerial revolution"), 1941, del ex-dirigente comunista James Burnham, pasado con armas y bagajes al más fervoroso "americanismo". Apoyándose también en los trabajos de Berle y Means sobre los cambios en la organización de las corporaciones, Burnham sostuvo, en síntesis, que el capitalismo decadente (73) estaba siendo reemplazado-antes de que el socialismo se hubiera decidido a hacerlo- por una clase nueva de gerentes o "managers" profesionales y no-propietarios. Lo que hizo, más que otra cosa, fue llevar a extremos casi inconcebibles la distinción entre gestores y propietarios. Casi invariablemente tendió a presentar a estos últimos bajo la apariencia de minúsculos accionistas virtualmente indefensos ante los omnipotentes dictadores de la clase gerencial. Aun descansando en cierta cuantía de fenómenos auténticos de la evolución del capitalismo, la

tesis de Burnham tuvo corta boga y recibió bien pronto calificativos como el recordado de Meynaud.

Con harta mayor sutileza, posición similar fue replanteada un cuarto de siglo más tarde por John K. Galbraith en su libro "El nuevo Estado industrial" ("The new Industrial State") (74). La elaboración de Galbraith supone una concepción total de la sociedad económica-industrial capitalista pero la parte que posee real significación para nuestro tema es la de la "tecnestructura" y sus titulares.

El punto de partida de Galbraith es estrictamente económico: la moderna tecnología implicada en el funcionamiento de las grandes corporaciones industriales requiere una cuidadosa planeación y prospección de mercados y suministros. Ello hace que el "mercado libre" no pueda proveer de un contexto idóneo a la moderna revolución industrial. Es la propaganda la que tiene que "inventar la demanda" y regularla. (La otra alternativa que es la medición de las necesidades sociales auténticas y ya no "solventes" no parece contemplarla Galbraith). Esta política de la demanda opera dentro del marco de la regulación gubernamental del consumo, los gastos públicos y la inversión. Desaparece, por esta vía, la "soberanía del consumidor" pues Galbraith se pregunta (corroborando el célebre análisis de Vance Packard), sobre ¿quién es soberano?, si sus necesidades son sublimadamente inducidas por la percusión publicitaria. A macroescala, el negocio privado tiene que funcionar dentro del marco del control público de la economía, ya se adelantaba. Pero en el interior de ese marco se han borrado los límites: las fuerzas armadas, los "grandes negocios", las empresas nacionalizadas, son dirigidas por una "tecnestructura" consistente de directores ejecutivos educados y un estado mayor técnico. Son las aspiraciones de este grupo las que dominan en la sociedad y reflejan mejor los valores sociales.

Muy distintos a los viejos patrones unilateralizados por la búsqueda de la ganancia, a los míticos "barones del robo", los manipuladores de la "tecnestructura" quieren, sí, realizar también provechos suficientes para que la corporación industrial realice sus planes sin ser perturbada por bandas de "amargados accionistas". Pero, esencialmente, para ellos el verbo "realizar" significa ante todo maximizar el crecimiento de los activos corporativos e ir adelante sin remordimientos por haber despreciado los frutos del progreso científico. Los precios son, en este cuadro, simples procedimientos técnico-contables planificadores que importan, por otra parte, una estrecha colaboración con el Estado y su política económica.

En suma: el poder ha derivado de los capitalistas, que eran poderosos cuando el capital "era lo escaso" al estamento científico altamente educado, que es poderoso ahora porque el tipo de inteligencia organizativa entrenada es mucho más escaso aún que el capital. Correlativamente, los sindicatos obreros han perdido fuerza, ya sea porque representen al obrero aburguesado y confortable, ya al obrero no calificado y crecientemente marginal. Con esa fuerza de menos, su función, con todo, es ayudar a regular los salarios, aunque más no sea para que los gerentes sepan donde pisan cuando adoptan las decisiones de producción o de mercado.

Todas estas direcciones sociales hacen que la sociedad, cualquiera sea su régimen socio-político, se haga más totalitaria. Las fuentes de conflicto sobre fines se disuelven en el progreso técnico. Este progreso es benigno y los tecnócratas cuidan cada vez mejor de nosotros, desde la cuna hasta la tumba (como no pertenezcamos, claro está, a algún grupo "marginal").

Con este paréntesis empiezan (¿empiezan?) las sombras. También el problema de la producción es resuelto a costa de un implacable vender. Un vender que hace que todos nosotros seamos vendedores y aun quede el magno problema del "uso" de la producción siempre incrementada. En este punto Galbraith piensa, por ejemplo, que una revisión de la estrategia para ir al desarme -así sea gradual- es impensable (75). Y si el medio rural y urbano, el transporte público, la urbanización, la destrucción del marco natural, el alojamiento y la salud son descuidados es porque para la sociedad, el atenderlos, sería lo mismo que enlentecer el ritmo tecnológico, reducir las ventas y alterar las prioridades.

Con lo que, al fin, esta apología de la moderna sociedad industrial norteamericana vuelve sobre la ácida visión de "La sociedad opulenta" ("The affluent society"), uncida a la concepción del empleo criminal del excedente de Baran y a las denuncias de aniquilación de la vida personal de Vance Packard (76).

Frantz Hinkelammert, que ha realizado un análisis especialmente minucioso de la tesis de Galbraith (77), se encuentra entre los muchos que tienden a amortizar su presunta novedad y dice que si es cierto que la "tecno-estructura" hereda al propietario capitalista, también lo es que ese carácter capitalista- del que representa en verdad una nueva etapa- se esconde y se mantiene detrás del accionista. Toda propiedad es una aristocracia y la empresa en sí, lo es. La dispersión de las acciones no democratiza la gestión y solo legitima a la tecno-estructura o a unos cuantos accionistas grandes (78).

Estas concepciones globales, sin duda inconciliables con la postulación de Mills, representan el extremo de un posible espectro. El otro se halla marcado por "genera-

lizaciones empíricas" del tipo de las de Parsons. Este mismo insiste, por ejemplo, que en la obra *no hay análisis del rol de los grupos profesionales en la estructura ocupacional* y presume en especial que Mills trató inadecuadamente todo el sector de los juristas. Esto ocurriría no tanto presentando a la rama judicial del Estado como sujeta a largo plazo con ligeras demoras ("a slight lag") a los que poseen el poder (79) como viendo a los grandes profesionales - y entre ellos a los "abogados de corporaciones"- en una falsa relación unidireccional con el mundo de los negocios. Por el contrario, cree Parsons que tanto su prestigio como su poder de control y decisión en esa esfera fue erróneamente calibrado por Mills (80).

En lo que respecta al debatido problema de la propiedad familiar de las empresas y su crisis, Parsons se inclina hacia el bando de los que suponen que ésta es ya más la excepción que la regla, lo que explicaría que el control haya pasado (no totalmente pero en su mayor parte) a ejecutivos de carrera profesional. Mills, que reconoció la realidad de tal fenómeno, no lo evaluó, según él correctamente, pues su efecto indiscutible es restar poder a las "ventajas acumulativas" ("cumulative advantages") a las que Mills da tanta importancia. O, en otras palabras: la presión por enlazar la "responsabilidad ejecutiva" con la "competencia" hace que los "derechos adscriptivos", tengan, necesariamente, que ceder partes de su viejo dominio.

Entre las muchas maneras con que Mills oscurece la importancia de esta dirección está, según Parsons, la de seguir hablando del poder dentro de la economía como basado en la propiedad. Si esto legalmente es cierto, económicamente, y salvo al nivel de los pequeños negocios familiares, las funciones de administración y de propiedad se dan crecientemente separadas. La tendencia se fortale-

cería aún por los efectos de los impuestos a la renta y a la herencia, no tan despreciable ("negligible") como Mills lo supone (81).

Matizado y aun sujeto a vaivenes ha resultado este balance de opiniones y doctrinas sobre este punto tan capital de la teoría millsiana. La evidencia de transformaciones internas del sector superior parece, en general, tan fuerte como la permanencia de su relación con los restantes de la sociedad. Y en un proceso técnico-económico tan dinámico como el presente resulta obvio que el reclamo de nuevas funciones y destrezas tiende a primar a los habilitados para cumplirlas o poseerlas. Más dudoso resulta que el circuito "función-poder-propiedad" no se restablezca a corto plazo y que los esquemas clásicos de la estratificación no recobren por allí su vigencia. Así quede, por lo menos, hasta la parte final de este desarrollo, en que volverá a replantearse.

28- El cuidadoso enfoque de Parsons trató de incidir más centralmente aún de lo que hemos visto hasta aquí en el planteo de Mills. Ello ocurre en el pasaje en que el maestro del formalismo enjuicia la misma noción de "poder" que Mills maneja. Según Parsons, el poder de Mills podría ser caracterizado por las notas de a) ser "cantidad limitada" de facultad de imposición; b) ser cosa de "tener o no tener" de ser a "expensas de alguien", cuestión de "todo o nada" (o "zero-sum-game" en la expresión de la "teoría de los juegos"); c) de ser "poder sobre otros"; d) de representar problema de distribución, esto es, de "quién tiene el poder" (82).

Previamente Parsons había criticado la relevancia que Mills le concedió al poder como condición del carácter elitista de un grupo, aceptando que si esto es indiscutible para la capacidad de influir en las grandes decisiones y a

corto plazo, existen en la sociedad múltiples elementos- caso de la familia, caso de la mujer- que, sin poseer "poder", gozan a pesar de ello, de alta significación funcional (83). En la instancia a que estábamos haciendo referencia, Parsons le opone su propia concepción, que tiende a considerar al poder como una facilidad para la realización de una función en interés ("behalf") de la sociedad como sistema (84). Aunque no niegue el derecho de Mills de haber optado por la suya particular, se cree con derecho a subrayar (y bien se puede estar de acuerdo, si se conocen sus opiniones) qué distintas son sus consecuencias a los que serían si hubiera preferido la contraria. Mills, cree Parsons, elevó un aspecto secundario de la cuestión del poder al *lugar central*, resultando de ello un tratamiento del tema *altamente selectivo*. De ahí derivaría la tendencia millsiana a exagerar la importancia empírica del poder para decir que pasa en una sociedad en detrimento de la planificación de los "procesos sociales", de ahí vendría también su inclinación a considerarlo ilegítimo y a verlo ejercido irresponsablemente, con la más crecida inmoralidad ("a higher immorality") (85). Y toda la construcción descansaría, a su vez, en una *metafísica del poder* que Mills compartía, según Parsons, con Veblen y otros críticos de la sociedad industrial, involucrando la aspiración literalmente utópica de una sociedad en la que el poder no actuase en modo alguno (86).

Merece alguna referencia una incriminación que Parsons hace a Mills en este pasaje y reitera en otro (87), y que es la de *enfaticar abrumadoramente factores de corto alcance* ("short-run factors"). En tal crítica, parecería, tiende a rechazarse toda condición de privilegio para el "presente" respecto al "pasado". Sin embargo, hay buenas razones para sostener una postura opuesta y ver en ese "presente" una

culminación -por lo menos la que para nosotros importa- respecto a todos los momentos anteriores que en él estarían inviscerados.

En su sentido más amplio, la réplica de Parsons involucra el drástico cotejo de dos concepciones que bien puede no ser estrictamente contradictorias aunque sea claramente opuesto al ánimo con que se manejan. La crítica de Parsons acepta la razón del enfoque millsiano aunque lo relegue a condición "secundaria"; esta condición secundaria adquiere, empero, cuantía inevitable cuando se trata de precisar por ejemplo, "quienes" fijan las "metas" que han de fijarse por el sistema político en interés de la sociedad. En cuanto a la limitación cuantitativa del poder no es difícil asentir al juicio de que, en un momento histórico dado, si bien el poder de imposición sobre los hombres no es exactamente fijo no resulta tampoco una variable demasiado elástica. Al carácter de "todo o nada" del poder podrá asentirse a la opinión parsoniana de que este rasgo no se verifique en las decisiones rutinarias, cotidianas; debe discutirse, en cambio, de que no lo haga en el caso de esas grandes opciones (un acto de política exterior irreversible, un plan de desarrollo, una reforma tributaria, etc.) cuya implementación comprometen por largo tiempo una sociedad entera. Y en cuanto, por último, al ingrediente (en verdad implícito) que la noción millsiana del poder contiene, de ser un "poder sobre los hombres" y no sobre los recursos materiales no-humanos, vale la pena recordar la tan conocida afirmación de Marx de que todo poder sobre la naturaleza esconde (o implica) un indirecto poder sobre el lote humano.

29- Tales (y aun concisamente expuestas) son las críticas sustanciales que mereció la obra de Mills. Un libro situado entre el "best-seller" ligeramente escandaloso y el análisis sociológico, escrito en estilo profético y apo-

calíptico, abundante en generalizaciones y extrapolaciones audaces (88), desdeñoso, de entrada, de toda neutralidad científica en pro de un tono deliberadamente cáustico (89). A estos señalamientos, provenientes de la derecha, podría acompañarse el de Sweezy, quien afirmó que *no puede extenderse un cheque en blanco en favor de las contribuciones teóricas de Mills* y observó tanto su *torrencialismo intelectual*, como que el *rigor* y la *elegancia* no se contaron entre sus principales virtudes. También apuntó entre los lastres de su obra hasta qué punto Mills compartía -tal el de la riqueza- los valores básicos de la sociedad que pareció en ánimo de diseccionar (90).

Vale también la pena decir que la amplia circulación del texto de Mills mostró (pese a las ácidas reseñas de diarios y revistas del "Establishment") el alto nivel de capacidad crítica y autoanálisis que la sociedad norteamericana, aún en sus más sombríos períodos, ha mantenido. Dice Verney que el estudio *sería más perturbador si en vez de ser publicado por Oxford University Press y comentado por la prensa americana hubiese sido suprimido por la elite* (91). El tono "celebratorio" de la observación daría para largo, pero no sería razonable extenderse en este momento sobre ella.

30- Al rechazar la oposición de clases, dice Bottomore, Mills dió una visión extremadamente pesimista de la sociedad norteamericana. Una elite gobierna a un pueblo por la adulación y el engaño. Y en lo único que diferiría Mills de otros "maquiavelistas" es en su ostensible condenación de tal estado de cosas (92).

El balance puede ser más matizado. Hablando en términos generales, la teoría de la "elite del poder", como observó Schram, parecería confirmar que el capita-

lismo, aún en un país como los Estados Unidos, *da nacimiento a una cosa que es difícil no llamar "clase dirigente"*. Y la fusión de las elites económica y política corroboraría la teoría (93). Pero también "la elite del poder" tendría que dar a pensar a la izquierda y al marxismo -supone Schram- sobre el conjunto de su filosofía de la historia y su base conceptual de la primacía de la acción de las masas. Pues lo que la teoría de Mills hace visible es justamente el poder de las minorías elitarias y su capacidad de desencadenar decisiones gracias a las conquistas de una técnica capaz de proveer de alcances incalculables a los grupos dominantes. *En el dominio social de los mecanismos de determinación serían capaces de actuar solamente de una manera global, influyendo sobre la mayoría de las decisiones adoptadas. Cuando se trata de pequeñas opciones de consecuencias limitadas, se podía pensar que el resultado de conjunto sería conforme a tal o cual ley general. Cuando se trata de opciones de consecuencias literalmente ilimitadas: vgr., desencadenando un ataque termonuclear, el poder de las "elites" y mismo de un individuo de influir sobre la historia parece asumir proporciones desconocidas hasta ahora.* El hecho, dice Schram, no deja de ser un desafío al análisis marxista (94).

Debe reconocerse también que, al margen de la plausibilidad teórica de su concepto capital de "elite del poder" (95), Mills realizó con su obra una contribución sustancial al tema universal de las minorías rectoras. Puestos a recapitular esa contribución podría resumirse de la siguiente manera; afirmándose que realizó considerable demostración de que:

- en una sociedad del tipo de las capitalistas modernas, industriales, las varias cúspides institucionales que

imponen su normal funcionamiento se hallan ocupadas por un número relativamente limitado de personas;

- existe entre los ocupantes de esas cúspides una identidad importante de pautas de actitud y comportamiento;
- que esos mismos titulares de las cimas se hallan favorecidos por una creciente estabilidad que, resultado de las "ventajas acumulativas", ciertas aunque a medir, o de otras causas, perfilan un fenómeno que no es excesivo calificar de "oligárquico";
- que esa estabilidad, esa escasa movilidad es especialmente notoria en la elite de los ricos corporativos en cuya conscripción predominan criterios variablemente caprichosos de cooptación y el vínculo hereditario familiar;
- que hay una activa irrupción del sector militar en el empresarial dictado por el propósito de utilizar las conexiones y conocimientos de los adscriptos ("complejo industrial-militar") y una irrupción igualmente subida del sector empresarial y la clase alta en el personal político superior (el "intruso político" sin experiencia previa en los asuntos públicos);
- que esas dos corrientes de irrupción, unidas a múltiples lazos y conexiones tienden a unificar las cimas decisivas de poder y a identificar a sus titulares en conducta, ideología y conciencia de intereses comunes;
- que las decisiones fundamentales tienden a centrarse en los niveles altos y que la pugna en los niveles medios es aparente o no es decisiva;
- que ese fenómeno invalida - por lo menos en su ambición mayor- las múltiples fórmulas del "equilibrio" y, los "contrapesos" y "vetos" elaboradas por la corriente social justificativa del "status" norteamericano en las últimas tres décadas;

- que el sector empresarial y rico, el político y el militar dominan los canales de socialización político-social representados por los medios de información y comunicación de masa, y que el grado de control que sobre ellos ejercen lo emplean en urdir el consentimiento de las mayorías y en incrementar el apoyo a las decisiones políticas que favorezcan sus intereses.

En cambio es dable pensar que Mills -y esto tanto a la luz de las críticas recapituladas como de lo ocurrido en los últimos quince años- no llegó a demostrar (y sólo se quedó en la mera afirmación) algunos otros aspectos bastantes fundamentales para una teoría cabal de la "élite dirigente". Que no llegó a demostrar por ejemplo:

- que su "élite del poder" sea todopoderosa y organizada (puesto que no intentó hacerlo de que fuera "cerrada" ni "conspirativa")
- la conexión y coordinación progresiva de las decisiones capitales, en corriente supuestamente irresistible teniendo a la vista las "ventajas de la centralización";
- que los fenómenos de transformación señalados en el tope económico no posean "alguna" significación sustancial por más que no alteren en lo esencial la relación entre la cima y los niveles medios;
- que una conciencia común de "intereses" se traduzca necesariamente en un acuerdo sobre los modos de implementarlos y en el tipo y funcionamiento de las instituciones necesarias para encargarse de ello;
- que esas divergencias no se reflejen en una pluralización de corrientes y opiniones que, a nivel, por caso, de los "medios de masa", debilitan grandemente el impacto posible en pro de una justificación de los comportamientos político-económicos del nivel superior;

que sea incontrastada la capacidad de los sectores altos para imponer decisiones ni "hasta donde" éstas se hallan concentradas en los sectores altos.

Sobre todo no lo prueba sobre análisis de decisiones concretas. Salvo algunas -como las ya citadas del lanzamiento de primera bomba atómica- que tal vez habrán siempre de ser secretas. Esto por su misma naturaleza y sea cual fuere el sistema social y político en que se adopten (96).

Notas Capítulo IX

(1) "The Power Elite", New York-London, Oxford University Press, 1956 (traducción española V. VIII. Sobre ella, en especial Parsons (v.X), Dahl (art. cit.), Daniel Bell (v.n.72 de este cap.), las actas del congreso de sociología en "Le élite politiche", Buri, Laterza, 1961, etc.

(2) VIII, esp. págs. 14-17, 268, 277

(3) Está la excepción del "hijo del patrón", que comienza su carrera -incluso "para dar el ejemplo"- en los cargos inferiores, aunque permanece en ellos.

(4) Las iglesias metodistas y episcopalistas, las universidades de la "Ivy League", etc.

(5) VIII, esp. págs. 128-142

(6) VIII, págs. 262-263; v.par. 32-33

(7) VIII, p. 26

(8) VIII, p. 263. Sobre el valor de las vinculaciones, par. 8 y 58

(9) VIII, p. 37 y 265

(10) VIII, págs. 261, 273-2274; v. par. 2 y 4

(11) VIII, págs. 7,94,268

(12) VIII, p. 260

(13) Parsons señala especialmente esta insistencia de Mills, que según él "está preocupado de que la elite del poder no es representativa de la población, en el sentido de constituir una azarosa ("random") muestra de ella desde el punto de vista del origen socio-económico, educacional, étnico. También tiene la sensación de que Mills rebaja el nivel común respecto a lo que se considera "clase más alta" ("upper class") y destaca así mismo que para Mills ha desaparecido la "clase ociosa" ("leisure class"), de que habló Veblen (X.p. 202)

(14) III, págs. 37-39

(15) VIII, págs. 38-39; 53;84-87; 90-94

(16) Stuart Schram: "Élites politiques et classes sociales aux États-Unis" RFSP, 1957, p. 155-164 (p.1610)

(17) VIII, págs. 35; 123-125; 231; 244-252 "et passim". par. 27 y 31

(18) V. par. 4 y 55 y Ap. B

(19) III, p. 39

(20) Sobre el método de Mills: para establecer la "elite de muy ricos", fijó un número X (371) de personas que llegaron a una fortuna de 30 millones de dólares entre 1799 y 1955. De ellos extrajo 309 que dividió en tres generaciones: de 1900, de 1925, de 1950, constituyendo con cada una pirámides de tres pisos: de hasta 30 millones; el de más de esa suma; el de billonarios. Así pudo visualizar que en las tres generaciones la pirámide tiene contorno semejante, sin que se muestre nivelación alguna de las fortunas y se exhiba, en cambio, una rigidez creciente de la es-

tratificación, puesto que en el origen de los millonarios de las tres generaciones se incrementa progresivamente el porcentaje de hijos de millonario y disminuye correlativo el de los "self-made-man". Para establecer la elite política fijó 513 nombres entre 1799 y 1955, los distribuyó en generaciones de manera similar a la precedente y tipificó su proveniencia en tres escalas: los hijos de los ricos; los de origen medio y los nacidos en la pobreza. La tendencia anteriormente marcada se confirma también, pero mucho mayor relevancia adquiere una variable complementaria que es la existencia de una carrera política previa (sobre todo funciones representativas en las cámaras estadales o nacionales, gobiernos municipales, etc.) a la accesión a los altos cargos ejecutivos. Esa medición muestra a su vez el auge creciente, ininterrumpido, del "intruso político", llegado sin transiciones del mundo de los negocios a las altas esferas del poder público. Todavía puede agregarse que el método de Mills importa tres descartes: 1) da a la elite un sentido moralmente neutro; 2) no opina sobre su rol histórico; 3) no toma posición, por lo menos en el punto de partida, sobre la cohesión interna de cada una. Resumen en art. cit. de Schram (v. n. 16).

(21) Otras refs. par. 39 y 56. Vale la pena recordar que tras la segunda guerra mundial, en sus "Notas para la definición de la cultura" (Buenos Aires, Emece, 1949, p. 69) un espíritu tan conservador como el gran poeta anglo-americano T. S. Eliot señalaba en su país de origen (los Estados Unidos) la "elite plutocrática" que había emergido tras la Guerra Civil de 1865 y apuntaba que "el peligro de llegar a convertirse (ésta) en un sistema de "castas", "aún no se ha disipado por completo", esto es, que la clase dominante llegue a "considerarse una raza superior" (22). Es el esquema común que preconiza la sociología anglo-americana, vgr. Ralf Dahrendorf: "Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial" Madrid, Rialp, 1962

(23) V. intercambio de opiniones entre Nikita Jruschov y los hombres de negocios de Wall Street en torno a la intervención de estos en el gobierno: "En casa de Averell Hariman", en "Life", 24-9-59 y "El Plata", de Montevideo de la misma fecha

(24) John Rex, en "New Society", London, 5-10-67, págs. 465-467

(25) "Community Power Structure", Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1953, traducido parcialmente en "Sociología del poder", Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello (Flacso), 1960, compil. Peter Heintz, págs. 321-361 (de págs. 60-113); resumen de Hunter: en XIII, p. 154

(26) Op. cit n. anterior, esp. págs. 353-354. Para formas de violación estadounidenses a la intimidad e integridad de conducta personal e ideológica: Vance Packard: "La sociedad desnuda", Buenos Aires, Sudamericana, 1965, esp. III parte. Método similar al de Mills aplicó Hunter en su investigación, aunque pudiéndose valer, dado su alcance restringido, de las técnicas de la encuesta y la entrevista. Así solicitó a una lista de 157 figuras locales primariamente importantes que designaran a los 40 "más importantes" y con los datos proporcionados por ellos construyó una serie de pirámides ordenadas funcionalmente: gobierno, negocios, educación, etc, fijando en cada una de ellas tres niveles: tope, intermedio y masa. Tras esto estudió los vínculos y relaciones entre los topes de todas ellas, y desde este análisis pasó a las primeras conclusiones. Método similar siguieron para el estudio de la estructura de poder en la ciudad de Córdoba (R.A) Juan Carlos Agulla y sus colaboradores (v. nos. XLII, XLIII, XLIV)

(27) III, págs. 42-43

(28) XXXVI, p. 10

(29) V. No. 20 "in fine"

(30) Sobre los criterios de clasificación de elites en Mills, v. par. 48

(31) XI, págs. 51-54

(32) vgr. que las naciones socialistas no representasen un peligro para el modo de vida norteamericano (válida en especial, para el Sur y el Oeste de los E.E.U.U)

(33) Una opción, señalemos, no totalmente marxista y tal vez veteada de "maquiavelismo": "clase dominante" es, como vimos, más ortodoxa (v. par. 12 y 51)

(34) Sobre clase dirigente, v. par. 14 y 18; XI, págs. 60-68. Opina Dahl (IV, págs. 55-57) que podría hablarse de una elite estadounidense unificada si fuera sustentada con suficiente fuerza: a) por la evidente desigualdad en la asignación social de los recursos económicos, un hecho tan evidente como contradictorio con las previsiones democráticas del 1800; b) por la estructura de partidos y su acción; c) por concentración del poder económico y por la facilidad para "mover los hilos" tras el sistema político formal; e) por la dinámica de la "sociedad de masas" y sus conexos fenómenos de desarraigo, infantilización cultural, etc. La conclusión de Dahl, empero, es divergente de la de Mills, puesto que no cree en un "monolitismo del poder" o, para decirlo con sus palabras en una "mono-oligarquía". Por el contrario, supone que la noción de "poliarquía" es la que ciñe mejor la situación del poder en los Estados Unidos.

(35) XII, p. 354 n.

(36) X, págs. 201-202

(37) I, págs. 27-29

(38) Entre la inmensa bibliografía sobre el "complejo industrial-militar", además del mismo Mills: John M. Swomley Jr.: "El poder militar en los Estados Unidos", México, Era, 1965, John K. Galbraith, op. cit. n. 7 cap. III, Juan Bosch: "El Pentagonismo", Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1968, etc. Excelente el material periodístico de 1969: semanario "Time", de 14-3, 11-4 y 29-8-1969, las notas del general Shoup en "Marcha", no. s 1447-1448 (9-5 y 16-5-69), la síntesis de "Newsweek" en "Primera Plana", Buenos Aires, no. 338, etc.

- (39) X, págs. 201 y 215
- (40) art. cit. p. 160
- (41) XI, p. 55
- (42) III, p. 41
- (43) V, par. 57
- (44) IV, págs. 45-46
- (45) V, par. 51 y 62
- (46) X, p. 205
- (47) X, págs. 199-200
- (48) Otras críticas de Parsons: a) dudas sobre el incremento de la parte de fortuna hereditaria respecto a la de los "self-made-man" (X, p. 203); b) reservas a la asimilación de "muy ricos" y "ricos corporativos" (idem); c) subrayado de los elementos favorables a la "tesis conspiracional" de la elite que Mills, pese a su rechazo general de la idea, habría dejado subsistentes (idem, p. 204-205); d) dudas sobre que la selección de ejecutivos sea tan azarosa y adscriptiva como creía Mills (idem, págs. 204-205); e) dudas, igualmente sobre la magnitud de las remuneraciones, especialmente comparadas con las de los viejos empresarios y con el incremento que han experimentado las de otras categorías (idem, p. 210); f) desacuerdo básico sobre la naturaleza y función del sistema político y la "genuinidad" de su poder de control de las organizaciones económicas (idem, p. 212-214); g) afirmación, por su parte, del crecimiento del poder gubernativo y reserva respecto a que la participación de los grandes negocios ("Big Business") en el gobierno pueda ser tomado como "un índice simple" de su poder para dominar en beneficio de sus propios intereses (idem, p. 213-214); h) discordia respecto a la significación- que el cree mayor en los tres casos -en su función de restricciones o contrapesos- de los partidos políticos,

del personal político liberal y de los altos funcionarios (idem, p. 214-215) i) escepticismo respecto a la vigencia del tipo "sociedad de masas", que él ve atenuada por los fenómenos de la familia, la amistad, la educación, las asociaciones voluntarias, etc. (idem, págs. 218-219)

(49) V.n. anterior

(50) X, págs. 205-211

(51) X, págs. 217-218. Sobre este último punto tienen alto interés las estridentes acusaciones lanzadas contra los comentaristas políticos de la televisión, a fines de 1969, por el vicepresidente Spiro T. Agnew, incriminándoles, distorsionar sistemáticamente la información presentada por el Ejecutivo y de sabotear el esfuerzo de guerra en Vietnam ("Time", 21-11-69). Vale la pena también recoger la opinión sobre esto y conexos asuntos de un agudo comentarista periodístico de la política de Washington, que recogió en libro sus conclusiones y experiencias. Tras exponer la tesis de Mills, afirma Douglass Cater que "ha estado cerca del poder" y no cree en ella. Acepta sí (y subrayo el valor de este reconocimiento) que el "complejo industrial-militar" y, "los sindicatos mastodónticos" y las corporaciones han alterado la estructura antigua del poder con su base en los partidos políticos y las asociaciones voluntarias. Acepta igualmente que "hay un identificable grupo de hábiles ejecutivos que va y viene entre la empresa privada y los puestos claves de la política extranjera, la defensa y la hacienda". Pero no profesa la idea de una minoría gobernante decisiva en las cuestiones de trascendencia económica. Mills "faltó" a "la hora de proporcionar ejemplos concretos". Por el contrario, supone que "el crecimiento de organizaciones gigantescas no ha proporcionado más poder a las personas que la encabezan" ya que el poder dentro de esos grupos se ha hecho menos coherente y la tarea interna absorbe demasiado (D. Carter: "El poder y los grupos de presión" ("Power in Washington"), Madrid, Cid, 1965

(52) V. par. 2

- (53) X,p. 199
- (54) V.n. 5 del Cap. I
- (55) XII, p. 355
- (56) XXXVII, págs. 21-22
- (57) V. pa r. 63
- (58) V. "ut supra":observaciones a la posición de Dahl
- (59) VIII,p. 28
- (60) XII, p. 355
- (61) IV, págs. 45-46
- (62) III, págs. 37-39
- (63) V. n. 24
- (64) I,p. 32
- (65) "The study of political behaviour", London, Hutchinson Library, 1959, p. 78 (hay traducción española de Tecnos, Madrid); v. par. 32
- (66) V. par. 24
- (67) V. par. 20. Mills, había muerto en 1962 (a los cuarenta y seis años) y de las importantes sólo es posterior la de la "tecnología-estructura" de Galbraith
- (68) V. par. 32
- (69) Robert A. Brady:"La riqueza tras el poder " (1943), México, Fondo de Cultura Económica, 1945, págs. 258-260. Son también variantes de la misma corriente la "teoría de las restriccio-

nes", de Adolf Berle, la de los "conflictos transversales y contrabalanceados", de L. Coser; respecto a los niveles inferiores, la de la incorporación de la clase obrera al consenso, de Lipset y Bell,etc.

(70) V. par. 31-32

(71) XXXV, p. 150

(72) Daniel Bell:"The power elite reconsidered" en "American Journal of Sociology". XI-58, págs. 238-250: en "El fin de las ideologías", Tecnos, Madrid, p. 57-81

(73) El capitalismo se hallaba en 1943, reconozcámoslo en su descargo, en uno de los puntos más bajos de su trayectoria histórica

(74) London, Hamish Hamilton, 1967 (hay traducc. española en Ariel, Barcelona

(75) En "How to control the military", sostuvo posición algo diferentes v. n. 38

(76) V. John Vaizey, en "The Listener", London No.2007, 14-8-67, págs. 321-322 (77) XXVIII: subraya que la tecno-estructura enfrenta dicotómicamente a la sociedad; que suscita como su antipolo no a la clase obrera cada vez más "integrada" en los países desarrollados sino al estamento pedagógico y científico, que es el que más se resiste a ser apendizado a la tecno estructura y convertirse en mero consumidor y manipulado. El poder de apropiación se hace parasitario y la coordinación técnica es la decisiva. En los aspectos económicos destaca Hinkelammert en la tesis de Galbraith ciertas implicaciones: aumento del riesgo económico por dilatación de la etapa de preparación; la primacía del "equipo", pues nadie, individualmente, posee los conocimientos técnicos necesarios; la sustitución de la secuencia consumo-producción por la inversa; la busca de la maximización de progreso en base a la ganancia suficiente reemplazando a la maximización de ganancias a costa del consumo. El cree especialmente erróneo todo el plan-

teo a nivel del análisis de las motivaciones y piensa que el criterio de maximización de ganancias mantiene su primacía como medidor de la eficacia. Insiste también en que Galbraith hace de la manipulación de opiniones una "consecuencia" de la sociedad tecnológica y del mercado capitalista pero no una "condición" de la existencia del sistema y de su legitimidad (págs. 125-130;140)

(78) XXXVIII, págs. 129-130;138-139

(79) Con lo que soslaya la obra de la Suprema Corte, no sólo a largo sino a corto plazo, en problemas candentes y con soluciones que han chocado a poderosos sectores políticos y sociales, tales como la defensa de los derechos civiles, de la desagregación racial, etc. (X,p. 219)

(80) X, págs. 200,219

(81) X, págs. 209-210

(82) En Nestor Campiglia: "Los grupos de presión y el proceso político", Montevideo, Arca, 1969, págs. 81 y ss. Una frase de Parsons ciñe bien el sentido de su interpretación de los supuestos de Mills: el poder es algo usado por los que lo tienen para impedir que los "outs" lo consigan.

(83) X,p. 212

(84) Poniendo ejemplos, afirma que en el caso de la riqueza existe, obviamente un aspecto "distributivo" en su planteo pero que esa riqueza distribuable debe generarse a través de un "proceso de producción" que requiere la cooperación e integración de los diversos factores. Y sea cual fuere la parte que esos factores logren de esa riqueza, tiene que haber una riqueza para dividir. Lo mismo ocurriría con el poder político, que es también un recurso generalizado en la sociedad que tiene que ser "distribuido" pero también "producido" y que es público porque es un instrumento para movilizar a la sociedad hacia el logro de sus metas ("goal-attainment")

(85) X, págs. 219-221

(86) Parsons (X, págs. 222-225) subraya el "individualismo yacente" de ese "fondo ("background") ideológico, común a las tres direcciones que de él se originan: la liberal, la capitalista y la socialista, la más afín a Mills, etc.

(87) X, págs. 215,221.

(88) III, p. 42.

(89) X, p. 205.

(90) XI, págs. 50, 41, 47-48.

(91) XIII, p. 159.

(92) I, p. 29.

(93) El ser el poder político un aspecto "adjetivo" resultaría según Verney, la verificación de los análisis de Hunter (XIII, p. 154) y Meynaud, por su parte, supone que no existe ninguna teoría de la difusión extrema de los mecanismos de poder que cancele o siquiera contrapesa el de la "pareja industrial-militar" (XXXV, p. 72).

(94) Schram, art. cit.,pags. 162-164 (ver cap.VI).

(95) V. par. 23 y 50.

(96) Concluido este trabajo ha llegado a nuestras manos la obra de G. William Domhoff: "¿Quién gobierna Estados Unidos?", Siglo XXI, 1969, quien tiene la existencia de una clase superior del poder.

PARTE C

**LOS VAIVENES DE UN
DEBATE**

X - REPLICAS A LA TEORÍA ELITISTA

31 - En las que explayábamos como “justificaciones de la contradicción” (cap. IV) se desplegaban ya algo así como una primera línea de resistencia a la validez de la categoría “sector dirigente” como clave esencial de comprensión política y social. Esas resistencias, sin embargo, se articulan más ceñidamente frente a los supuestos esenciales de las teorías elitistas mismas y se hacen, por ello, meritorias de una reseña ordenada de ellas. Digamos, por otra parte, que en la exposición que estamos practicando no se ha podido evitar las referencias de intención crítica-caso especial de la de Mills-a las diversas formulaciones del poder dirigente. De más está decir a esta altura del desarrollo que el común denominador de los argumentos que siguen es su ostensible imantación conservadora, su apenas disimulada intención justificativa del “status” económico-social.

Un primer punto de la respuesta es que no existe pasividad por parte de los medios supuestamente dirigidos. Según ella, la mayoría social, por débil o informe que ella pueda parecer, es regularmente capaz de poner límites al poder elitario, de obligarlo a entrar en compromisos, de arrancarle concesiones. Se alega, en especial, la importancia del derecho al sufragio en elecciones formalmente libres y regulares, un tema que por su importancia merece un

tratamiento explícito en este trabajo (1) y cuya relevancia en la cuestión presente, por ello, nos limitamos a dejar estampada aquí (2).

Dos teorías especialmente concebidas para jugar ahora su presencia con la de los poderes compensadores, de John Kenneth Galbraith y la de los grupos de veto de David Riesman. Ambas tuvieron su momento en los medios conservadores de la sociología y politicología estadounidense y ambas ostentan (al revés de otras de su índole) un grado considerable de decoro intelectual.

Tal como la expuso en su libro "American Capitalism: the Concept of Countervailing Power" (3), Galbraith concibe al capitalismo como un sistema en el que cada fuerza engendra una fuerza contraria, un "poder de compensación" o "contrapeso" ("countervail"). Así los empresarios promovieron, por su propia entidad, el crecimiento del aparato sindical, el ascenso de los "fuertes vendedores" de la primera etapa oligopólica la aparición de los "fuertes compradores" (cooperativas, adquirentes en masa de insumos, vendedores detallistas en cadena, etc.). Desplazándose de los fenómenos puramente económicos, y como es concebible, Galbraith supone la neutralidad de la organización gubernativa ante estas fuerzas en presencia. Es desde esta perspectiva que los arbitrios político-estatales realmente importantes-caso de la política de precios de sostén para los agricultores, de la "ley Wagner" sobre los sindicatos-se ven como el ejercicio de un (segundo) poder compensador, distinto por ello al poder original, antagonístico, de los contendientes.

Como es dable verlo, es sobre todo la visión general de la sociedad y del ejercicio de la decisión política más que sus desarrollos explícitos lo que habilita a traer colación la concepción de Galbraith en el punto que aquí se trata.

Algo menos ambiciosa es, tal vez, la teoría de "los grupos de veto" que expusieron David Riesman y sus colaboradores en la tan conocida obra "La multitud solitaria" ("The Lonely Crowd") (4). Los "veto groups" son, según Riesman, grupos defensivos, no de conducción; representan *una nueva región de amortiguación* ("a new buffer region") entre los viejos, *alterados y disminuidos extremos que fueron una vez dirigentes y dirigidos. La amorfa situación de poder* prima la habilidad del dirigente político, del tipo de F.D.Roosevelt que posea la *tolerante habilidad para manipular coaliciones*. Grupos religiosos, laborales, empresarios, raciales, nacionales, regionales tejen, según Riesman, las múltiples telas posibles de estas coaliciones. Condición muy diferente representan a la que se daba en los Estados Unidos durante el trayecto histórico que culminó en la llamada "época de McKinley" (1897-1901) en la que el poder de "los negocios" no tenía-política ni económicamente-el menor contrapeso (5).

Tanto ante la concepción de Galbraith como ante la de Riesman, difícil parece disentir de la afirmación de Meynaud sobre el primero de que con su insistencia, con el subrayado excesivo de determinados fenómenos *ha desacreditado* la teoría de los "poderes compensadores". Pues es evidente que ambas (ahora) parecen dictadas para integrar, como dice Meynaud, *el arsenal de defensa del capitalismo estadounidense*. Ciertamente es, también, que han tenido el valor de indicar la importancia de un hecho insoslayable y que es, justamente, el que hace que ahora las hayamos expuesto. Con palabras de Meynaud es el de que *es verdad que una fuerza cualquiera raramente tiene la facultad de imponer la realización de un programa sin tener en cuenta la reacción eventual de los elementos a los que es susceptible de afectar, directa o indirectamente, el dispositivo contemplado* (6).

La aseveración de Meynaud nos resulta fundamentalmente correcta dentro de una característica que más bien

que "latitud", cabría llamar "porosidad". Y también nos parece que es esta "porosidad" la que ensancha el ámbito de su validez. Pues nótese que, por ejemplo, el término *raramente* contempla la posibilidad de excepciones, esto es, del ejercicio de un poder inconstrastado. *La reacción eventual* de los elementos dirigidos es un fenómeno que, por otra parte, con el afinamiento y multiplicación de los elementos de dominio social (técnicos, psíquicos, etc.) los medios dirigentes están por lo común en situación de regular. Y que esta regulación involucre en la generalidad de los casos determinadas formas de "compromiso" no afecta, repetimos, el sustancial desnivel de las posibilidades de decisión y de las corrientes de influencia.

En un cuidadoso trabajo, el francés Leo Hamon enfocó nuestro tema desde la perspectiva de *la latitud de acción de las categorías dirigentes* (7). Partiendo de la aceptación previa de la unidad de acción de esas categorías, que formarían una sola clase, que dispondrían de un poder discrecional que las convertiría en artesanas de la historia, Hamon se propuso revisar empíricamente los límites que esta previa discrecionalidad, regularmente, encuentra. Reconocido el "hecho oligárquico" que alumbró el análisis de Michels como ley de todas las organizaciones (8), sostiene que este fenómeno tiende a estar limitado, desde lo alto, por *el príncipe* o *el líder*, desde lo bajo, por *los gobernados*. El concepto de *plafon* visualiza el límite que las minorías dirigentes no pueden ultrapasar si han de obtener obediencia regular de sus dirigidos y no quedar desautorizadas; la expresión *reventar el plafon* ("crever le plafond") señala la instancia en que tal hecho ocurre.

A vía de ejemplo menciona el autor inicialmente cuatro casos de limitación a la realidad oligárquica. Los cuatro están representados por la falta de secuencia de los dirigi-

dos respecto a la orientación impuesta por los dirigentes: uno en una asociación profesional y los restantes en partidos políticos (9).

Estudiados los hechos en dos áreas diferentes, en la primera, esto es el *mecanismo de una jerarquía definida*, tanto el estudio de los partidos políticos, como el de los sindicatos o la Iglesia Católica mostraría el hecho regular de la existencia de "plafones" (10).

Y la impotencia de las directivas en lograr internalizar y efectivar ciertas actitudes y comportamientos. Muy fino es el análisis que hace Hamon del abanico de posibilidades que a los desfaseamientos entre dirigentes y masas abren un lote determinado de variables. Son a) la existencia de soluciones sustitutivas aceptables, b) las sanciones posibles a la indisciplina, c) la naturaleza de la conducta reclamada, d) la eventualidad y posibilidad de la "apatía" y sus matices.

Es de observar que tanto el caso de jerarquías definidas como el otro posible de *categorías dirigentes sin estructura propia* se sitúan en puridad dentro de la zona de los sectores dirigentes parciales. Apuntan a los grupos de poder que actúan siempre en un ámbito más restringido que el de la sociedad global. Es una reflexión, creemos, que vale la pena hacer y que pone en su punto la validez indudable de algunas reflexiones de Hamon (11).

Se coloca, por el contrario, en el terreno de un "sector dirigente real", que actuaría sobre la cúspide de todos los grupos funcionales, el punto de las limitaciones impuestas a la "categoría gobernante" por la existencia de un "líder". En general, el autor reconoce que un conductor, aun el de fuerte personalidad, es fundamentalmente el portavoz de las categorías y medios dirigentes. Pero al lado del *líder-reflejo* se ofrecería la posibilidad del *líder causa-independiente*, ca-

paz de modificar, ya sea en matices, ya de modo total, el equilibrio de los sectores dirigentes. Este *líder-causa* o *líder revolucionario* es un extremo del espectro cuya otra punta está dada por el *líder-reflejo*; como es previsible, la conclusión de Hamon es que la realidad oscila regularmente entre ambos tipos. La acción del *líder-causa* se ve facilitada por el hecho de que, como a seguido se planteará, esas elites suelen hallarse unas veces divididas y otras obligadas a aceptar cualquier figura en el tope ya sea por falta de otra cosa ("faute de mieux") o por desesperación ("en desespoir de cause"). Esto hace que el líder más abocado a destruir el poder del sector superior pueda contar con el apoyo de algún núcleo de él, aunque esto ocurra, digámoslo por nuestra parte, sólo en situaciones literalmente pre-revolucionarias. La relación se entrelaza así con tres actores: el líder que puede apoyarse en la masa para adquirir apoyo contra la categoría dirigente (12); ésta, que puede ser desalojada por el *líder-causa* pero en forma más habitual es respetada por el *líder-reflejo*. Pero el sector dirigente también es comunmente capaz de derribar como varias veces ha ocurrido en Latinoamérica al *líder-causa* y aún a quien sólo tenga meras veleidades de serlo (13).

La noción de las limitaciones de las "categorías dirigentes", concluye Hamon, no es cuestión de *todo o nada* sino de *más o menos* (14), la latitud (está en su concepto intrínseco) no es nunca absoluta y las regularidades que aquí operen son sólo un ejemplo de las leyes de la causalidad social en las que cada dato o variable está sometida a la acción de todas las demás.

32- La primera afirmación de la réplica tiende a sostener que la masa dirigida no es tan pasiva como las teorías clásicas de la "elite" insisten en presentarla. La segunda incide en que la categoría dirigente *no posee por lo regular unidad interna efectiva de actitudes y comportamientos*. En pasajes

anteriores de este desarrollo (15) se han examinado ya las aserciones de que no hay una acción siempre deliberadamente coordinada de grupos y corporaciones; de que las minorías dirigentes no tienen por lo general un interés y opinión definidas en todos los asuntos, de que, sobre todo, no obra una conspiración que coordine el libreto de las decisiones esenciales. Abundando en el punto, Riesman sostiene que para ver "quien manda" ya no pueden satisfacerse hoy las teorías de Marx, Mosca, Michels, Pareto, Veblen o Burham. Y si ello es así es porque si hemos de ver *quien logra que se hagan las cosas* ("who gets the things done") es dable advertir que esas "cosas" son realizadas con absoluta falta de dirección lideral y coordinada deliberación (16). Para él resulta obvia la *indeterminación* y el *amorfismo* de la cosmología del poder, su calidad meramente *situacional* y *mercurial*. Dado que el poder se basa en *actitudes* y *expectativas interpersonales* es importante apreciar el modo con que cada sector eventualmente decisivo, se evalúa; según Riesman, así la "clase corporativa de negocios" como el estamento militar tienden a no emplear su poder potencial, tal cosa ocurre tanto por timidez y respeto como por un factor que podría insumir estas características: la heterodireccionalidad ("other-directedness"), un neologismo de su propio cuño indicador de aquel comportamiento que se orienta esencialmente por las presiones y prestigios que en el ambiente se dan y dominan.

Sin llegar al extremo de Riesman, casi toda la sociología occidental insiste en la diversidad interna de los que tienen más mando. Lasswell, Lerner y Easton Rothwell tras sostener que el concepto de "elite" en cuanto designa a *los mantenedores de altas posiciones en una sociedad dada* es puramente descriptivo, clasificatorio, vacío ("blank"), afirman que hay *tantas "elites" como valores*. Por ello, al lado de la del poder-"política"-están la de la riqueza, la del respeto, la

del conocimiento, *por no nombrar sino unas pocas* (17). Para Friedrich, si se entiende por "elite" o "clase dirigente" la que tiene el monopolio del poder o grande, desproporcionado asidero en él y características de grupo cohesivo, con sentido de identidad como tal, el fenómeno se da, sí, en el "apparatshiki" del Partido Comunista de la U.R.S.S.

No, por cierto, según él, en los Estados Unidos o sociedades de índole similar, en las que los liderazgos político, económico y militar están lejos de tal monopolio del poder y carecen de conciencia de grupo y organización (18). Plamenatz, señalando la que él observa como gran división de las categorías dirigentes, sostiene que es a veces menos lo que ellas tienen en común que lo que tienen en común, una por otra, con otros sectores sociales. (19).

Ha sido empero Raymond Aron (que en este punto como en tantos otros ha aplicado su sutil inteligencia a la justificación de la estructura social dominante en Occidente) quien con más precisión ha dado forma a la que Meynaud llama *la tesis de una extrema difusión de los mecanismos y situaciones de poder en las complejas sociedades industriales de hoy* (20). En varias oportunidades Aron ha defendido la validez de su concepto plural de *categorías dirigentes* (21). En una sociedad desarrollada, sostiene, la observación ingenua revela tanto la gran diferenciación de roles dirigentes como el hecho oligárquico. Preguntándose sobre si existe *una unión misteriosa, una conspiración de poderosos, un gobierno invisible*, concluye que el interior de las jerarquías dirigentes no es monolítico, que presenta divisiones; en la opción entre la realidad de *una sola cadena de mando o varias, de una sola jerarquía o varias jerarquías* elige decididamente por el segundo de los términos dilemáticos. *El poder temporal* se contrapesa con el *poder espiritual*, la *poten-*

cia social con el *poder político*. En el *poder espiritual* se da el clivaje entre los tenedores tradicionales y religiosos de su ejercicio y los "intelectuales". En la *potencia social* se pluraliza la organización empresaria del trabajo y las organizaciones de masas de los no privilegiados con vistas a su reivindicación; aún, dentro de estas mismas, las que actúan en el *interior del sistema* y las que lo hacen *contra* y fuera de él. En el *poder político*, al *personal* del régimen responde un *contra-personal* de los partidos revolucionarios; en el Estado se acentúan las tensiones entre los políticos, los administradores y funcionarios de tipo tradicional y los gestionarios de los medios públicos de producción; casi inevitable es la pugna que opone al tecnócrata y al dirigente político-partidario sobre los valores antagónicos de la *racionalidad burocrática* y el *compromiso*. Tampoco son raros los conflictos entre el poder civil y el poder militar, políticos y altos oficiales. Pero aún no hay unidad de acción en el interior de cada uno de estos sectores o categorías dirigentes, como es ostensible entre los intelectuales y los "conductores de masas" aunque haga Aron, a este respecto las excepciones del ejército y la (hoy mucho más discutible que hace una década) de la Iglesia.

Débil es en cambio, según Aron, y como ya se recordaba, la conciencia de la comunidad de intereses entre todos estos sectores dirigentes y, ni que decirlo, discutible el acuerdo invisible y secreto en o entre unas categorías cuyos límites mismos son tan flotantes. Y, si se ciñe la atención en regímenes que posean instituciones representativas, es dable ver en el sistema, política permanente, libre juego de rivalidades (22).

Todo lo anterior justifica, cree Aron, su aserto de que el *dato inmediato* son las *categorías dirigentes*, que *la clase dirigente es la hipótesis* (23). Las "categorías dirigentes" son

minorías que ocupan posiciones o cumplen funciones tales que no pueden no tener influencia sobre el gobierno de la sociedad. Son también las que están en el tope de la jerarquía de un subsistema específico. La confusión de límites entre las categorías no importa demasiado puesto que cada una de ellas indica *más bien una función que un grupo*. Y la expresión posee, según su creador, la doble ventaja de ser un auxiliar eficaz de la memoria ("aide memoire") y carecer de las *resonancias ideológicas* de la noción de clase. Por otra parte, las relaciones entre cada una de ellas permite diagnosticar las relaciones entre "poder" y "sociedad", la organización del poder, la naturaleza de cada régimen.

La pluralidad de las "categorías dirigentes", en suma, es una característica esencial de las sociedades modernas, industrializadas, complejas. Esto sin perjuicio de que en su respuesta polémica a las objeciones planteadas por Jean Meynaud en su ensayo sobre "Las categorías dirigentes italianas" (24), reconozca Aron que su noción preferida, presunta e ideológicamente "neutra" no excluya, como ya se decía, la verificación de la hipótesis de una "clase dirigente" (25).

Muchos siguen, como es verosímil, la misma dirección. Friedrich sostiene que la dispersión de las "elites": la gobernante, la "creadora de valores", representa un signo valioso del "pluralismo" de las sociedades democráticas contemporáneas (26). Y Lasswell y Lerner, recurriendo a imágenes topográficas, afirman que la cima del poder tiende a parecerse más, en las sociedades del presente a una "meseta truncada" que a una "pirámide" que porte una pequeña selección en su punto superior. Esto ocurriría en toda situación en que la *efectiva participación está anchamente dispersada* (27). Y parecidas aseveraciones se hacen, como se verá en su lugar, aún sobre las sociedades subdesarrolladas de Latinoamérica (28).

Un punto cabe mencionar vinculado a lo precedente. Los negadores de las fórmulas máximas de una "clase dirigente" coherente sostienen que la *transmisión de los privilegios* versus el *ingreso meritocrático* es el criterio básico de diferenciación de situaciones de unidad y situaciones de pluralidad dirigente y que, aún en esto, existen transiciones y matices.

En la exposición de las ideas de Mills (29), se subrayó el muy relativo valor que éste confería al criterio de "origen" así como su contraste con el muy alto que le asignaba al proceso de "adscripción" a los sectores directivos y a las fuerzas de socialización psicológica e ideológica. Vale la pena señalar que concurrentemente, aunque sólo para la proporción que ya nace en el tope social, Aron sostiene que la transmisión de los privilegios es "una" de las características de la clase dirigente aunque no la única importante. Y esto es así, puesto que lo son también la coherencia entre ellas, la manera como ejercen el poder, el lugar que dejan a la posibilidad de contestación de los otros sectores. Todo ello hace entonces importante el estudio de las formas de reclutamiento, la selección y el ascenso de los dirigentes de cada una de sus "categorías". Soslayados matices que ahora no importan, su conclusión general en este punto es que la diferencia entre el Occidente y los países socialistas es más de "grado" que de "naturaleza". Y ello ocurre así porque si bien la U.R.S.S y sociedades de régimen político-social similar pueden acercarse a la forma meritocrática, cree que en ellas también pesan el origen, las vinculaciones, el medio familiar y educativo. En Occidente a la inversa, tampoco, lo decide todo el nacimiento y están como ejemplo de ello las grandes corporaciones empresarias y la base insoslayablemente meritocrática de la mayoría de las carreras que se cumplen en su interior. En general, observa que el conflicto entre el criterio de transmisión hereditaria de los cargos y el de verificación de los méritos es un conflicto real. Y este

conflicto, un signo de que todavía las sociedades no han hallado el sistema de selección adecuado. Salvo, agrega, para quien acepta que Goering, Mussolini o Jruschov puedan valer como modelos (30)

33- En todo lo anterior se halla virtualmente planteada la concepción de las "elites funcionales" que poco más adelante se explayará (31). Exige, en cambio, desarrollo inmediato, otra idea implícita importante. Es la de una radical distinción entre *sector dirigente social* y *sector dirigente político* como características de las sociedades de presente.

Poco habría que agregar, a decir verdad, en este punto a lo ya expuesto a propósito de la tesis de Mills (32). Pierre Hassner sostiene que posiciones como la de Aristóteles y Rousseau son anteriores a la división y separación entre sociedad y Estado. Esta separación ha representado la posibilidad de jerarquías contradictorias y supone tanto la destrucción de los "estamentos" como la dificultad para establecer una actividad única y considerada esencial. Pero tanto el marxismo como el neo-maquiavelismo -sostiene el autor- se niegan igualmente a reconocer la entidad de esta distinción entre lo político y lo social y la minimizan, reduciéndolo todo a la jerarquía política, en su sentido más elemental, los neo-maquiavelistas o a las jerarquías económicas, en sus ejemplos más fuertes y radicales, los marxistas. Las relaciones, en suma, entre la clase social dominante y el grupo político dirigente *no son de pura identidad* y cambian de época en época; conocer la primera no permite presumir automáticamente la segunda y no dispensa de hacer la pregunta esencial: ¿quién gobierna? (33).

Aron, por su parte, insiste que en los "sistemas democráticos occidentales" (así los llama) el poder político es ejercido por hombres que no son los propietarios o gestores

de los medios de producción. El poder político es objeto de una competencia regular, por vía de elecciones, entre individuos, entre partidos, en los parlamentos. Los opositores sociales tienen derecho a criticar a la "clase dirigente". Las clases desfavorecidas lo tienen -y lo usan- para organizarse en sindicatos y en grupos de presión. Ese margen de autonomía del personal político respecto al patronato económico varía, naturalmente, mucho. Lo hace con las épocas. Lo hace, en especial, según los dominios-económico, cultural, religioso, etc.- en los que la totalidad social se articula (34).

34- Un último núcleo de los argumentos que hace la posición que ahora se reseña no es fácil de rotular. Podría decirse que alinea junto a la *exigencia de precisiones* el *planteo de dudas* y, al lado de ambas, variadas *acusaciones de tautología*. Se trata, en suma, o ya de declarar que lo que se debe reconocer en cuanto a un eventual sector dirigente unificado y autosostenido es sabido de sobra y nada agrega al saber social o ya, en las articulaciones más extremas, más inocultablemente graves de la tesis que se rechaza, no de "negar" sino de "dudar". Ya se ha hecho referencia a las dificultades de prueba que este tema comporta (35); factible, aún fácil, es entonces, ante lo no cabalmente verificado, exigir precisiones, detalles, mostración de los mecanismos concretos por los que los sectores dirigentes alcanzan decisiones conjuntas o éstas son cumplidas. Todo con el extremo rigor, con la desafiante pasión por la exactitud que muestran la politicología y la sociología académicas cuando se incursiona en temas que pueden afectar ya "su" "status" ya "el" "status".

François Bourricaud es el más modesto y el menos retórico: *el poder de las clases dirigentes es difícil de delimitar y no quiere decir que lo dirijan todo* (36). Aron ya más dramático, se pregunta: ¿cuáles son las relaciones entre los que toman las decisiones y los otros? ¿en qué medida los jefes

son influidos por las preferencias de los que mandan?. Si la clase dirigente reina, dirige ¿hasta qué grados? ¿por qué medios? (37). El repertorio de Hassner es bastante más extenso. Según él la pregunta sobre *¿quién gobierna?* se plantea mejor si se interroga *¿cómo se gobierna?* ¿desde qué punto de vista? ¿en qué medida?. Pero todavía la cuestión se le abre en un abanico más ancho de seis dudas: 1) Las desigualdades ¿son acumulativas o no?; 2) ¿cómo se toman las decisiones políticas importantes? ¿qué tipos de gentes las toman? ¿son las mismas para toda clase de decisión? ¿de qué capas sociales provienen?; 3) los líderes ¿tienden a coincidir en su política o a chocar, a dividirse, a negociar?; 4) ¿cuál es la importancia política del derecho más ampliamente repartido, esto es, el voto? ¿los líderes actúan a favor del pequeño número o al de todos los que poseen el arma del sufragio? ¿cómo utilizan los ciudadanos este recurso?; 5) las “estructuras de influencia” ¿son durables o cambiantes?; 6) ¿el sistema de poder está afectado por lo que los ciudadanos afectan creer de la democracia? (38). Radical es también la problematización de José Luis de Imaz puesto que cala hasta la pregunta sobre las vinculaciones entre el poder político y el poder económico y a las posibilidades de que sean correlativos, de que estén escindidos, de hasta donde lo estén, etc. O, como lo plantea más adelante, la interrogación es la de si el *poder económico* se traduce en *poder social* y es en el *terreno político* que él se hace decisivo para la adopción de medidas (39).

La tendencia a problematizar puede traducir, como es obvio, una límpida voluntad de replanteo radical de los problemas, de ver claro hasta la postrera posibilidad de hacerlo. Difícil es emplear juicios del mismo jaez cuando la problematización opera ostensiblemente como dispensa para llegar a conclusiones, como pretensión desbordada de descargar la prueba en la eventual contraparte, como pantalla - en especial- de una opinión, de una posición que no se

tiene el valor de confesar. Ya se recordaban las opiniones de Mills respecto a este punto, (40) y sobre la “falacia de falsa precisión” implícita en los reclamos conservadores frente a las aseveraciones sobre concentración del poder político-social se ha hecho también anterior referencia (41).

Recordábamos poco más arriba que a tales posiciones se las incrimina igualmente de “tautológicas”. Que todas las “categorías dirigentes” estén de acuerdo cuando *lo esencial* (esto es, su poder, su sobrevivencia) está en cuestión, es una *platitud* para Aron (42). Es lógico que se presenten así contra una *amenaza exterior*, pero esto no probaría de que lo estén de modo invariable y consciente. Es una “platitud”, agreguemos nosotros que asume considerable (aun enorme) caudal cuando las categorías dirigentes llegan a considerarse de modo estable, y agudo, objeto de amenaza exterior.

Notas Capítulo X

(1) V. Ap. B

(2) II, págs. 8; 2021; III, p.28

(3) John K. Galbraith: “American Capitalism”; traducción “El capitalismo norteamericano”, Buenos Aires, Agora, 1955, caps. IX y X, esp. págs. 74 y ss y 90 y ss

(4) IX, págs. 236-259

(5) IX, págs. 244, 249-251, v. par.21

(6) XXXV, p. 69; sobre Riesman: págs. 246-251

(7) VII

(8) V. par. 17

(9) En la Asociación Médica Británica la postura de resistencia ante el proyecto de socialización de la medicina no fue seguida por la masas de los asociados; disidencia en los partidos que derribaron el gobierno de Pierre Mendes-France durante la IV República francesa; impotencia de la dirección comunista francesa en evitar que una parte del voto obrero tradicionalmente fiel al partido favoreciera a De Gaulle entre 1959 y 1964; desatención regular de la masa de los partidos a las alianzas que sus dirigentes pactan para la llamada "segunda vuelta" de las elecciones francesas, etc.

(10) Pio IX, por ejemplo habría roto uno, con su famosa Enciclica "Syllabus" (1864) en la que se repudia globalmente al mundo moderno.

(11) Distinción entre sectores dirigentes parciales y sector dirigente global en par. 38,62 "et passim"

(12) Cuando el líder ha salido de ella se suele hablar de "catilinarismo", según ciertos procesos político-sociales de la República Romana.

(13) A propósito de la función del líder cabe recordar que Robert Dahl objeta a las teorías de la elite despreciar la significación del hombre político individual (IV, págs. 57-58). Observemos que esto puede ser llanamente cierto en algunos casos y en otros obedecer a esa necesaria unilateralidad en que debe incurrir toda teoría contra la negación, para lo cual tiene a menudo que superlativizar sus razones. Engels reconocía esto para el marxismo en una de sus famosas cartas de la década del 90 (K.Marx y F. Engels": Textes sur la littérature et l'art" Paris, Editions Sociales Internationales, 1936, p. 45)

(14) Es decir: en la terminología técnica actual no un "zero-sum-game" sino un "non-zero-sum-game", V. par. 28

(15) V. par 26 y 27

(16) IX, págs. 255-257

(17) XLVI, p.43; complemento del desarrollo en par. 36. Como se ve, para ellos la "riqueza" no implica "poder" y no hay jerarquía de esos valores sino situación igualitaria -dentro de una sociedad dada.

(18) XII, p.357

(19) III, p.32

(20) XXXV, p.72

(21) II, págs. 11, 15, 16, 18, 23-24; VI, págs. 471-481 y "La classe dirigeante: mythe ou réalité?", en RFSP 1964, págs. 15-16

(22) Aron admite, es cierto, que los grupos dirigentes decisivos pueden hallarse unificados y constituir una comunidad, ser auténticamente "clase dirigente". Es lo que ocurrió entre el poder político, el poder militar y la propiedad territorial en la Gran Bretaña del siglo XIX (VI, p. 476)

(23) V. n. anterior

(24) V

(25) V. II, págs. 18,27 y n. 9

(26) XIII, p. 355; también Dahl (IV, págs. 56-57)

(27) XLVI, p.49. "Flat-top" es la expresión que emplean (los relieves en forma de mesa que existen en el Oeste norteamericano y también en Tacuarembó y Rivera)

(28) V. par. 45

(29) V. par. 20 y ss

(30) II, págs. 25; 26-27

(31) V. par. 38

- (32) V. par. 20 y 28
- (33) IV, págs. 55 y 64
- (34) II, págs. 12, 20, 22, 24; también par. 67
- (35) V. par. 2
- (36) XXXVII, par. 43
- (37) II, págs. 8, 11
- (38) IV, págs. 56-57
- (39) XL, págs. iniciales y 144
- (40) V. par. 25
- (41) V. par. 2
- (42) II, p. 23

XI - LAS "ELITES DEL VALOR"

35- Desde que los conceptos de "aristocracia", "elite" o "clase dirigente" fueron juzgados instrumentos idóneos de comprensión político-social, a la comprobación fáctica del "poder" que pudieran poseer se aunó también la invocación a la "función" que pudieran cumplir y al "valor" que serían capaces de exhibir. Esta invocación tuvo intención a veces y yuxtapositiva, a veces corroborativa y, las más, polémica.

Poco más adelante se enfocarán las "elites funcionales" (1). Ahora se examinarán las basadas en criterios de "valor". De acuerdo a ellos, son ciertas capacidades, méritos, excelencias las que promueven la distinción entre dirigentes y dirigidos, entre minorías y masas. Reconocidos, verificados los valores que esas minorías portarían, la función que invistan será una consecuencia de ese desnivel cualitativo inicial, sobre el que serán legitimadas, aceptadas socialmente, incluso convertidas en "modelos".

En realidad, la fundamentación de la presente categoría no es tan fácilmente deslindable, y las líneas de la "función" y del "valor" tienden a entrecruzarse. Pues, como se ha observado, se puede juzgar que se está en condiciones de cumplir una función porque se poseen las "cualidades", esto es, los "valores" requeridos, por donde las "elites de

función” tenderían a resolverse en “elites del valor” (2), fusión que es dable de señalar entre las primeras expresiones “modernas” de este tema (3).

Por otra parte, vale la pena observar que las mismas nociones a manejar tanto la clásica de “aristocracia”, en su acepción etimológica, como las modernas de “elite” y “clase dirigente” involucran un subrayado valorativo. En el caso de la “elite” este es el que le hace a Schumpeter rechazar el término (4) en el de “clase dirigente”, como se verá de modo más explícito (5), late como razón superior de legitimación la capacidad de imponer orientación coherente y generosa a la marcha de una colectividad, de movilizarla hacia ambiciosos objetivos.

Analizando la categoría de las “Werteliten” de la clasificación de Jaeggí (6), sostiene Hassner que ellas se originan principalmente en las teorías filosófico-morales que se rehusan a diferenciar los juicios de hecho y los juicios de valor (7). Según su parecer, de tales teorías se desprenden tres direcciones o posibilidades distintas:

- la primera concibe a la “elite” como una aristocracia y, fijando las cualidades que hacen digno de gobernar, comprueba o no en una sociedad la existencia de un grupo susceptible de encarnarlas.
- la segunda *investiga los valores propios*, peculiares de una sociedad, y busca la “elite” que los encarne. Como es obvio, resulta mucho más abiertamente descriptiva o sociológica que la anterior, ética y normativa.
- la tercera da origen a teorías que, generalizando la noción de valor hasta incluir *todos los objetos de preferencia*, se colocan en un nivel que no es ni “moral” ni “global” y que, diferentemente, considera “elites” a los

diversos grupos de individuos que han tenido más éxito en relación a los *distintos valores buscados* (8).

Reservando el primer grupo para ulterior desarrollo, puede destacarse que el segundo y tercero son representables en forma prácticamente unipersonal por Karl Mannheim y Harold Lasswell, respectivamente.

36- Como lo subraya Bottomore (9) hay muchas variantes en la doctrina mannheimniana de las “elites”, puesto que si las desechó en algunos pasajes de “ideología y utopía” como expresión de irracionalismo y espíritu de subordinación, en ensayos sobre la “ideología de la cultura” las aceptó en términos similares a Schumpeter y otros, tratadistas en su intento de conciliarlas con la democracia (10) y aún las adoptó de modo pleno en “El hombre y la sociedad en la época de crisis” (11). Partiendo en este libro del hecho universal de la democratización de la sociedad, de su creciente movilidad, de la quiebra de todos los sistemas de valor que justificaban la existencia de “órdenes” (o “estamentos”, al modo medioeval), llegó a la conclusión que en sociedades industriales del tipo de las presentes se ha pasado del sistema de clases basado en la propiedad al de “elites” basadas en el mérito y el “logro” (“achievement”) (12). Desde este nivel se levanta el planteo prospectivo de Mannheim, quien considera que, de cualquier modo, la crisis inculcable de esa sociedad reclama la existencia de “elites organizadoras y técnicas”, que cumplan las funciones necesarias de integración social y “elites intelectuales y estéticas” que asuman a su vez la tarea de expresar los nuevos valores en trance de nacer y de *sublimar las energías psíquicas de la sociedad* (13).

Como se ha señalado poco antes, Lasswell tendió a su vez a subrayar la desigual distribución de los valores dentro de la sociedad. Esa desigualdad determina que, en relación

con cada uno de ellos, se despliegue la tripartición de “los elegidos”, los “no-elegidos” y “los rechazados” (“elect”, “inelect” y “reject”). Poder, riqueza, conocimiento, “respeto” darían origen a diversos sectores elitarios. Esto, en el cuadro de pluralidad de valores y entrecruzamiento de desigualdades que es habitual en el enfoque de la sociología académica estadounidense (14).

37- Más copiosas y complejas, más cargadas de acentos normativos son las teorías (o mejor, las doctrinas) que justifican la existencia de minorías dotadas de poder e investidas de funciones en base a determinadas calidades o excelencias. Señalamos, antes de pasar a otros puntos, que estas calidades no son necesariamente “morales” en el sentido corriente del término. Como muy bien destacó Bertrand de Jouvenel la elite, en tales doctrinas a menudo *denota evidentemente la potencia de la personalidad, la energía creadora y no la calidad moral* (15)

La doctrina de Pareto, que en otra parte de este desarrollo se esbozó (16) representa bien esta perspectiva de creatividad y eficacia, de clara estirpe maquiavélica, como fue habitual en su pensamiento. Más acentuación ética hay en las doctrinas tradicionales, desde Platón y Aristóteles en adelante (17) y en las que la “virtud” o la “sabiduría” o la “fortaleza” son las legitimadoras del derecho de mando. El ideal milenario de una autoridad fundamentada en excelencias humanas firmes y señalables que rebrota, incluso, en textos tan conocidos como el “Ariel” de Rodó, explica la aseveración de Verney sobre la *popularidad* (digamos que relativa) de estos planteos. Una popularidad que no poseerían, por cierto, si sólo fueran justificaciones de los tipos de “poder desnudo” o poco menos (18). La “grandeza de las aristocracias” (“grandeur des élites”) según título de un esbozo (acentuadamente reaccionario) del francés Maurice Muret

(19), dio pábulo a las varias, y prestigiosas en su hora, doctrinas del siglo XIX. En su alegato contra la “masificación de la vida”, la “vulgaridad”, el “materialismo popular”, el “conformismo”, la “incapacidad entronizada” y el “igualitarismo envidioso” insistieron esas doctrinas. Las más conocidas fueron tal vez la de Hipólito Taine y la de Ernesto Renan en su ensayo “La reforma intelectual y moral” sobre la desigualdad de las condiciones intelectuales de los hombres, en la efectividad política de las aristocracias y en la inevitabilidad de la decadencia social cuando ellas dejan de operar. Núcleo argumental de importancia fue en tales postulaciones subrayar las posibilidades de educación y de libertad que concede el ocio y la fortuna que lo permite, para alumbrar las mejores capacidades humanas en un mundo abrumado por la escasez y la implicable lucha que de ella resulta.

Corrientes ideológicas similares llegaron hasta nuestro siglo y tuvieron probablemente su ápice -si se hace renglón especial con Mannheim- en “La rebelión de las masas” (1930) de Jose Ortega y Gasset. Largo fue su curso, como el de obras similares, y aún poco resistida incluso entre ambientes radicales y progresistas y aunque hoy pueda sorprender -la filosofía implícita que conllevaba junto a su brillante análisis social. Como bien se ha destacado (21), Ortega discrepaba con Renan al considerar al científico “bárbaro especialista” y “hombre masa”. Pero el sesgo valorativista positivo de su concepción se pone claramente de relieve en su identificación de aristocracia, con toda actitud humana de exigencia personal, antítesis de la postura auto-complaciente, concesiva de “hombre-masa”, acreedor por naturaleza. *Nobleza se define por la excelencia, por las obligaciones, no por los derechos. “Noblesse oblige”. Los privilegios de la nobleza no son originariamente concesiones o favores, sino, por el contrario, conquistas (...) Nobleza es sinó-*

nimo de vida esforzada, puesta siempre a superarse a sí misma, a trascender de lo que ya es hacia lo que se propone como deber y exigencia. De esta manera la vida noble queda contrapuesta a la vida vulgar o inerte (22). También se redondea su doctrina con su interpretación de los totalitarismos fascistas, que para sus doctrinarios confirmaban el "rol histórico de las elites" y para él representaban, ya al fin de la tercera década, fenómenos demagógicos, masificadores y populacheros en la peor acepción de los términos.

La doctrina aristocratizante de Ortega no cierra, por cierto, la lista de tales elaboraciones. La idea de la necesidad de conducción que en las sociedades modernas incluso acentuaría su anomía, su amorfismo y masificación ha prohiado otras fórmulas de "minorías selectas". Minorías selectas pero abiertas, reclutadas ya por el prestigio social y la densidad cultural que el disfrute de una dilatada preeminencia económica y social habría facilitado, ya por la capacidad individual, demostrada, verificada desde cualquier nivel de la estratificación de clases. Estas minorías o elites pueden asumir en las diversas formulaciones distinta índole: cultural, política, social o global (23).

Carácter cultural posee la que preconizó hace unas dos décadas el gran poeta y crítico anglo-americano T. S. Eliot en "Notas para la definición de la cultura" (24). Un adensamiento de calidades, creyó Eliot, sólo puede darse en una sociedad jerárquicamente ordenada, dividida en clases estables y duraderas. Hostil a las posibilidades que representaría la noción de elite, que definió cuidadosamente (25) y que consideraba agrupación atómica, insolidaria, presentánea (26), juzgó irreprimible la tendencia de esas elites (lo que bien puede juzgarse que tendería a amortizar sus males) a adscribirse a una clase o hacerse una clase (27). Pero el problema fundamental para Eliot lo constituía la necesidad de que en una sociedad existan diversos niveles de cultura

en gradación continua y a que, aunque sea deseable que mantengan estrechos vínculos, sea bueno igualmente que permanezcan distintos de modo que los estratos bajos y medios de la sociedad puedan ser influidos por los del nivel más alto. La pluralidad, jerarquización y comunicación de los niveles (es, de seguro lo más peculiar de su tesis) solo puede existir -dado que la cultura se trasmite primariamente por la familia- existe una "clase alta" compuesta de familias que sean aptas para mantener a través de varias generaciones un modo de vida establecido de *conservar y comunicar normas de maneras que son un elemento vital en la cultura del grupo* (28). La cima no representa en su concepción *más cultura sino cultura más consciente y de mayor especialización*. Los niveles de cultura serían también niveles de poder y los *más pequeños y superiores* tendrían igual poder que los *más amplios e inferiores* en una especie de concepción estamental de la sociedad (29). Una clase alta no garantiza, por supuesto, la eclosión de alta cultura; las condiciones representadas por la pluralidad de niveles, la existencia de *grupos de familias que persistan, de generación en generación, cada una en la misma forma de vida* no produce una civilización más elevada. Pero sin ello es *improbable que ésta pueda existir* (30). Además la historia certificaría, como cree que lo hace en el caso de Francia, que cuando una clase gobernante es separada por la fuerza del gobierno *su función no es realizada totalmente por ninguna otra* (31).

Cultural, sin dejar de tener su costado político, y clasista más bien que elitista, la doctrina de Eliot vale bien como plano de pasaje hacia otras en las que el ingrediente político asume la máxima importancia. Entre las muchas formulaciones de ellas poseyeron un impacto histórico indudable las múltiples instancias en que el fascismo italiano y el nacional-socialismo alemán recurrieron, en busca de una

cohonestación doctrinal menos precaria que otras, a las doctrinas de la "elite del valor".

Como se trataba, en tales expresiones fascistas, de justificar el poder de los niveles superiores del "partido único", la nota "normativa" - esto es, el empeño por indicar como "deben ser" los sectores gobernantes y dirigentes - domina en ellas sobre la "valorativa", que pudiera haberse traducido en el señalamiento de qué excelencias, de qué calidades justificaban el dominio y que no fueran las de la mera fidelidad partidaria y la habilidad para ascender, en una lucha sorda y sin cuartel, los escalones de la jerarquía monocrática. Tales rasgos son advertibles en la teorización que Roberto Cantalupo (y que mencionamos a mero título de ejemplo), realizó en el ambiente político italiano (32). Para él, bajo la ostensible influencia de Pareto, la "clase dirigente" o "política", debía estar reclutada en forma absolutamente abierta y en todos los sectores sociales. Unificada espontáneamente sobre principios e ideales comunes, su función natural sería la de orientar a las masas a través de largos períodos, condición esta última claramente concebida en clara función de antítesis a la real o presunta variabilidad de una "política democrática", sometida a la eventual rectificación resultante de comicios regulares.

Rubro especial de las teorías elitistas de acento político-social pueden constituirlo las que se designan con el término alemán de "aemtearistokratie", o "aristocracia de servicio o de función" (33). El último vocablo apunta con fuerza a la potencial ambigüedad del concepto: se trataría de "los mejores" en el cumplimiento de las tareas que mantienen y promueven la existencia colectiva, sin especificarse demasiado cuáles son ellas ni en qué valores se sostienen. De cualquier manera, es bueno subrayar, como lo hace Bourricaud (34), que sea cual fuere el fundamento del poder de un sector dirigente, su legitimidad no descansa nunca sobre

bases puramente "adscriptivas" sino que debe lograrse también a través de los servicios que el sector preste a la comunidad (35).

Tanto la idea de "servicio" como de "función" conllevan la de "elites abiertas", en las que la excelencia siempre está a demostrar o a no lograr hacerlo. Por ello no creemos especialmente incisiva la crítica de Friedrich de que el error de las teorías de la elite consiste en creer que las gentes *puedan ser clasificadas* de acuerdo a ciertos modelos de excelencia en la acción. Que no puedan serlo es evidente que necesiten serlo lo es aún mucho menos (36).

Tras esta exposición, debe reconocerse que las doctrinas de la "elite del valor" cubren un material argumental bastante heterogéneo.

Y esto es a causa de que, por una parte, algunas formulaciones de ellas justifican la selección social por las calidades humanas de sus componentes; un ejemplo típico de ellas es la norma orteguiana de una aristocracia de "exigencia" como actitud vital; otros pueden representarlo cotizaciones especiales de la destreza física u organizativa, de la inteligencia, de las condiciones morales, de la disposición de "servicio", etc.

Pero hay un segundo Conjunto de posiciones que colectivizan estos atributos a atributos de grupo, lo que ocurre en particular con lo que llamamos "disposición de servicio" a la comunidad -una noción, por otra parte, que establece un plano de pasaje difícil de interrumpir, con la de "elites funcionales". Tales el caso de las "elites prospectivas", de "integración", etc, de Mannheim.

De las de un tercer sector hay que decir que le cabe con más justeza el calificativo de concepciones "normativas" de

la elite o clase dirigente. Y es que estipulan las condiciones óptimas ideales para que una minoría directiva sea aceptada, legítima. Partiendo del plano supuestamente fáctico de que todo poder social posee una estructura minoritaria y hay una neta diferencia entre “gobernantes” y “gobernados” se preconiza para la selección dirigente una serie de atributos. Estos atributos subrayo que bajo la cobertura verbal casi siempre abundosa bien pueden ser ceñidos en cuatro rubros:

- que la minoría, mediante incorporar el lote de destrezas necesarias, sea “eficiente”;
- que posea unidad de metas y sepa imponérselas a la sociedad (37)
- que actúe de “mediadora” entre el pueblo y el Estado (cuyos roles asume) en forma similar a lo que lo hace el “partido único”, que es su expresión política más natural (aunque muchos de sus expositores no lo digan)
- que sea de reclutamiento abierto al mérito o al reconocimiento de calidades, como único trazo democrático del sistema (aunque tampoco los expositores destaquen esta especialidad) (38)

Para todas estas formulaciones son válidas las juiciosas reflexiones de Bottomore, quien destaca que si es cierto que la civilización ha avanzado mediante la labor de *hombres excepcionales*, ello no quiere decir que estos hayan constituido una “clase dirigente”. Por el contrario, apunta, *pueden tener muy poco prestigio social, pueden ser tratados con altivo desdén por los gobernantes de la sociedad, pueden depender del patronazgo de las clases más altas*. La contribución de los “hombres excepcionales” depende mucho más de su calidad individual que de la formación de un grupo social diferenciado y a menudo es afectada por el apoyo y el entusiasmo que su trabajo despierte en una población ente-

ra (caso de Atenas) o de una clase social (casos del Renacimiento y del siglo XVIII francés). Pero los que subrayan el sesgo elitista de estos periodos, incluso, soslayan la vital interacción (“interplay”) entre los creadores y la sociedad en que viven, como es especialmente relevante en los procesos de la creación científica, la arquitectura y la pintura (39).

Notas Capítulo XI

(1) V. par. 38

(2) IV, p. 52; V. par. 38 y 41

(3) Paul de Rousiers: “L’ élite dans la société moderne”. Paris, Librairie Armand Colin, 1914. Para Rousiers la “elite” es la que asegura la “disciplina”, en vista a la “acción concertada” que impone la “complejidad” de la sociedad moderna, científica e industrial.

(4) Schumpeter: “Imperialismo... cit. p.167. Dice Verney: “John Adams pensaba en una “elite” y no en una aristocracia cuando escribió: “Por aristocracia entiendo al conjunto de los hombres que pueden mandar; influir o conseguir algo más que un porcentaje de votos; por aristócrata un hombre que puede influir a otro para que vote por él” (XIII, p. 153)

(5) V. Ap. A. y par. 50

(6) IV, págs. 49-52; V. par. 48

(7) También, agregaríamos nosotros, las de típico sesgo normativista que se sitúan, por tal razón, en el plano del deber ser.

(8) La elite política v.gr. sería la que detentaría al máximo esos valores que son el “poder” y la “influencia”

(9) I, págs. 10-11, 12n

(10) V. par. 6

(11) Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, 1936, esp. págs. 194-196 y 253-254

(12) Idem, parte II, caps. II-VII

(13) Hay un eco lejano de Saint-Simon en esto (V. par. 11) T.S. Eliot (V. n. 26) en tren de disidencia, apunta que Mannheim cree que la intervención de "sectores más amplios" de la "población" es "un obstáculo" para la formación de elites "culturalmente creadoras" (Notas ...cit. págs. 57-58) Para crítica de Eliot a Mannheim: V.n. 30 y págs. 55-58 op. cit. Friedrich (XII, p. 359) sostiene que el papel creador de las elites de Mannheim es -de acuerdo a un argumento al que es tan propenso,- "tautológico". Pues tal, y no otra cosa, representa decir que "los mejores" en cada campo son los que realizan las obras duraderas. Tampoco considera verosímil su integración en grupos o su vinculación con clases determinadas. En "sociedades abiertas" sólo importan "los logros" que los individuos alcancen.

(14) V. par. 32

(15) "El Poder", Madrid, Editora Nacional, 1956, pág. 422

(16) V. par. 16

(17) En el ensayo "Autopsia de Cresos", de Leopoldo Marechal (en "Cuaderno de Navegación" (Buenos Aires, Sudamericana, 1966, págs. 49-90) puede apreciarse bien la concepción clásica de una sociedad ordenada en "estados" o "estamentos" en los que los hombres se inscribirían de acuerdo a su propia naturaleza personal y cuyos representantes simbólicos son, en el texto de Marechal, Ajax, el guerrero, Tiresias, el sacerdote, Cresos, el rico y Gutierrez, el ayudante de Cresos.

(18) XIII, p. 152

(19) "Grandeza de las aristocracias", Santiago de Chile, Ercilla 1940

(20) V. par. 11

(21) IV, p. 50

(22) "La rebelión de las masas", Madrid, Revista de Occidente, 1930, cap. IV esp. págs. 95-99

(23) Creemos que de la última naturaleza son las ideas de Arnold Toynbee. En su conocido "Estudio de la Historia" (t. III, Buenos Aires, Emecé, 1953, parte C, No.II: Análisis del crecimiento; a) relación entre las relaciones en crecimiento y los individuos (p. 235-268) sostuvo que en todos los actos de creación social se hace presente la acción de individuos y minorías creadoras. En "Reconsiderations" (vol. XII de esta obra, p. 305) distinguió entre "minoría creadora" (entendida como aquella en la cual la facultad creadora de la naturaleza humana encuentra posibilidades de expresarse en efectiva acción para beneficio de todos los participantes de la sociedad) y "minoría gobernante" ("ruling minority") Esta implicaría un grupo reducido que "gobierna menos por la atracción que por la fuerza"

(24) T.S. Eliot, op. cit. cap. II: "La clase II y la elite" (p.51-74)

(24) "Las mentalidades más avanzadas opinan que algunas diferencias cualitativas entre los individuos todavía deben ser reconocidas y que los individuos superiores deben formarse en grupos adecuados investidos con las facultades apropiadas y quizás con distintos emolumentos y honores. Aquellos grupos formados por individuos aptos para ejercer las funciones del gobierno y la administración, dirigirán la vida pública de la nación, y los individuos que los componen serán llamados "conductores". Habrá grupos que se ocupen en el arte, y grupos que se ocupen en la ciencia, y grupos que se ocupen en la filosofía, como asimismo grupos consistentes en hombre de acción; y estos grupos son los que llamaremos elites (op. cit. p.51-52)

(25) Ob. cit.

(26) Creía Eliot que la concepción de las elites implicaba que, en último término, reemplazarían a las clases del pasado y que los

individuos más aptos podrían entonces ser señalados y adiestrados desde la primera infancia. Rechazaba esto por implicar una "concepción atómica" de la sociedad (op. cit. págs. 53-54) Más adelante opinaba que lo que sucedería con las elites en una sociedad sin clases era difícil saberlo y aventuraba su escepticismo respecto a "como marchará algún mecanismo formado por los mejores diseñadores por el que cada uno hallará su camino o será dirigido hacia el estado de vida en que mejor pueda desempeñarse". Teóricamente admitía, empero, la posibilidad, pero cautamente, sobre el caso de la U.R.S.S. concluía que nada sabemos "de la perpetuación de la acción de una elite "fuera del sistema de clases y de continuidad familiar (op. cit. págs. 67-69). Más adelante concretaba su crítica al "atomismo" elitista, subrayando no sólo la oscuridad de todo criterio válido para seleccionar una elite sino que, si aún lo hubiera, las elites "constarían solamente de individuos cuyo único lazo común será el interés profesional", sin ninguna cohesión ni continuidad sociales (idem. p. 71). Interesante son sus ataques a Mannheim que arraigó el término elite en Gran Bretaña y sus divergencias sobre la concepción misma de la cultura, que Mannheim identificaba con los intelectuales y Eliot con cierta "complejidad orgánica" a varios niveles (idem. págs. 55 y ss).

(27) Una elite, decía Eliot, debe estar agregada a alguna clase ya sea superior o inferior pero, agregaba sensatamente que "en tanto existan clases" es posible que la superior atraiga la elite hacia si. Más adelante concluía que una elite tenderá a transmitir a su descendencia tanto el poder como el prestigio "mientras el impulso natural no sea artificialmente coartado". Con ello, así mismo, buscará hacerse una clase y a perder correlativamente su función de elite.

(28) Op. cit. p. 64

(29) Op. cit. págs. 73-74

(30) Idem. p. 74

(31) Idem. págs. 70-71. Bottomore (I, págs. 140-141), basándose en las propias premisas de Eliot, afirma que ese factor de "conti-

nidad familiar" puede muy bien ser sustituido en las sociedades del presente por las asociaciones voluntarias, una diversidad regional y local mayor que la del presente y el acortamiento de las distancias entre los niveles socio-culturales.

(32) "La clase dirigente ", traducc. española, Madrid, Espasa-Calpe, 1938. esp. págs. 95-99

(33) S.N. Eisenstadt: "Los sistemas políticos de los Imperios", Madrid, Revista de Occidente, 1966

(34) XXXVIII, p. 11

(35) V. n. 3

(36) XII, p.345

(37) Con lo que viene a preconizarse lo que Apter llamaría más tarde, sobre planteos de Deutsch. "sistema de movilización" (en "System, process and politics of the economic development", incl. en :Industrialization and Society", Paris, Unesco, Mouton, 1963. También vendría a reconocerse en la elite dirigente una especie de fenómeno de institucionalización y colectivización del liderazgo V. par. 8

(38) V. Ap. A

(39) I, P. 139

XII - LAS ELITES FUNCIONALES

38- Existe un tipo de "elite" decía aquí no hace mucho tiempo el patriarca sociológico de CEPAL, Jose Medina Echevarría, cuya justificación, *con todo rigor neutral*, deriva de que *los supuestos técnicos de las sociedades modernas determinan la constitución y diferenciación de grupo funcionales -grupos entregados al cumplimiento de una tarea precisa, necesaria y objetiva- dentro de los cuales no puede existir otro criterio de estimación que el del mérito. Los dirigentes y organizadores de esos grupos constituyen una selección -guste o no- de individuos justificados por su rendimiento* (1). Sustancialmente similares son las diversas conceptualizaciones que pudieran traerse aquí a colación (2).

Quien siga este desarrollo está en situación de advertir que en la alegación sobre la heterogeneidad y división de los sectores dirigentes, en especial tal cual la articula Aron (3) ya está virtualmente contenida la presente categoría conceptual. Solo falta adosarle el criterio explícito de "funcionalidad" o, lo que es lo mismo, de justificación de existencia en nombre del cumplimiento de una actividad que sería idónea, necesaria, para la existencia del todo (4). A la "ayuda -memoria" que representaban para Aron sus "categorías dirigentes" plurales habría que adosarle en este nivel el permitir estudiar, a través de los dirigentes de estos diversos sectores los intereses *articulados e incorporados* al sistema

político, una incorporación que puede ser *manifiesta* en las sociedades simples y poco diversificadas o puede no serlo en las más complejas. Así servirían las "elites funcionales", en el enfoque funcionalista de Almond, a la explicitación de la "función de articulación", también esencial en la comprensión de los "grupos de interés" y "de presión" (5).

Por otra parte, como es fácil comprenderlo, las elites funcionales no carecen de vínculos y antecedentes en las más antiguas del "valor" anteriormente examinadas. Aún radicalizando la afirmación podriase decir que el cumplimiento eficaz de la función es una de las formas más claras de legitimación de un valor esencial a la vida social (6).

Por ello Hassner observa que la teoría de las elites funcionales es, en cierta manera, resultado de las otras dos fundamentales del "poder" y del "valor". Si se puede cumplir una función es tanto porque se está en la posición de poder para hacerlo, como porque se tienen las condiciones requeridas (7).

Las elites funcionales no presentan características invariables. Hay en ellas líderes (se usaba recién el término) con posición *manifiesta* y líderes con posiciones *no-manifiestas*. El distingo lleva a la categoría clasificatoria de *elite formal* y *elite informal*, ampliamente usado. La elite formal es aquella reclutada de acuerdo a un criterio de cargo o función pública ("office"), dotada de rango y posición y aureolada por el público reconocimiento o realizaciones explícitas y notorias. Resulta más visible cuando es continua o se da afirmada y sostenida ("entrenched") en una institución. A la selección elitaria estrictamente dicha debe versele adosada un séquito, membresía o elenco ("membership") definida por criterios funcionales e identificado por aquellos que ejercen "influencia" - es decir impacto, acción indirecta, medista- sin función pública o sin reconocimiento público. La elite informal,

por el contrario, excluye a todos aquellos que, a pesar de su rango formal, no ejercen esa "influencia" y representa, según el autor cuya distinción seguimos, una especie de resta practicada en la elite precedente. (8).

Son distinguibles también una *elite-cuadro* y una *elite-núcleo*. La primera es la que se integra por funcionarios del rango superior ("top membership"); la *elite-núcleo*, reclutada dentro de la anterior, sería la que cumple las funciones básicas de *auto-examen*, *evaluación*, *innovación* y *relación* con las otras (9). Pero también la elite-núcleo puede ser calificada de endogrupo, como lo hace quien subraya la importancia de la función del mantenimiento de la cohesión y del resguardo de las lealtades básicas (10).

Otra clasificación importante reclama también el fenómeno del dinamismo social y la lucha de clases y sectores. Son las de elite residual, elite emergente y contra-elite que más adelante se examinarán (11)

Concebida como obvia alternativa a la teoría de la clase o elite dirigente real y unificada, la noción de elite funcional amortiza sustancialmente, según Imaz, la importancia de la comunidad de origen y de todo lo que ella representan en términos de identidad de perspectivas ideológicas y de comportamientos. Insistencia de este expositor, como de otros de posición similar, es destacar que la pluralidad de elites supone drásticas "incongruencias de status" (12). Dentro de cada grupo lo que concede la eminencia es el *criterio socio-profesional* diferenciado y un *prestigio social* dado que puede emanar ya del prestigio social de la tarea, ya del ejercicio de la función pública, etc. Subrayado común de los defensores de las elites funcionales es el de su condición abierta: no habría elite de este tipo sin canales de ascenso y acceso al poder. Se va hacia él; no se atrae desde él. Esto, aunque

muchos de los procedimientos empleados puedan sugerir lo contrario (13).

Notas Capítulo XII

(1) Facultad de Derecho y Ciencias Sociales: Cuadernos No.17: "Uruguay: una política de desarrollo", Montevideo, 1966, p. 252

(2) Para Lipset y Lansberger: XXXVI, pags. 9-10; 308-309; para D.H. Cole son "grupos que emergen a posiciones directivas influyentes desde cualquier nivel social" (XXX, p. 152), para Janowitz (XLVII, págs. 107-111) una elite "esta formada por los miembros de una profesión que alcanza posición directiva y jerarquía y que se diferencia de otra según criterios de división del trabajo"; para Imaz v. XL, p. 23 y 236 y ss.

(3) V. par. 32-33

(4) Ni rozar se puede aquí el debatido punto de la crítica del funcionalismo incriminado desde distintos ángulos (ver por caso Runciman (XVI) y André Gunder Frank en "La sociología subdesarrollante". Montevideo, Aportes, 1969: "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología".

(5) XL, págs. 31-35, V. esp. La parte de "The politics of the developing areas", Princeton University Press, 1960, Gabriel Almond y James A. Coleman, edits. Un proyecto de estudio de los sectores dirigentes: "Los dirigentes y el cambio social", fue planeado conjuntamente en Mayo de 1965 por el Instituto de Economía y el Instituto de Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho, entonces bajo las repectivas direcciones de los profesores Faroppa y Solari (V. págs (2-6)).

(6) V. par. 35.

(7) IV, págs. 52-55.

(8) XLVII, págs. 107-111.

(9) Idem.

(10) XLVIII.V. otras distinciones en par. 48. Los distintos precedentes pueden valer también para la indagación de la estructura de las elites reales.

(11) V. par. 48 y 62.

(12) V. "incongruencia de status" en par. 47.

(13) XLVII Sobre criterios de ingreso: v. par. 47; sobre pluralidad de sectores dirigentes, V. par. 49, 59, 60, 61; sobre modelos de elites funcionales V. par. 66; sobre crítica y balance de la teoría, V. par. 58 y 62.

XIII - LAS CONSTELACIONES DE PODER, REALIDAD RESISTENTE.

39- De lo ya expuesto hasta aquí no es difícil barruntar sobre que evidencias se afirmarán aquellos que, más allá de tantos equilibrios dialécticos y registro de matices como los ya recordados, sostengan la existencia de una concentración efectiva de poder en una cima unificada. Pero tal vez posea, incluso, más valor probatorio que las posturas frontales de afirmatividad, las concesiones que los sociólogos y politistas de orientación conservadora consideran del caso hacer a cierta altura de sus respectivos razonamientos.

La primera constancia fundamental es seguramente la de la *dicotomía del poder* entre quienes lo ejercen y quienes se hallan sujetos a él y la correlativa *unidad esencial de los primeros*.

Sobre el punto inicial, propósito del desacuerdo entre Mills y Parsons en torno a la naturaleza del poder hemos realizado las precisiones más necesarias (1). Y es justamente en referencia a ella que otro sociólogo, alemán éste y tan académico como Parsons, Rolf Dahrendorf reconoce que el poder, más bien que una *distribución desigual y graduada* según riqueza e influencia se ordena según una distribución dicotómica entre los que mandan y los que obedecen. Y si ello es así se explica que ni las teorías de las "elites del valor" ni de las "elites funcionales" expliquen (entre otras

ausencias, acotemos nosotros) el carácter decisivo de la autoridad política como forma de concreción más inmediata, más eficaz de aquél (2).

El hecho de una profunda desigualdad en los derechos a influir y decidir en la sociedad es, como también se ha visto, un trazo esencial de todas las sociedades históricas (3). Plamenatz observa que *los defensores de la democracia occidental* creen que demostrar la ausencia de la "elite dirigente" real es demostrar la ausencia de todo grupo privilegiado. Pero la verdad de la tesis de Mills se fortifica, según él, en la evidencia de que ciertos grupos sociales disponen de medios más poderoso que otros, bien que su importancia (numérica) y con ello sus necesidades auténticas sean tanto más limitadas que las de los restantes (4). Aron, tan propenso a establecer planos de pasaje, ni niega que haya desigualdades de poder entre ciertas categorías y otras, ni que la "función de dirección" pueda ser igualada, en términos de dominio y de disfrute, con la "función de contestación" frontal del régimen (5). Riesman, el teórico de "los grupos de veto" confiesa en un pasaje de su exposición que *varios grupos han descubierto que pueden ir extremadamente lejos en la amplia situación de poder en América sin ser detenidos* (6) y lograr de las ramas del poder central o los poderes estatales una legislación que los favorezca de modo sustancial. Y Friedrich, un refutador de las concentraciones de poder señala que sus objeciones se dirigen contra un concepto puramente *político* de clase "gobernante" pero a uno *social* de "clase dominante" o "dirigente". Con lo que saltea, al parecer, el hecho de que los sostenedores de esta última, insumen-en todo o en parte-la anterior en ella (7).

Si la situación del poder es, así, fundamentalmente dicotómica, de ella misma deriva la *unidad fundamental de los sectores superiores*. Todas las categorías dirigentes, por di-

vididas que estén, tienen un interés fundamental en la preservación del sistema (8). En todas las *cuestiones decisivas* todas ellas *están de acuerdo*, ya sea por solidaridad común, ya sea porque acepten el dictado del sector predominante del "poder económico" (9). Esto, sin contar con la fuerza aglutinante de la *amenaza exterior* que, como ya se recordó (10) es la percepción común de todos los sectores dirigentes de nuestro tiempo. Aron, que tanto ha insistido en la falta de unidad de sus "categorías dirigentes" (11), hubo de aceptar, llegado al "personal político", que la lucha entre el no es nunca un "juego a todo o nada" (12). Y si esto es así es porque existe un respeto común a las reglas, un cuidado de todos por la defensa del régimen que representa una nítida solución de continuidad respecto al "contrapersonal", situación fuera de él (13).

40- Según recién se adelantaba, en la admisión general de un núcleo resistente de desigualdades de poder asume relieve impar el de la clase propietaria económica y dentro -total o parcialmente- de ellas, el del sector empresario. El vasto caudal de análisis social originado en el marxismo o inscripto en él incide sobre un tema que tiene tan variadas implicaciones a lo largo de este planteo. Valga aquí sólo la mención a las conclusiones de Mills y a lo que a ellas ha agregado una década más de historia norteamericana y mundial.

41- Artículo de fe común a los objetores a la teoría radical es la insistencia en la índole "abierta" de los sectores dirigentes y la generalización de la llamada "meritocracia" como rasgo de las "sociedades industriales". Sin embargo, a poco que se ande, deben los mismos que tal posición sostienen, los que hagan una doble reserva. La primera es que existen sectores cuyo reclutamiento se halla fuertemente cerrado a los niveles inferiores, aún por la vía de la "meritocracia". Si iglesias, partidos y sindicatos se encuentran

abiertos a esos niveles, no ocurre por cierto lo mismo con las filas de la clase propietaria y empresaria. La segunda reserva no es excluyente de la anterior, sino más bien complementaria: lo cierto es que aún cuando una corriente de "ascendidos" desde esos niveles inferiores sea visible, en Occidente (al menos) es un hecho que los que llegan se plieguen a las modalidades y a los valores del viejo sector dirigente al cual han accedido (14).

42- Que un sector dirigente unificado no actúa en una isla desierta; esto es: que necesite una gran mayoría conducida y subordinada para ser plenamente tal, supone ya de por sí que la existencia de esa mayoría impone limitaciones, recortes a un apetito teóricamente maximizado de provecho y de poder. Pero como resulta de desarrollos precedentes (15) esas limitaciones no son objetivas, ni seguras ni mensurables. Como resulta también de ellos, los "plafones", para emplear el término de Hamon, pueden ascender de modo vertical en situaciones históricas dadas que no son muy infrecuentes. Y aun hay que recordar que todo cotejo entre el querer de los menos y el querer de los más se halla afectado por el contexto global de poder en que él se inscribe. Lo que quiere decir igualmente que, aun en el caso de articularse claramente, las limitaciones que la mayoría puede imponer ya han sido previamente afectadas y condicionadas por el repertorio de medios con que aquellos "menos" son capaces de ejercer impacto desde el principio mismo de ese proceso de articulación (16).

43- Hasta aquí hemos concebido, como es común hacerlo, sociedades formalmente independientes, grupos humanos teóricamente inmunes a inducciones y comprensiones venidas del exterior. En el planteo de diferencias desarrollado entre Raymond Aron y Jean Meynaud a propósito del estudio de este último sobre "las categorías dirigentes italianas" (17). Alegó la realidad de tal sesgo del modelo.

La "variable externa" está representada, según Meynaud, por la influencia estadounidense, que opera como coalescente de la fortaleza del sector superior. Aron replicó que ello podía ser así, pero que su objeto soslayaba la influencia soviética sobre la "contra-élite" nucleada en torno al Partido Comunista Italiano y acatada por éste con similar docilidad a la con que las fuerzas del "status" reciben la norteamericana (18).

Y tal cosa ocurre, más allá de las voluntades concretas de los actores en todas las situaciones de amenaza exterior a una constelación de poder, tanto por parte de sus defensores como de sus enemigos (19).

4- Se insistirá más adelante en el carácter *abierto* de las categorías a emplear y en la índole eminentemente *móvil* de la realidad histórico-social que aquellas tienen que apresar (20). Puede bien aceptarse que la emergencia de ciertos fenómenos como la maduración del tipo de "sociedad industrial", la existencia de un bloque socialista y la culminación del proceso de ensanchamiento de participación política hasta el "sufragio universal" importan una discontinuidad cualitativa respecto a todas las situaciones del pasado. La posible validez de los criterios metódicos histórico-comparativos se ve por ello básicamente afectada o, por lo menos, en cuanto pretenda extrapolar sus verificaciones al presente.

Vale la pena, sin embargo, si es que se hace sin tales intenciones, el trazado de algunas constelaciones de poder históricamente egregias.

La doble evidencia de la complicación del sistema político de Roma pero también la de que este funcionara, es el punto de partida de la reflexión de C. Northcote Parkinson, quién también sostiene la posibilidad de leer en esa historia los *inquebrantables destinos de toda una clase detrás de las*

glorias y las singularidades de los individuos. Pero lo que hace factible esa inferencia es el hecho de que los que gobernaron a Roma durante la República y parte del Imperio eran hombres de una misma *clase, educación, nacimiento, experiencia y límites* (psíquicos) comunes, "clase dirigente", en suma, en su cabal acepción (21).

El siglo XIX registro constelaciones de igual firmeza, una de las cuales, la de Gran Bretaña ha sido muy tempranamente estudiada y es la más notoria (22). Francia fue ejemplo clásico del fenómeno del sufragio "censitario" que como se ha subrayado recientemente, implica que la *legitimidad capitalista de que la propiedad controla a la propiedad* penetrase en el concepto mismo del Estado (23). Para ella, la labor histórica de Cruzet, y los análisis ejemplares de Marx ("La lucha de clases en Francia", "El XVIII Brumario de Luis Bonaparte", "La guerra civil en Francia") echaron las bases de una tradición de estudio que culmina en nuestro tiempo (24). Un reciente planteo sobre "Los grandes notables de Francia" (25) no emplea la expresión "clases dirigentes" pues durante la primera mitad del siglo pasado se entendía por tal a la "burguesía censitaria". Tudescq denomina "grandes notables" a los "elegibles" de esa burguesía censitaria, esto es, a su clase superior. Los notables ejercían su poder sobre la sociedad global por variados medios. Eran: 1) su predominio en los grandes cuerpos político-legislativos y en la administración; 2) la dirección económica incontrastada del país; 3) el manejo de la prensa; 4) la dirección de la opinión; 5) la orientación espiritual e intelectual del país a través de las grandes instituciones representadas por el Episcopado católico, la Universidad y la Masonería. Otros aspectos: como conciben su rol y como lo desempeñan, su ideología, sus actitudes, su comportamiento, su carácter urbano o rural considera al autor que pueden verse con singular transparencia en las *situaciones críticas*, que no fueron pocas, que los "grandes notables" afrontaron.

La misma estructura censitaria hostil al sufragio universal y confesa defensora *de las minorías inteligentes, de las minorías propietarias* (26) se da en el caso de España cuya constelación de poder ve consolidada Vicens Vives hacia 1868. *En este momento se suelda el triángulo que hasta 1931, por lo menos, va a regir las actividades financieras, económicas y políticas del país. Tal triángulo tiene un vértice en la industria textil catalana, otro en la agricultura castellana (y andaluza, por tanto) y un tercero en los ferreteros vascos. Siderúrgicos, cerealistas y algodoneros constituyen un sólido triángulo, mucho más efectivo que cualquier otra combinación ministerial, política o militar. Ellos son los que mandan. Mandarán durante el período moderado e, incluso, serán los dueños del país durante la Restauración* (27).

45- Latinoamérica- que hasta 1850 no sería inadecuado totalizar como "Hispanoamérica"- ofrece para la mayor parte de los sociólogos e historiadores que se han aplicado al examen de su estructura social, uno de los ejemplos clásicos de "oligarquía". Una oligarquía a la que el desarrollo socio-económico y político fue alterando y socavando. El proceso desigual según las distintas nacionalidades, habría promovido, por un fenómeno de endomorfosis, otra distinta constelación de poder que el enfoque conservador señala como sistema de "elites funcionales" (con curso aún no completado) y otro enfoque más radical, diagnostica como "elite del poder" o alguna de sus variantes terminológicas (28).

Puede tomarse, sí, por seguro punto de partida el "tipo oligárquico" identificando un gobierno de clase cerrada que detenta el monopolio del poder político, económico y cultural. Durante el período colonial, incluso, barreras de raza y de color (si bien relativamente porosas) robustecieron esta dominación de clase con rigor de sistema de "castas" (29). Filiales de una estructura monárquica retrasada, como la

que, pese a esfuerzos de modernización, la española era, una aristocracia de grandes funcionarios y propietarios mantuvo firmemente el timón en sus manos. También fue capaz de restablecerse en la primacía social, sustancialmente intocada, cuando las tormentas sociales que prolongaron la onda de impacto de la secesión política latinoamericana se apaciguaron y se enjugaron sus más gruesos daños (30).

Además de ese monopolio del poder en las distintas áreas de las funciones sociales dentro de un grupo humano reducido y claramente delimitado (31), la oligarquía clásica sudamericana importó una especie de "trípode institucional" representado por la Iglesia, el Ejército y el "sistema de hacienda". Este último, sostén económico del conjunto de acuerdo a pautas de propiedad latifundistas y en una estructura básicamente "primaria" y agro-exportadora, se habría inscrito, desde el principio, dentro del circuito económico del capitalismo mundial en las condiciones de dependencia implícitas en el imperialismo para sociedades de tal carácter. Todo ello sin perjuicio de ciertos resabios "feudales" o "señoriales" posibles de señalar dentro de la unidad empresaria de la "hacienda más que en la configuración de la sociedad global. La Iglesia y el Ejército, a su vez, habrían manejado, la sanción espiritual y la coacción material con un mínimo de equívocidad social y con un máximo de instrumentación al sistema. Como parte, en verdad, del sistema mismo, puesto que la oligarquía en una nación nueva y precaria implica un lote humano extremadamente reducido, una "red de familias", la "gens" primitiva, como ha señalado Bourricaud y en tales condiciones la multifuncionalidad de los titulares y el intercambio de roles (sólo los eclesiásticos son relativamente especializados) alcanza altos índices. Sostenidas por la base de sustentación que representa esta red familiar y una corriente de estrechísimos vínculos ambientales y de comunes experiencias, caben en tales condiciones clivajes ideológicos y partidarios y son factibles

igualmente las carreras de quienes no tengan individualmente asidero en el pilar de la esfera política que siempre ha significado un dominio donde los criterios del "logro" y la "efectividad" (en virtud incluso de la intensa lucha de facciones regionales y familiares por el poder estatal) han pesado más que en otros. Ello explica las carreras políticas ascendentes de algunos "pobres" que los voceros de algunas oligarquías -caso de la colombiana- alegan para negar "in toto"-su propia existencia (32).

Recapitulando los rasgos del fin del período a que se hace referencia, dice Fernando Cardoso que entre 1870 y 1930 la oligarquía no significa la dominación de los *señores de esclavos* o de los *potentados del interior* sino el *acuerdo político básico de los grupos exportadores con las nuevas actividades urbanas*, así comerciales como financieras y *articulados* ambos con el *sector externo*, conformando una constelación de poder *que utiliza a los "coroneles" o "gamonales" del interior más bien en términos políticos que económicos* y demuestra una vitalidad que la hizo capaz de absorber la primeras presiones provenientes de las clases medias urbanas y de los niveles populares (33).

Desde hace un cuarto de siglo, digase a modo de digresión, el término "oligarquía" se ha cargado en el lenguaje político latinoamericano de un explosivo contenido pasional. Este no ha contribuido, por cierto, a la univocidad de significado que haría más útil, idóneo, su empleo científico-social (34). Desde su óptica europea y académica y su buen conocimiento del Perú, Bourricaud ha contrastado la "imagen" (forzosamente peyorativa) y la efectiva realidad de la constelación social oligárquica, sin que el paso que preconiza de *la ideología a la proposición empírica* le lleve a negar, a pretender cancelar el sustrato fáctico que yace bajo las posibles demasías de la primera (35).

Difícil, sino imposible, es entender cabalmente ningún sistema de poder concentrado sin una comprensión adecuada del contexto social en que éste se inserta. Las formas primeras de la oligarquía eran correlativas tanto a un escaso sector de clases medias (y aun a la índole inmigratoria y extranacional de sus componentes más dinámicos) como a capas populares rurales, marginalizadas, enteramente sujetas a modos tradicionales de autoridad señorial. Las formas posteriores, tal como en la síntesis precedente de Cardozo se reflejan, ya son coetáneas de determinados procesos que a la larga arrastrarían la estructura de la cima a cambios significativos. Entre 1900 y 1950 se marcó en toda América Latina ese ascenso de las clases medias que algunos sociólogos subrayaron ditirámbicamente, si inició e incrementó el curso de una industrialización general aunque de muy desigual sustancia, culminaron las transformaciones demográficas provocadas por la inmigración, creció el Estado desde la base del precario esquema administrativo del siglo XIX, se ensanchó y efectivizó la participación política (y especialmente electoral) de los sectores medios e inferiores, se adensó y concentró la población en grandes núcleos urbanos y capitalinos que importaron, por otra parte, una condición necesaria de casi todos los fenómenos ahora anotados. El común denominador de estos cambios, que es el de "modernización", resulta inseparable de la adscripción latinoamericana a los circuitos mundiales del imperialismo, de sello británico en algunas zonas y de marca estadounidense en otras, y en todas tras la segunda guerra mundial.

Inconmensurable es el impacto del fenómeno imperialista en el proceso latinoamericano pero sobre todo lo es en el de conformación, cambio y robustecimiento de sus sectores superiores. Si el hecho general es éste, características específicas adquirió en los casos nacionales en que una "economía de enclave"- esto es, sin conexiones sustanciales con el ámbito circundante y sí, en cambio, con el centro de la

economía dominante (36). Cobró vuelo hasta significar lo que alguien ha llamado un "poder externo", fuera de los alcances del sistema político nacional e incluso más fuerte que él (37).

Cambios sociales profundos acompañaron a todos estos procesos. Muy discutidas y aun discutibles son las características de la llamada "burguesía nacional" que protagonizó, promovió y se fortaleció con el crecimiento industrial y las políticas proteccionistas que resguardaron para la iniciativa interna un mercado nacional ensanchado e incrementado. El atornillamiento creciente a las economías dominantes fomentó, a su vez, la vigorización de una "burguesía gerente" o "intermediaria", cuyas tensiones con la formación precedente tuvieron en general menos estridencia de lo que los esquemas podrían dejar suponer. En tanto, el viejo sector dominante tradicional, profundamente penetrado por los grupos más exitosos y ascendentes de las nuevas clases medias (y virtualmente fundido con ellas se modulaba por las direcciones precedentes, no siempre demasiado deliberadas. También otros sectores más debilitados de las viejas oligarquías, de consumo con determinadas capas de clase media más urgidas de ascenso y más modestas en sus metas, nutrieron los cuadros de las viejas instituciones -Ejército, Iglesia, política- y los de las algo más renovada burocracia estatal y profesiones. Pero aún hay que mencionar, como una especie de trasfondo inmutable de esta moderada dinámica, que en el ámbito campesino, tan predominante en comunidades de estructura económica y social básicamente rural, las relaciones sociales de dependencia tradicional y patriarcal -en la "hacienda", en la "Estancia", en la "finca", en el "fundo", en el "hato" -apenas serían alteradas solo algunas explosiones anómicas y muy esporádicas se dieron aquí y allá y fueron rápidamente conjuradas.

Sobre una franja que cubre virtualmente varias de las últimas décadas, lo que ha atraído más intensamente la

atención de analistas europeos y americanos es la alta fluidez con que se fue matizando la tradicional oligarquía con los beneficiarios del desarrollo de nuevas ramas de actividad económica. La "flexibilidad" de la clase dominante antigua en incorporarse a los exitosos de última data tiene su correlato en la maleabilidad que ella mostró para hacerse cargo de esas nuevas actividades y extraerles los lucros correspondientes. Vale la pena observar que esta facilidad de paso sólo sorprende a los que han abordado la realidad latinoamericana munidos de un esquema previo de abrupto contraste inevitable entre una "oligarquía", concebida como tope unificado y "real" y "elites funcionales", al modo que las concibe la sociología conservadora europeo-americana (58). La "elite-oligárquica", como la llama Graciarena, representará, de cualquier manera, un compromiso, respaldado habitualmente por el ejército, que no permitirá hablar en adelante ni de *mantenimiento* ni de *sustitución* de las viejas estructuras. En tales condiciones, a las oligarquías tradicionales no les convendrá gobernar directamente y podrán hacerlo por intermediario con la seguridad de que las orientaciones económicas que las tutelan serán respetadas por el gobierno (39). Paradójica parecerá la situación, en la que puede decirse que el arbitraje ha escapado de manos de la oligarquía (40), pero lo ha hecho porque la oligarquía se ha mimetizado en una apariencia nueva, más abierta y moderna. Alta será desde ese momento hasta casi nuestros días la capacidad de ese nuevo conglomerado de poder -la elite oligárquica- para sobornar a las elites emergentes, como observa, tal vez con fingido escándalo, Robert E. Scott: *demasiados miembros de las elites emergentes han aceptado las normas e instituciones conservadoras de los grupos gobernantes, vendiendo a sus partidarios de las organizaciones populares. Buena cantidad de estos desertores han sido aceptados por las instituciones como "reformistas mancos"; pero lo que es más importante, la mayoría de aquellos cuyos intereses emergentes se suponía que representaban, aceptaron esa participación*

simbólica en el, proceso político con poca protesta a pesar de la ausencia de algun resultado práctico para ellos (41).

En esta rápida abreviatura de un proceso multinacional complejo hay que marcar una nueva etapa de crecimiento del sector burocrático y estatal con la adquisición de pautas nuevas de comportamiento profesional y nacional, capaces de incidir agudamente sobre el poder económico cuando presiones sociales y exigencias mismas del sistema pongan en manos de aquellos instrumentos legales relativamente idóneos de regulación del crédito y la inversión. Con todo, la equívocidad casi connatural del sector público en sociedades de clase, continuará perceptible y más son los periodos que confirman, en vez de desmentir, la aseveración de Graciarena de que los Estados latinoamericanos son *instrumento* y no *fuerza* de poder.

Entrelazados están, aunque este entrelazamiento no sea manejable por algunos simplismos en circulación (42), el proceso industrializador fortalecido por el ensanchamiento del mercado interno y las formas políticas del "populismo" que hicieron su aparición en las naciones latinoamericanas más desarrolladas (Brasil, Argentina, Chile, etc) desde fines de la segunda guerra mundial. La presión de las masas por un aumento de la participación política y del consumo de bienes, la función del Estado y los partidos de descargar por medio de nuevas formas "clientelísticas" las tensiones del incontenible éxodo rural, la emergencia de caudillos de intenso magnetismo personal en la dirección de la corriente, confluyen a perfilar una etapa política ambigua y contradictoria dentro de su positividad innegable. Durante ella los viejos y nuevos núcleos de poder económico guardaron una actitud nada fácil de cifrar, puesto que fueron ingredientes de ella, desde la hostilidad frontal traducida en el sabotaje económico y la conspiración político-militar hasta la mera reticencia y aún el apoyo más o

menos franco o embozado de sectores industriales y comerciales beneficiados por el crecimiento vertical de los consumos.

Es también hacia esa altura histórica que es dable marcar un retroceso visible de las elites tradiciones -"agrario-comerciales", profesionales- respecto a las nuevas. Son las que en los populismos están representadas por séquitos políticos de extracción distinta a los anteriores, por las dirigencias sindicales y por grupos técnicos de ascendente prestigio. En los regímenes que sucedieron a los populismos serán, sobre todo, nuevas capas gerenciales, empresarias y técnicas ligadas en forma cada vez más nítida al gran capital internacional (43).

Porque algo se cruzará en el camino para que no culmine el gran proyecto del pensamiento científico y político de la sociología euro-americana de reemplazar los arcaicos conglomerados de poder por una constelación de "elites funcionales" modernas y solo interdependientes. Reconoce Agulla, uno de sus expositores, que en una sociedad en rápida transición de estructuras tradicionales a la industrialización, no existe ni pueden existir "elites del poder" (esto es, sector dirigente unificado) pero que esto no implica que pueda volver a haberlas (44). Bourricaud apunta que no se ha producido ese pasaje en que las minorías con poder lo obtienen de su *función* y no de su *posición* (45) y Scott acepta que las "elites funcionales" no han modificado el panorama (46). Que la nueva elite sea diferente a la vieja oligarquía, como Graciarena lo subraya, (47) resulta admisible. Menos, seguramente lo es insistir en la importancia de estas diferencias en las realidades presentes del poder en Latinoamérica (48).

La crisis del populismo, que se pronuncia en el continente entre 1955 y 1965 sería en parte responsable de ese fracaso, si acaso el éxito hubiese sido posible sin transformaciones revolucionarias, lo que es mucho de dudar. Esa crisis del populismo es producto, en gran parte, de la incidencia externa

representada por la acción imperialista y la coordinación empresaria ejercidas hoy a escala mundial (49), pero también tiene-tuvo-causas endógenas (52). El fin de los sistemas de "compromiso" y de las formas de un "nacional-capitalismo" abierto están ligados inextricablemente con la paralización del proceso de crecimiento económico, agotado el rubro de sustitución de importaciones. Pero también por las presiones cada vez más amplias, violentas y concordes que llegaron a golpear sobre los sistemas en su pugna por más altos niveles de vida, lo que, como es obvio, trajo a su vez el estrechamiento de filas de todos los sectores privilegiados y -por encima o por debajo de sus diferencias- su endurecimiento común ante el ascendente peligro a que el "status" se ve expuesto. La baja de guardia de la burguesía industrial ante las constricciones del capitalismo oligopólico, la intervención regularizada de unas fuerzas militares conformadas operativa e ideológicamente por el Pentágono norteamericano completan primariamente un repertorio de factores a los que el procedimiento enumerativo que aquí se sigue no hace justicia en su complejidad e importancia. Todos ellos actúan, sin embargo, desde dentro de cada sociedad global latinoamericana pero todos ellos, también son literalmente indesglosables de un contexto histórico social de tensiones incancelables que involucra el hemisferio y aún al mundo entero. Confirman, si, la observación de Graciarena sobre que una presión externa de tipo imperialista no puede ejercer una influencia incondicionada sobre la dinámica interna de poder sino que tiene que pasar primero por los filtros de la estructura nacional de poder (51). En determinadas circunstancias, como las actuales, esa estructura no puede conducir corrientes de tal calado sin sufrir, a su vez transformaciones sustanciales. Una transformaciones cuyo bosquejo no cabe en estas páginas.

46 - La sociedad británica suele oficiar de dechado cuando se aduce en favor de la existencia de una "clase dirigente". La dilatada tradición de una comunidad nacional, dirigida firme,

sino férreamente, por una aristocracia singularmente flexible a los cambios históricos y especialmente diestra en incorporarse las "elites emergentes" del comercio, la industria y las profesiones sin sustancial modificación de pautas, constituiría la base histórico-social del fenómeno elitario inglés. Y la culminación del proceso sería la influencia desmesurada de un reducido núcleo social, sólidamente trabado. Identificado por origen en la "alta clase media" ("upper-middle class") y la superviviente nobleza, unificado por patrones comunes de educación, comportamiento e ideología, trabada por múltiples estrechos lazos interpersonales, sería la posesión de indoblegables posiciones institucionales la que le conferiría una estabilidad capaz de hacerla prácticamente inmune a los cambios político-partidarios y a cualquier sustitución de equipos gubernativos.

Posee interés contrastar tres versiones de este mismo fenómeno social y ello justamente por ser muy diverso su nivel y muy variados sus propósitos.

Hacia los años previos a la segunda guerra mundial un periodista alemán, presumiblemente corresponsal de la prensa nacional-socialista en Gran Bretaña compuso el estudio - o más bien el libelo- cuya traducción española titula "Dictadura en Inglaterra" (52). No es compleja la alegación del autor, que ciñó su propósito a señalar la estrechísima conexión existente (y en verdad que lo logra) entre el sector dirigente corporativo-empresarial y la crema política conservadora que lideraba hacia esos años tanto el Gabinete como la Cámara de los Comunes. Abundante es su prueba de las vinculaciones familiares y la identidad de educación entre los dos -y en puridad el mismo- elencos.

Un considerable éxito logró en la década de los cincuenta la obra colectiva dirigida por Hugh Thomas bajo el rótulo de "The Establishment" ("El sistema establecido") (53). Es dable pen-

sar que fue este éxito el que promovió la difusión verdaderamente universal del término "establishment" (no hay traducción española idónea de la palabra), adoptado por vía de analogía de la situación del sistema eclesiástico anglicano o Iglesia oficial inglesa (54). Es posible creer, también, que fue la eficacia persuasiva de la palabra, singularmente feliz entre los muchos equivalentes que designan una cima unificada de poder, la que facilitó la fortuna de una obra cuya estructura conceptual y su fuerza demostrativa se diluyen en una pluralidad, de contribuciones de muy distinto nivel y enfoque. Sin embargo, algunos fenómenos surgen con claridad y valor de configuración de la categoría que enhebra los ensayos.

El primero es la rotunda negación del carácter funcional o meritocrático de la selección del escalón superior. *La elite, los escogidos no pertenecen al "sistema establecido" por haber triunfado* (en la City) *sino que han triunfado* (en ella) *por pertenecer al sistema*. Es sobre todo una misma formación, una misma riqueza y sobre todo un mismo origen el que da derecho a integrarlo (55).

El segundo está representado por la prueba del tremendo poder, del decisivo impacto social de las fortalezas institucionales (las escuelas privadas (56), el Ejército, la City, el Servicio Civil (57) cuyos dirigentes, entrelazados estrechamente, pertenecen al "sistema" y es por tal razón por tal legitimación de índole "adscriptiva", que dirigen.

La tercera insistencia apunta hacia la eficacia con que están dotadas *esas fortalezas institucionales* de la vida económico-financiera, las fuerzas armadas, la educación y la burocracia para imponer determinado sistema de valores y comportamientos. A ello contribuyen múltiples factores, entre los que asumen lugar destacable la rutina, el conformismo, la maleabilidad a la modelación mental. Henry Fairlie, uno de los contribuyentes al libro, subrayando en especial tales elemen-

tos peculiariza la tesis de la obra, sosteniendo que el "Establishment" no representa tanto a "clases" o a "intereses" como el peso de las instituciones y las rutinas (58).

Tan inocente diagnóstico no se sigue demasiado rígidamente en el conjunto bastante abundante en esas contradicciones que parecen preocupar mucho menos a los intelectuales británicos que a los de cualquier otro país. Y un ejemplo de ello se da, en contraste con el dictamen anterior, en que, si por una parte, sería fenómeno normal, natural que un grupo coherente se forme en la cima de cada una de las diversas actividades sociales y luego se proceda a la ligazón con grupos afines, menos "normal", "natural" resulta otro en el que buena parte del libro insiste. Nos referimos a la estrecha y mucho más deliberada colusión que parecería existir, por lo menos en la década del cincuenta, entre el Banco de Inglaterra, el "Lloyd's", los seguros y los grandes bancos privados.

Varios ensayos del libro tienden también hacia la demostración del escaso poder del sistema político británico en la constelación total de primacías insiste las múltiples constricciones que limitan la selección del personal político ministerial. La expresión *el Gabinete que le gustaría a Harrow*, como alguna vez llamó a uno de los suyos el primer ministro conservador Stanley Baldwin (59), trasmite con la fuerza común de la anédocta la angosta base del poder político tradicional, sobre todo -es claro- en el Partido Conservador. Y si del poder ejecutivo se pasa al legislativo, la obra verifica también hasta que punto la elección y el funcionamiento del Parlamento están condicionados por la acentuada alienación política del electorado y por la concreta irrepresentatividad de los electos. Tales fenómenos son prácticamente universales dentro de los sistemas de "democracias pluralistas" (60). Más peculiarmente inglés es el proceso creciente de pérdida de poder que los parlamentarios sufren bajo la disciplina implacable de las máquinas partidarias dirigidas desde lo alto y en

la que la institución de los "Whips" (los látigos) son un verdadero símbolo. La endeblez, la conmutabilidad de todo el aparato parlamentario y partidario, en fin privarían a la constelación británica de poder del único contrapeso eficaz que, junto al de los sindicatos (también altamente regimentados políticamente), pudieran debilitarla.

Christopher Hollis, en una de las mejores contribuciones en la obra caracterizó al "Establishment" como *un grupo de gentes que actúan de modo consciente o inconsciente, sin ostentar funciones oficiales que les confieran un mando explícito aunque ejercen una influencia decisiva en la vida política* (61). Una definición que, como es fácil verlo, diverge fuertemente con la que al principio de la obra da su director Hugh Thomas en su afirmación de que *el sistema no es sino la constitución inglesa y los grupos, instituciones y organismos anexos a ella, configurados para prestarle precisa protección. También la constituyen, naturalmente, todos aquellos "comisarios" escogidos para proteger estas instituciones protectoras.* (62). Mientras Hollis centra la noción en la acción de agentes intersectoriales no investidos de rol formal, Thomas, acentúa fuertemente la trama institucional que sostiene la cúspide del poder. Recuértese también, con finalidad enumerativa de las claves fundamentales que la obra maneja, la importancia de la identidad de origen y formación y los criterios "adscriptivos" que de ella se desprenden. Es grande la relevancia de los factores de "socialización" capaces de prestigiar los valores del sector superior ante la sociedad entera pero, sobre todo, de unificar decisivamente en ideas y comportamientos a todos los miembros de aquel sector. Agréguese a esto la subordinación del sistema político a la constelación social de poder, tan característica de una estructura de "clase dirigente real". Y aun cabe mencionar entre las resultancias de la obra, el sistemático entrelazamiento de los diversos sectores económicos hasta una virtual unificación. Menos (o ninguna) insistencia en la índole clasís-

tica del sector dominante se advierte en el conjunto ni tampoco el subrayado de la conexión entre la esfera política y la esfera de los negocios en que centraba su alegación el ya referido ataque alemán.

Solo las conclusiones pueden exponerse, en cambio, del mucho más riguroso examen sociológico del franco-británico Jean Blondel (63).

La de "Establishment", supone Blondel, es noción más psicológica que sociológica. Y ello es así, pues el implica, sobre todo, un determinado repertorio de "actitudes" comunes y una red de relaciones que se extrapola desde la vida privada a la vida pública. Con esto se adelanta que Blondel no niega que el "Establishment" exista y que represente, para él, un "círculo externo" ("outer circle") más vago y abierto de un "círculo íntimo" "inner circle" formado por las familias tradicionales y el ex-alumnado de las más exclusivas "public-schools" (privadas) (64). Todo el sistema establecido debe su existencia tanto a ese "círculo interior" como a los valores generales de la sociedad que son aún firmemente jerárquicos, trazo, este último, que explica de modo más que suficiente que su poder específico sea, ante que otra cosa, un poder de influencia social y de prestigio.

La red de vínculos interindividuales que representa el "Establishment" corta a través de los distintos grupos sociales e implica, por sí mismo, cierta unidad de propósito (65). Para quien se halle inserto en aquella red difícil es negar, según Blondel, que se le franquea grandemente la vía hacia posiciones liderales, puesto que si se cuenta con un buen respaldo ("background") social "la correcta educación" es más cómodo el camino del ascenso en los grupos industriales y bancarios (casas financieras y de seguros) y en el Partido Conservador. Esto es lo cierto: la pertenencia al "Establishment" rubrica las

carreras pero no asegura por sí el triunfo en ellas; facilitando los contactos interpersonales, concede ventajas que son esencialmente individuales. De todo lo anterior debe concluirse, juzga Blondel, que los líderes de las distintas actividades no son extraídos al azar, de toda la sociedad ni tampoco escogidos a procedimientos mecánicos de representación y menos a pautas racionales de evaluación del "mérito"; es de la "upper-middle class" o burguesía alta que provienen en proporción frecuentemente abrumadora.

A precisar queda todavía la relación del "Establishment" y el poder político. No piensa Blondel que aquél sea el único repositorio de tal tipo de poder ni de que, por supuesto, lo cree. Piensa en cambio que influye en los grupos tecnocráticos y gerenciales -tan decisivos en la sociedad presente- y que contribuye también a la integración del Partido Conservador. Pero aún con su cuota de poder, el "sistema establecido" no puede ejercerlo directamente y el "círculo íntimo" conservador tiene que tener en cuenta a la "elite industrial", a los tecnócratas, a los cuadros dirigentes sindicales, etc. Si esto es cierto, sería en cambio falsa la suposición de que pertenecer al nivel del "sistema" brinde por sí poder político o social; sólo lo hace (también en el caso indirectamente) cuando tal calidad permite acceder a la cima de grupos funcionales basados en el principio representativo pero que no operan-concreta, verdaderamente, de acuerdo a él.

Tampoco, para concluir, supone Blondel que el "Establishment" represente un poder que subsista "debajo de los partidos", que sea, a la larga, capaz de resistir regularmente el turno entre conservadores y laboristas. Y si hasta ahora esto ha parecido así, si aquel poder no ha sido cancelado, ello se debería a que, y a corto plazo, siempre han vuelto los conservadores al poder y a que el laborismo no se propuso nunca, de modo deliberado, destruir el prestigio social del "sistema establecido". Este u otros comportamientos sólo reflejan la

“moderación” de los dirigentes laboristas que, sin embargo, no son un sector más de aquél, aunque en este dilema su opción parezca traicionar las metas más tradicionales de su partido.

El tema como se ve entra de lleno en el magno problema de las relaciones entre el poder socio-económico y el poder político que ha sido y será examinado en diversos pasajes de este trabajo (66).

Notas Capítulo XIII

(1) V. par.28

(2) IV, p. 52

(3) V. par. 4

(4) III, p. 37

(5) II, p.22

(6) IX, págs. 249 -250

(7) XII, p. 255. El politólogo alemán complica, empero, su exposición de modo casi inextricable por su obsesivo afán de atacar a Lasswell y Kaplan (por su planteo de “Power and Society”, Yale University Press, New Haven, 1950.

(8) III, p. 33

(9) II, p. 23, V. también n. 22 Cap. X

(10) V. par. 34 “in fine”

(11) V. par. 32

(12) V. n. 14 Cap. X

(13) II, págs. 15 -16

(14) II, 20, 22, 26; V. Cap. IX, par. 20 y ss. y par. 32 “in fine” V. Vance Packard: “Los trepadores de la pirámide”, Buenos Aires, Sudamericana.

(15) V. par. 31

(16) V. par. 35

(17) II y V

(18) II, págs. 19 - 20, V. p. 7

(19) V. par. 34 “in fine” y 69

(20) V. par. 64

(21) C. Northcote Parkinson: “L’evolution de la pensée politique”, Paris, Idées-N.R.F. Gallimard, 1965, t. I, págs. 232 -233 y 241

(22) En el presente: V. par. 46 y N. 9

(23) XXVIII p. 139

(24) V. por ej. el análisis de la hegemonía de la clase financiera, en XIX, págs. 137 - 138.

(25) André - Jean Tudesq: “Les grands notables de France, 1964: 1840 - 1849 “Paris, Presses - Universitaires de France, 1964.

(26) Canovas, primer ministro español, por ejemplo, defendía en 1869 “la preeminencia de las minorías inteligentes, de las minorías propietarias que por cualquier especialidad, por cualquier forma de trabajo, que por cualquier mérito se han levantado sobre la multitud! y correlativamente atacaba al sufragio universal que “haría pesar los sacrificios sociales sobre las clases más altas” y “cuyo hijo legítimo e inevitable” “no podía ser otro que el socialismo” (en Antoni Jutglar:

"Ideologías y clases en la España contemporánea", t. I, Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1968, p. 219)

(27) Jaime Vicens Vives: "Historia económica de España", p. 551 (en Jutglar, op. cit. p. 114)

(28) V. par. 49 - 50 Graciarena (XLI) propone "oligarquías pluralistas" y "elites oligárquicas" (págs. 63 - 70)

(29) Esto, y lo que sigue, puede no ser cabalmente aplicable al área platense, la más tardíamente organizada del período español, ya bajo el signo "ilustrado" (V. del autor "El Patriciado uruguayo", Montevideo, Asir, 1961 y "La clase dirigente", Montevideo, Nuestra Tierra N° 34, 1970)

(30) Una adecuada síntesis histórico-social en XLI, cap. II

(31) XXXVII, págs. 37 - 39

(32) Dos típicos representantes intelectuales y políticos de la oligarquía colombiana. Alberto Lleras Camargo y Germán Arciniegas han insurgido repetidamente contra lo que consideran el estereotipo de la "rica oligarquía colombiana", alegando los muchos presidentes de la república (Marco Fidel Suárez, Concha, Salgar, Restrepo, Guillerano Valencia, el propio Lleras) de origen modesto y provinciano y mediana condición económica aún en su madurez (refs. de Lleras en "El País", de Montevideo, 11 - 5 - 58; de Arciniegas en Suplemento de "El Día", de Montevideo, de 22-11-64, 29-5-66 y 7-8-66)

(33) XLV, págs. 132 - 133

(34) Este uso se popularizó en la Argentina -donde ya había sido elaborado a nivel histórico-crítico- durante el período peronista (1945-1955) y tras él. Es de notar que el término, sin perjuicio de su adecuación interpretativa, se emplea desaprensivamente por parte de quienes resisten el uso de las categorías "capitalistas" y "burguesía" que -bien puede creerse- resultan tanto más idóneas para el diagnóstico de ciertos fenómenos.

(35) XXXIX, págs. 7 - 11: imagen: de un grupo "pequeño", "infinitamente rico y poderoso", "perfectamente estanco", "unido", "solidario", "omnipotente". Un grupo peculiarizado por "la arbitrariedad" y la injusticia", resultado del "poder ejercido" y que emplea la "fuerza brutal" como arma política, "imposibilita el cambio y el progreso", se "cierra al cambio pacífico" esta "al servicio del extranjero" es "cómplice de los imperialistas, y culturalmente resulta "alienado", "cosmopolita", "desconectado de todas las tradiciones vivas". Si bien Bourri-caud, en su oscilante diagnóstico supone falsa la precedente figura, agrega que esto no quiere decir que no haya un pequeño grupo de actores que manda en todos los terrenos a su gusto". Para pasar a la investigación empírica propone la indagación de cuatro elementos: 1) "El rigor de la dominación" de los poderosos"; 2) como se delimita el grupo; 3) de que medio dispone; 4) cómo los usa. Sin eso reducir la noción de oligarquía a "la desigual repartición de la potencia social" y a la "concentración de la autoridad en la toma de decisiones" es emplear elementos demasiado genéricos para caracterizar una forma especial de dominación minoritaria. En su libro sobre Perú (XXXVII, págs. 8 -9) se pregunta si el poder de la oligarquía reposa en el riqueza, el nacimiento o la competencia. Pero, además, ese poder, supone no se basa sólo sobre tales valores, sino también 1) en su actitud respecto a los otros grupos; 2) en su capacidad de fiscalizar o captar en su provecho las fuerzas productivas; 3) en su eficacia en justificar y legitimar esa fiscalización y captación.

(36) Caso del estaño boliviano hasta 1952, del azúcar cubano hasta 1959, el cobre chileno, las plantaciones bananeras de América Central, el petróleo venezolano, etc.

(37) Merle Kiing, en Richard A. Schermerhorn: "El poder y la sociedad", Buenos Aires, Paidós, 1963, págs. 68 - 71

(38) V. par. 38

(39) XXXVII, págs. 291-292

(40) XXXIX, págs. 20-21

(41) XXXVI, p. 134

(42) Caso del de Theotonio dos Santos, en "El nuevo carácter de la dependencia", Santiago de Chile, CESO, Cuaderno N°1, 1968, págs. 76 - 79, quien afirma que el populismo estuvo determinado por la necesidad de apoyo de la burguesía industrial ascendente en su enfrentamiento con las oligarquías rurales y exportadores y sus aliados extranjeros. Lo que bien puede valer como un modelo de reductivismo simplista, para no decir otra cosa.

(43) Es el fenómeno que estudian Angulla y sus colaboradores en el caso de Córdoba. (XLII, XLIII, XLIV)

(44) XLII, p. 101; XLIV, p. 143

(45) XXXVIII, p. 122

(46) XXXVI, págs. 128 - 134

(47) XLI, págs. 56 61

(48) Darío Cantón, en "El parlamento argentino en épocas de cambio", (1890, 1916, 1946), Buenos Aires, Ediciones del Instituto, 1966, muestra como la oligarquía argentina pudo bloquear toda transformación sustancial y cómo los cambios políticos ocurrieron en el interior de un sistema de poder inmutable, que tiene un prestigio mucho mayor que el del sector económico (el de estancieros y exportadores) y que se vale del rol estratégico de las exportaciones, del uso de los medios de comunicación para prestigiar los valores tradicionales y de la influencia de la educación, rehusando también el juego democrático cada vez que lo perjudicaba. (Res. RFSP, 1968)

(49) V. par. 69, 64, y 66

(50) Gino Germani, en "La Rueda" (Montevideo, 12-65, A. I, N° 1, pág. 24) señalaba lo exógeno y lo endógeno diciendo que, en la Argentina, el imperialismo está en "la presión de la embajada" y en que los políticos y militares son reaccionarios y creen que la docilidad ante los Estados Unidos es el medio de combatir al comunismo" y no "en las empresas". Sostiene, como se ve, una subordinación imperialista de tipo decisional, no estructural. Inversamente Bourricaud

afirma que las empresas actúan (en el Perú) como "en país conquistado" (antes de 1969) (XXXVIII, p. 122

(51) XLI, p. 49

(52) Giselher Wirsing: "Dictadura en Inglaterra", Buenos Aires, La Mazorca, 1941.

(53) "El sistema establecido (The Establishment)". Barcelona, Ariel, 1959

(54) Op. cit. p. 26

(55) Op. cit. p. 192

(56) Paradójicamente *public schools*

(57) La administración estatal, sobre todo en sus escalones superiores, o "higher civil service"

(58) Op. cit. págs. 249 - 250

(59) Op. cit., p. 200

(60) V. Ap. B

(61) Op. cit., p. 207

(62) Op. cit., p.26

(63) "Voters, parties and leaders", London, A Penguin Book, 1965, p. 232 - 255, esp. págs. 248 - 249 (hay traducc. francesa)

(64) Es común a todos los planteos la importancia concedida al pasaje por determinados establecimientos educativos, como calificación de pertenencia a la clase superior dirigente. Es lo que sucede con los colegios (Eton, Harrow, Rugby, Winchester, Marlborough y Char-

terhouse) y con las Universidades (Oxford y Cambridge) y ciertos centros de ellos (All Souls, Baslliol, Magdalen, Christ Church)

(65) Anthony Sampson, en su conocida "Anatomy of Britain" sostiene que "los gobernantes no son una unidad estrechamente entrelajada, no están en el centro de un sistema solar o como en una racimo de círculos entrelajados sino cada uno ampliamente preocupado con su propio profesionalismo y competencia y tocando solo a los otros por su borde (...) No son un solo Establecimiento sino un anillo de Establecimientos, con débiles conexiones recíprocas. Las fricciones y equilibrios entre los diferentes círculos son la suprema salvaguarda de la democracia. Ningún hombre permanece en el centro, porque no hay centro" (Cit. por Bottomore, I, p. 29)

(66) V. esp. par. 33 y 67

PARTE D

HACIA LA CONCEPTUACION DEL SECTOR DIRIGENTE

XIV-LOS FACTORES DE CONFIGURACIÓN.

47-Sectores dirigentes, al modo que los concibe el pluralismo o la cima unificada de poder que otras teorías propugnan no existen, no se configuran de modo milagroso. Múltiples son las variables que las caracterizan y los factores que las modelan. Unos y otros, como es obvio señalarlo, poseen distinto peso, muy desigual incidencia. Tampoco debe concebirse esas fuerzas actuando con regulada intensidad en todos los casos en que es dable verificar la existencia concreta de tales constelaciones de poder o de función: la pluralidad de "modelos" de sectores así lo pone de manifiesto (1). Si esto se tiene en cuenta también puede afirmarse que, inversamente, cuanto más altos índices de uniformidad su incidencia registre más valor poseerán para categorizar una minoría supraordenadora, para explicar su fortaleza y estabilidad. A la luz de estas reflexiones debe considerarse la enumeración que sigue. Sólo cabe agregar a ellas que, supuesta la alternativa de "elites funcionales" sectoriales y de una elite o clase dirigente real, global, como ésta la complejidad de una sociedad moderna le impondrá desplegarse en subgrupos dirigentes especializados, puede darse una contradicción. Como se adivinará ella está implicada en la posibilidad de que ciertos factores de unificación de las elites sectoriales representen, justamente, un obstáculo para la formalización de una cima real, unificada de poder. E, inversamente, de que una alta homogeneidad de la elite global podrá importar una traba a la imprescindible

desconcentración y especialización de dirigencia que una sociedad moderna reclama. Tales eventualidades, digamos, se hacen relevantes en el rastreo empírico de los sectores dirigentes y sería apriorístico dilucidarlas ahora.

Reiteramos, pues, que en los "ítems" que siguen, la existencia de sectores dirigentes parciales o globales se hace más ostensible según sean los índices de homogeneidad del:

a) *origen social*, de clase, de las personas involucradas en los sectores y su posible coalescencia (juegos, educación, etc.)

b) *las bases de su sustentación económica*, consideradas a la luz de su fuente, su magnitud, su estabilidad, su carácter privilegiado o no, su relación con las diversas instancias del proceso económico (productiva, distributiva, etc.) (2).

c) su *composición racial o étnica, nacional, regional o local* en las sociedades formadas aluvialmente -caso de las latinoamericanas y su alto sector económico con núcleos precisamente raciales y nacionales (en Chile, Colombia, Brasil, etc.). El origen regional y local asume importancia en las sociedades muy extendidas sobre un área geográfica en cuanto es factor seguro de afinidad.

d) su *reclutamiento*, es decir, las formas y modos de mantenimiento y selección de personal, en un espectro que va desde el ingreso "por derecho adquirido" (sucesión familiar, reconocimiento automático de ciertas calidades de índole adscriptiva) a las diversas formas de elección (por cooptación, por "designación autoritaria" unipersonal, por "méritos" objetivamente verificables y reconocibles por terceros, por elección competitiva con participación amplia, etc.). Fundamental importancia tiene esta cuestión de *los procesos por los cuales se llega*, como David Easton, con expresión feliz los designa (3).

e) *Las calidades y habilidades* regularmente requeridas para el ingreso y la promoción. Friedrich señala que los criterios de calificación para el grupo superior los fija él mismo, ya sean ellos la estirpe, la riqueza, el valor militar, el éxito etc. (4). Lasswell se refiere a las "agencias" o "medios" ("instrumentalities") sobre las cuales confían los dirigentes para avanzar o trepar en la escala, una categoría en la que están implicadas las habilidades necesarias ("skills") y el conocimiento que implican, utilizado ya por los activos y exitosos (5)

f) *Los tipos de carreras* representativas y el prestigio endo o exogrupal de ellas, los índices de su *profesionalización* o *amateurismo*, los *movilizadores* de la *vocación* o la *función* requerida y el carácter formal o informal, institucionalizado o no, de los *roles asumidos*.

g) *la cultura*, esencialmente en el aspecto de la formación educativa y el nivel intelectual alcanzado.

h) *la ideología* entendida especialmente en su aspecto de creencias justificativas sistematizadas, de valores básicos profesados, de "perspectivas, metas, objetivos y fines. El coligante religioso y el más impreciso de "concepción del mundo" pueden ser factores de uniformidad ideológica aunque no siempre es inevitable que lo sean.

i) *el estilo de vida* y todo lo que este involucra (actitudes, motivaciones, comportamientos, experiencias, rasgos psicológicos) entendido sobre todo en su capacidad de impacto socializador respecto a eventuales disparidades de origen. Lasswell y Lerner hablan del *código de la elite*, configurado por valores y objetivos, por las *pautas de expectación, identificación y operación* (6). Janowitz, atacando la idea de que la "elite" pueda ser definida en términos de origen o respaldo social ("social background"), destaca la importancia de lo que llama el *perfil social* ("social profile") que estaría dado por la uniformidad de

pautas de carrera, y educación pero también por las experiencias comunes, *las uniformidades de autoconcepción, de motivación, de adoctrinación, de ideología* (7).

j) Los *contactos físicos y sociales*, amistades, parentescos y afinidades de ellos resultantes.

k) la *estructura, organización, acción, medios y grado de poder*. El “valor-fin como lo llama Lasswell, representa un aspecto sobremanera complejo que puede desplegarse en los siguientes:

- la *organización y la estructura sectorial*; entre otros elementos, el “endogrupo” y el “exogrupo”;
- los *modos y métodos de acción*, las estrategias y las tácticas estables y permanentes y las circunstanciales;
- los *líderes sectoriales*, sus carreras y sus medios de ascensión
- las *instituciones* “jerarquías”, (Mills) políticas, culturales, económicas, militares, etc. más características como “centros de poder” y todas las variables que puedan peculiarizarlas)
- el grado de *aceptación externa* del sector dirigente globalmente enfocado y de sus líderes, es decir, su “prestigio”, su “influencia” en la sociedad;
- los modos y grados de su *responsabilidad* (“accountability” de Lasswell) dentro y fuera del grupo;
- los *contactos y relaciones* del sector y sus dirigentes con otros sectores, dirigentes o no, internos o externos a cada sociedad global;

- la *condición de su poder*: aceptado (“autoridad”), controlado, amenazado, negado (tipo imposible);
- el *alcance de su poder* ya en su esfera, ya fuera de ella: a una sociedad determinada, a varias;
- la *perceptibilidad de su poder*: notorio y público, discreto, secreto, etc;
- su *dominio o esfera*: económica, política, cultural, etc. (8);
- su *altura de incidencia* en los procesos decisionales: iniciativa, deliberación, decisión, ejecución;
- su fuente u origen: “prestigio” (personal, tradicional, de sus valores y metas o ideológico, etc); poder de coerción física; poder de coacción y presión económicas; poder de sanción espiritual (la “hierocracia” de Weber); posesión de “capacidades” para funciones sociales requeridas, etc;
- los *recursos a su disposición o medios de poder* en cuanto apoyados en las fuentes u orígenes precedentes: la “influencia”, la “negociación”, y la “diplomacia”, la “presión”, la organización y movilización de grupos externos al sector; el empleo de los medios de propaganda, la facilitación de carreras, etc. (9). Más estructuradamente, entre las *prácticas* de un grupo elitario, Lasswell y Lerner aislan las de *manipulación*, que dividen en *manipulación de símbolos dependiendo de palabras o de sus equivalentes* -diplomacia o propaganda- y *manipulación de no-símbolos* en el caso de la política económica o militar dependientes del manejo de los recursos naturales y de la coordinación del esfuerzo humano (10);

- la *medida de su poder*, marcando lo que Bourricaud llama rigor de dominación (11): posibilidad de entablar “demandas”; capacidad de acción de “contrapeso y “regateo” (“bargaining and countervailing power”) (12). concluida en “arbitrajes” y “compromisos”; control directo o indirecto de la adopción de decisiones; poder de “veto” parcial o total; imposición incontrastada;
- la *realidad de su poder* resultante de lo anterior (distinción de Riesman entre *imágenes* y *efectividades* de poder (imágenes” y “actualities”) (13);
- sus *vías* o caminos: partidarios; administrativos (asesoramientos, “administración delegada”, comisiones asesoras, etc); vínculos personales en las “altas esferas” o tope decisional; acción sobre la opinión a través de la propaganda, acción sobre los poderes legislativos y judicial, etc;
- su *lugar en la estructura de poder y su función en ella*: si la debilita o la refuerza, si carece de impacto y es neutra, etc;
- su *instrumentación* o grado de mediatez o inmediatez: si actúa directamente o no; si usa “personeros” u “hombres de paja”; si ha de contar con la aprobación previa de otros sectores, etc.;
- su grado de *sensibilidad y capacidad de respuesta* a las necesidades y reclamos de otros sectores compaginables o “agregables” con el logro y mantenimiento de sus propios fines (14);
- la *función que cumple* y el grado de éxito con que lo haga, como (sin duda con deliberada unilateralidad) lo subrayó Schumpeter (15);

- su inscripción e *índole* y su resultante en términos de poder, dentro de las clasificaciones corrientes de los sectores dirigentes: “elite” y “contra-elite”; emergente, vigente o residual; infrarrealizada y sobrerrealizada, etc. (16);
- su grado de *delimitabilidad social* y de posibilidad de *identificación*

Supongamos ahora cumplida una indagación que verifique la índole más o menos homogénea de los factores conformadores de cada sector dirigente o aún de una cima unificada de poder lo mismo que específicas modalidades en su acción y en el ejercicio de ese poder. Una instancia posterior ha de interesarse por establecer *hasta que punto existen y son unitarios, comunes, identificadores.*

- 1- *los fines y metas, los intereses, objetivos y puntos de vista* de cada sector dirigente y de sus componentes individuales.
- 2 - la *conciencia de la identidad* de esos fines e intereses en cuanto esta se traduzca en lo que se designa variablemente como “espíritu de cuerpo”, “mentalidad de status”, “solidaridad”, “identificación”, “cohesión”, etc.
- 3 - La *coincidencia en las vías y medios* de implementarlos e incrementarlos.
- 4 -el *grado de coordinación y el nivel organizativo* que asumen esa conciencia y esa coincidencia en cuanto son capaces de instrumentalizar la obtención de logros por medios coherentes y sistemáticos.

Como se observa en otra parte de este enfoque (17), adolece de apresuramiento demostrativo dar por supuesta la secuela

de los cuatro elementos apenas se señala la existencia del primero. Son muy factibles situaciones de extrema debilidad en el plano de la efectivación de los logros, originadas, las más de las veces en divergencias estratégicas o tácticas.

5 -la *estabilidad y permanencia social* del o los topes sectoriales sobre la renovación personal de sus gestores y, en especial, sobre los cambios histórico-sociales.

6- la *flexibilidad* del tope sectorial, o sea, su capacidad de respuesta a los cambios y demandas sociales sin desplazamiento sustancial, habilidad que, como lo corrobora el ejemplo británico es prácticamente condición insoslayable de la vigencia del trazo inmediato anterior.

7 -la *representatividad social* de la, o las, cimas sectoriales respecto a la totalidad del sector y a los diversos grupos y clases que presente la estratificación social de una sociedad dada. Supuesto en el caso, claro está, la posibilidad de porcentuación de estas últimas y de la de fijar con exactitud el origen social de los sectores dirigentes.

8 -la *sustantividad* del sector, fijada sobre los indicadores de su poder verificado, su función, sus conexiones intersectoriales, su no-instrumentación por otros, etc.

Todo lo anterior representa, insistimos, un repertorio de categorías válidas ya sea para el examen de los sectores dirigentes parciales o funcionales, ya para la eventual existencia de una cima unificada de poder sobre ellos. Y, como es obvio, no adelanta, no presume que esta cima unificada pueda o no ser señalada por medios seguros de prueba. Pero sí, como es también evidente, la realidad de una cima dirigente unificada representa el tema básicamente polémico de todo este estudio, el desarrollo que precede ofrece pistas de relativa

seguridad para concluir con cierta firmeza sobre su efectividad o su inexistencia.

Y es que si, por ejemplo, de acuerdo a las normas del método comparativo, examinamos los perfiles sectoriales trazados de acuerdo a los cuadros de referencia ya enunciados, se hace claro que si las *semejanzas* entre ellos son mucho más acentuadas que *las diferencias*, la presunción de una cima unificada cobra fuerza. No todas las semejanzas, empero, poseen en este punto *el mismo valor corroborativo*. Algunas - como es el caso de "los tipos de carreras", la organización sectorial, los modos y métodos de acción, los grados de responsabilidad, etc -pueden responder a *características generales de la estructura social*. Otras -y esto tiene mayor significación- si se supone la doble existencia de sectores dirigentes parciales y una gran cima dirigente global pueden resultar *cabalmente contradictorias*. Esto equivale a decir que la relevancia de ciertas "identidades de perfil" en los sectores dirigentes parciales o funcionales puede más naturalmente abonar la idea del pluralismo sectorial dirigente que el de una cima unificada de poder. Si ejemplos se necesitan de esta afirmación, parece obvio que el alto índice de coordinación interna de una elite funcional se contradice con un alto índice posible de su subordinación a una cima dirigente global. O que la estabilidad de cada tope parcial choca con la eventualidad de una activa corriente de "entrelazamientos" y sustituciones que siempre ocurren cuando una cima unificada es realmente poderosa. O que la "representatividad" de cada cima parcial, y su "sustantividad" no son compaginables con la existencia de "hombres de paja" y "testaferros", que son los que deben desempeñar ciertas funciones cuando la cima realmente domina pero no puede delegar personal -pues no le alcanza- a todos los niveles sociales.

Tras registrar lo anterior, precindamos de situaciones intermedias, de determinados matices, de ciertas variables solo

aplicables al tipo "élite funcional", de alguna serie de fenómenos que como el de los "contactos físicos y sociales", reclaman un examen extensivo más que comparativo. Importa, en cambio, señalar que (tanto al margen de criterios extensivos como comparativos: no se buscarán aquí semejanzas ni diferencias) no todas las características posibles de las estructuras sectoriales tienen la misma significación para el perfilamiento de una cima dirigente global. Sin embargo, es de uso que tal tarea de proyección no se cumpla con la debida cautela y que por ello la famosa trampa del "razonamiento circular" (encontrar lo que estamos buscando, rastrear la verificación de una idea preconcebida) sea muy difícil de evitar.

Pero si algunos trazos de las estructuras sectoriales poseen especial relevancia en el perfilamiento del tope dirigente, unificado no importa una pura regresión apuntar, marcados éstos, a que elite sectorial especial, atañen, a cuál de ella, integradas a ese tope, priman. Por tal vía se marcará así la preeminencia de esa "élite" en el conjunto de sectores íntimamente trabados, lo que suele ocurrir -sobre todo- con el sector económico y con el político.

En suma: que si existe una cima unificada de poder, un sector dirigente global y elites funcionales parciales la conexión decisiva no es inalcanzable. Cuatro caminos pueden seguirse y, con su recapitulación también cerrarse estas precisiones.

Es la primera *el análisis de las decisiones de importancia*, especial, estratégica, un análisis que incluye a los promotores y procesadores de la decisión, el de su significación y efectos objetivos, el del proceso decisonal mismo. Tal examen es susceptible de iluminar con excepcional claridad la estructura de la constelación del poder, ya nos atengamos a la cautela de Mills en el sentido de sólo "delimitar la zona en que se toman

las decisiones" (18), ya nos atrevamos con cada decisión en singular.

La segunda vía trata de seguir la *corriente de intercambio y desplazamiento de titulares* de los diversos roles y funciones sociales. Pues es evidente que toda infracción al principio de la "especialidad sectorial" tiende, de modo inevitable, a subrayar la unidad yacente tras todos los sectores parciales, así como, inversamente, su vigencia, la independencia de ellos. El *entrecruzamiento sectorial* ("interlocking") presenta no tanto dos modalidades fundamentales como dos perspectivas distintas del mismo fenómeno. Uno es la multifuncionalidad referida a un sólo dirigente individual; es decir, la pluralidad de sus actuaciones como tal (vgr. parlamentario, empresario, dirigente, social, etc.) en distintos sectores funcionales. El otro es el *entrecruzamiento* propiamente dicho, o sea, el intercambio de roles entre los dirigentes de varios sectores o categorías funcionales. En una consideración grupal también cabe hablar de *penetraciones intrasectoriales* para hacer referencia a los ingresos masivos de un sector en el tope de otro, un fenómeno que suele ocurrir en determinadas circunstancias con los del económico en la cima del político (caso del Uruguay del presente) o los del militar en el empresarial como sucede en los Estados Unidos y la Argentina. Estudiadas la peculiares maneras de conexión en los diversos topes, puede nombrarse la *coincidencia en posiciones institucionales* y peculiarizarse las llamadas *pautas de carrera de los individuos que llevan el peso de la coordinación interinstitucional* (19)

El tercer camino es el examen de las incongruencias, de "status", esto es, los desniveles de prestigio y significación de un individuo dirigente en los diversos sectores sociales. La idea tiende a categorizar el hecho común de que quien es importante en determinado sector puede no serlo y hasta ser desconocido en otro (un dirigente intelectual en el sector empresario, un dirigente sindical en el político, etc., etc.) Si las "incon-

gruencias de "status" se equipararan de un sector privado a otro, y todas señalaran marcadas incongruencias en el sector político decisivo del poder público, la primacia de las elites funcionales en la sociedad se vería fuertemente corroborada. Si, por el contrario, como creemos que sea la realidad más frecuente, el prestigio del gran financista, del industrial o del hacendado anota menos "incongruencias" en otros ámbitos, y sobre todo en el político (que aún puede primarlo respecto a su prestigio en el medio específico) que el del dirigente sindical, o técnico, o intelectual, o religioso, es de suponer que el concepto de sector o clase dirigente real, unificado en la cima, se vea sustancialmente refrendado.

La cuarta y última vía a la que este planteo hará referencia es la del estudio de la *variable externa*, tan decisiva en la constelación de poder de los países dependientes. Implica el análisis de la acción de las fuerzas políticas, militares, económicas, culturales exteriores a una sociedad global dada, ejercido ya sea sobre una cima unificada responsable de la gestión general, ya sobre determinados topes sectoriales en específicos aspectos: política económico-financiera, política internacional, política militar, gestión y orientación de los medios de difusión de masa, acción ideológica, etc. Todo lo anterior importa, como es natural, el examen de las afinidades y conexiones de determinados sectores y su influencia en el poder de decisión de cada uno (20).

Notas Capítulo XIV

(1) V. par. 66

(2) V. par. 12,20,53,56, etc.

(3) David Easton: "A Systems Analysis of Political Life", New York, John Wiley and Sons, 2a. edic., 1967., p. 99. También en XLVI, p. 46

(4) XII, págs. 349-350

(5) XLVI., p 47. Un juicio sobre las utilizadas en las corporaciones industriales, par. 20 y 26. Una sistematización aún más negativa en el libro de Packard "Los trepadores de la pirámide", cit.

(6) XLVI, p. 48

(7) XLVII, págs. 108-109

(8) Graciarena (XLI, p. 48) realiza la distinción entre "poder real" y "situación efectiva de poder" y "poder efectivo", lo que bien puede resultar, en suma, la distinción entre poder, poder económico-social y poder político

(9) XXXIX, p. 9, XXXVI, p. 309; op. cit de Easton, p. 99

(10) XLVI, págs. 47-48

(11) XXXIX, págs. 9-10

(12) V.par. 27

(13) IX, p. 240

(14) Easton, op. cit. p.99

(15) Relación entre poder y función: V. par. 57 y Ap. C

(16) V. par. 48 y 38

(17) V. p. 63

(18) V. par. 20, 25, 26

(19) XLVII, págs. cits.

(20) VI par. 43 y 69

XV- LOS TIPOS ELITARIOS Y CRITERIOS CLASIFICATORIOS

48- Común con todo el lenguaje político-social es la equivocidad de los términos que designan sectores minoritarios. Pero en este caso, esa equivocidad se halla acrecida por el hecho de situarse tales términos en las zonas de aquel sistema lingüístico que conllevan una asignación más alta de implicaciones ideológicas.(1)

Tal reflexión creemos hace útil tanto el repaso de algunas clasificaciones como el exámen de las significaciones globales que algunas de sus piezas importan.

A estar a nuestro nivel de conocimiento, es seguramente Hassner quien ha realizado un trabajo enumerativo más interesante en estos aspectos. Ello explica de modo suficiente, nuestro propósito de seguirlo en esta parte del presente desarrollo (2).

Con la clasificación de Mills mostró Hassner un intento de organización de la materia basado en los *criterios para reconocer a la elite*. Eran cuatro para aquél, aunque en realidad no sean susceptibles de aislarse y actúen conjuntamente.

El primer criterio -y el preferido por Mills- es el que define la "elite" *en términos de la sociología de la posición institucional*

y de la estructura social que forman estas instituciones. La elite es, por esta vía, elite del poder, sostenida en las instituciones (corporaciones empresarias, fuerzas armadas y administración y gobierno) que le parecen fuente efectiva de aquel poder (3).

El segundo criterio evalúa a las elites *en términos de estadísticas de valores seleccionados*. Identifica a los que tienen más de lo que se quiere tener en una sociedad: dinero, poder, prestigio. Conduce este criterio inevitablemente al "pluralismo", pues son muchos los "valores". Es algo que explica la preferencia que le muestra (caso de Lasswell o Friedrich) la negación conservadora de una "elite" o sector dirigente "real" (4).

El tercer criterio define la elite *en término de pertenencia a un conjunto de personas* que forman un círculo selecto superior ("top social stratum", "inner circle", "clique", etc. (5). Se trata de un entrelazamiento de grupos cuyos miembros se conocen, se tratan socialmente en su trabajo y se toman en cuenta al adoptar sus decisiones. Implica un "grupo de status" ("status group"), ya contemplemos una pirámide de estratificación a lo Schumpeter, ya una "clase dominante" según Marx (6).

El cuarto criterio define la "elite" *en términos de moralidad*, según resulta esta de la pauta que dan ciertas personalidades superiores, al modo en que lo hace Ortega y Gasset (7).

Los cuatro criterios podrían sintetizarse diciéndose que el primero designa a *los que dirigen*; el segundo a *los que tienen*; el tercero a *los que pertenecen*; el cuarto a *los que son*, veramente y reconocidos o no (8).

La del tratadista alemán Urs Jaeggi es, señala Hassner, una clasificación de teorías y no de elites históricas, concretamente existentes. Aunque hay que subrayar que también la de Mills

se mueve en la abstacción y ambas actúan a nivel de un designio, que es apresar la esencia del grupo minoritario dominante.

Jaeggi distingue en el amplio repertorio de enunciaciones las:

- teorías de elite del poder ("machteneliten theorien") del tipo de las de Mosca y Mills
- teorías valorativas de la "elite" ("werteneliten theorien")
- teorías de las "elites funcionales" ("elitenfunktionstheorien") (9).

Los tres tipos se han examinado ya. Su fundamento lo replantea y justifica Hassner sosteniendo que se puede partir ya de una *idea conflictual y política de la sociedad* como campo de lucha por el poder, ya de una *idea integracionista y técnica*, según la cual el ejercicio normal de las diferentes actividades de la sociedad implica, en el interior de cada una de ellas, una "jerarquía" ligada a la "función", incluso en la función gobernante. Pero hay también una *idea individualista y cultural* que atiende al valor de los individuos y grupos más allá de sus "funciones" y de su "lucha" por el poder (10).

En cambio la tentativa de Robert A. Dahl representaría frente a las anteriores una tipología histórico-social concreta- de la sociedad norteamericana y una pretensión por designar o individualizar eventualmente a los grupos que gobiernan.

Ya se ha hecho referencia a ella y no posee, por su misma indole, relevancia en este planteo (11).

Al concretarse las anteriores divergencias, el tema encuentra su plano de paso natural a una tentativa de modelización y en ella volveremos sobre tal debate (12).

En cambio, sean "funcionales" y "plurales" o "reales" y "unificadas" los diversos tipos elitarios son susceptibles de

algunas dicotomizaciones. Ya se vieron las que califican a las elites de "formales" e "informales", de "manifiestas" y "no-manifiestas", de "cuadro" y "núcleo" (13).

La naturaleza "funcional" o de "poder" mantiene ostensible vinculación con la distinción entre *elites adscriptivas* y *elites del mérito*. Las primeras son las que existen según se tenga acceso al núcleo en razón de alguna cualidad personal o categoría social; las segunda aquellas en las que los incorporados han demostrado su capacidad de alcanzar determinados logros que interesan al sector o a la sociedad entera (14)

Según esa capacidad de alcanzar "logros", en este caso o más allá de sus alcances previsibles o más acá, las elites pueden ser calificadas de *sobrerrealizadoras* e *infrarrealizadoras* (15).

El clivaje entre obsolencia y renovación es dable de reflejarse en la distinción de *elites nuevas* y *elites viejas*, desde una óptica que Pareto popularizó (16).

La clasificación anterior se completa y enriquece con la hoy bastante comun de grupos minoritarios *residuales*, *dominantes* y *emergentes*. Esto, según sea el momento de su desarrollo y el brazo ascendente, horizontal o descendente de la curva en que se hallen.

Vínculo manifiesto tiene el tercer miembro de esta tri-partición con el concepto de *contra-elite*, ya muy usado en este planteo y que connota al grupo directivo de ese sector de la sociedad que contesta tanto en forma global la estratificación de clases como el sistema político que se siente, a causa de ello, llamado a nuclear las fuerzas que, por el medio que fuere, sean capaces de reemplazarlos.

Notas Capítulo XV

(1) V. par. 3

(2) IV, págs. 44-57

(3) V. en par. 23 la ida y su crítica

(4) V. par. 36

(5) V. par. 50

(6) V. par. 23. En realidad la concepción es una combinación del primero y tercer criterio

(7) V. par. 37

(8) IV, págs. 44-46

(9) IV, págs. 47 y ss.

(10) V. replanteo de estos problemas en par. 35-38, 58, 62, etc. El valor jerarquizante puede ser "intrasocial" o "verificado" o neutralmente manejado o ser un valor jerarquizado desde el sistema propio del estudioso.

(11) V. par. 24

(12) V. par. 66

(13) V. par. 38

(14) XXXIX, p. 10

(15) XXXVI, p. 309

(16) XXXVI, págs. 128-130

XVI - LAS ELITES SECTORIALES

49- Posee valor en todo caso la tarea de distinguir entre los varios tipos de sectores dirigentes. Y ello ocurre así puesto que si se opta por la concepción pluralista-funcionalista (1), los sectores así discriminados expresarán, sin más, los diferentes topes a través de los cuales la actividad social se gobierna. Si, inversamente, se escoge como solución más solvente la idea de una cima dirigente unificada es fácil comprender que, incluso en esa circunstancia, tienen que producirse procesos de diferenciación según sean los niveles o áreas sociales que la cima unificada haya de controlar.

Los esfuerzos de clasificación de los sectores son numerosos en la ciencia política y social (2). De entre ellos queremos destacar el que, en varias instancias, fue perfeccionando Raymond Aron hasta convertirse en 1965 en parte de una labor de investigación colectiva (3). Aron, al final de este proceso de afinamiento peculiarizó las "categorías dirigentes" que involucran:

a) el personal político, al que define como la minoría que conforme a la legitimidad y a la traducción institucional de ésta, se halla embarcada en la competencia cuyo premio es el ejercicio del poder. Engloba, por tanto, a los delegados de aquellos que detentan el poder, según aquella competencia que puede ser abierta y pública o cerrada y clandestina, pero que

existe siempre en el interior de cualquier régimen, aún en el de aquellos que nieguen formalmente la existencia de tal fenómeno. Cree el autor que en sociedades de naturaleza industrial es preferible hablar de *personal político* y no de clase política. Y esto no solo por las intensas *resonancias ideológicas* de esta noción (4), sino también por la categoría que sigue (b), así como por estar sometida a la influencia de las que subsiguen (d y e) todas las cuales cooperan pero al mismo tiempo presionan sobre él (5).

b) *los grandes funcionarios civiles y militares*, distinguibles del "personal político" por más ostensible que sea el firme entrelazamiento con él que peculiariza el sistema gubernativo de los países desarrollados (6);

c) *los gestores del trabajo público y privado*, una categoría en la que, como destacará cualquier crítica medianamente perspicaz, Aron pretendió insumir fuentes y magnitudes de poder tan diferentes como la de los directores de los entes estatizados y nacionalizados y el de los gestores y propietarios de los medios de producción privados;

d) *los conductores de masas*, que manipulan símbolos- ya sea "la máquina del Estado", el dinero, las armas, el número- y representan , junto con las categorías anteriores el "poder temporal" de que hablaba Comte. Ello hace que todavía reste una última categoría:

e) *el poder espiritual*, ya sea "trascendente" y "revelado" tal como se institucionaliza en las Iglesias, ya sea "inmanente" y "científico-racional" tal cual se expide en la acción de los periodistas, los universitarios, los expertos (economistas, etc.) y los escritores y artistas (7).

En realidad, una buena nomenclatura de los sectores dirigentes especiales no es sencilla ni tiene seguridades de ser

unánimemente aceptada. Y es que no sólo hay que tener en cuenta múltiples y complejos entrelazamientos entre todos esos sectores (con lo que participa de los problemas permanentes y concretos de todo estudio de la estratificación social) si no afrontar las dificultades que en el plano teórico involucra toda clasificación y toda tipología. En este punto, la meta más modesta de una posible superación de ellas puede estar representada por la pretensión de que en el centro mismo de cada sector diferenciado, los elementos de peculiarización sean más importantes que aquellos, de identificación, que tiendan a aproximarlos a los sectores vecinos. Tal, y no otro, sería el modo de asegurar el grado de "especificidad" necesaria de cada uno.

Es sobremanera ostensible, por otra parte, la carga "ideológica" que arrastra tanto la tendencia a una ampliación de la cifra de sectores como la que se inclina por su reducción. La propensión a multiplicarlos sirve casi siempre al escamoteo doctrinal deseoso de evitar ya cualquier indeseada demostración de la unidad del sector dirigente, ya la índole dicotómica, antagonística de la estructura social. La dirección inversa puede significar, como es obvio, un pre-concepto también ideológico, por insistir en estos rasgos.

Si esto es así, otro factor de confusión puede estar representado tanto por el tener en cuenta como por el excluir algunos sectores dirigentes es el caso del sindical o del intelectual, cuyas elites son, en la mayor parte de las sociedades occidentales , tan visiblemente marginales a cualquier sector dirigente "real" y "global". Sin embargo no lo son, o pueden no serlo en sociedades de tipo socialista o nacional-progresista. Y habría que avanzar todavía que aunque tal eventualidad no existiera, un tenerlos en cuenta puede servir de base a una comparación muy esclarecedora de las bases y los alcances de los grupos de efectivo poder.

Planteado lo anterior, no nos parece inaceptable marcar la existencia de una docena, más o menos, de sectores dirigentes con función nítidamente identificable:

1) el *personal político*, electivo y a menudo profesionalizado y la totalidad de la esfera ejecutiva (ministros, etc.). El índice de independencia que posea este elenco o personal respecto a la estructura social global y a las relaciones de dominio implícitas en ella, son un síntoma valioso del sistema político y del grado de autonomía o mediatización que disfrute o al que esté sujeto (8);

2) Los *grandes funcionarios* de carrera, los administradores y directores temporarios del patrimonio industrial y comercial del Estado, muy próximos en características (por lo menos en nuestro país) al lote político y los asesores y técnicos investidos de un rol funcional específico ("especialistas" frente al carácter "generalista" de los anteriores para emplear la antítesis de Meynaud). Sumamente heterogeneo, tiene como denominador común el participar en la elaboración de las decisiones que son competencia específica del sector nº 1 -por la vía del asesoramiento, sobre todo, o por la de la reglamentación pero, en especial, el encargado del cumplimiento de toda decisión previamente adoptada. Comprendiendo a la "magistratura", cuya ubicación se encuentra lógicamente aquí, participa también de la "adjudicación" del derecho y la ley en los casos controvertidos, haya o no (formalmente) dos partes en disputa;

3) *los altos mandos de las Fuerzas Armadas* en sus distintas especificaciones (Ejército, Marina, Aire, etc.) y sujetos a la caracterización común de depender más que cualquier otro sector dirigente de estrictas calificaciones formales y funcionales;

A estos tres sectores, unificados por su condición común de públicos, de investidos por la personalidad estatal deben sumarse:

4) *los propietarios y gestores privados de los medios de producción* (aunque existan matices entre ambos no creemos que proceda un desglose) en su aspecto más activo o "empresario"; que en la sociedad contemporánea es el industrial;

5) *los propietarios de la tierra y gestores de la empresa agropecuaria*, ya sea identificados en un mismo titular, ya desglosados, y otras formas pasivas o rentísticas de la riqueza (inmuebles ciudadanos, etc.);

6) *los propietarios y gestores del capital financiero y comercial* (bancos, "alto comercio" exportador e importador, etc.) que constituyen la cabeza del "sector terciario";

7) *los propietarios y gestores de los medios masivos de comunicación* (prensa, T.V. y radiodifusión), un sector dirigente cuya sustantividad y bases de poder importa radicales opciones teóricas sobre "propiedad" y "función" (9), pero cuyo creciente y decisivo impacto social es cada vez más ostensible;

8) *el sector profesional y técnico* (grandes médicos, abogados, asesores económicos privados) en cuanto no estén investidos de algún rol formal e institucional que pudiera trasladarlos a alguna de las categorías anteriores (especialmente las 2,3 y 6) y que tanto plantean los mismos problemas teóricos que el sector anterior como muestran una relevancia social igualmente notable;

9) *la elite religiosa* de dirigentes eclesiásticos, plano obispal o similares;

10) *la elite educativa* de dirigentes de la enseñanza en sus distintos niveles (rectores, decanos, grupos de profesores determinados), distinguible del "sector profesional" y técnico "en cuanto se halla investido de roles institucionales y también distinguible del sector que sigue en cuanto su función consiste en la organización de la trasmisión cultural o la trasmisión misma (por más que, frecuentemente, ambas funciones sean asumidas por las mismas personas);

11) la elite intelectual compuesta por los más destacados del conjunto humano de creadores o adaptadores de ideas, contenidos, imágenes y expresiones. Se halla identificada por el nivel de sus "logros" concretos y no por una posición institucional cualquiera (del tipo de las que ocupa el sector anterior). Puede considerarse incluidos en la categoría a los "escritores" (de literatura, historia, determinado nivel de periodismo), a "científicos" (físico-matemáticos naturales, sociales), a artistas plásticos y compositores y algunas "celebridades del espectáculo" con alto coeficiente de actividad intelectual (actores, etc.);

12) *los dirigentes sindicales* desde el plano en que las organizaciones de la clase obrera y trabajadora alcanzan un estado de densidad organizativa y poder capaz de promoverlos.

De la clasificación anterior parece claro que no consideramos individualizable algo así como una "elite social", tradicional, investida de la custodia y el magisterio de las "maneras", al modo de ciertas viejas aristocracias en trance de decadencia, siempre y cuando, claro está, carezcan de una base económica propia de poder. Debe apuntarse, sí, que la pertenencia a estratos de este tipo, por obra de determinados factores de prestigio remanente es muy capaz de facilitar carreras individuales en el sector político, o económico, o militar, como ocurrió y sigue ocurriendo en algunas sociedades europeas y latinoamericanas.

Coincidimos, como se habrá visto, con los críticos de C. Wright Mills (10) en negar la existencia de un sector específico de "celebridades". Y esto porque pensamos que el mismo término designante tiende a mentar un criterio heterogéneo al implícito en todos los demás utilizados (que es el "básico" de función o de poder) puesto que sólo se refiere a determinado nivel de conocimiento y estimación sociales. Las "celebridades" designarían algunas de las categorías que englobamos bajo el rótulo de "intelectuales" o personas de ingresos muy altos e intensamente publicitadas en razón de su actividad, como es el caso de los grandes deportistas. Pero es difícil aceptar que salvo un prestigio difuso y en general pasajero gocen de alguna influencia especial en las decisiones político-sociales realmente importantes, etc.

Vale la pena agregar todavía que muchas combinaciones y clasificaciones son susceptibles de realizarse con las doce categorías identificadas. Al clivaje implícito en los criterios de poder basado en la propiedad y su gestión (4a.,5a.,6a.,7a.) y poder basado (o basable) en la función (las restantes) se ha hecho referencia y se seguirá haciendo en el curso de este planteo. En cuanto a su situación respectiva en torno a una constelación posible de poder unificado, real, las primeras categorías -hasta más allá de la primera mitad- son las más factibles de especificar esa "elite" o "clase dirigente" unificada en la condición general de las sociedades occidentales, las tres últimas parecen las más capaces de nuclear una "contraelite", mientras algunas la profesional y técnica, la religiosa y aún la militar pueden oscilar ambiguamente entre un polo y otro. Ello puede explicarse de modo suficiente teniendo a la vista la pluralidad de funciones a que pueden ser llamadas, la complejidad de sus afinidades sociales, los determinantes surgidos de la ocupación, o no, de posiciones institucionales y las contradicciones que surjan entre los reclamos de éstas y los comportamientos propios, específicos del sector de procedencia.(11)

Notas Capítulo XVI

(1) V. par. 38

(2) Plamenatz (III, p.32) distingue por ejemplo entre: a) los dirigentes de las organizaciones que rivalizan por ocupar el poder (partidos); b) los funcionarios; c) los dirigentes de las organizaciones que rivalizan por presionar al poder (grupos de presión); d) aquellos que tienen un rol en la formación de la opinión pública (escritores, artistas, etc.)

(3) II. págs. 12 y ss y VI

(4) V. par. 32-33

(5) V. par. 67

(6) Art. cit. p. 17

(7) Antes (en VI, p. 475) Aron había delineado una clasificación ligeramente distinta de ésta (identificaba en un mismo casillero a jefes políticos y jefes de las fuerzas armadas y de la policía)

(8) V. par. 67

(9) V. par. 57

(10) V. par. 23

(11) . par. 60,61,62

XVII: DIVERSIDAD (Y CAOS) TERMINOLOGICO

50- Como no es raro, la índole polémica de la categoría conceptual que manifiesta mejor los fenómenos de concentración del poder político-social se ha reflejado en la gran latitud de designaciones empleadas para ceñirla. Esta variedad de designaciones expresa, por tanto, el carácter "estipulativo" de la definición a que responden o, dicho de otro modo: la noción que cada expositor prohije, trate de fundar, se expide fatalmente en la palabra individualizadora usada.

Tocará, pues, a este trabajo, tomar posición en tal punto (1). Pero no sin que antes, ya que nos ayudará a hacerlo de la manera más idónea, realicemos un repaso breve de los términos que se han usado y los sometamos a una rapidísima crítica.

Valdrá la pena tal vez comenzar con los designantes que no conllevan un nivel de abstracción suficiente como para que puedan tener amplia validez. Creemos que en ese caso se hallan aquellos que portan un sabor, una peculiaridad local demasiado pronunciada. Pero es posible concluir que están en la misma situación los que aparecen sustancialmente ligados a exposiciones muy personales y discutibles. Y aún habría que agregar los meramente "históricos". Lo que también quiere decir sin validez posible para la gran mayoría de las sociedades actuales y, sobre todo, para las más desarrolladas.

De las primeras abundan las británicas, pues no en balde Inglaterra ha sido la tierra clásica de un sector dirigente unificado y ostensible hasta nuestro propio siglo. Ya se hizo la pertinente digresión sobre el “*Establishment*” (2). Se vio también lo que puede retener de él un modelo máximo de ese sector dirigente unificado: el fuerte tramado de instituciones, el intercambio y multiplicidad de roles directivos, los criterios “adscriptivos de carrera”, la unidad de comportamientos internos resultante de la comunidad de origen y/o de un fuerte proceso de socialización y la actitud concesiva, respetuosa del resto de la sociedad global. De otras expresiones acuñadas, el “círculo gobernante” (“*the ruling circle*”) y el “círculo interno” (“*the inner circle*”) tienden a mentar el “endogrupo”, el carozo o médula en el que se originan las decisiones fundamentales. Las dos presumen y hasta reclaman la existencia de un sector o estamento dirigente más amplio que es el que nos interesa y en el que ellos constituirían el centro. Pues no es posible concebir tales endogrupos actuando (sin la existencia de planos, de sectores de amortiguación) frente a frente a las grandes mayorías. Mucho menos significan aún “los pocos felices” (“*the happy few*”), poco más, digamos, que la primacia, el privilegio en el derecho al disfrute; una consecuencia, no una causa. “Los poco gobernantes” (“*the ruling few*”) empleada para título de una obra de gran interés para esta latitudes (3) es excesivamente general y no dice nada sobre la raíz social del fenómeno.

En otras sociedades han corrido o corren términos capaces de rivalizar con este numeroso rol de modismos británicos. Desde nuestra situación geográfica, tal vez ninguno posea la relevancia de dos expresiones latinoamericanas: *la rosca*, boliviana, y *la trenza*, de localidad menos precisable. Mientras el segundo visualiza, sobre todo, la solidaridad y aún la complicidad de los intereses dominantes pero no precisa de que índole ellos sean, la “rosca” acuña sobre todo la instru-

mentación de los elencos político, jurídico, universitario y social a los intereses de una “economía de enclave”, a los dictados de un “poder exterior” soberano. Condiciones muy peculiares, como se ve, por más que tengan analogía en otras partes de América para poderse generalizar por lo menos literalmente. Además de ser una imagen sobre ello, intensamente incriminativa. Un cúmulo de circunstancias, como se ve, para no hacerlo manejable, si es con ánimo mínimamente científico que un término se busca (4).

Ninguno de los casos anteriores este descarte autoriza a negar empero, que cualquiera de estas designaciones -como ya se ha intentado mostrar- no representa caracterizantes valiosos y capaces de ser integrados en un cuadro conceptual más amplio.

Menos radical podría ser este asentimiento en el caso de categorías acuñadas por un teórico para uso y servicio de su intención particular. Tal es creo, el de la *clase directorial o gerencial*, según se ha traducido la expresión empleada por James Burgham en su estridente y ya olvidado “*The managerial Revolution*” (5). Tal el de *nueva clase*, lanzado por Milovan Djilas para designar la posición de los dirigentes de los países socialistas. (6) Mientras la segunda se refiere a un sistema social determinado, la de Burnham, ya examinada, se refiere ostensible y exclusivamente al aparato económico de una sociedad industrial madura, nivel económico que muy pocas sociedades han alcanzado, además de no sugerir nada sobre los orígenes de sus investidos y solo valer en una situación de presunto extremadamente particular divorcio entre gestión y propiedad.

Carácter histórico, y ya arcaico, poseen los términos *nobleza*, *aristocracia* y *patriciado*. Las dos primeras, concebidas como clase dirigentes suponen, ya no sólo un sistema político monárquico, sino el reclutamiento adscriptivo. Es decir, la

incorporación de acuerdo a pautas de origen familiar, de sangre y un alto "status" económico habitual, basado en la propiedad agraria y en "privilegios" de origen legal claramente establecido. Friedrich señala con razón, entre los precedentes históricos de la cuestión, que la nobleza puede ser, pero no necesariamente, "elite gobernante". (7). Es obvio que actualmente, salvo situaciones especialísimas, no lo es. La misma afirmación debe ser hecha sobre el "patriciado", una selección de función y de sangre solo concebible en régimen republicano y en las etapas originarias de una sociedad.

Harto más debatible, hay que confesarlo, entre los que tienen ya una pronunciada carga histórica y pasional es el uso del término oligarquía. En el esbozo de la estructura dirigente latinoamericana (8) hemos hecho abundante referencia a él y visto como rubricó en nuestro continente una situación de polarización de poder en beneficio de un grupo cerrado de grandes familias que lo ejercen en todos los niveles -político, económico, cultural- en su propio beneficio. Que prácticamente en ninguna de nuestras naciones tal situación se prolongue sin necesidad de compromisos con nuevos sectores dirigentes o con las mayorías no es el único inconveniente para su empleo actual. Difundida en extremo en la Argentina desde la cuarta década del siglo, de ahí extendida a otras naciones latinoamericanas la palabra se fue cargando progresivamente de una explosiva carga ideológica (9). Observa Bourricaud, aunque su señalamiento no es válido solamente para este caso, que la gran ambigüedad del término decide que sea poco identificador si se toma por su sentido más amplio, más genérico (*desigual repartición de la potencia social, concentración de la autoridad en la toma de decisiones*) y resulte inconveniente por excesivo subrayado ideológico si se supone un grupo *pequeño, perfectamente estanco, unido, solidario, omnipotente* en todos los dominios y *cerrado* al cambio pacífico. Solo permitiría pasar a la certidumbre científica un cuidadoso análisis del grado de *rigor de la dominación* ejercida, de la *delimitación* de grupo, de

los *medios* de su poder, de su *uso* (10). Pero con esto, señalemos, se retoca el término, se le quita su cálida univocidad y se le hace factible de ser sustituido por otros, ya inicialmente de mayor manejo.

Nos toca examinar ahora los calificativos de origen deliberadamente especulativo y de intención (aunque no siempre) más neutral.

En la parte revisora de la exposición dedicada a los neomaquiavelistas ya se hicieron las reservas pertinentes que pueden abreviarse ahora (11). Las expresiones *clase gobernante* y *clase dirigente* resisten mal a la crítica, si a las concepciones más corrientes de clase social recurrimos, como lo ha observado con razón Aron al comparar la resonancia de las dos con la de, por ejemplo, "clase obrera" (12). Esto hace que solo identificando "clase dirigente" o "gobernante" con "clase dominante", o "superior" o "propietaria de los medios de producción" puedan adquirir cierta validez (13). Pero entonces ocurren dos cosas, y ellas son que, si por una parte, asumen por tanto una clara función de disimulo o "velo ideológico" de las realidades contundentes del dominio y la supraordinación económico-social por la otra pierden toda su eficacia de complementación y especificación de la categoría más amplia y estática de "dominio". Blondel afirma con razón que la de "clase dirigente" o "gobernante" es la *fórmula más rígida*, por cuanto define al círculo gobernante como constituido por una sola clase y ésta entendida en términos económicos y sociales. Ya hemos visto en otros pasajes de este planteo y volveremos a hacerlo, la verdad posible y las atenuaciones imprescindibles que debe conllevar tal hipótesis: la incidencia del compromiso político social, la existencia de categorías dirigentes no integradas a la clase superior, las "contra-elites", la función específica del Estado y el estamento burocrático, etc. (14).

De *clase política* (15) hay que decir que todavía es más chocante que el atributo político y la función que representa, pueda serlo de una "clase", habitualmente entendida. Solo en situaciones muy extremas y en general pasadas, pudo darse tal angostura de reclutamiento. Si, inversamente, se la usa en forma complementaria a los términos de "clase dirigente" y "clase gobernante", puede asentirse con Aron que hay una contradicción en esto (16), contradicción que se acentúa si reservamos la función de "gobierno" y "dirigencia" a los investidos de los roles formales del Estado. Mejor es concluir, más simplemente, o que la expresión es tautológica respecto a las anteriores (y arrastra el mismo lastre) o al querer marcar la especialización de la actividad política (empeño en sí legítimo) acentúa en exceso la presunta estabilidad y la presunta independencia económica y social del sector respecto a las clases normalmente consideradas superiores.

Sólo resta ahora la más breve reconsideración del tal usado término "elite". Bastaría, en puridad, que nos remitiéramos a las observaciones hechas sobre "elite del poder" a propósito de Mills (17) y a las realizadas y a realizar sobre "elites" funcionales (18) Vale la pena, en situación entre ambas, traer a colación algunos juicios autorizados sobre las deficiencias y las ventajas de la noción no especificada. Según Blondel, la "elite" representa la menos definida en cuanto a los orígenes de sus integrantes y en cuanto a la explicación de cómo se ingresa. Sólo implica que el poder está limitado a aquellos que alcanzan la posición tope en ciertos grupos políticos y económicos, mientras que la masa no lo tiene por mas que pueda parecer (en los textos) lo contrario (19). W. G. Runciman señala también las ambigüedades de la noción de "elite" y su arbitraria identificación con una minoría entendida como minoría gobernante (20). J. A. Schumpeter la descarta porque considera que implica una *acepción positiva* (21), es decir, una carga valorativa previamente inaceptable. Verney se plantea como *inquietud* la necesidad de *saber que es lo que diferencia a una*

elite de una oligarquía, aristocracia o burguesía, puesto que implica la existencia de una minoría (como la oligarquía) y que esa minoría este formada por gente selecta (como la aristocracia). Concluye que *el término produce una impresión diferente pues no involucra el sentido de perpetuidad y egoísmo de la primera, ni la pompa y grandiosidad de la segunda. Para muchos el valor del término parece consistir en que es mas amplio que los otros* (22). Balance bastante matizado del que sacaremos poco más adelante alguna conclusión. Y Kornhauser, por fin, sostiene que el término elite es usado para hacer referencia a aquellas posiciones en una estructura social que estan supraordinadas de tal manera que los implicados *reclamen - y se les garantice - una superioridad social* (23).

Rasgo cierto que resulta de este recuento es la condición insatisfactoria y la validez parcial (a lo más) de todas las designaciones registradas. Con verdad, refiriéndose a la más usadas (que él ejemplifica en las "oligarquía" y "elite del poder") Graciarena afirma que *son tan inclusivas* que su capacidad de *descripción y explicación se hace casi nula* (24). Lasswell y sus colaboradores han sostenido que lo que en realidad falta es un término que cubra el *fenómeno del liderazgo y el estrato social del cual los lideres regularmente vienen* (25).

Puede serse ni tan pesimista como Graciarena ni tan exigente como Lasswell. Pero para ello hay que realizar, teniendo en cuenta lo ya dicho, una cuidadosa y más bien matizada estipulación terminológica.

Notas Capítulo XVII

(1) V. par. 51

(2) V. par. 46

(3) En las memorias del embajador británico en la Argentina preperonista, Sir David Kelly (Londres, 1953, traducc. española "El

poder detrás del trono". Buenos Aires Coyoacán 1962) se subraya el entrelazamiento personal de la oligarquía y sus centros" el Jockey Club, el Circulo de Armas, etc.

(4) Sobre "la Rosca", V. Raúl Abadie-Aicardi: "Economía y sociedad de Bolivia en el siglo XX", Montevideo, Ediciones Rio de la Plata, 1966 65-67

(5) V. par. 27

(6) V. Ap. E

(7) XII, págs. 355-357

(8) V. par. 45

(9) V. n. 34 a Cap. XIII

(10) XXXIX, págs. 9-11 v. a. 10 en cap. I y m. 35 en cap. XII

(11) Cap. VII, esp. par. 14.,15 y 18

(12) II, p. 7

(13) V. Cap. VI

(14) V. par. 31-33, 38,52,59-62 y 67

(15) Corresponde señalar la latitud y desprolijidad con que los neomaquiavelistas usaron y sinonimizaron todas esta expresiones de "clase dominante", "clase política" y "clase dirigente", "elites", "aristocracia", et. (en Pareto:XXXI, págs. 1303-1305; XXXII, p. 28; en Michels: XXXIV, págs. 75-77, 111,177-179; en Mosca, XXIX)

(16) II, p. 7

(17) Cap. IX, esp. par. 33

(18) V. par. 38 y 58-62

(19) Op. cit. en n. 63 del Cap. XIII

(20) XVI, págs. 241-242

(21) "Imperialismo ... cit. p. 167 y V. par. 35

(22) XIII, p. 152

(23) William Kornhauser: "The Politics of Mass Society", London, Routledge & Kegan. 1960 (hay traducción española en Amorrortu, Buenos Aires)

(24) XLI, p. 45

(25) XLCI, p.43

PARTE E

BALANCE DE UN DEBATE

XVIII: CONCLUSIONES

51- Sólo sabemos de un caso en que una estipulación terminológica reflexiva de los sectores dirigentes se haya practicado (1). Como no nos parece inobjetable, aunque coincidamos en varios puntos con ella procede que ofrezcamos la nuestra (2).a) Hablamos de *clase dominante* en el sentido tradicional de la expresión (3) aun advirtiendo que el concepto, sociológicamente equívoco, de dominio nos parece involucrar menos un poder "incontrastable" que un poder "preponderante", menos contrastado y menos contrastable que el de las otras clases sociales, aun cuando tenga que entrar en arbitrajes o compromisos, estables o pasajeros, con ellas. Pero ello no sin dejar de considerar que las formas de la estructura social hoy puedan resultar anticuadas, inversamente, las que propugnan -al modo de Dahrendorff- un "continuo" en el escalonamiento de los "status", no logran cancelar la existencia de una abrupta discontinuidad entre los niveles superiores de las clases medias y aquel de los situados en el tope.

b) Contrariamente a la acusación de "tautológicas" que a la noción de dirección y "dirigente" se le ha hecho (4), creemos que la imagen de dirección responde mejor al móvil de concentración de toma de decisiones en el tope social que la de "gobierno", más rutinaria y formal y la de "dominación", más estática. Por ello, más que tautológica, es aceptable que sea neutral e introductoria: localiza el área a estudiar y brinda un

criterio bastante seguro de identificación de función sin adelantar más de lo que debe hacerlo un concepto de este tipo.

c) Tenido en cuenta lo anterior, considerando que el *sector dirigente*, unificado de una sociedad no es, en el caso de existir, una "clase", así lo llamaremos. Ni "clase" ni "elite". Unificado, si, y "real" y de "poder", recibido en este caso a través de su dependencia e instrumentación por la clase dominante, aunque al nivel de dirigencia, pueda ser acrecido y lo haga regularmente.

d) Por similares razones nos negaremos a la tan común facilidad de hablar de "clase política" "Sector", o "elenco", o "*personal político*", como prefiere Aron (5), son por el contrario calificativos aceptables y capaces de marcar no sólo su singularidad sino, incluso, su relativa independencia y sustantividad respecto a otros grupos sociales.

e) Pero, como además la sociedad subsiste mediante el cumplimiento de una serie de funciones y ese cumplimiento importa en cada sector un grupo dirigente más o menos funcional y meritocráticamente reclutado, llamaremos a éstos *elites funcionales o categorías dirigentes*. Variada puede ser la condición de ellas e ir desde la calidad de útiles del sector dirigente unificado o de la clase dominante a estar al margen y en contraposición a ellas, recibiendo entonces el rótulo posible de "contra-elites". Es como tales que pueden ser capaces de nuclear, por su postura controversial frente al poder efectivo, una "contra sociedad". En el centro del espectro, claro está, se ofrecen todos los modos concebibles de la ambigüedad posicional'

f) Motoras del cambio en los países del Tercer Mundo y del sector socialista, estas "elites funcionales", a las que sus valores y metas y situación antagonística han convertido en "contra-elites" (6), pueden acceder al poder. Entonces sí, es

dable sostener que la categoría "*elite del poder*" es aplicable, suponiendo la función de dirección económica, política y cultural independiente de la propiedad de los medios de producción (aunque no de muchas de las ventajas que involucra). Abierta se halla entonces la minoría dirigente más allá de lo que puede estarlo cualquier "clase", por el hecho mismo de la no trasmisibilidad hereditaria sustancial de los roles y presenta alto ingrediente "meritocrático". En otros casos, frecuentes en el Tercer Mundo, desde el poder político, militar, ideológico o técnico se da así una corriente hacia la consolidación en poder económico.

La situación presente presenta matices considerables con la inmediata anterior, la noción sigue siendo utilizable.

52- Parece evidente que más allá- y aun más acá- de la posible validez o de las deficiencias de cualquier teoría de los sectores dirigentes, las sociedades occidentales despliegan con gran regularidad tres fenómenos muy imbricados entre sí.

El primero es el hecho *oligárquico* que es cosa distinta a la "oligarquía" como constelación social concreta y denota, simplemente la existencia de un sector cuya influencia sobre las decisiones que atañen a la colectividad se halla en notoria desproporción tanto con su peso numérico como con su representación política más auténtica y directa, menos embozada, en los cuerpos deliberantes de un sistema político de tipo pluralista (7).

El segundo es el de la *pluralidad de roles* -políticos, económicos, culturales, técnicos, burocráticos, etc.- a través de los cuales esta influencia se ejerce.

El tercero está representado por el *compromiso*-variable, cotidiano, informal o, por el contrario, firme y al largo plazo- que se establece entre las metas, aspiraciones y prospectos

máximos de ese sector y los mucho menos concretos y articulados-a veces de mera resistencia-del resto mayoritario de la sociedad.

Cualquier análisis cuantitativo de la procedencia social de los dirigentes efectivos de las grandes ramas de la actividad comunitaria es capaz de registrar que esos sectores directivos se reclutan-en grado variable pero siempre sustancial-en determinados niveles de la población y en especial en el más alto. Pero también es cierto que ese nivel nunca (prácticamente) tiene el monopolio de ese reclutamiento y que los diversos métodos para realizarlo han de abrirse sobre otros sectores sociales. Que las "carreras" que esta apertura permite esten marcadas o no por los rasgos que se les han endosado (8), importa menos que la fácil certificación de la "labilidad" del hombre, la clásica maleabilidad de las conductas sobre todo cuando el interés más concreto y el sentido de la promoción personal concurren a acrecentarla. No de dónde se viene sino adónde se va, no el origen social sino el estrato al cual se resulta adscripto, es lo que importa, según Mills, en los sectores dirigentes más que en cualquiera de los otros que en una colectividad son pasibles de caracterización (9).

La pluralidad de roles en que un sector dirigente debe desplegarse es una resultante inevitable de la complejidad y diversificación de las modernas sociedades. A la vez, los fenómenos de entrelazamiento, superposición e intercambio de ellos representan una de los indicadores más seguros de una verdadera unificación de la cima.

Sobre el "compromiso" (un vocablo muy llevado y traído aunque poco precisado) sólo es inevitable decir que, visualizado desde el tope social, resulta de que cierto margen de reclamos, intereses y valores prohijados por los niveles modestos tiene que ser atendido en circunstancias normales y en puntos no decisivos para la constelación de poder. (Subraya-

mos el "margen", la "circunstancia" y la "no-decisividad"). No faltará, en cambio, quien observe que en condiciones como las presentes del mundo sub-desarrollado, todos los puntos son esencialmente decisivos y las amenazas exteriores a la congregación de poder lo suficientemente fuertes para que la unidad de ella se imponga siempre y sea muy bajo el índice de concesiones. Dentro del margen de los reclamos comunmente contemplados se perfila así un nivel medio de regateo, compromisos, prorratesos, contrapesos en los que el sector superior debe regularmente entrar. Como se recordaba (10), Wright Mills se planteaba, en el caso de los Estados Unidos, hasta que punto la cima se halla unificada y desde qué punto el medio está en "equilibrio". Aunque, claro está que si espacializamos de este modo la cuestión, el problema fundamental es el de "hasta donde" llega el medio y si no es factible que, cubriendo excesiva extensión social, una cima unificada no tenga que entrar en nuevos equilibrios, en necesarios compromisos con él.

53- Si a las raíces del poder de ese sector superior se atiende, toda explicación unidireccional muestra su inadecuación. Bien puede asentirse a la aseveración de Mosca de que *la riqueza produce poder y el poder riqueza*. Pero este reconocimiento no empaña lo que el análisis empírico de cualquier sociedad occidental es susceptible de confirmar. Esto es: que de todos los "sub-sistemas" o "sub-elites"-política, cultural, militar, religiosa-que en un sector dirigente se imbrican la elite dirigente económica en cuanto dispone de la propiedad y ejerce la gestión y el control del aparato productivo es, si unida, la de mayor impacto decisional. También la que tiene, comparativamente, un poder más desproporcionado a su número, un porcentaje del ingreso nacional más sin medida con sus necesidades (11). Una relación con las otras, puede agregarse, que suele seguir literalmente firme a través de cambios políticos importantes, de olas exitosas de reivindicación laboral, de reorganizaciones impositivas, de transformaciones técnicas y

culturales que pueden alterar-y efectivamente lo hacen articulaciones esenciales de la estructura social (12).

54- Muy discutida es la naturaleza de los vínculos que fortifican la acción unitaria del sector dirigente y el grado de su efectividad. Las mayores desmesuras de la teorización se han desplegado tal vez en este punto, pero la noción de "complot", "conspiración" o "confabulación"- aún si pudiera ser verificada en casos concretos, y ya se sabe lo difícil que es hacerlo- no es estrictamente necesaria. Una conciencia de clase más intensa en el sector dirigente que en las restantes de la sociedad y una mejor organización de sus concurrentes actividades son factores capaces de brindar explicaciones que nada tienen de esotéricas. El proceso que Mills caracterizó como el de *camarillas flojas que se aprietan* resulta del juego de simpatías, conexiones, atracciones, matrimonios, de la *camaradería institucional* en determinadas organizaciones, de la densa trama de vínculos interpersonales, de las afinidades y analogías de actitud y comportamiento que resultan de una común situación en el tope social, de unos intereses interdependientes, de unos valores compartidos y de percibidas amenazas a la primacía social. Parecería muy cercana a la figura conspirativa el factor aglutinador que Mills peculiariza como *conexión progresiva de decisiones al mostrarse la conveniencia de que estas sean centralizadas*; menos discutible creemos que sea su tesis de que la "riqueza"-coligante esencial del sector superior en sociedades de nuestro tipo- *no impone* soluciones determinadas sino más bien trabaja como un conjunto prestigioso de puntos de vista sobre la acción de otros grupos organizados-políticos, militares-no siempre deliberadamente coordinados. Y aun la afirmación de Mills podría generalizarse y sostenerse, entonces, que los grupos altos tienden a procrear y aun imponer una ideología de clase dominante que opera como regulador y coordinador semiautomático de las decisiones esenciales (13).

Esta dirección unificadora que la ideología ejerce como una de sus funciones más típicas, apunta a la importancia del "criterio teleológico" en esta materia. Unívoca la finalidad que involucra el sistema, los medios pueden ser extremadamente diversos. Pero lo esencial es que (como anota un comentarista del estudio de Meynaud sobre las clases dirigentes italianas) la razón de ser del sistema sea mantener un *orden social* que se identifica con la oligarquía privilegiada. Nada se permite dentro del tope que pudiera poner *los fundamentos* en entredicho, las rivalidades (a veces vivas) entre personas y los conflictos de grupos no son permitidos más allá de ese límite que aun la existencia de una "contra-clase", evidente en Italia, contribuye a asegurar la cohesión del sistema en beneficio de la clase que dirige (14).

55- Con esto ya estamos en el corazón del tema de los medios concretos de acción que el sector superior dispone. Cierta es la dificultad de sistematizarlos en una serie reducida de tipos, de registrar sus interacciones y las variadas dependencias y facilidades que el contexto socio-cultural les impone y proporciona. Algo (o bastante) se ha adelantado en el curso de este desarrollo y forzoso será hacer un desglose sobre el fenómeno céntrico, en cierta manera simbólico, de la efectividad de las prácticas del sufragio (15).

¿Que explica la influencia y el poder efectivo del sector dirigente superior? Es obvio que en sociedades tradicionales y rígidamente estratificadas la explicación tiene que ser de índole diferente de la que requieren sociedades abiertas, con alto grado de movilidad social, dotadas de instituciones formalmente democrático-representativas que tendrían que franquear el acceso de los más al poder.

Como hemos visto, una línea de explicación incidirá en el hecho de que por abiertas que las sociedades sean, no están por ello menos estratificadas en clases; el corolario de está

aseveración subrayará los estrechos vínculos que existen entre el nivel superior o dominante de esa estratificación y la configuración-cualquiera ella sea- de un sector dirigente y operante (16). Una segunda línea explicativa destacará que la latitud, la pluralidad de posibilidades que se le ofrece a la ciudadanía a través de una competencia de "ofertas" políticas (casi siempre sólo adjetivamente disímiles) no toca es lo, normal, el poder del sector dirigente. También destacará que cuando, por excepción, esa "puesta en cuestión" se da-lo que puede ocurrir en determinado contexto de poder externo, en determinado clima ideológico, no impensable hasta hace dos décadas, de liberalismo cándido y "juego limpio"-las salidas inevitables- y a menudo acumulativas-son dos. Es decir: la férrea conjunción de todos los sectores dirigentes y dominantes por encima de cualquier división conformando entonces un poder difícilmente contrastable o el recurso a la violencia. Análogos procesos se ponen en marcha cuando lo que llamamos "puesta en cuestión" de las bases del poder social era, a cierta altura, imprevisible y ha sido una decisión electoral o una perspectiva de gobierno "de facto" inicialmente inocuas las que, sin que los sectores dirigentes se hayan hecho pleno cargo, la desencadenan. Fenómenos de este porte han pautado las resistencias a la dinámica-bastante indecisa en verdad-del "populismo" en la Argentina (1945-1955) y en el Brasil (1959-1964). Pero aún con auténtica, leal apelación a la ciudadanía a través de las vías del sufragio, la receptividad a los dictados del cambio siempre es amortizada -si a nivel político nos fijamos- y amortizada de múltiples maneras, por las trampas del continuismo y por los altos costos que por su rechazo la mayoría, en este caso, debe pagar. Y aun agréguese que lo que rige para la sub-élite política (17), ni siquiera es necesario para las otras, mucho más afirmadas en sí mismas, mucho mejor defendidas contra el golpe de ondas cortas.

Las objeciones a la realidad de la categoría dirigente, como lo hemos visto en el caso de Dahl (18), suponen frente a ella una

mayoría con un querer estable, con una voluntad articulada, con metas precisas. Pero todo ello supone pasar por alto los dos magnos fenómenos, desplegados en viva interacción, de la masificación de la sociedad y del creciente poder de los medios técnicos-materiales y simbólicos-que se hallan en condición de modelarla. Desde una línea de análisis que parte de Tocqueville, sigue a través de Ortega y Gasset, Hanna Arendt Marcuse y tantos otros, la primera menta el proceso resultante de la destrucción de los "grupos intermediarios" entre la persona y el Estado, el desarraigo del hombre de sus cuadros originarios por obra de la industria y la urbanización, la "anomía" derivada de la erosión crítica-primera-y la destrucción, más tarde-de todo sistema firme de valores y de pautas de comportamiento, el automatismo creciente de sus reflejos al impulso de una economía de "promoción de ventas" implacable, su total "exposición" a los influjos provenientes del poder social con vista a anular la singularidad de sus actitudes y la indocilidad posible de su conducta. El resultado de la acción conjunta de todas estas fuerzas: conformismo, pasividad, puerilización axiológica y cultural, impotencia, irresponsabilidades, como resulta fácil entenderlo, desigual. Resulta de la contradicción entre la intensidad de esas fuerzas y la capacidad de resistencia de las tradiciones -y aun del coeficiente caracterológico- capaz de jaquearlas o aminorarlas. La consecuencia -aún con tales y posibles restas -es una ostensible "des-partidarización" y "des-politización" que si tienen poco que ver con el tan mentado "fin de las ideologías" producen el efecto inevitable es rebajar en forma drástica el "poder de contestación" que el sistema político puede llegar a adquirir en circunstancias determinadas frente al sistema social y a los que dominan en él.

Este ominoso panorama no es separable, naturalmente, del poder siempre en ascenso de los medios de comunicación y persuasión masivos. Esos medios están dotados como es tan sabido, de tremenda capacidad de conformar actitudes y com-

portamientos, de jaquear disentimientos desde su misma raíz. Todo dice de la condición inerme, de la tremenda vulnerabilidad de ese cada vez más homogéneo conglomerado social a las decisiones e intereses de quienes poseen e instrumentan esos medios y pueden hacerlos servir a sus metas particulares. En torno al contralor y manejo de las armas de socialización que ellos representan, se libra hoy, en cualquier parte del mundo, la pugna por la preeminencia y subsistencia misma de los sectores dirigentes. Esto, a una altura histórica en la que la persuasión se revela un arbitrio mucho más efectivo de predominio que los más anticuados-aunque también eventualmente necesarios- de la coerción violenta.

56- Es en este cuadro que debe suponerse ejercida la acción de los grupos estratégicos de la fortuna sobre los centros de poder estatal. Marx decía que *la vinculación de la industria y el mundo de la riqueza con el mundo político es un problema capital de los tiempos modernos* (19). Más concretamente sobre la cuestión, Engels afirmó que el *dominio de clase* sobre el Estado podía incluso compaginarse con la igualdad teórica de derechos cuando se ejercía mediante 1) la corrupción de los políticos; 2) el juego de la bolsa (mentando acaso las múltiples formas de presión económica y financiera que los poderosos pueden ejercer) y 3º *la falta de conciencia de clase del proletariado* (20).

Históricamente existen periodos -tal el de los "spollmen" en los Estados Unidos- en el que todo el sistema partidario y gubernativo aparece literalmente anegado por la acción del soborno empresario y en que cada decisión de importancia responde visiblemente -o podría señalarse que lo hace- a los intereses concretos de un capitalista individual o un grupo de ellos (21).

¿Es desglosable del conjunto, el problema de los medios de acción de la riqueza sobre el aparato gubernativo? *Los fundamentalistas marxistas*, como los llama Bottomore (22) creen

casi ocioso probar que la riqueza conserva todo su poder en las democracias, aunque lo haga por medios indirectos. Esto, empero, según el autor ya citado *es más fácilmente aseverado que demostrado*. (23) Desde el punto de vista de un marxismo, "fundamentalista" o no, agreguemos por nuestra parte el problema no puede dejar de representar la forma operativa, concreta, decisional del principio más amplio y abstracto de que el Estado es un instrumento puntual de la clase económicamente dominante.

Sin cierto pormenor -por sintético que sea- del repertorio de medios y facilitaciones, la tesis del condicionamiento del sector dirigente visible a las fuerzas socio-económicas predominantes corre el riesgo de permanecer en el plano de la más inmanejable generalidad.

Algunas obras ya clásicas han tratado de panoramizar esos medios y condicionamientos (24) y tal literatura, a menudo al nivel panfletario se enriquece constantemente. Emprendiendo, por nuestra parte una vía puramente enumerativa, cremos posible presentar esta sinopsis:

I- Acción del poder económico sobre los gobernantes y administradores

a) a través de parte de esos mismos gobernantes y sobre todo, de esos mismos administradores que provee la clase alta económica como resultado de la prima social y la "ventaja acumulativa" derivadas del nacimiento y la formación educacional y técnica. No tan notoria en las sociedades subdesarrolladas, lo es en cambio mucho en las económicamente maduras especialmente en ciertas instituciones (diplomacia, ejército, finanzas). Se supone, naturalmente, que gobernantes y administradores de esa proveniencia están en situación de poder prestigiar (no implica necesariamente que lo hagan) los puntos de vista de su clase de origen.

b) por medio del poder de compulsión, en ocasiones de "veto literal", que poseen los "grandes intereses" sobre la coyuntura económica de la sociedad global (*el juego de la bolsa*, a que se refería Engels), vitalizando en determinadas circunstancias, saboteando en otras, la situación económica general, utilizando los cuantiosos recursos a su disposición para regular variables tan decisivas como el nivel de ocupación, la tasa de inversión, la acumulación de stocks, la fuga o la concurrencia sobre un signo monetario determinado, etc. Fácil es apreciar cuanto más fácil es gobernar por lo menos a corto plazo auscultando los dictados que de tales corrientes se infieren, que contrariándolos, posición que no debe confundirse con la de una plena satisfacción de las demandas de esos sectores que es, por lo general, política y socialmente riesgosa.

c) por la acción de "envolvimiento" personal y social de los miembros del sector político investidos de roles institucionales decisivos por parte de los medios de la clase alta económica y social. La coexistencia física en determinados lugares, los reflejos todopoderosos del "snobismo" social, los halagos, las alianzas matrimoniales han representado en ocasiones históricas muy conspicuas una efficacísima arma de "domesticación" que sólo una conformación ideológica muy firme y una conducta personal y familiar muy severa se presentan en condiciones de desafiar (25).

d) lo anterior supone gobernantes y administradores íntegros, sería ingenuo despreciar la importancia de la acción del cohecho, que tiene múltiples manifestaciones (soborno directo, participación en negocios, créditos a no cobrar, regalos desmesurados, etc.) y aun puede ser tanto inmediato como mediato. El segundo está involucrado por el fenómeno a que aluden los términos franceses "pantouflage" y "noyautage", significando el paso de la gestión pública a una gestión privada más proficuamente remunerada cuando ha sido "correcto" (a

los ojos de los favorecedores) el comportamiento guardado en la primera.

e) fundamental también es el peso de prestigio que, salvo en el caso de explícita, deliberada voluntad de cambio o en cursos históricos frontalmente revolucionarios, posee en sociedades de estratificación burguesa la riqueza privada. Muy general es verla como símbolo de virtudes que asegurarían el éxito, como fuente de poder, como credencial de competencia, como garantía de honradez o cuando menos de desapego a los provechos (tanto menores que los del patrimonio propio) emergentes de la función pública.

f) tiene su traducción concreta esta convicción social (a veces más extendida de lo que se supone aun en medios en los que corre la general desconfianza a los ricos). Si se la acompaña con el desprestigio común del político profesional y sus alegadas incompetencia, falta de responsabilidad, inautenticidad y demagogía, ella tiende a valorar al "intruso político" y aureolarlo de una credencial de capacidad cuya verificación real deja en numerosas ocasiones tanto que desear. Esta supuesta idoneidad se acrecienta en el caso frecuente del "empresario" de origen profesional y técnico aun en funciones muy alejadas de su comprobada especialización. Dice Bottomore, señalando las enormes diferencias existentes entre las posibilidades de participación política del hombre común y del potentado: *un hombre rico podrá tener dificultades para entrar en el Reino de los Cielos pero encontrará relativamente fácil ingresar en los más altos cónclaves de la política partidaria o en alguna rama del gobierno* (26).

g) explicando el entrelazamiento político-empresario, decía Riesman que los *capitanes de industria* ingresan en la función pública simplemente *porque están vinculadas con el Gobierno en cada escalón de sus ramificadas empresas* (27). Visible es la acción de los "grupos de presión" que deben articular masiva

y públicamente sus reclamos; discreta, en cambio, casi inverificable la de aquellos grupos estratégicos del poder económico cuya misma cercanía social con los que deciden, cuyo estrecho entrelazamiento con ellos hace que puedan actuar tan de cerca y desde planos tan "particularistas" que nada parecido a estructurarse en grupos o vocear sus demandas les sea necesario.

h) determinadas circunstancias políticas o sociales pueden dificultar el precedente sistema de "incidencia discreta" y entonces hacerse necesarias las otras formas de operación: presión económica ("b"), insistencia a través de su personal político y administrativo fiel ("a") etc.

i) frecuente, regular es la maleabilidad del personal político superior a presiones de uno u otro tipo. Su pertenencia general a la clase media le da relevancia a las reacciones y comportamientos estereotípicos de este sector social, casi siempre favorables a acoger aquélla. Así lo decide su conservatismo aún embozado tras fachadas "progresistas", su repulsión al desorden social, la inestabilidad ideológica que los mueve entre el avance y la regresión. También un "moralismo" muy especial, puesto que mientras sanciona (en el mejor de los casos) la concupiscencia-bastante innegable-de los cuadros partidarios y políticos o las reivindicaciones estentóreas de los sectores menos favorecidos, acepta sin protesta formidables desigualdades de "status" y todas las compulsiones de la fuerza latente.

j) este repertorio de medios de acción sobre el sistema político institucional no estaría completo sin una mención (por lo menos) al literal ingreso de los sectores de más alto poder económico en la administración y gestión económicas del Estado mismo. En cualquier sociedad occidental del presente, una enorme red de "comisiones asesoras" integradas por representantes de los sectores interesados, de "juntas regula-

doras" de organismos preparatorios de la legislación, dan franquia considerable a los puntos de vista de la riqueza en la preparación y el cumplimiento de las decisiones económico-sociales. La "consulta a los profesionales", la "administración consultiva", la "administración delegada", los mecanismos corporativos (28) representan un paso más respecto a una función estricta de asesoramiento y preparación puesto que es el Estado mismo quien se desprende de una parte de su rol y lo deja a cargo de los "intereses" más directamente afectados por él.

II- Acción del poder económico a través de los medios de información.

Las dos formas clásicas de lograr que la prensa (más tarde la radio y la televisión) sostengan los puntos de vista de la riqueza son la presión por medio de los avisadores (de los cuales la prensa logra el 80% de sus ingresos) o la propiedad directa de los grandes órganos de comunicación, ya sea por medio del apoderamiento total, ya por el control de la mayoría accionaria en el caso de las sociedades anónimas (29).

III- Acción del poder económico a través de los partidos políticos.

a) Por medio de la financiación de sus gastos, especialmente los eleccionarios, una realidad denunciada tempranamente como una corruptela gravísima de la democracia y que ha dado oportunidad tanto a complicadas normas legales muy a menudo burladas (Estados Unidos, etc.) como a la subvención estatal a los gastos verificados de los grupos políticos. La creciente onerosidad que el nivel técnico siempre en ascenso va estableciendo para los costos de la organización y la propaganda determina- con o sin estos paliativos- una prima

muy considerable para los posibles suministradores de fondos y una atención muy respetuosa para sus intereses y puntos de vista.

b) si lo anterior supone a ricos subvencionando a pobres, tal relación debe ser completada por el favorecimiento que todas estas constricciones económicas representan-a condición de reunir, claro está algunas otras calidades-para la carrera política de los económicamente poderosos. La distancia visible existente entre los intereses y puntos de vista de los representados y los de sus representantes-en puridad el carácter puramente nominal de la "representatividad"-tiene por esa vía su clara explicación. Una explicación que también se entrelaza con la que resulta de los procesos y modalidades del sufragio, como aparte se examina (30).

c) y aun habría que hacer el distingo entre la situación inmediata anterior, suponiendola establecida en un contexto de alta competitividad y esencialmente moderno, y la que se da en medios sociales en los que las relaciones tradicionales de dominación y dependencia-es el caso de los ámbitos rurales de buena parte del mundo-se dan como virtualmente intocables y la investidura política representativa es una más de las varias-social, cultural, económica-consideradas normales en el escalón superior.

Como es dable ver, la nómina precedente se organiza sobre un sustrato estrictamente político. Por impresionante que sea, debe adosarsele, sin embargo, los elementos que resultan del sistema social y los límites regularmente infranqueables que lo aseguran, la acción de la "variable externa" (31) y los fenómenos de masificación y pasividad social fomentados por medios de comunicación. Estos cuyo "telos" último es la legitimación del "status" social, se muestran más eficientes

hay que señalarle en una función de diversión trivializadora que en una fundamentación orgánica y racional- realmente muy trabajosa- del sistema de poder vigente (32).

Sobre este zócalo hay que contemplar entonces los arbitrios políticos a que recurre el nivel superior y el logro de unas metas que bien pueden cifrarse en el apoyo de la fuerza material para el mantenimiento de las relaciones de clase y en el espectro de concesiones, facilidades, amañes y tolerancias (fiscales, crediticias, institucionales, de precios, etc.) capaces de brindar el cuadro a un desembarazado crecimiento y entrelazamiento de las fuerzas del capital.

57- Llegados a este punto, hay que observar que si nuestro planteo se cerrara con él, muy incompleta sería la visión del proceso de concentración del poder y de las formas que adopta en las sociedades contemporáneas. Vale la pena, por ello, una brevíssima reflexión sobre la dialéctica "poder-función" que se halla en la base de los más sustanciales fenómenos de cambio de cualquier constelación estable de dominación en un área determinada.

En la abundosa crítica que mereció el libro de Mills fue común subrayar que es el cumplimiento de las funciones en el, tope el que "da" poder (33). Sin embargo, no se marcó con la misma intensidad que es la situación de poder la que da derecho, la que habilita regularmente a cumplir las funciones que refuerza, ahora sí, el "quantum" de poder ya localizado. De cualquier manera la relación de las variables es compleja y puede provocar más de una explicable discordia.

Vuélvase a la síntesis "ingenua": el poder permite ocupar las funciones más importantes y esto da más poder, ocurriendo todo en un circuito cada vez más corto. Hay también funciones "viejas" y funciones "nuevas" y el verdadero problema se

plantea con estas últimas. Si la base de la posición elitaria es el poder, este se ratifica en el cumplimiento exitoso de nuevas funciones. Y, a la vez, esas nuevas funciones de creciente significación asignan un poder que tenderá a estabilizarse y transmitirse, afirmándose en la propiedad.

Es claro que esto es a nivel de grupos. A nivel individual, aún dentro de la constelación del poder más tradicional, se cumple una selección inevitable de acuerdo a pautas de destreza; aquellos más exitosos incrementan su cuota-parte de poder relativo por vías innegablemente funcionales. A la vez, en el sistema económico general y en la actividad productiva interactúan un poder basado en la propiedad y una función que es fuente emergente de poder que tenderá a consolidarse en propiedad muy más allá del exitoso cumplimiento de la función fundante. Pues cabe pensar es rasgo peculiar del sistema económico que el circuito función -propiedad se cierre y establezca mucho más rápidamente que en cualquier otra área.

Aún procedería otro distingo. Cuando se va del poder-propiedad a la función, el poder del grupo derivaría de la suma del poder basado en la propiedad de los individuos que lo componen. Cuando se va de la función al poder los grupos de los que se extraerían los individuos exitosos no agregarían a su poder originario que aquel del cumplimiento de la nueva función dimana.

Tomemos de nuevo este cabo: una "función" nueva, un tipo de actividad que tiene que ser cumplida para la existencia plena de un conjunto dado. ¿Cómo se llega a asumirla? ¿Qué es lo que la califica? ¿Qué resultados tiene?

Con ánimo de polémica antimarxista el pensamiento social alemán de las entre-guerras (Weber, Wittfogel, ex-marxista) señaló la existencia de clases -los "literati" chinos, los brahma-

nes, los dirigentes de partidos únicos (34)- que no constituirían clases en el sentido tradicional, sino grupos congregados por una función (35). De aquí salieron tesis como la Wittfogel sobre el "despotismo oriental" derivado del control de los sistemas de irrigación y la aseveración de Weber de que los *medios de administración son tan importantes como los medios de producción*. En un fallo breve, Bottomore señala que aunque tales grupos estuvieran ligados a los terratenientes y aún saliesen de ellos, los fundamentos de su poder son independientes de tal vínculo (36).

De tal orientación nació también la teoría funcionalista de las clases de Joseph Schumpeter su relación (siempre inevitable) con el marxismo la fijó su autor con aparente modestia a través de su aspiración, a "marcar otros elementos", a no dar "por supuesta" la primacía de lo económico, a subrayar la importancia de comportamientos y de actitudes (37). Enunciada sucintamente, la teoría de Schumpeter parte de suponer toda clase ligada a una función social. Y la posición de la clase está dada a la vez por la "importancia" que se atribuye a la función como por la forma satisfactoria en que esto se cumple (38). Nuevas funciones crean nuevas relaciones estructurales y el poder sobrevive mucho tiempo a la decadencia de la función (39). Pero ¿desde qué posición se ha podido acceder a las funciones más prestigiosas? Schumpeter acepta que cuando la posición ha quedado materializada en posición y privilegios es más fácil acceder a ellas (40). No se pregunta, en cambio quién es juez de la "importancia" social concedida y si alguien puede prácticamente serlo como no fuesen esos sectores altos que se atribuían las funciones nuevas.

"Importancia" es un término cargado de prespectivismo. Y entonces cabe la pregunta, ya fuera del campo expositivo de Schumpeter, sobre qué es lo que hace a una función fuente de poder y le da relevancia social.

Si la *imprescindibilidad*, si lo indispensable de una función bastara para calificarla, los esclavos de la Antigüedad y los obreros de la sociedad industrial pudieran haber sido "sector dominante" o, por lo menos "elites funcionales". Eran sin embargo, abundantes y fáciles de reemplazar individualmente. ¿Es entonces, acaso, unido al anterior criterio de necesidad social, de insustituibilidad, el de *escasez*, el de dificultad de reemplazo personal el criterio correcto?. En su teoría sobre la "tecno-estructura" (41) tal es la opinión de Galbraith, quién afirma que el talento organizativo se ha hecho decisivo porque es más "raro" que el capital y que los medios de producción más valiosos son los más escasos comprendiendo en esta afirmación tanto a los materiales como a los no -materiales (42). ¿Puede considerarse con estos dos elementos completo el fundamento?. Es de dudarlo. Schumpeter, agregando un tercer ingrediente sostiene que *las funciones socialmente necesarias no tienen todas la misma relación con el mando de los grupos sociales* y que la *intensidad* de esta relación *proporciona un criterio de clasificación jerárquica* al margen del grado en que los miembros individuales de la clase sean reemplazables. Y más adelante agrega que las funciones socialmente necesarias están ligadas *en muchos aspectos importantes* con capacidades *indispensables en toda función de dominio* (43).

Ahora sí (al menos tal creemos) se cierra el fundamento buscado con los tres elementos de *indispensabilidad, escasez y relación con el mando o dirección*. Por el tercer miembro del tríptico es fácil advertir como el concepto, sin perder su contenido se vierte, empero, peligrosamente, sobre el ancho término del poder.

Reiteramos la secuencia. Esa función indispensable, para la que hay titulares escasos y cuyo ejercicio se sitúa desde cierto nivel social hacia arriba confiere poder (puesto que bien puede afirmarse que es un prejuicio el que todo poder no basado en la propiedad es aparente). En un "mundo de escasez" como lo

ha sido el nuestro desde los orígenes prehistóricos hasta hoy, ese poder busca estabilizarse en el control y el mayor beneficio obtenibles en la actividad básica "radical" de ese mundo de escasez que es la económica. En las sociedades históricas, sociedades de clases, ese control y mayor beneficio han adoptado y adoptan la forma normal de la propiedad. Que es fuente, a su vez, de nuevo poder. Que encuentra el desafío de nuevas necesidades y de nuevas funciones con las que el ciclo de refundamentaciones se continúa. Ahora poco importa que indefinidamente o no (44).

58- Antes de aceptar lo que pueda tener de válida es necesario que nos refiramos a la ostensible querencia "ideológica" que preside la teoría de las "elites funcionales" antes expuesta (45). Como ya tuvimos alguna vez ocasión de señalarlo (46), la primacía de su operancia ya que no el señalamiento de su existencia no puede sino despertar una aguda desconfianza. Su índole de enmascaramiento, de coonestación se revela apenas se piensan a fondo algunos de sus argumentos más ambiciosos.

Supone Hassner que la ventaja de las teorías de las elites funcionales es la de que evitan las postulaciones ideológicas (ya dijimos, ya veremos que no es así) y a que atienden, contra todo monolitismo, a la multiplicidad de funciones económicas, técnicas y sociales y a la naturaleza de la autoridad política. Pero anota también que exigen una teoría de la sociedad en relación a la cual el grupo cumple una función. Acepta igualmente que dejan, lo que es más grave, sin resolver esa misma relación entre las funciones sociales y la autoridad política que tuvieron el acierto de plantear. ¿Deberá considerarse la función de la elite política una entre otras (vgr. una intermediación de servicios, una mediación entre los grupos y la autoridad)? Hay riesgo entonces, sostiene Hassner, de restringir la significación decisiva del gobierno político y no

considerar de él sino los aspectos técnicos y especializados, dejando de lado la esencial función política de mediación. Si así lo realiza Mannheim, que hace figurar la "elite política" junto con otras elites organizadoras que cumplen la función de integración, bien ganado está entonces el reproche de Friedrich de "*elitismo técnico*" y el de Renzo Sereno de confundir "elite" y "clase" enmascarando el hecho de que *todas* las elites, en un cierto sentido, son políticas. Por otra parte, si se define la política no por el cumplimiento de una función particular sino por la posición de poder que le corresponde al grupo que ejerce la función técnica y económica decisiva se está entonces en la línea de las respuestas marxistas y tecnocráticas a la cuestión (47).

Bottomore señala el carácter mixto, entre *científico e ideológico* de tales nociones de la elite y apunta que su difusión suele estar ligada a la doctrina de la emergencia de intelectuales, burócratas y gerentes como *actores del cambio*. Si ellos lo son y no la clase obrera, se robustecería la imagen de la sociedad capitalista como gestora eficaz de un reclutamiento extra-clase ("classless") de las elites, esto aún manteniendo la diferencia entre ellas y la masa (48).

Meynaud también ha hincado su crítica en estas categorías, suponiendo prácticamente confundibles la de "elites funcionales" y la de "categorías dirigentes" de Aron (aunque ésta insinúe rasgos de sector dirigente parcial basado en el poder). Meynaud afirma que la fórmula aroniana olvida gravemente la cohesión de los sectores y, en el caso de sus diferencias, que estas diferencias son mucho más frecuentemente diferencias de "medios" que de "fines". Es falso poner en pie de igualdad, por otra parte, categorías cuyo poder puede ser tan profundamente desiguales como los de la prensa, las empresas estatales o la gran industria oligopólica. Ratificando una crítica de Hassner, señala que falta en la concepción que incrimina todo sistema de "lazos" (49) entre dichas categorías dirigentes y el

sistema social en su conjunto. Por otra parte el reclutamiento de las categorías en los niveles altos no se hace de manera indiferenciada en todos los sectores sociales ni mucho menos, mientras, también, "los que llegan", cuando lo hacen; deben ajustarse a las pautas rigurosas de los niveles a los que acceden. Es una exigencia en cierto modo intensa, ya que la preocupación de los ricos no es como observa con humor Meynaud arruinarse ellos y su clase. Consecuencia de esta falta es que esté igualmente ausente de la teoría de Aron toda noción de los medios dirigidos. Su crítica se cierra con el aserto de que pese al relativo valor hermenéutico del concepto de "categorías dirigentes", los de "clase dirigente" y "contra-clase" sobreviven con éxito (50)

"Elite funcional" o "categoría dirigente" podría tratarse, reconocamos, de un problema de etapas, de tiempos y de grados de percepción, Aron sostiene que las "categorías dirigentes" son el *dato inmediato* que al investigador se ofrece; la "clase dirigente", un sector dirigente unificado es "hipótesis", concepto a aceptar o a rechazar tras una investigación que de las primeras parte (51). Hay quien dice que son los *necesarios contactos impuestos por el cumplimiento de los roles integrados de dirección* los que provocan la *impresión de cohesión* con las que las presuntas elites funcionales actúan (52). Cabe pensar que esta impresión nace de otras fuentes, pero sobre todo es factible la afirmación de que tanto la de "categorías" (plurales) como "clase" o "sector dirigente" (unificado) son datos "inmediatos" aunque sean desigualmente (no siempre) "nítidos". Aaron, en suma, confundiría lo "claro" con lo "inmediato" O supone que así puede o debe hacerlo.

Por otra parte, el *cambio social rápido*, como lo acepta Janowitz (53) tiende a borrar la distinción entre "elites funcionales". Y esto es porque se produce un gran movimiento entre los negocios ("business") y el gobierno (está hablando del cambio social norteamericano), lo que produce superposicio-

nes de afiliación y masivas traslaciones de un sector a otro. Además, sostiene Janowitz, estudiar las elites sobre líneas institucionales distintas es pasar por alto *las pautas de carrera de los individuos que llevan el peso de la coordinación interinstitucional*. (54). Coinciden con esta observación tanto Mills como Lasswell al subrayar que las elites por antonomasia son más aptas en las relaciones interpersonales que en cada uno de los dominios en los que las decisiones deben ser tomadas (55).

Pero la naturaleza enmascarante de la doctrina "elitista-funcionalista" se desemboza mejor en ciertos ejemplos desaprensivos y extremos. Ya anotamos, de paso, quién marca como elites distintas la de la "riqueza" y la del "poder" (56). Es tal vez, y esto en parte por razones de cercanía, el planteo de José Luis de Imaz en "Los que mandan" el texto que suscita, entre los que conocemos, una más fuerte vivencia de falsificación y lograda irrealidad. Un análisis útil y pulcro de las distintas elites funcionales argentinas marca con seguridad la heterogeneidad de origen, educación y proveniencia que primariamente presentan en su sector empresarial ganadero, industrial, político, eclesiástico, militar y sindical. Paso primero, ahí se queda sin embargo Imaz, que no da uno solo más allá hacia el discontinuo abrupto de una negada "elite real" cooptada y unificada en la cumbre. Ni una sola palabra sobre modelos intermedios entre los dos extremos y ni un solo intento, tampoco, de análisis estructural y decisonal obviamente nos referimos a aquéllos que pudieran marcar la primacía que alguna de estas "elites funcionales" -caso de la ganadera, la industrial, la militar- asumen respecto a otras- la política, la sindical, la eclesiástica- en la toma de decisiones que afectan a todas y a la sociedad en su conjunto. Ni un solo planteo, además, sobre la estructura social en las que los sectores dirigentes actúan con todo lo que ella puede explicar las formas en que lo hacen y las razones que puedan tener (como lo señalaba una aguda nota crítica (57), para no constituir una

auténtica "clase dirigente" ser "dirigente" en sentido valorativo capaz de impulsar el destino nacional hacia más altas metas y de actuar en cambio como lo hacen, sabiendo bien por qué, y la conveniencia que les va en ello con esa abstención. Ni un sólo análisis, por fin, sobre la incidencia del "poder exterior" que sostiene a los gobiernos, antipopulares argentinos, desde 1955 hasta hoy y es "conditio sine qua non" de su existencia.

59- Realizadas estas precisiones, puede darse por cierta la nuda afirmación del funcionalismo de que la complejidad de la sociedad industrial moderna y la especificidad de su gestión implican la pluralidad de instituciones y de sectores funcionales, así como que esa pluralidad importa a su vez la de las elites integradas por los dirigentes y responsables de cada una de ellas (58). Parece claro también que esas elites no están integradas con la misma intensidad, a la constelación social de poder (59) ni es similar la cuota-parte que de ese poder disponen. Pues aceptada la idea de "elites funcionales", en realidad el problema comienza ahora con el examen de algunos grupos candidatos a serlo en situaciones de cambio.

60- Dilatada tradición tiene la caracterización del "intelectual" y la naturaleza de su función en la sociedad moderna. Bottomore ha trazado el itinerario de esos planteos, que parte, según él, de la obra del polaco Waclaw Machajski, "El trabajador intelectual" (1905). Desde ella se va ciñendo la problemática en torno al factible "desclasamiento" del intelectual, es decir, de la eventualidad de que éste salte sobre sus cuadros sociales de origen a un nuevo conglomerado social peculiarizado, no sólo por específicas, distintas tareas respecto a las de los otros, sino-también- por la profesión de distintos "valores". "Universalismo", "racionalidad", "trascendencia" (o como lo apunta tal vez mejor la palabra inglesa "otherworldliness"- "otro-mundismo" (60) serían esos valores capaces de operar la ruptura de la cápsula ideológica clasista y conformar lo que Mannheim en su "Ideología y Utopía" llamó

la inteligencia socialmente sin ataduras (61). Ya había adelantado este enfoque otro, bastante anterior de Gaetano Mosca, quien afirmaba que *si hay un sector social preparado para poner a un lado, aunque no sea más que temporalmente, el interés privado y capaz de percibir el bien común con el desprendimiento requerido, este es ciertamente aquel que, gracias a su exigente preparación intelectual, anchos horizontes e incrementadas facultades es capaz de sacrificar un bien presente en orden a evitar un mal futuro*. Presuntuosos pueden parecer estos diagnósticos que los propios intelectuales realizan de su tipo, pero la experiencia histórica prueba y el mismo análisis marxista de los condicionamientos ideológicos admite, la factibilidad de ese desclasamiento y de esos comportamientos movidos por metas impersonales y universales. Discutible, y lleno de las más complejas implicaciones, es en cambio que puedan los intelectuales alcanzar una *visión objetiva* de la sociedad e, incluso, polemizable la consistencia de tal visión. Polemizable es también que los intelectuales tiendan ya a coalescer en una "clase separada" ya a distribuir sus fidelidades entre las restantes clases de la sociedad. A este respecto puede afirmarse con cierto margen de equidad que la prueba empírica abona casos de ambas direcciones en una polarización sobre la que inciden variables tan diversas como las tradiciones nacionales, la heterogeneidad u homogeneidad del sector y los clivajes crecientes entre "intelectuales-culturales", o "filosófico-literarios" e "intelectuales-científicos" (naturales y sociales) (62).

Al impulso del desarrollo del conocimiento y de la creciente complejidad de las funciones sociales, crecida es también la significación que ha adquirido la divergencia entre "intelectuales" y "políticos" por un extremo y "técnicos" o "tecnócratas" por el otro. (El último calificativo, cargado incluso peyorativamente, supone que el técnico gobierna o

domina, lo que es un prejuizar que muy raramente la realidad confirma aunque en el estrato mencionado no falten pretensiones de que así ocurriese). Si el intelectual y el político, de diverso modo, son tipos humanos peculiarizados por la amplitud de la visión, la primacía de los fines y la universalidad de los intereses y valores, el técnico representa al "especialista" contra el "generalista", al seleccionador y cumplidor de "medios" frente al fijador u ofertante de "fines", al "específico" frente al "difuso" (63)

Candente es aún la controversia sobre la independencia o dependencia del estrato técnico frente a los sectores políticos y empresario-capitalista (64). En verdad el punto se entrelaza en el mayor de la especificidad o instrumentalidad del Estado respecto a la estratificación de clase y al poder emergente de ella (65). Razonable parece el dictamen de Meynaud -y vaya a título de anticipo- sobre el hecho de que el técnico se mueve habitualmente en la zona en la que *el juego está ya jugado* ("les jeux sont faits") y que ni la "absoluta sustantividad" ni la "absoluta dependencia" del sector respecto a los dictados del gran capital reflejan con veracidad una situación sobre la que intervienen innumerables variantes y cuya inestabilidad, cuyo dinamismo es ostensible (66).

Tampoco es simple el deslinde entre el nivel "técnico" y el nivel "burocrático", para el que podrían servir las dicotomías que fijan los conceptos de "rutina-invencción", de "subordinación jerárquica -independencia", de "preceptividad-latitud", de "decisión asesoramiento" (67). Con todo, el desglose no se resuelve con tal sistema de "variables-pautas" y existen numerosos casos y zonas de confusión.

Fuertes determinantes histórico-tradicionales y socio-económicos pesan sobre la cuestión de la sustantividad del sector burocrático que este desarrollo tendrá que volver a plantear poco más adelante (68). El análisis sociológico apunta en

general al origen social de la burocracia (en especial en sus más altas escalas) dentro de la clase elevada o de la alta clase media y la permanencia de los vínculos con el sector originario (69). Diferentes son por lo regular las inducciones que se desprenden del examen de muchas burocracias del Tercer Mundo, en el que suelen constituir una vía bastante expedita hacia el poder y la riqueza (70). También circunstancias históricas peculiares pueden poseer peso determinante con la configuración de un sector burocrático estatal dotado de poderoso "espíritu de cuerpo" y un sistema extremadamente elaborado y formalizado de normas. Tal la burocracia prusiana sobre la que modeló Max Weber su famoso y admirable "modelo burocrático" (71).

61- A propósito de la obra de C. Wright Mills y de sus críticos se ha tratado ya el tema de la situación y naturaleza del sector gerencial ("managerial") (72). Desde la estridente tesis de Burnham -sintetizada en aquel pasaje- hasta el penetrante e ingenioso planteo de Galbraith corre una línea común que insiste en el desfase del interés de aquel sector y la clase propietaria. Que en una economía industrial madura lleguen a importar, en sus centros más avanzados, dos lotes humanos diferentes resulta evidencia generalmente admitida. Que no administren para la "ganancia" y sí para la eficiencia y el rápido ritmo de renovación tecnológico, que lo hagan con un "sentido social" que la vieja clase empresaria no posee, son afirmaciones mucho más controvertibles, como ya se tuvo oportunidad de señalarlo. La antítesis de *capitalistas sin función y funcionarios sin capital* puede llegar a convertirse en uno de los mejores comodines ideológicos capaces de ocultar la supervivencia, intocada, de la estructura capitalista.

Desde Thornstein Veblen y su teoría de la primacía de los "ingenieros" ("The Engineers and the Price System") hasta las investigaciones de Berle y Means sobre la separación de

"propiedad" y de "gestión" en las grandes corporaciones norteamericanas, la emergencia de un interés y una ideología de clase distintas a las de los propietarios y los asalariados (73) puede considerarse una de esa "semi-verdades" que no conviene nunca soslayar demasiado pero (tampoco) otorgarles excesiva confianza. Los más altos niveles gerenciales, si bien se observa, se hallan inextricablemente ligados a los más fuertes propietarios; los de escalones inferiores pueden estarlo menos pero su poder de decisión, aunque sustancial, es, dentro de la verticalizada estructura de la industria moderna, esencialmente vetable (74). Por otra parte, el análisis sociológico también ratifica en este punto (por lo menos lo hace en Los Estados Unidos y Gran Bretaña) el alto índice de proveniencia de clase alta y media-alta que exhibe el lote gerencial, subraya además, su misma condición de "muy ricos" de aquellos que se sitúan realmente en la cima, su regular calidad de poseedores de grandes paquetes accionarios y su íntima conexión con los propietarios legales y reales de los medios de producción (cuando estos existen y las acciones no se encuentran infinitamente dispersas. Marcan, por último, su coparticipación en una misma "mentalidad de status" (75). En suma: que con todos los matices diferenciales que quepa aceptar (mayor acentuación en el "rendimiento", técnicamente considerado, mejor manejo de las técnicas de "relaciones humanas", menor hostilidad a la intervención del Estado que el capitalista tradicional) la "clase gerencial" importa sustancialmente una reorganización de las clases poseedoras y no una transferencia de poder desde éstas a otras (76). O, como dice Poulantzas, los "administradores-controles" *no constituyen una "función-poder" extraída de la propiedad privada para su único beneficio sino una evolución general de la propiedad privada* (77).

Apenas hay espacio aquí para mentar el rol de las fuerzas armadas en las sociedades del presente y su condición de "elite funcional". Tema magno de los países atrasados y de su

dinámica, al que nuevas modalidades operativas y comportamientos políticos incrementan sin cesar en su ya grande interés, cualquier compendio empobrece severamente su riqueza y complejidad.

Tradicional ha sido la función de las fuerzas armadas, y del ejército en especial, de guardián del orden social como custodias de la "violencia latente". Tradicional ha sido igualmente su estrecha vinculación con las clases altas, a través de lo que Morris Janowitz ha designado como "modelo aristocrático" de la relación civil-militar. Ostensible, explícito en ese modelo, tal condición de resguardo de un "orden público" que va desde los aspectos más callejeros y epidérmicos hasta los más radicales y profundos se mantiene, aunque entonces sobre justificación ideológico-moderna y jurídica en el que el mismo sociólogo llama "modelo democrático". El modelo democrático es, históricamente correlativo a los regímenes representativos, a los sistemas de conscripción universal y a la tecnificación y profesionalización de las carreras castrenses. (78) Los mismos reflejos (jerárquicos, ordenancistas, autoritarios, puritanos) que la función militar promueve contribuyeron a mantener esta fuerza potencial al servicio del "status", con el que raramente (aún en sus formas más crasas) dejó de identificarse.

Largo es el trayecto y complicados los factores que llevan desde ese cuadro de inserción en el poder hasta la modulación de nuevas actitudes políticas y nuevas posiciones ideológicas en las fuerzas armadas, especialmente en los países pobres y marginales donde, en lo sustancial, se cumple el proceso. El ser en muchas naciones del Tercer Mundo un sector de la burocracia con fuertes afinidades con la civil, la somete a los mismos influjos y le abre los mismos horizontes que a ésta hacia la adquisición directa del poder político, económico y social (79). Algunos reflejos tradicionales distintos a los ya

enumerados (el hábito de considerar globalmente la comunidad nacional, es el más importante), el afán por lograr una base técnico-industrial propia en un estadio del arte militar que da a armas crecientemente complejas y caras una significación decisiva, han llevado a los militares en Africa, Asia y aún Latinoamérica a identificar su destino con el proceso de industrialización y todo lo que él lleva implícito de ruptura de los lazos de dependencia. Y la misma conformación social de las naciones en las que la función del ejército se ha mostrado relevante (una reducidísima burguesía gerente o intermediaria, un inmenso campesinado, y un infraproletariado reptante, una anhelante y reprimida clase media en la que las fuerzas armadas generalmente obtienen sus cuadros) ha permitido que los militares puedan asumir el rol de clase dirigente progresiva en la lucha por la emancipación nacional de la tutela colonial y por una integración física y social moderna de regiones y de clases (80).

Esto, claro está, no pretende ser siquiera un esbozo de un problema cuya entidad exigiría, ciertamente, otro tratamiento.

62- De todo lo precedente (81) bien puede concluirse, en primer término, que las "elites funcionales" están bien y harto justificadas por la pluralidad de sectores y subsistemas sociales con dirección especializada y multiplicidad de jerarquías. Los liderazgos de esos sub-sistemas operan como un factor de legitimación que los trasciende y prima a una totalidad que al mismo tiempo los engloba y es diferente a ellos. Parece cierto también que la realidad de esa totalidad no les es incompatible, contradictoria. El concepto de elite funcional o categoría dirigente explica el "cómo" funciona una sociedad moderna y compleja. El concepto de sector dirigente "real" en la cima unificada de poder explana a su vez en qué dirección y en provecho sustancial de quiénes lo hace. Ambos tipos de conformaciones minoritarias funcionan al mismo tiempo y coinciden, se trasladan o divergen total o parcialmente. Paro-

diando a George Orwell diríase que si "todos son dirigentes" unos "son más dirigentes que otros" o, lo que es diversa manera de expresarlo, que si unos pertenecen al sector dirigente real los restantes quedan fuera de él. Si esto ocurre de tal modo es porque se da habitualmente el siguiente clivaje: una parte de las elites funcionales: la empresaria, la de medios de difusión de masa, la política (parcialmente) coinciden en ese sector dirigente entrelazado y visible; en cambio diferentes zonas de aquellas: la elite sindical, la intelectual, la técnica, presionan por lo habitual desde fuera sobre el sector dirigente político y/o propietario de los medios de producción. Tal situación les da una naturaleza dual: al mismo tiempo que encaminan el cumplimiento de determinadas funciones y servicios, constituyen el núcleo de una contra-elite destinada a "contestar" y reemplazar el sector dirigente y dominante. A este respecto las "incongruencias de status" constituyen un indicador de extraordinario poder de revelación (82).

Se a dicho todo con la advertencia de que tal cuadro de tensiones no puede plantearse en abstracto, como poco más abajo se justificará (83).

63- En la tercera parte de este planteo ya se explanó (dentro del vaivén dialéctico con que hemos tratado de recoger todos los matices del problema) todo lo que puede decirse de sustancial tanto en favor de las tesis "unitaria", "pluralista" del sector dirigente, así como de los límites, o la falta de ellos, ya que la existencia de los "dirigidos puede, o no, imponer a una maximización de sus pretensiones (84). En el tren sintético de estas conclusiones bien puede concluirse en la existencia de un sector dirigente cuyo grado de heterogeneidad o de unidad se regule según sean las situaciones y el contexto social en que el sector dirigente se inscribe. La heterogeneidad en condiciones -en verdad no fáciles de darse- en las que en una sociedad moderna y compleja no operan desafíos sustanciales al poder

del nivel social superior. La unidad, a su vez, ya sea en sociedades tradicionales carentes de sectores intermedios, rigidamente estratificadas o, según las que aquí realmente nos importan, en sociedades del presente en las que el asedio, las amenazas exteriores al poder de la cima ofician, eficaz y establemente de coligantes y hacen desaparecer las fisuras. Sobre los límites que un sector dirigente unido o no, se encuentre, habíamos asentido a lo obvio de su existencia. una obviedad que se acrecienta en todas aquellas sociedades en las que las garantías (en verdad mínimas) de los mecanismos democráticos poseen alguna realidad. Por otra parte que no se "manda" o se "obedece" siempre, se había ya registrado en la crítica a los neo-maquiavelistas (85), así como más adelante se apuntó (86) que no hay sector dirigente, por fuerte que sea, que lo dirija "todo", con la misma intensidad y de modo permanente. Es una amortización a la que habría que sumar la posibilidad de que en determinadas áreas -caso de la cultural, caso de la militar- ese sector central puede dirigir "menos" que otro sub-sector no total ni solidariamente integrado a él.

Debajo de estas generalidades el punto que recorreremos convoca la interacción de las variables más complicadas de la psicología social y la sociología. La causalidad estructural, los comportamientos individuales y de grupo, la acción de los "intereses", el impacto de las "ideologías", la entidad de las "representaciones" inciden aquí con poco usual intrincamiento.

Sin posibilidad de articular metódicamente la cuestión, digamos meramente que si es rara la existencia de sectores dirigentes sin clivajes y divisiones a veces considerables, ello no es contradictorio con la existencia de un "interés común" de todos, de "fines" y "metas" participables objetivamente por el sector entero. Pues lo que puede pasar, de modo muy simple, es que la "conciencia" de esos intereses, fines y metas comunes no sea suficientemente clara, inequívoca y aún, en el caso de

serlo, que diverjan, en grado variable pero sustancial las concepciones de los modos y las vías de fomentarlos. (87) Las políticas del "integracionismo" y de la "línea dura" en países-vecinos al nuestro no ofrecen -supuesto un mismo sustento social de ambas- un ejemplo casi perfecto de estas divergencias. A una conciencia de "insustituibilidad sectorial" puede aunarse una correlativa sobre la "sustituibilidad" social global de su contexto. Es situación que bien es factible de ocurrir en el caso de los sectores militares, técnicos y gerenciales, para no mencionar aquellos que mejor tienden a situarse en la llamada "contra-élite" (88). En otras, en fin, asume potencial grande importancia el fenómeno de la desertión individual abriéndose a los reclamos de otras clases y niveles sociales como prenda de revancha o victoria personal sobre los que hasta ayer eran sus "iguales". En parte anterior de este planteo se mencionó el fenómeno del "líder-causa" y del "catilinarismo"- Batlle fue en el Uruguay un ejemplo- y a esa mención nos remitimos (89).

Hasta aquí nos hemos referido a comportamientos "racionales", suponiendo medios idóneos para lograr el mantenimiento y el acrecentamiento de un valor-base llamado convencionalmente "interés" (90). Habría que apuntar ahora la acción de las "ideologías" en su capacidad de influir sobre la interpretación de estos intereses. Compleja es su incidencia, que va desde la mera función de cohesión y justificación a casos extremos en que pueden no sólo contrariar todo interés presumible sino, incluso, cancelar cualquier actitud defensiva de ellos. Es extremadamente raro, en verdad, que una clase o sector social pierda de tal modo sus reflejos hasta el punto que se dé la última situación, aunque ello puede ocurrir en el caso de experiencias terribles de la sociedad global -como pasó a fines de la segunda guerra mundial- si bien de modo temporario. Mucho más común, en cambio, es el fenómeno individual del desclasamiento por móviles éticos e ideológicos- la incorporación del intelectual a los partidos revolucionarios ocurre habitualmente por esa vía- por una apertura a lo "universal"

cuyas primeras manifestaciones se registraron en la "inteligencia" "ilustrada" del siglo XVIII y se reiteraron después de manera impresionante en la rusa, en el tipo de los "nobles penitentes" incorporados a las filas del pueblo. (90 Bis).

Vista la realidad por lo alto es, empero, un capítulo común del proceso de las ideologías el que esos elementos "universales" posean una explosividad cuyo impacto pronto desborda, ultrapasa los intereses que cohesionaban inicialmente, volviéndose por ese modo, por agresiva retroacción, contra los grupos sociales que las prohicieron. Los fenómenos del ensanchamiento de la participación política en las democracias modernas, los de la modernización en los países subdesarrollados suelen afectar facetas que corroboran este principio.

Sin posibilidades de extendernos en este asunto, digamos sí que todas las anteriores eventualidades presentan un denominador común. Es el de que, regularmente, muy posibles divisiones y diferencias internas abren brechas que hacen factible la desmonolitización del bloque del poder y la consiguiente irrupción de los de afuera.

Vale también la pena observar que los "intereses", por otra parte, de los sectores dirigentes siempre tienen alguna medida. A cada altura de la cota histórica esa medida se mueve entre determinados límites que marcan los valores ético-sociales más aceptados y las necesidades insoslayables de las mayorías según resulten éstas, a su vez, tanto de aquellos valores como de las posibilidades de organización y negociación de sus núcleos más dinámicos. Reiterativo ya es decir que hay una valla flexible, pero objetiva, que nunca deja de hacerse presente, que la masa mayoritaria nunca es totalmente pasiva ni totalmente manipulable, por mucho que se atenúe esta afirmación con las observaciones ya hechas (91).

64- De todo lo que antecede, creemos que emerge con nitidez la gran cantidad de variables que inciden tanto en la configu-

ración de la cima dirigente como en sus relaciones con el resto social. También resulta, pensamos, el movible contenido que cada una de esas variables cubre. Poco más adelante se verá un intento de modelización graduada del sector dirigente (92) pero puede sí, ya, subrayarse que el asunto no está en los que pueden resolverse "por sí o por no" sino de los que deben matizarse por "más o por menos", un barrunto que la ya realizada distinción terminológica (93) permite tener. No parece refutable la afirmación de David Riesman de que se puede pasar de situaciones de "clase dirigente" ("ruling class") a situaciones de cierto equilibrio social entre grupos dotados de algún poder de veto recíproco. Discutibles o no los ejemplos que él de la historia de los Estados Unidos extrae, es aceptable que así puede ocurrir (94). Mayor interés posee seguramente develar cuáles puedan ser las causas de que estas situaciones, ya de dominio, ya de equilibrio, sean siempre inestables, aunque el punto, al fin y al cabo (podrá decirse) sea una mera ilustración del gran tema de la dinámica de los sistemas políticos y sociales.

Común es, sin embargo, presentar una polarización tajante entre la existencia de un sector dirigente unificado, de un grupo social que instrumenta la situación de dominación de una clase dentro de la estructura total y la actuación de "elites funcionales" abiertas e independientes, actuando al frente de las diversas actividades sociales sin conexión concertada ni estable entre sí. Lo regular, empero, como se decía, es que la realidad resida entre estas dos puntas y no se fije duraderamente en una latitud determinada de ese continuo. Entre la Revolución, que barre de modo inevitable con la clase dirigente antigua y la inmutabilidad social, hay una zona central del espectro en la que, a consecuencia del índice de representatividad del sistema político, de la coyuntura económica, de cambios estructurales de larga duración, de incidencias externas capaces de robustecer el sistema o de acelerar su crisis, de otros muchos factores, en fin, el sector dirigente puede afir-

marse pero puede también perder poder, puede tener que entrar en compromisos con sectores sociales ajenos a él, puede situarse en puertas de ser sustitutivo.

Pero aún hay más. Fijado, aún convencional y sincrónicamente, un período corto, un mero "momento" de dominación social, todo depende de variables de trabajosa apreciación y más difícil mensura. Por ejemplo: la atención que se preste a las demandas de las bases. Las manipulaciones que se realicen para quitarles espontaneidad y contundencia. La cuantía de movilidad social ascendente que es bloqueada. La magnitud de los provechos y ventajas con que los sectores dirigentes se conforman. El grado de coordinación, alteración y sustitución de roles capaz de aumentar la unidad de los sectores dirigentes. La dosis de "universalismo" o la ostensibilidad de una mera instrumentación a fines concretos de predominio que indiquen los instrumentos ideológicos con que los sectores dirigentes buscan justificarse.

65- Con todo, una conclusión y resumen del debate teórico puede ceñir su atención sobre ciertos trazos gruesos.

El sector dirigente unificado -cuando lo hay- es "poder latente" y mando efectivo que puede actuar en la periferia formal e institucional pero *siempre actúa también* tras de ellas, discreta, poco visiblemente, dando unidad de dirección a la corriente de decisiones que desde aquella periferia se origina.

El sector dirigente unificado -cuando existe- es "social" y "político" al mismo tiempo, una afirmación que no representa -aunque tal vez lo parezca- un fácil eclecticismo entre las posturas del marxismo y el neo-maquiavelismo.

La organización del sector dirigente unificado, la conciencia de su unidad y sus intereses puede no ser perfecta -

y casi nunca lo es- pero resulta siempre mayor que la de cualquier otro sector social. Su estabilidad es grande y su conscripción "endogrupal" considerable, por más que siempre opere un criterio "meritocrático" que no altera sustancialmente las estructuras por razones más de una vez aquí expuestas. Su situación social es "central" -si cabe este término "especializador"- lo que permite diferenciarla drásticamente de cualquier "grupo de interés" o de "presión", rehuir una mentirosa asimilación con cualquiera de éstos (95).

Que era social y política, se dijo, cuando existía efectivamente. El segundo atributo resulta de pleno de su función orientadora y del alcance de ésta sobre todo el conjunto. El primero también va de suyo. Y esto, vale la pena señalarlo, aún en los casos en que no se comparta una concepción social de clases esencialmente dicotómicas y se preste adhesión a la verdad de otros tipos de estratificación, más continuos, más homogéneos, supuestamente característicos de las sociedades industriales maduras.

66- Registrada la larga serie de variables que inciden en la conformación del poder en la cima (96) y las consideraciones inmediatamente precedentes (97), parece obvio que la serie de modelos posibles a establecer pudiera ser teóricamente interminable. Como obvio es también que ello, sobre resultar agotador, no sería de mayor utilidad, la tarea se presenta como una selección de las variables realmente importantes para realizar, tras esto, con ellas el número más reducido posible de combinaciones significativa. Dijimos "realmente importantes" pues es claro que no toda las variables son "independientes" ni todas poseen el mismo impacto desencadenante, multiplicador.

Cualquier selección que se realice -es evidente- admite crítica y rectificación. Pero aún teniendo esto en cuenta,

nos atrevemos a optar por las que a continuación enumeramos.

Dos previas, por su especial índole, deben abrir la marcha. La primera es la no-ostensibilidad de la realidad efectiva del grupo dirigente. La designemos así, o hablemos de "secreto", de "invisibilidad" (términos más cargados emocionalmente), constituye rasgo común de todos los modelos presentables -salvo el que ordenamos como primero y que es negativo- mentando un claro desfasaje entre "aparición" y "realidad", entre "superficie" y "entraña", entre "forma" y "contenido". Un sistema social o político se presenta a la mirada ingenua pluralizado en una serie de roles diferenciales, desplegado en una multiplicidad de investiduras institucionales. Pero la "elite del poder", la "clase dirigente" o cualquier otra acuñación terminológica que valga es, por mínimamente que exista, la unidad que actúa tras esa pluralidad, el vínculo que aúna y encamina lo disperso.

La otra es el grado variable, pero efectivo de *poder* y la circunstancia de que es poder, en cuanto es capacidad de decisión, compartida o no, represente una cuota-alícuota desmedia respecto a la magnitud numérica del sector dentro de la sociedad global.

Apuntados esto dos elementos, previos y (con la excepción antedicha) generales, es factible que de una ordenación realizada de acuerdo a un orden decreciente de fuerza configurativa, resulte lo siguiente:

- a) *la permanencia y estabilidad del grupo dirigente* alcanzadas por el mantenimiento de las mismas personas o de sus descendientes, más los admitidos por cooptación, en los roles claves de índole formal o informal;

- b) la comunidad de origen socio-económico y funcional (de clase, de sector de clase, de campo de actividades);
- c) la concordia de fuerzas y factores de socialización capaz de identificarlos como grupo y de dotarlos de educación, perspectiva, valores, ideología común;
- d) la existencia de un *espíritu de cuerpo* que traduzca la conciencia de intereses afines y el acuerdo, tácito o explícito, sobre fines u objetivos, así como la *acción coordinada para promoverlos*, designio este último que si bien es lógicamente deslindable de los elementos anteriores no es verosímil desglosar operativamente de ellos, suponiendo que el grupo posee poder para llevarla adelante.
- e) la multiplicidad de *relaciones interpersonales* que configure un grupo, sino enteramente "primario", con básicos trazos de tal.

Descartando previamente, por su índole abiertamente "utópica" el caso de una sociedad sin dirigentes, se tendrían los que a continuación se exponen:

Modelo I: las elites funcionales múltiples, o según la definición de Imaz *los que por su rango ocupan la cúspide de las instituciones, las más altas posiciones institucionalizadas*, un modelo que según este autor se daría en la Argentina -o en cualquier otra sociedad de alta movilidad- en la que los que mandan son *gentes venidas de todos lados, sin vinculaciones de origen ni de clase, con diferentes niveles de educación o sin ella* y que no han estado sometidos a un mismo proceso de socialización. En estas condiciones ocupan los diversos toques funcionales (políticos, profesionales, empresarios industriales o agropecuarios militares, eclesiásticos, sindicales) y marcan

una radical asincronía entre el poder económico-social y el político (98).

Modelo II: reitera las características del primer, pero, a favor de determinados cambios en la estratificación social, de cierta coyuntura específica de insurgencia social, de una ostensible compulsión externa, los ocupantes de las cúspides funcionales estabilizan y adensan sus relaciones interpersonales (variable "e") (99), sufren con creciente intensidad el impacto común de las fuerzas de socialización sectorial (variable "c") y llegan a cierto nivel de acuerdo tácito en torno a fines y objetivos (variable "d"). En este modelo, la igualdad convencional de las distintas elites se desequilibra en favor de uno o unas (casos más probables: la financiera, la industrial, la empresaria agropecuaria o la militar) respecto a otra u otras (la política, la gremial, la eclesiástica, la intelectual, la educativa) y son las primeras las que regulan la acción dentro de las ya citadas variables "c" y "d" (100).

Modelo III: es el fundado en las variables "b" y "c" (comunidad de origen y de factores de socialización) con clara presencia de "a" (estabilidad del personal). Según los análisis más solventes está representado por el "Establishment" inglés (101). Y si bien supone, de acuerdo al orden lógico de elaboración de estos modelos que los tipos I y II se insumen en él, puede ocurrir que sin una coyuntura excepcionalmente favorable o con un sistema político contrapesante (caso británico del laborismo en el poder), la capacidad de decisión elitaria que el modelo involucra sea más baja que en el Modelo II.

Modelo IV: acentúa los trazos anteriores y, en especial, la variable "a" índole cerrada de su personal, lo

que puede determinar menor presión sobre la trascendencia de "c" (factores de socialización).

Modelo V: representa el tipo extremo y agrega a los anteriores una situación de poder directo, no compartido y, a veces, ni siquiera amenazado. Este "modelo máximo", uno de cuyos ejemplos posibles son las clásicas "oligarquías" de los países atrasados, es aquél cuya verificación reclama la negación conservadora y global de toda la categoría que aquí se ha estudiado. Cuando esa ratificación empírica no resulta cabal ello le da pie para negar triunfalmente la relevancia de todos los desniveles de poder que puedan comprobarse (102). Soslaya de esta manera, con una buena fe muy dudosa, que entre el Modelo V y la absoluta igualdad en la distribución del poder social corre una ancha gama de posibilidades. Ancha gama en la que, justamente, se juega el debate doctrinal y científico que la cuestión involucra.

Perfilando el último tipo, Aron hablaba, si bien para rechazar su posibilidad, de una situación de los que mandan en la que estos se hallarían unidos en forma *permanente, invisible, secreta, consciente de su unidad* (103). Friedrich cree que sólo hay elite dirigente del tipo de la acuñada, cuando los que dirigen constituyen un grupo cohesivo, que tiene *sentido de identidad* como tal y posee un *asidero en el poder gubernamental* de la comunidad en un grado muy próximo al *monopolio* (104). Hassner muestra la elite del poder fundada sobre la subordinación a la minoría que ejerce el poder por parte de una masa manipulada, que obedece a la compulsión de la fuerza o a la seducción del mito. Se define así: a) como una *elite más o menos cerrada*, dotada de ciertas cualidades sociales, políticas y espirituales; b) como una capa social, privilegiada y dominante y aceptada como tal. El desplazamiento de la potencia le imprime modificaciones individuales,

no estructurales, y la tendencia reificadora, sustantivadora que subyace en la concepción lleva a ver a la elite del poder como un grupo *real, único, consciente y organizado*. La mayoría es a su vez identificada como masa, carente de *divisiones internas*, pasiva, *igualada en el despotismo* que sufre (105). Agulla, apuntando las dificultades de la concepción, comienza observando que la elite del poder no es el *conjunto de individuos que están en las más altas posiciones institucionales ni tampoco la mera pertenencia a los estratos más altos o de mayor prestigio*. Los dos datos realmente significativos son para él la existencia de un grupo *de individuos que controlan toda la estructura de poder* o son sus gestores y el hecho de que lo hagan *en forma normada, para el logro de algún objetivo consciente o inconscientemente definido* (106)

El registro de los precedentes pareceres, apuntados casi todos a la discutible categoría de "elite del poder" (107) no tiene otro fin que concretar en sus trazos más impresionantes la forma de concebir la concentración del dominio en el tope. En puridad, hay que decir que el Modelo V se configura con la maximización de todas las variables, previas y posteriores, que poco más arriba se enumerarón.

67- Estado y "sistema político" significan abstracciones que se concretan a diferentes niveles en diversa forma pero lo hacen, de modo decisivo, en un lote de gentes investidas de diferentes roles y variadas funciones. Integran un sector dirigente que al hallarse el centro de los procesos de decisión sociales que comportan un más alto índice de coactividad cobra una extraordinaria relevancia en ese fenómeno de la "dirección político-social en el que -deslindándolo del mero, estático "dominio" y del formal "gobierno"- se ha fijado nuestra atención (108).

Ya se usó anteriormente en el desglose terminológico y en la estipulación realizada (109), las reservas sustanciales que tienen que efectuarse a esa expresión de "clase política" que implantó Mosca (110), aceptan aún en nuestros días sociólogos de importancia (111) y ha pasado, incluso, al lenguaje vulgar. Como ya se decía, al no comportar transmisión hereditaria cabal ni ocupar, sea por un corto número o por otras razones, lugar preciso en la estratificación social (112), reclama una designación diversa entre las que se han propuesto la de *elenco* (113), *estamento* (114) y *personal* (115), entre otras. Según se vió, preferible parece la tercera, aunque la de "estamento", postulada por Sanchez Agesta sugiere con fuerza la doble identificación por "status" y por cumplimiento de una función determinada. Reiteración sería, apuntado esto, que "clase" o cualquier otro tipo de grupo humano, las calificaciones de "dirigente" o "gobernante" anegan esta categoría especial en la mucho más amplia de los que mandan a diversos niveles sociales. También sirve de pantalla ideológica para sostener que sólo los "gobernantes" propiamente dichos poseen el poder social o para insinuar que todas las "funciones políticas" formales que se cumplen dentro del área del Estado son "dirigentes" en sentido estricto. Algo, y no tenemos espacio para extendernos en el punto, que la más somera observación del Estado y la administración desmiente (116).

Pero la de *personal político* constituye una calificación angosta si se quiere, con todo, visualizar en un solo conjunto a todos los gestores del Estado y el gobierno en la serie completa que comporta la preparación de las decisiones, las decisiones mismas, su cumplimiento y aún la atribución de los derechos y facultades que de ellas resultan (117). Debe adosársele, entonces, si este conjunto quiere redondearse *la burocracia estatal* en sus modos tradicionales y en las es-

estructuras más nuevas (y menos definidas) de la *tecnocracia* o la *buro-tecnocracia* sobre las que ya se ha hecho referencia (118).

Sin embargo, es claro que ni la burocracia ni la tecnocracia -por lo menos ésta en todos sus niveles- forman parte de un sector dirigente estatal efectivo. *El más alto servicio civil* ("higher civil service") británico, *los grandes funcionarios* ("les grands fonctionnaires") franceses egresados de las nombradas escuelas designan en las nociones de más dilatada tradición estatal el núcleo que realmente incide en las mayores decisiones y aún está en condición de bloquear las que no les plazcan por los muchos motivos (además de los reflejos de clase) por los que esto puede ocurrir (119). La relativa amplitud del reclutamiento y la gran extensión de funciones que el conjunto humano gestor del Estado tiene que desempeñar, es susceptible de provocar procesos muy complejos de diferenciación y especialización. Uno de los de mayor trascendencia histórica es sin duda el de "profesionalización" de la carrera -caso de los legisladores pagos y de todo el servicio civil- una de las formas, según David Easton, con que a largo plazo se ha respondido a la corriente de "demandas" sociales, hoy tan incrementadas (120).

Tras todas estas precisiones se embosca el gran tema que convoca el sector político. Ese tema, como es fácil inferirlo, es la de su relación con el sistema social y con los poderes de él emanados. El grado de su "instrumentalidad" a ellos o, por el contrario, el de su "autonomía", su "independencia", su "especificidad", su "sustantividad" es la cuestión. Una cuestión que tiende a plantearse -y tal vez no haya otro modo de verbalizarla- en forma dilemática, aunque una vez transitada las conclusiones puedan ser menos antitéticas (así son las nuestras) y admitirse variada ingredientación de ambos extremos (121). Ya este desarrollo ha tomado -o tomará- distintos hilos de la madeja, como es el caso en la

distinción de "poder político" y "poder social" (122), los límites del predominio de la riqueza (123), la capacidad de resistencia de las estructuras democráticas ante el poder de clase (124), las relaciones de "función", "poder" y "riqueza" (125), el poder de ciertas categorías dirigentes (126), la posición marxista sobre estos puntos (127) y el posible planteo de la situación de los gestores del sector público en una sociedad no-capitalista (128).

Tampoco han faltado tentativas de arrasamiento, tanto del problema de la vinculación mencionada como de la categoría misma. De nuevo hay que hacer referencia a Friedrich y a su ondulado estilo de argumentación. Y hay que decir que si se identifica "poder" con "poder estatal" o "gubernativo", cabe su reparo de que todo criterio "elitista" determinado por el "poder" es no *sólo estadístico* (suponiendo el número de personas "expertas en política", su dispersión y cuantificabilidad) sino también *tautológico*: al fin y al cabo diría que *todo pueblo es gobernado por gobernantes* (129). Friedrich, sin embargo, asume la posibilidad de que exista otro tipo de elite política que la "estadística y tautológica" de marras. Sería un personal trabado, una elite concebida como cuerpo, con sentido de cohesión interna, sentimientos de auto-identificación y procedimientos de ingreso esencialmente cooptados. Preguntándose si los partidos podrían producirla, negativamente en cuanto a los regímenes "pluralistas" occidentales: en ellos los políticos-partidarios deben compartir el poder con los grupos financieros y sindicales. Pueden engendrarla, en cambio, los "partidos únicos", y los "apparatchiki" del Partido Comunista de la URSS representan, según él, la típica elite política real (130).

Contemplando los hechos con menos dualismo, Verney apuntó la influencia del *espíritu de cuerpo* que es dable que surja entre los investidos por roles o funciones de un mismo tipo y aún entre el personal político entero (131). La

expresión se ha estereotipado pero en su modestia se expresan todas las variables que entornan el tema de la "sustantividad" y la "instrumentalidad": las conexiones que surgen de la actuación en un ámbito físico-social común; los vínculos resultantes de una idéntica función ejercida y la correlativa ruptura o debilitamientos de los muy variados lazos que cada uno de los componentes traen anudados con sus medios psico-sociales de origen; la conciencia de "intereses" participados por todos en la subsistencia e incremento de las bases de su poder, etc.

Impostado en un tono conservador moderado, Burdeau aborda el punto de un modo a ratos evasivo. Reconoce que *la potencia política no puede instrumentarse sin una especie de conspiración del grupo que domina*. Si existe una "clase política" preponderante ella no se impone desde el exterior: surge en el sentido de que procede de *sus creencias de su aceptación más o menos consciente del orden político existente*. El fenómeno de dominación se desenvuelve en el plano psicológico: *su fundamento no es la fuerza*. No cree, contra Marx, que el fundamento sea el factor económico ni éste la fuerza capaz de determinar *el mundo de imágenes y representaciones* (ideología) favorable al ascendiente de determinados individuos o categorías sociales. Mencionando como prueba de su aserto el ordenamiento político francés posterior a la Liberación (1945) (132) y el laborismo británico. Sin negar, en verdad, la influencia del "factor económico", se adhiere en forma bastante banal a la tesis de su condición "no-exclusiva" y a su acción indirecta por medio de las *representaciones que provoca*.

En realidad, aunque Burdeau sostenga que la *autoridad depende de la función que desempeña*, su insistencia peculiar se ejerce sobre el carácter que pudiérase llamar "auto-generado" de su poder. Porque la autonomía de la "clase

política" *no está basada en una creencia idéntica para todos: es la política la que cimienta la cohesión de una clase que no se confunde con ninguna otra categoría social. A ella la autoridad no le viene de abajo, de una base sociológica, de un poder ya adquirido; le viene de arriba, es decir, de las vinculaciones con los órganos en donde se elabora la decisión* (133).

Así "función" y "autogeneración" se entrelazan inextricablemente en la postura de Burdeau. Otros autores apuntan en formas más ceñida, a la importancia de la "función cumplida" como fuente de la posible sustantividad del sector político, concretando un problema ya examinado más en general en este desarrollo (134).

Es posición común de los funcionalistas la de que el sector dirigente político tiene a su cargo el *reconocimiento y articulación de los intereses y las necesidades de los grupos proyectándolos hacia la sociedad en su conjunto*, mientras esa función de "proyección" importaría más directamente *la representación, la incorporación y la expresión de esos intereses en el sistema político*. (135). Para Easton la función de la elite política tendería a identificarse con los que el llama *guardianes o porteros* ("gatekeepers") de los reclamos que la sociedad plantea al sistema político centrado en el Estado y que este recibe en condición de *insumos* ("inputs") que deben ser procesados y, convirtiéndose en decisiones (*productos*, "outputs") pueden dar satisfacción a aquéllos. Los guardianes *leen* en la situación, le interpretan, formulan, negocian, discuten y convierten las meras *necesidades* ("wants") y *reclamos* ("requests") en *demandas* ("demands") explícitas y negociables. Pero Easton concibe en un sentido más amplio a las "elites políticamente activas" hasta inscribir en ellas a los cuadros militares y a la "intelligentsia" organizada, identificándolas con los *grupos estratégicamente activos* que proveen *apoyo* ("support") decisivo al sistema

político en forma *harto más sustancial* que las grandes mayorías de apoyantes tibios y desorganizados (136).

Si la sustantividad o mediatización del elenco político tiene uno de sus condicionamientos en la especificidad de la función que cumple, otro está muy visiblemente relacionado con la amplitud o restricción de su conscripción, medidas ambas en relación a la constelación de poder extrapolítico, es decir, económico, social, cultural. La amplitud de esa conscripción, es obvia, fortalecerá sus tendencias a diferenciarse como grupo social; la índole cerrada de su reclutamiento tenderá normalmente a mediatizar al sector a aquella constelación arriba mentada. El punto, como es claro, no admite una contestación apodíctica ni general y cada sociedad nacional, desplegará en ello modalidades diferentes. Pueden ir desde la sucesión hereditaria y/o la rigurosa cooptación hasta la más fluida, abierta "meritocracia".

Para Inglaterra, por ejemplo, tan tradicionalmente oligárquica, se ha subrayado la total independencia de los "grandes intereses" con que son escogidos los postulantes, a integrar un sector tan considerable del personal político como son los miembros de los Comunes. Los candidatos, ha afirmado un observador tan interiorizado como Hollis, son regularmente seleccionados por la crema de los más entusiastas (también de los más extremistas) militantes conservadores y laboristas que dominan en los "caucus" o comités locales (137).

En términos más generales, pero desde su concreta perspectiva nacional, Burdeau afirma que la clase política no se forma como *una francmasonería o mafia al margen de la colectividad, sino en simbiosis con ella*. Suponer lo contrario, piensa, es *seudo-realismo cínico*. Pues la carrera política *no exige pruebas de aptitud o la realización de ritos esotéricos; procede de todos los medios sociales y las calificaciones*

a que deben los dirigentes su "*standing político*", ya derivan de procesos institucionalizados como elecciones periódicas, ya de modalidades de la psicología colectiva o individual, entre ellas la "votación", el afán esencial de querer incorporarse a los cuadros de dirigentes políticos (138). También en postura polémica contra la "ley de hierro de la oligarquía" (139), Friedrich sostiene que los defensores del principio de Michels confunden el aspecto de organización del consentimiento (que es democrático) con el de *organización del funcionamiento* (que es forzosamente jerárquico). (140)

Planteando la cuestión desde su raíz y buscando los contornos de lo que ellos llaman "elite del poder", Lasswell, Lerner y Easton, Rothwell proponen un procedimiento! Consiste en comenzar por atender *lo que convencionalmente llamamos gobierno*. La primera operación a realizar consistiría en identificar los individuos que tienen una posición dada durante un período previamente estipulado. Más compleja, sin duda, es la *segunda operación*, que consiste en calcular la *tasa de circulación social*, esto es, la que pondera las características personales y sociales de aquellos que pasan a través de una posición especificada durante un lapso dado. Es posible percibir entonces *la continuidad o discontinuidad* que el fenómeno presenta. Si cada titular sube un escalón jerárquico cuando su predecesor desaparece, puede considerarse perfecta la continuidad, pero ella también puede tener otros modos, efectivarse por otras vías. La *discontinuidad* se hace presente, en cambio, cuando se altera el método de reemplazo del personal o cuando éste muestra personas con rasgos sustancialmente distintos. Y para indagar si nuevos tipos de líderes aparecen, debe observarse de sus características, aquéllas dimanantes de su pertenencia a una clase social dada. Cumplidas estas tareas y hallada la tasa de "circulación social" se estará recién en condiciones de determinar la *representatividad* del liderazgo colectivo respecto a la comunidad, lo que significa también

apreciar la amplitud o restricción de su reclutamiento (a la vez factor importante de su posible sustantividad) (141).

Abreviando este punto, es fácil advertir que el origen de los elementos reclutados para el sector político (según ese origen esté en el nivel dominante de la sociedad o en otro ajeno a él) tiene, tanto como el de una "función específica" una especial trascendencia. La posición central de todo el personal político en la estructura de poder-formal e informal, visible o invisible, institucionalizada o no, subraya esa trascendencia para el juego de alternativas entre "instrumentalidad" o "sustancialidad" que pueden caracterizar al personal político.

No se agota, como es presumible, en estas dos variables (función y reclutamiento) la fuerza de los factores que pueden hacer que el sector estatal promueva un interés sectorial definido, eventualidad que ya se planteó en este desarrollo a propósito de las estructuras burocrática y tecnocrática y militar (142) y aún colinda con el interesante tema histórico-social de orígenes del poder al margen de la primacía económica y aún contra ella (143). Todos estos elementos sólo son apreciables en su cabal impacto si se les contempla de modo comprensivo según interactúan en las sociedades contemporáneas. Vale la pena comenzar, por razones metódicas, con las de tipo desarrollado para hacer referencia especial posterior a las del resto (144).

El radio de acción del sector que asume a través de sus comportamientos la titularidad del sistema político tiene que ser examinada, en uno u otro caso, dentro de coordenadas sobre las que ya se ha hablado. Ellas son la preeminencia del nivel social propietario de los medios de producción, la división inexorable del poder político y el poder social, la no-pasividad (por lo menos absoluta) de los medios dirigidos, la regularidad de "compromisos" o arbitrajes entre las

demandas y pretensiones de los distintos estratos sociales (145).

Para Duverger, por ejemplo, que identifica sin excesiva prolijidad *clase política* y *clase burocrática*, la acción del sector estatal asume variadas fases históricas. En la actualidad, el desarrollo y la integración creciente de las sociedades tienden a hacer escapar la maquinaria del Estado de las manos de la "clase particular" que la empleaba para sostener su dominio y mantener sus privilegios. El progreso técnico hace más complejas las divisiones de clases, un fenómeno que contribuye a que el poder (social) no se halle nunca en manos de una clase homogénea sino de varias. Por otra parte, las clases populares pesan más que antaño a consecuencia del desenvolvimiento del sufragio universal, los partidos políticos y el aparato sindical. El Estado no está, así, *enteramente* en pro de las clases minoritarias, pues estas tienen que *componer* (o transar) regularmente con las mayorías. Al mismo tiempo la evolución de la sociedad y del Estado tiende a desarrollar una clase de administradores y técnicos que *pueden* encarnar la "voluntad general" e identificarse realmente a ella, al menos en parte, del modo que lo había concebido Hegel. La convicción de Marx de que los altos funcionarios sirven a la clase dominante en la que han sido (en abrumadora proporción) reclutados fue largo tiempo y aún lo es parcialmente. Pero en algunos países la administración ya constituye de más en más una clase distinta, que rehusa servir conscientemente los intereses capitalistas y tiende a desempeñar la función de árbitros imparciales. Y, en verdad, según lo ejemplifica en el caso de Francia, las tradicionales concepciones de la "Action Française" sobre la monarquía parecieron concretarse, según él, en el rol cumplido por "los sabios", arbitros de la huelga minera de 1962. Una decisión, entre otras, que tendería a explicar, en un considerable margen, los frecuentes ataques conservadores contra la "tecnocracia" (146).

Hasta aquí Duverger que, como es fácil verlo, solo parecería querer marcar las líneas tendenciales de una cuestión harto complicada y en la que se involucran el "standing" socio-económico y las perspectivas ideológicas del sector burocrático y del sector técnico (147). Y si decimos líneas "tendenciales" hacemos referencia a un proceso cuyos factores realmente "nuevos" son los arriba enumerados pero al que la coyuntura en que se encuentre el contexto social puede retrotraer a relaciones anteriores de dependencia e instrumentación. Nos estamos refiriendo, pues, a sociedades "modernas", relativamente abiertas, que han conocido el proceso de democratización política y social que el impacto de la industrialización y las ideologías políticas y sociales posteriores a 1789 desencadenaron en la mayor parte del mundo. Con este tipo, y no con el Estado tradicional correspondiente a sociedades aristocráticas rígidamente estratificadas, se plantea la cuestión de si el sistema estatal representa un instrumento de los intereses de la clase dominante o no (147 bis). En ese "no" se abre un abanico de posibilidades entre las que, por cierto, se halla excluida drásticamente por utópica la eventualidad de que sea (o llegue a ser) una herramienta, aséptica, neutral al servicio del "interés general" o del "bien común" según lo interpreten y dicten mayorías político-partidariamente estructuradas a través del proceso electoral. El común denominador de las alternativas reales es más bien otro. Y esta dado por la factibilidad de que en ese tipo de sociedades abiertas y móviles, cuyo mismo proceso impone el regateo regular entre las capas preponderantes y las demás, en las que la complejidad de las decisiones y de su ejecución suponen un vasto aparato administrativo y político, el Estado y el elenco que lo gestiona se sitúan en una zona básicamente ambigua. Es una ambigüedad que es también "inestabilidad"; inestabilidad de actitudes y comportamientos, configurada en parte por la nunca enjugada condición que hace del Estado el instrumento político de los intereses de la hegemonía pero

también un centro de otros intereses y proyectos específicos, un condicionante de reflejos y conductas, un árbitro, (así sea parcial y sobornable) de las demandas de las diferentes capas sociales, de las contradicciones frecuentes que existen entre las de una misma capa, entre las de todas y lo que subjetiva, ideológicamente, se interpreta a cada paso como "interés general" (148). Estas "líneas tendenciales" (volvemos a tal cautela) tienden de cualquier manera a ser subrayadas por la vastedad de la burocracia gestora de cualquier Estado contemporáneo, por la presión, nunca insignificante, de los contenidos "universalistas" de las ideologías, por la condición de productoras de innumerables servicios que la maquinaria gubernamental e, incluso, las maquinarias partidarias asumen en cualquier sociedad de hoy. Tal fenómeno dígame de paso, bien puede exigir un severo ajuste de la postulación marxista sobre el carácter parasitario del Estado e, inversamente, puede insertar a sus gestores (confiriéndoles características cabales de "clase") en el proceso productivo (149).

Por todas estas vías el sector político sería capaz de llegar a poseer estabilidad y autonomía relativas, evadiendo ser un mero instrumento del nivel social dominante. Posee cierta latitud de decisión en tiempos normales y en asuntos normales (subrayado el adjetivo) y es medio de compromiso entre los sectores privilegiados y las mayorías.

Si es factible de renovación electoral y mismo no siéndolo, ciertos sectores situados fuera de la elite social, movidos de su apetito de poder y de agrandar su base, eleccionaria o extra-eleccionaria - de apoyo, pueden abrir una brecha en aquella. Inversamente, en situaciones de crisis y asedio o en torno a esas decisiones fundamentales que pueden serlo una reforma agraria, fiscal o industrial auténticas, no es aventurado juzgar que no posee tal latitud de decisión y que

su dilema, entonces, es el de servir a los fines del complejo dominante del poder o romper drásticamente con él y tratar de apoyarse revolucionariamente en las mayorías hasta entonces mal articuladas (150). Que esto puede realizarlo mejor la "contra-elite" que el sector político gestor tradicional no altera, en este punto, los datos de la cuestión (151).

68- Todas las reflexiones precedentes sobre la posibilidad de sutantivación del Estado frente a las clases dominantes y a la configuración de un sector político-burocrático con intereses propios adquieren especial significación en el caso de las "nuevas naciones" africanas y asiáticas que el proceso de descolonización ha ido promoviendo desde 1945. La lucha revolucionaria, que en muchas de esas naciones precedió su promoción como tales, replantea, incluso, la función de la violencia en el origen del poder y en el proceso de su consolidación en propiedad (152). El carácter socialista, a su vez, que la mayor parte de ellas han adoptado, hace pertinente a su propósito algunas consideraciones que sobre las "elites" de las naciones del bloque soviético es posible hacer (153).

Dejando al margen el caso latinoamericano que mereció pasaje especial (154), de todas esas áreas antaño "formalmente" dependientes (además de serlo "materialmente", estado en el que casi todas ellas continúan) puede decirse en abrupta síntesis, que durante un largo período sólo conocieron esa superlativa forma de constelación dirigente que es la "oligarquía" -basada en la propiedad de la tierra, la concentración de la intermediación comercial con el exterior, el poder de las armas y la fuerza de la sanción religiosa. Los cuatro sectores operaban sobre pasivos sectores campesinos y una endeble y reprimida clase media y sólo cuando profundos cambios sociales promovieron un incremento sustancial de los núcleos mesocráticos y la industrialización arrastró consigo una burguesía industrial de

comportamientos "modernos" -al tope- y una clase obrera de incipiente pero creciente combatividad -en la base- cambió el cuadro de tensiones. Recién entonces para muchas sociedades comienza la validez -por lo menos analógica- de los esquemas teóricos de un sector dirigente no-tradicional.

Lo anterior, sin embargo, es más que nada aplicable a la situación latinoamericana o, cuando más, a algunas naciones de Africa o Asia (la India, Egipto, etc.). Más dominante, y más característica, es la condición de sociedades infinitamente menos evolucionadas que debieron ascender al molde desajustado y extraño de "nación" desde una condición prácticamente tribal y cuyo débiles centros urbanos contendieron elites dominantes, emergentes y remanentes que algún estudioso ha tipificado en las de : 1) los administradores coloniales; 2) las elites dinásticas; 3) las clases medias; 4) los intelectuales revolucionarios; 5) los líderes nacionalistas (155). Lograda la independencia, es en ellas que se plantean las posibilidades estatales y político-burocráticas capaces de convertirlas en "novum" respecto a una estructura social generalmente amorfa y totalmente extranjera en la cima. *El partido único o dominante se hace, como observa Worsley una variante en verdad inédita en la historia política general pues más que ser la expresión de los intereses económicos de una clase, es en si la apertura de la oportunidad económica.* Aunque Europa y, sobre todo, los Estados Unidos hayan conocido los que Weber llamó "partidos de mera apropiación", lo que constituiría ahora factor drásticamente nuevo es que los *demás medios para adquirir riqueza y prestigio, tanto por individuos como por grupos son estrictamente limitados lo que hace que el partido en la medida que se trata de motivaciones materiales, simboliza la oportunidad* (156). Generalizando esta dirección dice Stanislas Ossowski que *la concepción decimonónica de la clase social, tanto en la interpretación liberal como en la marxista, ha perdido mucho de su aplicabilidad en el mundo moderno.*

En situaciones en que los cambios de la estructura social están en mayor o menor grado gobernados por la decisión de las autoridades políticas, estamos muy lejos de las clases concebidas como grupos determinados por sus relaciones con los medios de producción o, como otros dirían, por sus relaciones con el mercado. En situaciones en las que las autoridades políticas pueden, patente y efectivamente, cambiar la estructura social, en las que los privilegios que son más esenciales para el "status social", incluyendo el de una participación más alta en el ingreso nacional son conferidos por una decisión de las autoridades políticas: en las que una gran parte o aún la mayoría de la población se halla incluida en una estratificación de las que son dables de ser encontradas en una jerarquía burocrática, el concepto decimonónico de las clases se hace más o menos anacrónico y los conflictos de clase dan paso a otras formas de antagonismo social (157).

Quitándole al precedente pasaje el aire ligeramente novelesco y dicotómico que es evidente en él, reduciendo su validez a esos casos de extrema y rara labilidad (o maleabilidad social) que caracterizó el nacimiento de algunos nuevos estados africanos y asiáticos -resultado en buena parte del modo revolucionario de su emergencia- el texto marca con todo ciertas tendencias que este desarrollo ha tratado de hacer explícitas (aunque menos vistosas, sin duda) (158).

69- Dice Francois Chevalier en una nota sobre la ya citada obra de Bourricaud sobre el Perú (159): *Independientemente o no de estas "firmas" a uno le gustaría tener alguna idea de la influencia de una Embajada como la de los Estados Unidos en la vida del Perú (...) ¿cómo se puede tratar de la "oligarquía" y de la "política" sin extenderse sobre las grandes firmas azucareras y mineras, mismo en el*

caso de que su potencia fuera mas mítica que real. lo que resta demostrar? (160).

Esta acotación al pasar nos recuerda un trazo-también una norma que este desarrollo ha seguido casi sin excepciones. Y es la de considerar los fenómenos de la concentración, dispersión y renovación de los centros de poder suponiéndolos resultantes de un juego de fuerzas actuando en circuito cerrado. La artificiosidad -o el convencionalismo- de tal principio se hace clara si se atiende la literal mundialización de las tensiones sociales y las relaciones del poder político, militar e ideológico a tal escala. Cualquier área nacional, y lo que en ella se decide, se halla abierta a múltiples formas y vías de incidencia por las que penetran las corrientes exteriores de poder. Tal fenómeno, ostensibilísimo en sociedades de magnitud pequeña o mediana no tiene siquiera infracción total en el caso de las superpotencias y las super-naciones (los Estados Unidos, la Unión Soviética, China, la Comunidad Europea) cuya acción exterior-política, militar, económica, cultural -se determina y modifica sobre la configuración del contexto mundial y las variaciones que éste sufra. Pero la "variable exterior" como la hemos llamado (161) adquiere una relevancia decisiva en el caso de verificables relaciones de dependencia entre una nación mediatizada económica y/o políticamente y la potencia hegemónica en un área determinada (que puede ser literalmente medio mundo ...). La existencia, entonces, del sector dirigente unificado o plural, los alcances de su poder, se hacen inseparables de las conveniencias que la potencia imperial considere identificadas con el interés de su dominación y la supervivencia de su propia estructura social de poder. En tal cuadro, el "déficit" de medios que la constelación de poder local pueda presentar en sus pretensiones a la perduración de su preponderancia es satisfactoriamente suplido por los otros medios que la potencia dominante puede allegar. Las formas de hacerlo son innumerables y su

recuento, clasificación o tipificación no caben aquí. Del fomento de la dependencia económico-financiera a la intervención militar directa- caso de República Dominicana (1965)- o indirecta -caso de Brasil (1964)- no hay soluciones de continuidad en un ancho espectro en el que se encuentran desde el apoderamiento de los medios de difusión de masa, el soborno de determinadas elites, la desnacionalización del sector industrial, la compulsión, a nivel diplomático, sobre la línea política internacional a sostener, o el asesoramiento y la incitación a una línea social represiva de las demandas de los sectores medios o populares. El "rubro de invisibles", como en las "balanzas de pagos" es inmenso, y con razón sostenía Meynaud a propósito del sistema político de Grecia que la influencia de los Estados Unidos sobre él, aún a falta de "pruebas", podía, científica y limpiamente, invocarse como evidencia (162). También a los Estados Unidos, aunque en su relación con Latinoamérica, estábamos refiriéndonos. Ni la lista de sujetos de la hegemonía se agota con él ni el fenómeno de dependencia latinoamericana bajo la acción de la "variable externa" es totalmente extrapolable a otras áreas mundiales. Pero uno y otro es el que tenemos bajo los ojos y no son deficiente punto de partida para una comprensión del problema que aspire a ser algo más que registro pasivo de una pseudo-fatalidad.

La constelación de poder económico, político y militar de los Estados Unidos, o sea esa entidad que el lenguaje polémico-ideológico de la izquierda mundial, llama con acierto sustancial pero, a veces, engañadora unicidad el "imperialismo", proyección hacia el exterior del capitalismo en su etapa monopolista, debe tenerse primordialmente en vista como fuerza de formalización y respaldo del poder de los sectores dirigentes nativos. Con desigmo o sin él, con entusiasmo o sin él, la proyección mundial del imperialismo estadounidense no tiene al presente otra alternativa que solidarizarse con una forma de estratificación y con un proceso

social que sea capaz de cerrar el paso -ya sea al modo "reformista" de ciertos edulcorados "desarrollismos" ya al modo frontalmente represivo- a la explosión revolucionaria a veces más temida o científicamente previsible que fácticamente inminente. De cualquier manera: la explosión revolucionaria que traería entre sus secuelas la dada de baja del satélite en términos del alineamiento mundial de las superpotencias, la ruptura de la malla de los intereses, los lucros y las presiones de las corporaciones empresarias de asentamiento mundial y, más tal vez, aún, la abjuración política simbólica susceptible de extensión y contagio.

Notas Capítulo XVIII

(1) Bottomore distinguirá entre elites, entendidas como grupos ocupacionales de alto "status" y una minoría que gobierna la sociedad, que ejerce poder e influencia y está comprometida en las luchas por el liderazgo político y a la que llama "clase política" ("political class"). Es dentro de esta última que recorta la "elite política" ("political elite"), compuesta por los gobernantes formales, los militares, altos administradores públicos y "grandes jefes de empresa". La clase política abarca también las llamadas "contra-elites" (I, págs. 8-9) Hasta aquí Bottomore. Su cuadro de designación, pensamos, es desagraciado. Porque: ¿la "clase política" solo combate por el poder formal, por la autoridad estatal? ¿Está separada de la clase dominante? ¿Es una clase? ¿Y si en la "elite política" incluimos los "grandes jefes de empresa" ¿que queda para la "clase política", etc?

Respecto a la "clase gobernante" ("ruling class", que cree ser la adecuada traducción inglesa del término que Marx empleaba), Bottomore se inclina por su "superioridad" como designación, aunque la considere un tipo-ideal en el sentido weberiano, modelado sobre la praxis del feudalismo y de la burguesía naciente y que, si se quiere reajustar al presente debe ser contrastado con las divergencias que provoca: 1) la debilidad de las formaciones de clases; 2) la influencia de factores distintos a los económicos; 3) el conflicto entre diferentes formas de poder (I, págs. 32 y ss). Con-

tratado "elite gobernante" y "clase gobernante", cree que en su aplicación pueden darse las siguientes posibilidades: a) sociedades con una "clase gobernante" y "elites" que representen aspectos particulares de sus intereses; b) sociedades en que no existe "clase obrera" pero sí una "elite del poder" basada sobre la fuerza militar y administrativa más bien que sobre la propiedad y la herencia; c) sociedades en que sólo existen una pluralidad de elites y entre las cuales no es advertible un grupo cohesivo y duradero de personas o familias (idem, págs. 38-39) Cree, en suma, que si la elit y "clase gobernante" -son términos- a un nivel - contradictorios, son- a otro- también complementarios, expresando en este caso aspectos distintos de un mismo sistema político o las diferencias entre dos de ellos dentro de un mismo sistema social (idem. p. 38)

(2) Si se traza el universo de los términos alguna vez usados y susceptibles de combinación (excluyendo los de carácter histórico, o local, o muy personales al teorizador, v. par. 50) nos encontramos con las siguientes series: I- *Sujeto*: clase, elenco, sector, elite, categoría, estamento, personal; II- *Carácter*: político, social, económico, cultural, religioso, técnico, etc.; III- *Función y posición*: dirigente, dominante, gobernante, superior; IV- *Naturaleza*: de poder, de valor funcional; V- *Realidad*: real y no-real; VI- *Nivel*: cima, tope, cúspide; VII- *Grado de integración*: unificada, plural.

(3) Sociólogos académicos y conservadores -caso de Bourri-caud- no rehusan, en casos, usarla (V. XXXVII, p. 47)

(4) Aron: sólo indicaría que todas las actividades están dirigidas por los que están en la cumbre y que estos tienen vinculaciones.

(5) II, p. 17. V. par 67: crítica

(6) Dígase de paso que esta hipótesis mostraría que el funcionalismo no es "per se" tan conservador como suele afirmarse

(7) V. par. 39

(8) V. par.20

(9) VII. págs. 262-263

(10) V. par. 20

(11) En Bottomore (I. págs. 33-37) cálculos de Strachey, para Gran Bretaña y de Titmuss para los Estados Unidos, sobre la escasa o ninguna mejora lograda por la clase trabajadora en porcentajes en el ingreso nacional total, entre 1911 y 1950

(12) V. opar. 12.39.40

(13) VIII. págs. 26.255-265.273-274

(14) RFSP, 1966, págs. 104-106: Nota Bibliográfica de "Rapport sur la classe dirigeante italienne"

(15) V. par. 39 y 42 y ap. B

(16) V. par. 4 y 51

(17) V. Ap. B

(18) V. par. 2 y 25

(19) XVII. p. 91

(20) XXVI. págs. 208-209

(21) Sobre los partidos de "mera apropiación" instrumentados y cohechados por los grandes negocios, recuerda Richard Hofstadter (en "La tradición política americana" Barcelona, Seix y Barral, 1969, pag. 211) que Seward decía que un partido se asemeja a una sociedad anónima, en la que los mayores accionistas asumen el control de la empresa. "Pues bien (agrega Hofstadter) los capitalistas tenían bastantes acciones en ambos partidos; pero a veces se rebelaban contra lo que consideraban excesivas pretensiones de los políticos".

(22) Término tomado de las corrientes religiosas protestantes para designar a los partidarios más cerrados de la literal verdad de todos los textos bíblicos.

(23) Im, P. 25

(24) Richard Lewisohn: "El dinero en la política", Madrid, Cenit, 1930; Robert A. Brady, v. n. 69 a Cap. IX

(25) XIII, p. 155: captación de los políticos en la capital del país por la elite de los negocios. Washington (como nuestra Punta del Este) ha sido teatro tradicionalmente visible de esta acción, según lo ilustran la literatura y el cine.

(26) I, p. 166

(27) IX, p. 242

(28) J. Meynaud: "La elaboración de la política económica", Madrid, Tecnos, 1961, págs. 64-66

(29) Famosas son las recientes luchas por el control de "Le Monde" y "Le Figaro" franceses.

(30) V. Ap. B

(31) V. par. 69

(32) V. par. 55

(33) V. par. 20, 24 y 25

(34) V. Ap. E

(35) V. Ap. C

(36) I, págs. 35-39

(37) Schumpeter: "Imperialismo, ... cit.

(38) Idem, págs. 173-174

(39) Idem, págs. 193;198-203

(40) Idem, p. 181

(41) V. par. 27

(42) XXVIII, págs. 124-125: critica a esta ideas. Como Galbraith agrega que antes lo escaso era el capital y ahora esto ha cambiado, habría que agregar una tercera variable que es la del nivel técnico.

(43) Schumpeter, op. cit. págs. 196-201

(44) V. Ap. E. En "Economía y Sociedad", México, Fondo de Cultura Económica 1944 t. Iv, pags. 9-10, Max Weber plantea la relación entre "dominación" y "poder económico" y concluye: 1) que no son inseparables; 2) que en los dominadores no existe una tendencia exclusiva ni constante a perseguir bienes económicos; Sin embargo: 3) el poder económico es con frecuencia una consecuencia (y consecuencia buscada) del poder de dominación y 4) es uno de sus medios. (Aquí un nuevo) sin embargo: 5) no todo poder económico se exterioriza como dominación; 6) y no toda dominación se vale de medios económicos (Tercer) sin embargo: 7) la manera de utilizar los medios económicos para sostener la dominación influye en la estructura de ésta; 8) la estructura de dominación constituye un factor económicamente importante; 9) y está condicionada económicamente.

(45) V. par. 38

(46) En "La sociología subdesarrollante" cit. del autor: "la pantalla de las elites funcionales" (también en "Marcha", N° 1371, de 22-9-67

(47) IV, págs. 52-55

(48) I, págs. 14-15 y 63; Verney (XIII, pags. 153-154) se refiere a las elites vinculadas a la nueva preocupación por la igualdad y

que se afirman no por la desigualdad privilegiada y heredada sino por la individual y transitoria resultante de la capacidad individual. Aludiendo al "la aprobación de las masas que necesita una elite" dice que "no debe ser confundida con el respeto del populacho que daban como cosa hecha las antiguas aristocracias"

(49) "Linkages" es el concepto elaborado por los sociólogos políticos estadounidenses, especialmente V. O. Key

(50) V. págs. 3-7. en otro texto advierte que el esquema de las categorías dirigentes "tiene el inmenso mérito de mostrar que si las sociedades modernas se caracterizan por una disociación de poderes el ejercicio de estos permanece concentrado en unas pocas manos. Permite identificar a los titulares del poder de mando y advertir su coherencia creciente (RFSP, 1964, p. 662)

(51) II, P. 17

(52) III

(53) XLVII, págs. 108-110. Es de notar, en cambio, que otros sociólogos de inclinación conservadora sostienen que sólo en sociedades estables puede darse la "elite del poder" (XLIV, pags. 143-144)

(54) Idem

(55) IV, p. 46

(56) V. n. 17 al cap. X

(57) Ruben Cotelo, en "El País", 13-6-65, bajo el título "Una absolución colectiva"

(58) V. par. 58

(59) V. par. 63

(60) Sería la multidimensionalidad, antitética a la unidimensionalidad que analiza Marcuse en su célebre obra

(61) "Ideología y Utopía". México, Fondo de Cultura Económica". 1941. págs. 135-144

(62) I, págs. 64-71. Sobre definición e historia del "intelectual", excelentes: Leonard A. Coser: "El oficio de pensar", México, Fondo de Cultura Económica, 1968 y el artículo de Louis Bodin y Jean Touchard: "Les intellectuels dans la société française contemporaine: définitions, statistiques et problèmes" (RFSP, 1959. págs.835-859)

(63) Debe atenderse que en por la vía de las valoraciones implícitas que comporta el sistema de "variables-pautas" de Talcott Parsons, elaborado para contrastar la sociedad tradicional y la modernización, el técnico siempre es evaluado positivamente y el intelectual propiamente dicho de modo muy negativo: V. Campiglia, op. cit. y el libro cit. con trabajos de Gunder Frank y del autor.

(64) Muy recomendable el libro de Meynaud (V. XXXV)

(65) V. par. 67

(66) XXXV, págs. 170-175; 238-240

(67) O sea: que el burócrata cumple actividades generales reiterativas y monótonas mientras el técnico debe concebir soluciones a determinados problemas que le son planteados; que el burócrata está inserto en un escalafón claramente delimitado, mientras el técnico actúa habitualmente en forma más suelta, menos estrictamente sometido a subordinación jerárquica; que el burócrata tiene que moverse de acuerdo a una serie de pautas de comportamiento rígidamente predeterminadas, mientras el técnico, por la misma naturaleza de su función no puede (ni aun debe) hacerlo; que el burócrata, por lo menos a determinado nivel es el quién decide el acto administrativo, mientras el técnico (es por lo menos su función específica) aporta las razones para que esa decisión sea adoptada.

(68) V. par. 67 y Ap. B

(69) I, pgs. 80-83; casos de Francia e Inglaterra: el estudio de Meynaud, muy sovente, sobre las relaciones entre "Les groupes d'intérêt et l'administration en France" (RFSP, 1957, págs. 573-593), Jean Blondel, op. cit, etc.

(70) V. par. 68 y Ap. F

(71) En Weber, op. cit. t. IV, págs. 85-130

(72) V. par. 27

(73) I, págs. 70-74; XXXV, págs. 158-169

(74) Aunque este desarrollo no ha manejado regularmente ejemplos uruguayos (es previo a una investigación sistemática de la realidad dirigente nacional) vale la pena observar que hay ejemplos entre nosotros de que, dentro de determinado clima de orientación "particularista" de la política industrial del Estado, gerentes con fuerte respaldo político (aún) solo hábiles en el "Know-how", pudieron llegar a hacerse verdaderos señores de una empresa. Hace veinte años cabría haber citado figuras muy notorias. Y lo mismo ocurrió, aunque con matices diferenciales grandes, en la Alemania nazi.

(75) I, págs. 73-75

(76) XXXV, págs. 149 y ss.

(77) XXVII, 90

(78) Para modelos V. XLVII, princip.

(79) V, par. 68 y Ap. D,E y F

(80) Helene Carrère d'Encausse en RFSP, 1964, págs.1162-1164, sobre las tesis de Mirskii y Pokataeva en el Instituto (soviético) de Estudios Internacionales (MEIMO)

(81) V. esp. par. 59-60 y 61

(82) V. par. 47 "in fine"

(83) V. par. 64

(84) V. par. 32-33 (tesis de la pluralidad de los sectores dirigentes); par. 39 (tesis de su unidad); par 31 (tesis de los límites o "plafones"); 42 (tesis de la plasticidad de los límites)

(85) V. par. 14 y 18

(86) V. par. 34

(87) V. refrs. similares par 47

(88) V. par. 60-61

(89) V. par. 31

(90) Expresión psicológicamente oscura y compleja que algunos prefieren reemplazar por la de "voluntad inducida"

(90 bis) V. par. 60

(91) V. par. 31,42 y 52

(92) V. par. 66

(93) V. par. 51

(94) IX, págs. 239-240

(95) V. par. 56

(96) V. par. 47

(97) V. par. 64-65

(98) XL, págs. 212:236 y ss. Para la exposición y crítica de esa corriente, V. par. 38 y 58

(99) También pueden darse en el Modelo I bajo la influencia de la complejidad de decisiones que en una sociedad moderna deben adoptarse.

(100) Es de suponer que éste es el caso del Uruguay del presente: V. nuestro planteo en "La clase dirigente", "Nuestra Tierra", n° 34, Montevideo, parte IV

(101) V. par. 46

(102) V. par. 2

(103) II

(104) XII, p. 357

(105) IV, págs. 46-47

(106) XLIV, págs. 140-144

(107) V. par. 23 y 50 y Ap. E

(108) V. par. 39 y 58: importancia de la autoridad política

(109) V. par. 50-51

(110) V. par. 14

(111) XXXVII, págs. 8-50

(112) XL, p. 39. Esto no ocurre, empero, hay que observarlo, en el sector burocrático estatal que tiene su lugar muy ostensible en el extenso espectro de las clases medias.

(113) XL

(114) En Carlos S. Rayt: "Teoría de la política", Buenos Aires, Abeledo- Perrot, 1966, p.220

(115) E. Aron

(116) Inversamente (y se ve que complejo y lleno de implicaciones es en nuestro tema el deslinde terminológico) bien se puede reconocer que todas las funciones dirigentes son "políticas" en sentido amplio, en cuanto impactan en forma de presiones sobre los centros de decisión pública (y es el sentido del vocablo "politics") o acogidas y aceptadas constituyen comportamiento estatal (y es el sentido de de "policy")

(117) Esta serie sustituye a la anticuada y resbalosa distinción de "actos de gobierno" y "actos de administración" que manejan los juristas (V. Gonzalo Aguirre Ramirez, en "La Mañana", de Montevideo, de 9-2-70, pag. 4 "Recursos administrativos contra los actos de gobierno"). Aunque es claro que a lo largo de la serie se dan anchuras muy distintas de latitud y discrecionalidad y de comportamientos estrictamente normados

(118) V. par. 60

(119) Incluso del personal político, recuérdese (V. par. 20) Mills no incluye al Presidente ni a los congresistas en la "elite del poder".

(120) Easton, op. cit. pags. 124-127

(121) V. par. 64 y 66

(122) V. par. 33

(123) V. par. 31 y 53

(124) V. par. 4,5,6 y 55 y Ap. B

(125) V. par. 57

(126) V. par. 60-61

(127) V. ap. C y D

(128) V. ap. E

(129) Esto ocurriría, señalemos, si la elite del gobierno o poder se entendiera al modo funcionalista, pero la "elite del poder" cuya refutación es el propósito más amplio de Friedrich concibe la realidad por vía inversa: enfatiza que las posibilidades de ejercer las distintas formas de poder estan reservadas a una minoría. "Reservadas", antes de que sean efectivamente ejercidas.

(130) V. Ap. E; XII, págs. 345-346; 351; 357; 360-361; 362-365. Vuelto más adelante C.J. F al problema del asiento y siempre sobre el supuesto funcionalista, reitera las dificultades que implica el establecer quién pertenece a la "elite política" por la misma complejidad que representa el fijar "las realizaciones en el campo del gobierno". Si es fácil, dice, establecer en el caso del médico o del abogado quién cura o defiende bien, ello no ocurre en el del gobierno, que supone por sí mismo el servicio a la multiplicidad de valores que supone "una comunidad viva". Por ello "solo un grupo claramente cohesivo, que cuente con intereses y juicios de valor comunes estará probablemente de acuerdo sobre la calidad de las realizaciones de toda persona implicada en el gobierno". Friedrich identifica, como se ve, en la intención negatoria, a "elites funcionales" (V. par. 30), a la "elite del poder" (V. par. 23, 26 y 27) y a "elites del valor" (V. par. 35-37), esto último en forma claramente superflua (no se necesita recurrir a ella para identificar a los ocupantes de los roles institucionalizados de gobierno).

(131) XIII, págs. 155-156, trae a colación el testimonio de Aneurin Devan "L'esprit de corps" es particularmente notable entre los parlamentarios y ha hecho que el Partido Comunista francés y el Laborismo británico hayan ideado arbitrios para combatirlos por su eventual impacto de desfibramiento ideológico. Recuerda Verney que en la U.R.S.S se ha dado como motivo de la escasa periodicidad con que se reúnen los diputados al Soviet Supremo la necesidad de que no pierdan contacto con los electores y se promueva tal espíritu.

(132) Pero no subrayando su doble característica de fugacidad y de haberse originado en una total y compulsiva remoción de todo el sistema político precedente.

(133) XV, pags. 455-457

(134) V. par. 57 y Ap. C

(135) XLI, págs. 214-215

(136) Easton, op. cit, págs. 99; 166-167. También habría que marcar que entre teorizadores políticos vinculados a sistemas de "partido único", como es el caso del franquista Luis Sanchez Agesta, la función del personal político adquiere acertos marcadamente axiológicos. Para él "el estamento político" surge de dos variables esenciales que son "la estructura minoritaria consustancial al poder de autoridad, la necesidad de un centro unitario de decisión" y la variable que surge de "aptitudes y condiciones personales", de "la calidad personal que designamos como vocación política" peculiarizada por dotes de "organización" y "el designio de imprimir en el mundo externo y en la conducta de los demás la propia voluntad (en Fayt, op. y p. cit)

(137) "El sistema establecido", cit. págs. 208-210

(138) XV, págs. 258-260

(139) VV. par. 17

(140) XII. p. 361 (Friedrich). De más está decir que ni Michels ni sus seguidores "confunden", estrictamente hablando, sino que afirman que el segundo aspecto da pie para nuclear y aún nulificar el primero.

(141) XLVI, págs. 44-45. Con un caso de simple comprensión": si en un "cargó-clave" la tasa de circulación da un porcentaje elevado de tal o cual profesión o sector y se compara esa tasa con el porcentaje que expresa la parte de esa profesión o sector en la sociedad global, se podrá apreciar esa representatividad (hay que descartar para este cálculo el coeficiente de tecnicidad del cargo, esto es, sus exigencias intrínsecas de especialización: no representa lo mismo un general al frente de una región militar que al frente

de una embajada; un banquero a la cabeza de un banco que a la cabeza del poder ejecutivo, etc)

(142) V. pr. 60-61

(143) Ap. F

(144) V. par. 68

(145) V. par. 31,33,52-53

(146) V. par. 60

(147) Sobre la posición central del marxismo, V. par. 12; sobre los matices que puede presentar, V. Ap. D

(148) Un modelo de esta complejidad del arbitraje resulta la derrota del todopoderoso Agnelli y la FIAT, en su esfuerzo por evitar la promoción gubernativa del proyecto de la Alfa-Romeo de montar una planta en el sur de Italia y producir desde 1971 automóviles de bajo costo (y competidores es de FIAT) ("Time", 17-1-1-69). Se trata de un conflicto de intereses entre elementos del sector dominante pero en su dilucidación entran otros elementos: el "interés general" en promocionar las zonas más pobres del país, etc.

(149) Queremos decir que si se acepta que esos innumerables servicios que el Estado provee son "bienes" producidos, puesto que estos no tienen por qué ser estrictamente bienes "materiales" (la misma contabilidad nacional soviética está teniéndolo que aceptar) no se ve bien, entonces que si el Estado (que además de "servicios" produce también algunos bienes materiales) y las clases se definen por el lugar que ocupan en el proceso productivo y por su relación con la propiedad de los instrumentos que lo promueven, los que detentan la gestión y la gerencia de las actividades no rutinarias ni parasitarias del Estado, no puedan constituir, desde una legítima perspectiva marxista, una clase. Esto, todavía al margen de que el Estado emite también decisiones que afectan hondamente el flujo productivo y lo condicionan a veces muy de cerca.

(150) V. par. 31 (sobre el "líder-causa" y el "líder-reflejo")

(151) V. par. 62-63: alternativas de inserción de un sector en una sociedad distinta.

(152) V. Ap. F

(153) V. Ap. E

(154) V. par. 45

(155) I, págs. 89 y ss

(156) Peter Worsley: "El Tercer Mundo", México, Siglo XXI, 1966, págs. 183-184. Sobre Africa el muy conocido libro de René Dumont: "L'Afrique noir est mal partie", Paris, Editions Du Seuil, 1965

(157) Ossowski: "Class structure in the social consciousness", London, Routledge & Kegan Paul, 1960 (en I, p. 79)

(158) V. par. 67 y Ap. C, D, E, F

(159) XL

(160) En RFSP, 1968, p. 1026

(161) V. par. 43 y 47 "in fine"

(162) RFSP, 1965, p. 324

APENDICE A:

DOS VERSIONES ARGENTINAS DE LA "CLASE DIRIGENTE"

Proviene ambas del pensamiento argentino de derecha y son sustancialmente coetáneas; ambas articulan los proyectos -y aún los mitos- de ese sector ideológico bajo el impacto de la boga de las "ortodoxias políticas" hacia los años de la segunda guerra mundial. Las dos portan también, aunque tenuemente, las marcas de un contexto local determinado.

Marcelo Sánchez Sorondo menta llanamente a los *mejores* como sujeto de un planteo abundante en drásticas seguridades. *Todo régimen resulta de la longevidad política de los mejores*. Si se tiene en cuenta *la necesaria idoneidad del sujeto artífice* resulta que *es menester de pocos la política, arte mayor, arte regio, para el cual son requeridas virtudes aristocráticas*.

Pero no hay mejores que valgan sueltos, separados entre sí (...) Mientras la virtud de los mejores sólo sea personal en vez de social, mientras no derive de una común formación de hábitos y estilo brillará por su ausencia la autoridad de los mejores.

Supuesto entonces un grupo, un ente colectivo, dos rasgos de una auténtica clase dirigente son su índole política y

su carácter abierto. *Pues la nobleza no es sino un grupo dirigente rancio. La herencia, que es el procedimiento más fácil pero más ciego apareja el estancamiento de la clase dirigente. La leva de los mejores tiene que ser general, pues la casta es un orden prehistórico (...) propio de culturas amuralladas que carecen de historicidad* (1).

Ernesto Palacio, en su "Teoría del Estado" desarrolló también el tema como pieza fundamental de su construcción. Y si, a lo Mosca, ve la historia como una sucesión de clases dirigentes, debe tenerse en cuenta que lo que peculiariza a éstas y les da *cohesión y perdurabilidad es la posición de cierta densidad emergente de una efectiva concentración de valores en su seno*. Y esto sólo se asegura por una *incorporación continua de los valores que surgen del pueblo*. Pues, en esencia, *la clase dirigente es la categoría política intermediaria entre el pueblo y el poder personal, constituye una minoría respecto a todo el cuerpo político*.

¿Qué la sostiene, qué la legitima? *No obstante ser una minoría (...) dirige en virtud de la energía interna que la anima la actividad general de la comunidad, porque el poder personal sólo tiene sentido mientras emane de ella o mantenga con ella solidaridad*. Ahora bien: esta relación de la clase dirigente con el poder personal y con el pueblo es de *hecho y no de derecho*; no se identifica con organismos o instituciones dadas. Y si se observa cuáles son las condiciones de la existencia de una clase dirigente y de su acción eficaz, Palacio parece inclinado a fijar tres fundamentales.

La primera sería la *coherencia*, que representaría la *garantía de su existencia como tal* y que surgiría de un *acuerdo de carácter general y de determinada identidad de intereses*. La segunda sería la ya mentada *densidad o concentración de valores*, que deben ser *principios vigentes que posean fuerza persuasiva y la virtud de engendrar adhesión*.

La tercera sería su obligación de ser *representativa*, aunque no, naturalmente en el sentido formal liberal-democrático. *La representación no se otorga: se posee o no se posee*. Aun así, esta condición de representatividad es fundamental, pues cuando la clase dirigente *no representa a la comunidad se cierra a sus anhelos, no se renueva al ritmo del progreso social, rechaza los nuevos valores, la comunidad deja de reconocerse en ella, los valores excluidos se agrupan, viene la coacción y la persecución y se opera la restricción de las libertades*. También, con sesgo inequívocamente paretiano, Palacio pronostica que, entonces, se desencadenará, de modo necesario, el proceso de la revolución.

Es del caso preguntarse cuáles son esos "valores" en que se sostiene la clase dirigente. Palacio afirma que *una clase dirigente es un sistema de influencias que se difunde por la colectividad. Su prestigio como clase depende del prestigio sumado de sus miembros*. Esos miembros deben tener las *cualidades que confieren autoridad entre los hombres*. Ellas pueden ser la inteligencia, la conducta, la posición social, la posesión de los medios de poder que representan el dinero o la propiedad territorial. *Las cualidades rectoras, como se ve, varían con las clases dirigentes que las portan, pero siempre operaría, a modo de común denominador cierta cualidad humana, cierta elevación sobre la mediocridad*.

No se vea en esto, se preocupa quien tal dice por hacerlo notar, el menor vestigio de *aristocratismo*. El cuadro de preceptos se aplica a todos los regímenes, incluso al popular. Las aristocracias decaen, asevera también aquí con clarísima traza paretiana, porque sus miembros degenerados *no poseen las cualidades dirigentes que les atribuyen los principios que invocan*.

Sean cuales fueren, la tendencia de los pueblos es buscar dirigentes, *es acatar los valores que surgen en su seno*.

Si yerran a veces *en el juicio* no yerran nunca *en la voluntad*. Las crisis se originan cuando esos dirigentes o esos principios faltan.

Palacio insiste todavía en el punto de *la determinación de la excelencia*. En general, piensa que deriva de la *capacidad de ejercer influencia duradera, de obtener acatamiento*. Ello puede alcanzarse a través ya de la inteligencia (aunque no sólo de *dotes especulativas*), de la *conducta* (que no hay por qué identificar con cierto *moralismo cuáquero*) o del *dinero* (por más que implique un desastre su influencia exclusiva).

Entendido lo anterior de tal modo, es factible fijar que *el objeto propio* de la clase dirigente es la conducción política de la comunidad, en modalidades que pueden variar según sean las metas: *guerrera* (si la tarea es defenderse); *propietaria* (si los fines son de paz y de empresa); *campesina u obrera* (si el designio es la reconstrucción social). De cualquier manera, la clase dirigente ha de representar a toda la comunidad , ya que de ello obtiene su legitimidad pero, sobre todo, ha de involucrar una relación de servicio -ya sea material, ya espiritual, con ella (2).

Concluida esta abreviatura se hace transparente el modo en que ambas (la de Palacio en forma más intensa) constituyen versiones directas, apenas elaboradas (aunque bien escritas) del pensamiento conservador elitista europeo y en especial de Pareto y Mosca.(3) Pocas pruebas mejores de la índole mimética de tantas ideologías latinoamericanas de derecha e izquierda.

De paso se corroboraría aquí que no ha sido sólo el de la "izquierda clásica un doctrinarismo imputablemente "alienado" que igual dictamen les cabe a estas modulaciones del pensamiento conservador. Igualmente es dable ver, tanto en

Palacio como en Sánchez Sorondo, la naturaleza axiológico-normativa de sus concepciones, no siempre bien empastada con los ingredientes descriptivo-explicativos que de su origen portan y menos con los valores de "eficacia" racional ostensibles en casi toda la labor de justificación. Pero esto, al fin y al cabo, es un rasgo común -ya se apuntaba (4)- de todas las teorías valorativas.

Vale la pena subrayar todavía hasta que punto la percepción de la existencia de clases, desigualdades económicas y tensiones sociales se halla ausente de las dos postulaciones racionalistas, basadas al parecer en la vigencia de una estructura patriarcal de "mejores" y de "dirigidos". Estos últimos, en ella parecerían no tener más función ni tarea que admirar tanta excelencia y dejarse guiar por sus sabias inspiraciones. No falta, en cambio y por cierto, la operancia de esas contradicciones en el pensamiento de Mosca, cuyos sólidos aspectos realistas los dos argentinos parecen haber pasado totalmente por alto.

Notas a Apéndice A

(1) "La clase dirigente", Buenos Aires, Adsum, 1941, págs. 10; 19-24; 31-32.

(2) "Teoría del Estado", Buenos Aires, Kraft, 1962 (nueva edición)

(3) Para ello comparar con par. 14 y 16

(4) V. par. 35, 36, 37

APENDICE B;

EL SUFRAGIO UNIVERSAL, GARANTIA DEMOCRATICA

En numerosos pasajes nuestro desarrollo apuntó a un fenómeno dual. Es el representado tanto por la posibilidad de contrapesos políticos a los que las mayorías podrían recurrir para cancelar la fuerza del poder concentrado como por la habitual capacidad de éste para neutralizar sus efectos.

Ningún proceso refleja con mayor fidelidad esta contradicción de contrastes que el del sufragio universal, con todo su complejo entorno político-social, allí donde se da en condiciones mínimas de autenticidad y regularidad en elecciones periódicas y competitivas.

Las perspectivas de estudio posible son, como se comprenderá, variadas. A los efectos de nuestro tema, esto es, a efectos de contrastar el derecho "abstracto" de elegir -y el derecho abstracto de "contrapesar"- (recuérdese lo dicho más arriba) con la posibilidad "concreta" de elegir -y la posibilidad concreta de contrapesar- una vía muy idónea nos resulta la antítesis. La antítesis entre las condiciones del sufragio tal como las formulara la tradición liberal democrática clásica y la realidad efectiva, contemporánea de su funcionamiento.

El ideal democrático tradicional suponía:

- a) la decisión electoral de una ciudadanía *moralmente* responsable, desinteresada, movida por el "bien común" o el "interés general" (o un interés nacional o sectorial identificables limpiamente con él) e indiferente al lucro o ventajas personales, además de *intelectualmente* esclarecida y suficientemente informada;
- b) que esa ciudadanía, desde tal actitud, optaría entre candidatos y partidos que representarían alternativas claras o sustanciales de conducta política y social, autenticadas a la vez en las credenciales de lo ya realizado y en la sinceridad del compromiso para el futuro;
- c) que esas alternativas implicarían opciones simples e intelegibles para el elector;
- d) sería efectivo el acceso igualitario de todos los grupos voluntarios a medios no muy masificados ni costosos de persuasión y propaganda;
- e) que fuera también real la posibilidad de participación de la ciudadanía inclinada a hacerlo en los propios organismos partidarios; lo que quiere decir también: en la modelación de las opciones a presentar al elector y en la designación de aquellos que bregarían con más eficacia y mejores posibilidades (por ser intrínsecamente más calificados) en una instancia posterior por el favor del voto público;
- f) que, a su vez, los favorecidos por la voluntad de la masa sufragante fueran fieles, inquebrantablemente leales, al mando de acción y posición expreso o tácito recibido;

g) que las opciones ofrecidas al electorado cubrirían todos los matices concebibles de opinión;

h) y la elección de la ciudadanía entre ellas, por radicales que éstas fueran respecto a los intereses dominantes, al poder vigente, sería llevada sin obstáculos hasta sus últimas consecuencias (2).

Es contradictorio que el pueblo sea a la vez miserable y soberano, decía Alexis de Tocqueville en la onda ascendente de la fe democrática del siglo XIX. Ciertamente pero ello hace justamente más revelador desplegar el contraste entre estas condiciones ideales, estas esperanzas y la realidad prácticamente general de las prácticas del sufragio en nuestros días.

a) El análisis de los móviles del sufragio y de su significación ética e intelectual fue -es ya remoto pasado- uno de los temas de preferencia de las corrientes políticas reaccionarias. Arma de progreso histórico, como al fin y al cabo el voto ha sido, puede pensarse hoy que lo equivocado de aquél análisis no era el diagnóstico sino las terapéuticas regresivas que de él creían justificar. Ciertamente es que la concurrencia de motivaciones psico-socialmente verificables en el acto del sufragio: oscuros reflejos de afinidad o disidencia; tradición (o mejor, rutina); compromisos, fidelidades y adhesión es preestablecidas sobre la base de perspectivas concretamente personales de lucros y ventajas (a veces de meras promesas o halagos); indiferencia o distracción irresponsable, ignorancia; imitación o novelaría; exitismo o pálpito del ganador (3); reacción automática al efecto atolondrado de los "medios de masa"; mera adhesión a lo factible y aún, en el mejor de los casos, selección entre ofertas disponibles dualizadas normalmente entre la continuación de lo que rige y su más o menos vago reemplazo; cierto es,

repetimos que en abanico tal de impulsos poco espacio cabe para el acto de libertad política responsable, impersonal y esclarecido, para la elección de los mejores hombres, o del prospecto más deseable de vida colectiva o de la propuesta ideológica más coherente y afín que la normativa democrática más exigente suponía había de ser.

b') Si de optar entre candidatos, programas y partidos ante una competencia persuasiva de aceptable nivel, toda la propaganda electoral conocida hoy parece enderezada -en grado mayor o menor- a desfigurar o anular tal posibilidad de opción. Es una tarea a la que concurren exitosamente el machaconeo de los estribillos o "slogans", el despliegue saturador de números, nombres y retratos (todo practicado de acuerdo a las más despiadadas técnicas de publicidad comercial), la apelación a los resortes irracionales y a los reflejos de fidelidad (grupala, profesional, de clase, partidaria, religiosa, regional), la oferta de beneficios concretos, individuales, aún en las formas más degradantes, dirigida en especial a los sectores proletarios e infraproletarios.

Eludir toda definición demasiado comprometedora de conducta futura o que pueda enajenar la capacidad de arrastre sobre algún núcleo determinado de votantes, no atacar abiertamente a ningún sector, no comprometerse a nada demasiado concreto y exigible, prometerlo todo a todos sin mayor preocupación por la coherencia ni por la mendacidad implícita en ello, usar cierta cauta, salvadora vaguedad, recurrir sin tasa al más flotante "lugar común" es la regla de oro imperecedera, la conducta electoral partidaria típica, aunque admita, claro está, numerosas excepciones. Sin embargo, estas excepciones las fomentan mucho más a menudo los drásticos antagonismos de una coyuntura dada que la diligencia de las organizaciones en subrayarlos. Todo concurre entonces a hacer del voto un mero dis-

paro al aire o, en el mejor de los casos, un arma de presión o de represalia una relación contractual de toma y daca. Y agréguese todavía a todas las quitas que despojan a la decisión eleccionaria de su carácter de opción entre alternativas claras, sustanciales, numerosos arbitrios de legislación electoral o post-electoral, tan comunes en los sistemas llamados "presidencialistas" como en los llamados "parlamentarios" (4).

c') La elección del votante suponía, decíamos, el planteo de alternativas claras, inteligibles. A esto hay que observar que si es cierto que todo puede ser abreviado y simplificado, la creciente complejidad o tecnicismo implicados en los problemas básicos de la colectividad contribuye a alejar del alcance del elector medio muchos extremos realmente importantes. Entre el "digesto" y la pedantería (indigesta) tendrían en verdad que posarse muchas cuestiones y ambas atentan contra aquella accesibilidad ideal para una saludable ciudadanía.

d') Es tema muy transitado el de los obstáculos que imponen a los grupos de acción política con escaso poder económico los altísimos costos actuales de la propaganda y la organización. Planteado ya en este desarrollo en su significación más general de prima estructural a los sectores elevados (5), vale la pena pensar todavía en la significación que adquiere la necesidad de llegar a ciertos "niveles de presencia" que permitan no ser literalmente anegados en la marejada propagandística de algunos períodos. Esos obstáculos pueden convertirse en un verdadero "veto", lo que frecuentemente ocurre, y si no ocurre siempre es porque el demasiado sacrificio y el entusiasmo de algunos partidos populares consigue en ocasiones llenar tan enormes claros.

e') La falta de participación de la masa electoral en los procesos de conformación de las diversas alternativas (candidatos, fórmulas, programas) que han de presentarse a la

ciudadanía, la enajenación del hombre común a "las grandes organizaciones inderogables", ha sido estudiada regularmente como una ilustración de la famosa "ley de hierro de las oligarquías" en los grupos secundarios (6) y con el apoderamiento de éstos por un sector político profesionalizado y autosostenido. Ese fenómeno universal se ha intentado paliar en algunos países -caso de los Estados Unidos- con la regulación legal y la exigencia de "comicios primarios" abiertos a todos los afiliados o simpatizantes. Pero en la práctica, la difícil documentación de tales condiciones ha contribuido, con otros muchos factores, a la casi total inocuidad del remedio.

f) Como dice Leo Hamon *no es verdad* que los dirigentes de un partido, ya sea en sus funciones de tales, ya sea investidos de roles estatales, se limiten a asumir el mandato que le confieren sus adherentes o sus electores. Y esto es así porque los mismos :1º) tienen que decidirse sobre una serie de problemas en los que no han recibido mandato alguno; 2º) han de enfrentar otros problemas que no aparecen a luz hasta después de las elecciones, esto es, ya conferido el mandato (7). Y aún podría agregarse a Hamon, que aunque no se den ninguno de estos extremos el antedicho "mandato" es, por lo regular, lo suficientemente vago como para que puedan justificarse todas las infracciones a su espíritu. A esto habría también que sumarse que, una vez escogidos los titulares de funciones públicas, estos sufren desde ahí presiones mucho más poderosas que las que están en el caso de ejercer sus ex-votantes y dotadas de una capacidad de veto mucho más alta. El tema ya ha sido considerado en estas páginas (8): forma parte de los medios de acción de la riqueza sobre el personal político. Solo importa observar ahora que para los electos, aún para los de proclividad "populista", esos medios de acción pueden poseer un impacto mucho más inmediato e inenjugable (desprestigio periodístico, sabotaje de la gestión) que el siempre

posible pero más alejado de la no-reelección. Tal cosa, aún en el caso que no fuera tan fácil como lo es trampear la propia imagen política y sustituir electorados cuando se tiene la eficiente lubricación que es capaz de dar el poder económico.

g) Es frecuente que las opciones ofrecidas al electorado no cubran todos los matices de opinión. Ello puede ocurrir cuando algunos de esos matices no poseen suficiente cuantía ni capacidad de articulación para presentarse a la pugna. Pero este no es el caso que importa aquí si no el de las limitaciones implicadas en el reclamo de "consenso" sobre las bases mismas del sistema político y social. Si se aprecia que el grado de ese consenso y la interpretación de cuáles son esas bases se hallan en manos de los sectores social y políticamente dominantes es fácil entender que todo grupo o partido político que disienta hasta niveles más radicales que los relativamente epidérmicos de la sustitución de personas o de árbitros políticos más o menos adjetivos se vea obligado a marginalizarse de la competencia. Siempre normas legales o compulsiones autoritarias se las arreglan para dejar fuera del radio legítimo de lo seleccionable todo movimiento que cuestione, como lo hacen los revolucionarios, las "bases fundamentales de la nacionalidad". Esto siempre y cuando se haga realmente peligroso, claro está, una situación en la que todas las diversidades aparentes que pugnan briosamente en el trámite electoral se unifican, como por encanto, en la fidelidad al "status" y en el respeto a los "poderes invisibles".

h) Porque hay "poderes invisibles" que rondan en torno a "la ciudad", de que hablaban los clásicos, o al "sistema político" que mentan los sociólogos. En el caso de decisiones por cambios radicales, los postulantes de ellos descubren muy rápidamente que todo régimen tiene sus "límites" y que, por debajo del relevo de los investidos con funciones

políticas regulares, la estructura social conlleva una trama muy apretada de solidaridades e intereses. Esta sólida trama proporciona a los sectores dominantes una condición eminente y privilegiada y les brinda un derecho de fallo en última instancia sobre toda propuesta de transformaciones hondas y realmente eficaces. Es el "poder oculto" que circuye el área de lo discutible, expulsa del ruedo legal a quién viola determinadas reglas de inofensividad o mueve -es muy común- el brazo militar para poner en su sitio las cosas.

Se ve, entonces, que ningún poder público, por mucho que sea el más (formalmente) regular y el más (materialmente) legítimo es explicable fuera del contexto de fuerzas -anteriores, concurrentes y posteriores- que lo jaquean, condicionan, inflexionan. Se ve entonces que el único sentido válido de la palabra "régimen" no es el que resulta de la arquitectura de normas escritas sino el que vale por sinonimia de los poderes sociales efectivamente establecidos y de las presiones y coacciones que velan por su permanencia. Con el tomar vuelo de esta "violencia larvada" que abandona su crisalida, con este "poder latente" que se actualiza, se mide hasta qué punto toda democracia es "democracia interna", predestinada a funcionar -aún en los casos de mayor autenticidad- sobre las bases y dentro de los límites de un sistema ideológico y social determinado. Lo que implica decir también: excluir a los disidentes, a los que no acatan las "reglas de juego" como "juego limpio" y esconder que todo lo que ellas permiten: "diálogo", libertades, turnos y coparticipación de partidos tienen vallas infranqueables pero sólo susceptibles de aparecer cuando, bajo el apremio de las circunstancias, caen las máscaras y se decreta, como santo y seña de guerra, que no haya *ninguna libertad contra la libertad*.

Todo lo anterior se halla, si se rastrean sus elementos comunes, bajo el triple signo de la *abstracción, la alineación y la manipulación*.

En primer término resulta obvio que, incluso contra todas las presiones y cortapisas enumeradas, es muy amplio el radio de las facultades que normalmente una ciudadanía posee. Ya sea bajo formas de participación política (en grupos nuevos o militancia en los existentes en utilización de los medios de expresión, etc.) las armas que la letra de los textos pone en manos de aquella son importantes. Pero, como decía no hace muchos años el jurista argentino Sebastián Soler, *el derecho establece que los hombres harán -dadas ciertas hipótesis- no lo que harán incondicionalmente. Haber supuesto lo contrario es el gran error del iluminismo (...). Los derechos individuales asegurados por la democracia son teóricos: se afirma el carácter normativo, de mera posibilidad, hipotético; no se asegura por ello su disfrute* (9). Ya se trate de los casos ya mencionados: utilización de medios de expresión, coalescencia de fuerzas políticas nuevas, militancia en las ya existentes, etc., tanto la crítica de derecha como la de izquierda fueron capaces hace ya décadas de marcar la enorme distancia que existe entre la "posibilidad", abstracta, de hacer y los poderes materiales de realizar, de "actualizar" esas posibilidades. Que gentes hayan habido que, a fuerza de abnegación, de literal heroísmo, llegaron a hacerlo, poco prueba. Fue Simone de Beauvoir que dijo que *una de las grandes mistificaciones del liberalismo es considerar la contingencia de casos individuales, sometidos globalmente a una necesidad estadística, como prenda de una auténtica libertad* (10). Supóngase por ejemplo -para aludir a una "incitación" tan llevada y traída- el caudal necesario de militancia personal enteriza, enconada, duradera que gran número de hombres y mujeres tendrían que aportar para alcanzar una "purificación" de nuestros partidos, una autenticación y efectivación de los supuestos y valores del sistema. Que quienes estuvieran en condiciones de emprenderlo prefieran luchar por una transformación total de ese sistema es más que comprensible por poco que se comparen los costos casi iguales de ambas tareas y los premios -también de ambas- tan abismalmente distintos.

Con la alternativa que de aquí resulta: la ruptura revolucionaria o la pasiva indiferencia se hace ya patente el segundo fenómeno de alienación, de total extrañeza al sistema electoral competitivo. Es generalísimo -políticos lo registran en todo Occidente- el cuadro agudo de una separación entre *ciudadanía y control*, como lo describe Meyer en los Estados Unidos, la conciencia de que el voto tiene escaso o ningún efecto sobre las *decisiones vitales* adoptadas por los estados y sobre el reclutamiento de los que las toman (11). La observación más superficial aunque no errada de cualquier instancia electoral puede concluir que, salvo contadísimas excepciones, todo su aparato (término, organizaciones, "deberes cívicos" éticos y responsabilidades legales) funciona como una especie de variable independiente al que la población se limita a asentir, apostando y conformando su conducta a la pauta exigida.

Esta alineación -de la que el tradicional "apoliticismo" es solo una de sus formas- ¿constituye un peligro o una ventaja para los grupos titulares del poder efectivo? Puede discutirse y aún puede ser decisivo el nivel que esa alienación alcance. Lo que es evidente es que incrementa la vulnerabilidad general de la sociedad a la manipulación por parte de esos grupos. Ya se hizo referencia a ella como elemento del contexto social general (12). Su función estrictamente política en el proceso democrático que centraliza la posible acción del sufragio universal ha sido acertadamente puesta en relieve por Hinkelammert: *en todos los países capitalistas importantes (...) desde ahora en adelante la clase capitalista necesita hacer nuevos esfuerzos para mantenerse en el poder. Dado que la legitimación democrática es un principio generalmente aceptado en la sociedad moderna, la toma de conciencia de la existencia de una clase dominante puede convertir (el sufragio universal) en una amenaza para el sistema capitalista mismo (...) Un voto (...) consciente, por definición, era un voto (...) anticapitalista.*

Pero una vez terminada la dictadura abierta de la burguesía (con el sufragio universal y el derecho de asociación), la clase capitalista necesita escapar a esta consecuencia. Busca una salida en la preparación ideológica de las masas votantes. Si el voto consciente es un voto anticapitalista se debe procurar un voto no consciente. Comienza la etapa de la manipulación de las opiniones (...) Se trata de una inversión consciente del mecanismo democrático del control. Las bases eligen poderes pero antes de elegir, los poderes predeterminan las bases (13).

Notas al Apéndice B

(1) V. pr. 5, 6 y 55

(2) Dejamos de lado otras condiciones, o que hay que dar por supuestas aunque implicaron cada una dilatadas luchas por su efectivación, o que son estrictamente locales del Uruguay. Entre las primeras: 1) que el sufragio fuera efectivamente "universal", esto es, que no estuviera descalificado por restricciones masivas de edad, sexo o nivel cultural; 2) que no se compeliere físicamente al votante; 3) que lo manifestado en las urnas fuera registrado y publicado de modo leal y auténtico, sin fraudes ni deformaciones; 4) que esto fuera asegurado por un "poder electoral" formalmente independiente y dotado de los medios idóneos. Entre las que tienen relevancia uruguaya esta la de que el sistema electoral asegure con equidad la representación de las diversas opciones pero a la vez no ponga trabas a la configuración de nuevas "unidades de opinión" en base al consenso en torno a determinados programas y por medio de deslazamientos traducibles en coaliciones, alianzas, acertamientos, etc. capaces de cancelar anteriores diferencias y antagonismos. No es necesario señalar la contradicción entre esta exigencia verdaderamente democrática y la existencia de legislaciones electorales como la nuestra que, a través de una complicada red de disposiciones (sobre lemas, sublemas, acumulaciones, suplencias, circuitos nacionales únicos, instancia única electoral para todos los cargos (doble voto simultáneo, etc.) hace del sufragio una opción llena de innumerales ambigüedades, una primera instancia de decisión que después se procesará por intrincados canales para emerger, irreconoci-

ble, contribuyendo a ungir electos y respaldar soluciones que nada tiene que ver con el acto inicial de voluntad que los dictó. Enorme, sideral distancia entonces, entre el mero derecho abstracto, formal, de depositar en una urna una hoja de votación y la posibilidad concreta de designar hombres o respaldar determinadas demandas o proyectos políticos (V. del autor: "El impulso y su freno", Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964. cap. VI)

(3) El "banwagon effect" de la terminología anglosajona, el subirse al "tren de la victoria", el efecto acumulativo de las perspectivas de triunfo.

(4) V. n. 2

(5) V. par. 55-56

(6) V. par. 17

(7) VII, págs. 436-437

(8) V. par. 56

(9) Sebastian Soler: "Ley, historia, libertad", Buenos Aires, Losada, 1944

(10) "El pensamiento político de la derecha", Buenos Aires, Leviatán, p. 151

(11) Alfred Meyer "Qui gouverne l'U.R.S.S.", RFSP 1967, págs. 1065-1066

(12) V. par. 55

(13) XXVIII, págs. 139-140

APENDICE C:

MARX Y EL "ESTADO-FUNCIÓN"

Como hemos tenido oportunidad de registrarlo, ha sido en general hostil la actitud marxista ante las teorías funcionalistas de la sociedad y el Estado. Siendo como lo es una teoría básicamente fundada en el "poder" y asentando lo sustancial de ese poder en la propiedad de los medios de producción, toda concepción del Estado y de su personal gestor asentada en la legitimidad otorgada por el cumplimiento de determinadas "funciones", ha de aparecérsese al marxismo como un escamoteo ideológico de incancelables relaciones de supraordinación y subordinación (1).

El marxismo en suma, funda la realidad histórica del Estado y la autoridad de sus gestores en el "dominio" y no en la "función".

Cierto. Pero en verdad, si se atiende a los planteos históricos de Marx y de Engels es dable marcar la significación relevante que en la génesis del Estado le prestaron al cumplimiento de determinadas funciones de atención necesaria para todo el grupo. Y es desde el cumplimiento de esas "funciones" que se habría originado la relación de dominación que caracteriza al Estado de los modos clásicos de producción esclavista, feudal y burguesa. Tal es como presenta, por ejemplo, Engels en el

"AntiDuhring", el proceso de creación de *órganos para proteger los intereses comunes* y representantes de los "intereses colectivos" llamados, por un proceso de independización de sus titulares a constituirse en clase dominante. Aunque agrega Engels que siempre subyace el poder político una función social y el *poder político no ha subsistido más que allí donde ha cumplido una función social*. En esa incipiente clase dominante que carece aún de propiedad y cuyos límites, por eso mismo, no tienen nitidez, un mismo individuo ejerce un "poder de explotación" y un "poder de función". La apropiación de una parte del excedente económico se realiza al principio en concepto de retribución por cumplimiento de servicios o funciones y solo más tarde sin ese justificativo. La explotación plena, unida a la dominación igualmente total, se alcanza cuando se invierte en un individuo que pueda simbolizar el cumplimiento exitoso de una función imprescindible para la existencia de toda una comunidad, como fue el caso de los trabajos hidráulicos -riego, desecación diques- ejemplo clásico del proceso (2).

La visión de tal proceso fue más bien larvaria o poco subrayada en las obras del período maduro de Marx y de Engels, tal vez conscientes de determinadas implicaciones que una concepción estructural a-histórica pudiera de él extraer (3). La exhumación del inédito de juventud que suele distinguirse como "Formas sociales pre-capitalistas" y el análisis del "modo de producción asiático" ha permitido apuntar la significación que estas ideas tuvieron en el desarrollo del pensamiento de Marx. Su destino más bien azaroso según lo marcan las varias sistematizaciones marxistas de los modos históricos de producción tienden a ratificar, por lo menos tal es nuestra opinión, la existencia de las cautelas antes insinuadas (4).

En lo que tiene que ver con el entrelazamiento y contradicción del enfoque funcionalista y el enfoque del poder en una sociedad contemporánea desarrollada el planteo de las disi-

dencias entre Parsons y Mills -es creíble- abona con pulcritud los términos del debate (5). Vale la pena, sin embargo, sintetizar, desde otro punto de vista, la posición de Poulantzas.

Se cumplen en la sociedad, sostiene, dos funciones, una es *la función reguladora correspondiente a los intereses políticos de la clase hegemónica* (a los intereses más generales), y otra que engloba el lote de las *subordinadas funciones reguladoras y ordenadoras del "Estado social"*. Estas funciones sociales comprenden el *orden público* (policía, ejército, sistema jurídico) y la extensión del Estado *como empresario público en sectores de interés general, no rentables* (salud, higiene, enseñanza, transportes) *que hacen más soportable el conjunto del sistema con respecto a las clases dominadas*. Los teóricos tecnocráticos y del "bienestar", neo-capitalistas, funcionalistas, etc., tienden a identificar -sostiene Poulantzas- *las dos funciones* como aspectos de una sola función *de organización de la sociedad*. Pero, como es el caso de Duverger, según él, confunden por esta vía la *función organizadora en general* con *las funciones reguladora y ordenadora del Estado*. Pero la función organizadora en general de *orden bienestar y técnico-económica* no agota la función organizadora en general (Poulantzas dice literalmente que no puede ser reducida la *función reguladora del Estado* a ellas) y en puridad esta subordinada a la otra (6) si bien cumpla las tareas importantes de beneficiar el proceso de producción y hacer toda la situación más tolerable. Poulantzas concluye que *las relaciones entre esas diversas funciones del Estado dependen del modo de especificidad y de articulación que reviste (...) los diversos niveles de estructura de una formación social*. (7)

Hasta aquí la argumentación de Poulantzas llanamente convincente en demostrar que ni se "confunden" ni se "agota" la función de la clase hegemónica en la función organizadora general de la sociedad. Podría sí, hacersele a su concepción el reproche de "voluntarista" que en otras partes de su estudio

hace a toda concepción de "herramienta" o "instrumento" e ir más adelante que él en el subrayado de "no-confusion" y "no-agotamiento" hasta señalar la naturaleza extremadamente compleja de la dialéctica que se trabe entre ambas funciones en una relación que obviamente está dada por el estado de esta formación en un nivel determinado de transformación (8).

Notas al Apéndice C

(1) Hassner (IV, p. 47) sostiene que la concepción de la minoría gobernante implícita en el marxismo es una combinación del criterio funcionalista (relación con el modo de producción) y del criterio de dominación (relación con la sociedad global). Dahrendorf (XXVIII, p. 122) también asevera que la concepción de una clase que domina el Estado pero está en conflicto con otras es "funcionalista", solo que reemplaza el consenso y la integración por el conflicto.

(2) Engels (XXV, págs. 290-291; 294 "in fine" - 295) Marx (XXI, p. 22); Godelier (XXIII, pág. XXVIII) agrega la función de control del comercio intertribal o interregional.

(3) XXI, p. 80

(4) XXIII, esp. pags. XXXVIII a XL y XXIV (Robswawn)

(5) V. par. 28

(6) Poulantzas cita un pasaje de André Gorz en "Strategie ocunrière et neo-capitalisme" (Paris, Editions du Seuil, 1964) en el que destaca como la higiene pública contribuye a aminorar la usura del trabajador, como la enseñanza lo capacita, cómo los transportes públicos lo conducen en buenas condiciones y como la racionalización de determinados ramos pone a cargo de la sociedad servicios deficitarios o a bajo precio- caso de la energía- a disposición de la industria ciertos servicios. (Respecto a este último ejemplo, también esgrimido por Baran, marquemos su carácter dudoso si se atiende a la resistencia a las nacionalizaciones que indica lo codiciable que esos servicios - vgr. teléfonos y energía- son aún a las grandes corporaciones

internacionales del tipo de la "American Telegraph and Telephone" y a la política del BIRF y el BID frente a los servicios públicos deficitarios.

(7) XXVII, págs. 102-104

(8) XXVII

APENDICE D:

EL MARXISMO Y LA ENTIDAD DEL ESTADO Y SUS GESTORES

El Estado *aún allí donde no esta conscientemente impregnado de las exigencias socialistas, incluye, justamente, las exigencias de la razón* (1). Excesivamente entusiasta puede parecer el comentario de Lefebvre a esta expresión de una carta de Marx a Ruge, de 1843 y su juicio de que al admitir que el Estado *tiene razón, razones para existir, Marx no rechaza totalmente la tesis hegeliana según la cual el Estado es la razón encarnada* (2).

De cualquier modo el "impromptu" es una buena introducción al complejo sistema de matices, concesiones e hipótesis que un examen medianamente atento de cierto textos de Marx es capaz de deducir. Y un sistema agreguemos cuya contradicción con la concepción "instrumental" del Estado y de sus titulares y gestores del marxismo más esquemático es por demás ostensible.

Varias son las vías por las cuales la significación del estado y las tendencias a su autonomización e independencia se marcaron en el pensamiento de Marx y de Engels.

En un orden lógico la primera tal vez a considerar es la percepción del proceso histórico por el que el Estado tendió a

izarse sobre las fuerzas sociales y parecer aplastarlas equitativamente. Desde el Imperio Romano, apuntó Engels la presencia de esa *máquina gigantesca y complicada de explotación de los subditos* (3). Y retrazando el curso del Estado moderno, Marx marco los pasajes del *crecimiento de ese Poder (...) que pretendía ser la encarnación de (la) unidad (de la nación), independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria* (4). Ese Estado centralizado, omnipotente, empleado por la burguesía como arma contra el feudalismo, se convierte en una *superestructura* que todo lo unifica y barre con los resabios del pasado (5). *Parece haber adquirido una completa autonomía, logra ingerencia en todos los dominios sociales, destruye los grados intermedios aristocráticos entre la masa del pueblo y el poder del Estado* (6). Fuerza que surge de la sociedad tiende irremisiblemente a situarse sobre ella y alejarse cada vez más de su origen (7).

Armado con su desmesurado poder, el Estado moderno cumple entonces la tarea imprescindible de poner un *freno a los antagonismos de clase*, de moderar el conflicto de intereses económicos contradictorios para evitar que se devoren mutuamente y devoren a la sociedad (8). Engels habla de la necesidad de un *tercer poder que, puesto aparentemente sobre las clases en lucha, suprimiera sus conflictos abiertos y no permitiera la lucha de clases más que en el terreno económico, bajo la forma llamada legal, de un poder llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del "orden"* (9).

¿Que alcances puede asumir en el marxismo ese poder de reglamento y amortiguación? Dígase preliminarmente que, a la altura histórico-vital de Marx y Engels lo incipiente del movimiento gremial, lo débil de una conciencia diferencial y desclasada en los "intelectuales" no pudieron ayudarles a percibir lo que es evidente en cualquier sociedad de hoy; esto es, la existencia de centros de "contestación", de compensa-

ción, de desafío. Sindicatos, gremios, universidades, partidos, movimientos de juventud pueden ser coalescentes de las llamadas "contra-elites" y de sectores sociales capaces de arrancar a los sectores dominantes ocasionales pero sustanciales ventajas. Y en verdad, bien lo indica el lenguaje propagandístico del origen marxista cuando acota a cada concesión de los niveles superiores que ésta fue arrancada "bajo la presión de las masas" o "por el temor a las masas" (10). Por todo lo anterior hay que relacionar con un contexto de sociedades mas rígidamente estratificadas y diferenciadas que las actuales la concepción marxista originaria de la acción del estado como árbitro social y las formas peculiares con que esta acción fue concebida.

Enfocando el fenómeno general sostuvo Engels que aunque el Estado sea *por regla general, el Estado de la clase más poderosa, de la económicamente dominante (...) por excepción, hay periodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra* (11), *en este caso se halla la monarquía absoluta de los que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y el estado llano; y en este caso estuvieron el bonapartismo del primer imperio francés, y sobre todo el del segundo, valiéndose de los proletarios contra la clase media, y de ésta contra aquellos. La más reciente producción de esta especie (...) es el nuevo imperio alemán de la nación bismarckiana: aquí se contrapesa a capitalistas y trabajadores unos con otros, y se les extrae el jugo sin distinción en provecho de los junkers prusianos* (12).

Para ese entonces ya Marx había acuñado su compleja y controvertida categoría del "bonapartismo" en "El XVIII Brumario de Luis Bonaparte" y en "La guerra civil en Francia".

Sintetizando sus rasgos recuérdese que en el "bonapartismo", creía Marx, el Estado parece adquirir *compleja autonomía*

y consolidarse frente a la sociedad burguesa. En estrictez, la *somete bajo su mando y la anula políticamente* junto con las demás clases aunque conservando el orden social y, permitiéndole enriquecerse, recrea las condiciones que volverán a asegurarle a la burguesía el poder político. Aún sostiene que, *exenta de los peligros de su dominación política libre de preocupaciones políticas* la burguesía alcanzará en estas etapas un desarrollo económico extraordinario.

La fuerza social del bonapartismo tal como Marx lo presencié se origina en capas sociales *no envueltas directamente en la controversia entre el capital y el trabajo*, el campesinado de inclinación conservadora, atomizado y no articulado como clase social. Pero también disfruta del apoyo de un complejo *infra-proletariado* (arruinados, antisociales, burgueses degenerados, vagabundos, aventureros, mendigos) movido por un ávido impulso de "mera apropiación" y utiliza la fuerza sustancial del clero y el ejército, guardianes del orden espiritual y material. Salvando a la burguesía de la revolución y al proletariado de la opresión burguesa, el "bonapartismo" aparece así un régimen *sobre* las clases, aunque no pueda dar nada a ninguna sin quitárselo a otra. Expresión de un momento en que la burguesía *ya* no puede gobernar y el proletariado *todavía* no es capaz de hacerlo (13), el "bonapartismo" tenderá a aparecer adornado con las *exterioridades del socialismo* que agregará al resplandor del *mito de la gloria nacional* fomentado por las empresas de un imperialismo que es la forma *más prostituida* del poder estatal originario. Fenómeno que abarca toda la sociedad, Marx afirma que el "bonapartismo" no debe ser confundido con el "cesarismo" clásico, ya que en Roma la lucha de clases solo se libraba entre una pequeña minoría de "libres ricos" y "libres pobres" sobre una inmensa esclava pasiva (14).

Numerosas son las aplicaciones, por poco que recurramos a criterios de tipo analógico, de la categoría "bonapartista".

Obvio, sin embargo, es su sentido de vigorizar las posibilidades de adensamiento y autonomía relativas de la esfera o el nivel políticos respecto a las determinaciones sociales. También el de subrayar la importancia y especificidad del estado como centro de procesamiento de este orden de fenómenos.

Menos subrayado se halla posiblemente en el pensamiento estricto de Marx la situación del personal gestor del Estado, ya arma de predominio, ya instrumento de equilibrios. Extremadamente negativa es su visión de la *clase general* o *clase política* como, utilizando los términos del mismo texto criticado, llamado en su "Crítica a "La Filosofía del estado" de Hegel" a esos gestores (15). Peculiarizando al sector más representativo de la "clase general", interesante es el análisis que Marx hizo de la burocracia en aquel ensayo temprano aunque mucho menos elaborado que el famoso y posterior de Weber y aún lleno de la jerga hegeliana que tan difícil hace el tránsito por muchas páginas de su juventud. Rico de su experiencia con la eficiente aunque soberbia y formalista administración prusiana, el enfoque de Marx es, como se decía, hostil (16). Pero sería difícil concluir que ese enfoque enfatice la dependencia de la burocracia a la "clase privada" dominante. Y aún si se registran algunos trazos caracterizantes: la necesidad de seguridad del sueldo, base de la seguridad de la "existencia empírica", la tendencia a la apropiación de cargos y a comportamientos corporativos de defensa, el espíritu competitivo que hace del Estado una *lucha por los puestos más elevados* no se hace difícil inferir que Marx tuvo, y bastante tempranamente, una percepción bastante clara de la especificidad y autonomía relativa del sector burocrático (17).

En obras bastante posteriores también marco Marx la sustantividad de intereses que el propio aparato del Estado engendraba, el crecimiento de una burocracia civil y militar omnipotente e innumerable, configurando una máquina perfeccionada a través del absolutismo real, de Napoleón y todas

las revoluciones del siglo XIX, la importancia de la puja por los cargos y gajes entre las fracciones políticas rivales y los aventureros de las clases dominantes (18).

Desbordó, en cambio, el horizonte histórico de Marx el acceso de una tecnocracia al proceso de preparación de ciertas decisiones estatales claves. Punto de debate candente dentro del pensamiento marxista su significación toca directamente con ciertos puntos ya examinados en este desarrollo (19). La postura conceptual más regular podría ser la expuesta hace algún tiempo por Ivan Craipeau: Los tecnócratas gobiernan porque el aparato productivo se ha ligado estrechamente al aparato estatal y los profesionales de la política, incapaces de dirigirlo, ceden su paso a los especialistas. La hipertrofia del estado viene de tal agregación: éste ha tomado a su cargo los medios de producción y de cambio que eran patrimonio de algunos particulares. Tal fenómeno, sin embargo, es sólo un momento de la evolución. Los medios de producción y de cambio no son controlados por la sociedad sino por su sustituto burocrático. Pero la burocracia administra este patrimonio de acuerdo con las estructuras de la sociedad que la emplea y de sus propias leyes de desarrollo que le aseguran una "independencia relativa" (20).

"Independencia relativa", "Autonomía relativa". "Especificidad relativa". "Sustantividad relativa". Todas estas expresiones apuntan a una vertebración común de conclusiones, señalan un sistema de relaciones que al mismo tiempo está necesitando y esta nutriéndose sin cesar del contorno que lo envuelve como se mueve con considerable -"relativa"- soltura sobre un ámbito que le es propio. La relación entre lo político y lo socio-económico, entre el Estado y la sociedad, entre el elenco o el personal político y la estructura de clases tal vez no sea dable de ser formulado a nivel tan general, en forma más comprensiva. Una perspectiva marxista de pensamiento político-social que atienda al carácter de "totalidad" y amplia

interacción de todos los fenómenos humanos tenderá, por otra parte, a acentuar la índole "relativa" de la autonomía de todos los planos histórico-sociales (comprendido) incluso, en ellos el "productivo", condicionado por el "técnico" que es inducido a su vez por el científico. La acción de las "superestructuras" sobre las "infraestructuras", el margen propio, específico de latitud con que las superestructuras actúan, la fuerza de las "tradiciones" propias de éstas que Engels destacó en sus tres famosas cartas de 1890 y 1894 a Conrad Schmidt, Joseph Block y Hans Starkenburg (21) legitiman de sobra, desde tal perspectiva, todas las implicaciones que en los textos de los fundadores del marxismo se han estado subrayando.

Si se prescinde de un afinado repertorio de "mediaciones" (para usar el término de Sartre) sin una atención debida a las "determinaciones" de la "estructura particular" -en nuestro caso la política estatal- que habrá de recibir la "sobredeterminación" (en "último término" como lo preceptuaba Engels) desde la "estructura dominante" dentro de la "estructura de todas las estructuras" (como lo propugna Althusser, el otro término de la alternativa se hace tan inevitable como penoso y un "economismo" inmediateista, unidireccional podrá apenas esclarecer más las cosas -o las oscurecerá en sentido contrario- que los clásicos enfoques histórico-políticos o jurídico-formales.

Tal vez ningún otro fenómeno como el del sufragio universal marque mejor la ambigüedad táctica determinada a la vez por la dependencia a las determinaciones estructurales -instrumentación del Estado por la burguesía- como por las posibilidades originadas en el área política misma y su eventual poder de retroacción sobre la sociedad global. El mismo Marx que denunciará el *cretinismo parlamentario* y el juego de naipes marcados de las elecciones democráticas, señaló desde 1852 en un decisivo artículo sobre "Los Carlistas" el *paso revolucionario* que significaba la universalización del sufragio. In-

strumento de la lucha de clases, escuela de desarrollo cuyo destino paradójico es ser eliminado por la reacción o por la revolución, arma de recuento, propaganda y comunicación con el pueblo, el sufragio universal - pensaba Marx- *desencadena y acelera* y alumbrando los antagonismos sociales como no es capaz de hacerlo ninguna otra modalidad del voto (22). Lo que quiere decir también, y esto es lo que aquí nos interesa, que es expresión de la "variable política" en su capacidad de abrir la estructura de clases, aunque nada autoriza a atribuirle a Marx la ingenuidad de suponer que pudiera por sí mismo rematar la tarea (23).

Sintetizando el largo curso del pensamiento ya citado de Poulantzas recordemos su aserto de que para Marx el Estado es el resultado de una alineación de hombres de la sociedad civil pero también es *una realidad específica con eficacia propia a partir de la base*, consistente en las relaciones de producción y de clase (24). Y su complemento de que el *Estado político no es la simple ratificación por la fuerza de los intereses económico-sociales, de las clases o fracciones de clases dominantes*. Pues en sus *relaciones con las estructuras objetivas del Estado, estos intereses no están transpuestos bajo la forma "inmediata" de intereses privados sino que deben revestir una forma mediatizada verdaderamente política y presentarse encarnando el interés de la sociedad*. A diferencia del Estado feudal o esclavista *el propio Estado se presenta no ya como el lugar de constitución de la dominación "pública" de un "privado" privilegiado, sino como la expresión de lo universal y, a través de la constitución política de las clases dominantes, como la garantía del interés general* (25). Que esta "universalidad" es ilusoria lo recuerda Poulantzas, y su raíz "ideológica" es visible. Pero cabría recordar aquí la aseveración de que *las apariencias han producido mistificaciones gigantes* (como la democracia burguesa) *pero reciprocamente constituyen una especie de erosión de la esencia por el hecho de su manifestación, una transición real hacia otra cosa ...* (26).

Y todavía quedaría recordar, agrega Poulantzas *la unidad interna propia y la autonomía relativa del Estado*, poco tratadas por el marxismo y solo de manera accesoria y ocasional en el caso del "bonapartismo". Pero el Estado *aparece como el factor de unidad de una sociedad civil no unificada, molecularizada y atomizada, y donde representa el factor de unidad de las clases dominantes no unificadas, cuyas relaciones están regidas por el fraccionamiento característico en el modo de producción capitalista*. Y es en este contexto, piensa Poulantzas, que habría que situar las observaciones de Marx sobre la burocracia (27).

Notas al Apéndice D

(1) XLVIII, págs. 124-125

(2) XLVIII, p. 124

(3) XXVI, págs. 177-178

(4) XXI, p. 80

(5) XXI, p. 74

(6) XX, págs. 119 y 125

(7) XLVIII, p. 128

(8) Giuseppe Santonastaso: "Orientaciones actuales de las teorías políticas", Buenos Aires, Troquel, 1961, p. 83; XLVIII, p. 128

(9) XXVI, págs. 203-204

(10) V, par. 31,50-51 y 52

(11) Notese la cautela de las expresiones: "cierta", "aparente", "momentáneamente", como si hubiese resistencia a la

aceptación, en verdad muy disfuncional respecto al grueso de la teoría.

(12) XXVI, p. 207. Adviértase a la vez aquí la heterogeneidad de los ejemplos. Hablándose de dos clases ("una" y "otra") se menciona en el primer caso una clase dominante y otra subordinada; en el segundo, dos subordinadas; en el tercero dos dominantes (capital y "junkers") y otra dominada ("trabajadores"). Parecería que la función de equilibrio o arbitraje haya de cambiar necesariamente de significado según el diferente tenor de las relaciones de fuerza.

(13) Tiene consecuencias esta afirmación realizada hace un siglo: importa una concepción de la dinámica social a corto plazo.

(14) XX, p. 8-9;62-63;103;115-119;126-128; XXI, págs. 11-12;76-77

(15) XVIII, págs. 88-89

(16) Niega, por ejemplo, la presunta "visión global" de la burocracia; rebaja el nivel de las habilidades necesarias para el ingreso a ella aún en comparación a los oficios manuales; le incrimina su formalismo y aún el activismo que le lleva a querer "hacerlo todo"; la indole "fantástico-teológica" de su espíritu; su pasión por el secreto; su carácter rutinario, etc. etc. (XVIII, págs. 59-69)

(17) XVIII, págs. 61,117 y 135

(18) XX, p. 118; xxi, p. 74

(19) V, par. 60-61

(20) XLVIII, págs. 29;31-34

(21) Marx y Engels: "Textos sur la litterature ...cit. v.n. 13 del cap. X, págs. 39-48

(22)XIX, págs.124-125;156;171ñ229-2230;236;XX,p.79;I,pág.39 n.

(23) Una seña, modesta pero segura, de la conciencia que Marx tenía de la especificidad del ámbito político está en el reconocimiento del carácter policlasista de determinados partidos políticos XX, págs. 43-45;93-96;XIX,p.191

(24) XXVII, p. 49

(25) XXVII, p. 53

(26) N. Cuterman y H.Lefebvre "¿Qué es la dialéctica?", México, Editorial América, 1939, p. 108

(27) XXVII, págs. 85-86

APENDICE E

EL SECTOR DIRIGENTE Y LOS PAÍSES SOCIALISTAS

La estructura de poder económico-político que en las naciones socialistas traduzca la consigna de la "dictadura (temporal) del proletariado" es, como resulta fácil comprenderlo, uno de los puntos capitales del debate ideológico de los grandes sistemas beligerantes universales. El carácter oligárquico (partidario, o burocrático, o político) que la hegemonía de la clase trabajadora embosque ha sido - hoy lo es algo menos - uno de los caballos de batalla de la propaganda occidental. La falta de una réplica adecuada por parte del pensamiento oficial de las naciones socialistas rompe, en cambio, toda previsible simetría. Y esto es así porque nadie puede endosarse alegar la índole democrática y abierta del "gobierno de Asamblea" en el que, según la letra de los sucesivos textos constitucionales, los regímenes socialistas deben incluirse, representa una clásica y demasiado formal operación. Al fin y al cabo, esgrimir las normas como si las normas fueran la realidad fáctica, vigente de los comportamientos de poder y del sistema que implican, mostrar la fachada para ocultar el trasfondo social efectivo es ejercicio ya viejo del derecho público europeo y de la apologética de la democracia. Terceros en discordia, digamos para concluir, las corrientes marxistas heterodoxas, y en especial, el trotskismo fueron probablemente las primeras en vocear la degeneración burocrática de la Revolución tras el breve período

do de activa participación de masas y viva democracia partidaria que habrían marcado los años finales de Lenin (1).

Tenidos en cuenta tales antecedentes es difícil, sin embargo, menoscabar la importancia-expresiva más que teórica- de la aportación representada por "La Nueva Clase", del yugoeslavo Milovan Djilas (2). Esto, tanto por la autoridad política personal del autor, viejo revolucionario, como por haber surgido no en la U.R.S.S sino en una nación socializada con posteridad a la segunda guerra mundial (lo que hablaría de la generalidad del proceso).

Según Djilas, la emergencia de una "nueva clase" al tope social de las naciones socialistas no es, como suponía el trotskismo, el resultado de una "desviación". Por el contrario, es una consecuencia fatal (o casi) del sistema ese nuevo estrato con calificación burocrática, política y económica al mismo tiempo. Para él la "nueva clase" que encarna y gestiona al Estado y al aparato productivo socializado maneja un instrumental casi ilimitado de dominio. Y esto es así porque dispone del ejercicio irrestricto del poder político pero también de la disposición y la administración de ese aparato productivo cuyo derecho de propiedad prácticamente, disfruta y cuyos gajes (3) en especial se reserva. Pero todavía, como si esto fuera poco, está en sus manos el control y regulación de la ideología, que cumple en forma intensa sus funciones corrientes de unificación, legitimación y dinamización.

En forma distinta, para Marcuse el sector dirigente soviético se concreta en una burocracia política, económica y militar que *monopoliza la dominación como función especializada* en la división del trabajo social. Esta dominación *esta perpetuada por la organización autoritaria centralizada de los procesos de producción dirigidos por grupos que determinan las necesidades de la población en forma independiente del control colectivo de la población gobernada* (4).

Para Franz Hinkelammert el socialismo, en su intento de abolir las clases provoca el surgimiento de una *estructura funcional dicotómica* personificada en el tope por una burocracia *externa, absolutista*, que gobierna de acuerdo a los principios del "centralismo democrático", de acuerdo al cual se hace elegir por las bases pero antes, previamente, determina la constitución de esas bases ya sea por disciplina vertical descendente, ya por la sujeción de las minorías a las mayorías, configurando una "Democracia Interna" que es, en último término, un control que la elite ejerce sobre si misma. Hinkelammert recoge el análisis histórico de Trotzky en "La revolución traicionada" y retraza el proceso que arrancó de la prohibición de partidos disidentes, siguió con la prohibición de las fracciones dentro del partido y terminó con la represión de cualquier pensamiento disidente. Teóricamente, sin embargo, la noción clave es para él *la función de coordinación de la división del trabajo*. Esta coordinación puede ser "a priori", espontánea y sometida al control popular soberano y "político" de una "democracia socialista ideal". Puede ser también un "control a posteriori" de la división del trabajo que sea común al capitalismo y al socialismo burocrático y cuya máxima expresión serían, en el último, el "plan" y la "planificación". La "coordinación a posteriori" se hace en la *burocracia socialista* la base de un *poder de apropiación* (no esencial) sobre el principio interpretado por la misma burocracia de "a cada cual según su trabajo"(5) pero supone igualmente un *poder represivo* ajeno a la necesidad de someter al poder económico de la estratificación social a una burocracia (6) y de obtener una obediencia fácil y pronta.

¿Constituye esta constelación de poder una clase? Como es fácil entenderlo todo depende del sentido que le demos al vocablo. Hinkelammert asevera que la "coordinación a posteriori de la division social del trabajo" puede tanto definir a una clase como "la propiedad jurídica privada". El fundamento actuante en las sociedades socialistas -esto es, el primero- es

esencialmente dicotómico y tiende a promover *clases funcionales y una estratificación funcional* (7). Para Marcuse, si la clase está *definida por su relación a los medios esenciales de producción y esta relación*, a su vez *por la propiedad*, la burocracia soviética no es una clase. En cambio (y aquí su planteo es mucho menos claro) si se identifica la clase por el control de los medios de producción, Marcuse acepta que pueda emplearse el término de *clase* para designar un grupo que ejerce *funciones gubernativas* (involucradas en ellas las empresas industriales y agrícolas) que son innegablemente distintas en la *división social del trabajo*, estén o no beneficiadas con *privilegios especiales*. Sobre esta base, y aun abierta a una ascensión desde niveles populares no calificados, la burocracia soviética sería una clase en tanto que *el carácter distintivo de su función la haría independiente del pueblo que regentea y administra*(8).

En los precedentes planteos se involucran dos tendencias sobre las que este desarrollo ya se ha detenido repetidas veces y resultan, en verdad, universales. Uno es la especialización de elites sectoriales, desmesurando en este caso su importancia cuando lo que se dirige es el sistema económico global, planificado y centralizado, de una vasta área supernacional. La otra es la irrefrenable al parecer proclividad a la autosustentación como garantías de la permanencia y de una dosis - mayor o menor- de determinados privilegios.

Puede discreparse también sobre que margen de desfaseamiento presenta la realidad de ese sector dirigente -se le articule como se le articule- con la concepción que se hacía Marx de esa etapa de transición. La dictadura de los trabajadores no excluía la democracia interna (9) pero sí, ciertamente, la transformación de la dictadura del proletariado en la dictadura de un partido -aunque fuera "su" partido- y la de este en hegemonía de una burocracia esencialmente cooptada. Estas reflexiones quisieran mantener en este punto -tan controver-

sial- una objetividad aún mayor que la sostenida en otros pasajes de ellas pero no parece aventurado otear que "factores" nuevos se han interpuesto en la vía que lleva desde la teoría leninista del "deperecimiento" del Estado, tal como fue expuesta en la obra inconclusa "El Estado y la Revolución" (10) a la visión marxista de la "sociedad sin clases" y las condiciones históricas, técnicas, económicas y sociales que la harían posible (11). Cuando la revolución soviética era aún extremadamente joven, Michels ya marcó en las tradiciones autoritarias del socialismo alemán lo que vendría (12) y sostuvo la tendencia hacia la conservación del *control de los instrumentos del poder colectivo*. También afirmó que el socialismo, además de la socialización de los medios de producción, involucra *un problema de administración y un problema de democracia, no solo en las esferas técnicas y administrativas sino también en la esfera de la psicología* (13)'

Con todo, es presumible que ese gran factor imprevisto fue la creciente complejidad de la función técnico-administrativa y de los procesos de formulación de las mayores decisiones políticas y económicas.

Vale la pena concebir, aunque sólo sea imaginativamente - Bottomore, por lo menos así lo hace (14) -cual hubiera sido la actitud de Marx ante las actuales teorías de las "elites funcionales" (15), basadas en la competencia especializada en una sociedad compleja. Bottomore supone con fundamento su eventual hostilidad a ellas, por cuanto era firme la convicción de Marx de que -liberado de la desigualdad y de las compulsiones de la división del trabajo- el hombre medio sería capaz de desempeñar cualquier tarea, aún las más aparentemente complicadas. Esta esperanza subsistió, por lo menos, hasta Lenin, quién creyó que, descargado el Estado de sus tareas represivas tradicionales, el resto del aparato administrativo se reduciría a labores últimamente simples de contabilidad, registro y control que cualquier alfabeto de cultura media podría desempeñar (16).

¿Basta, empero, la especialización funcional, por delicada que sea (y aún inédita para las previsiones de la teoría) para la fundamentación de una clase?. La aparente brillantez y contundencia de un modelo como el de Djilas queda maltrecho irremisiblemente en la verificación. Que exista menor renovación del sector estrictamente político al no tener éste que afrontar una competencia electoral seria y pública, puede aceptarse. En él es que un sector dirigente estrictamente dicho se formaliza sobre líneas de estabilidad, coordinación e intercambio de roles. Bien cabe dudar por una alianza hacerle aún más que llegar de planificar una "clase", cabalmente entendida si es que no tiene asidero independiente al margen de la función burocrática, política o técnico-económica. En verdad, las elites de la sociedad socialista parecen responder mucho más estrictamente a la noción de "funcionalidad" que ninguna que opere en las sociedades pluralistas y burguesas. Teórico alguno de la "nueva clase" ha demostrado que los derechos que emanan de la propiedad socialista -como no sean los de "gestión" y "control", básicamente funcionales -no sean cualitativamente distintos a los que tienen su base en la propiedad capitalista. Y por mucho que se desmesuren los privilegios de esa "nueva clase" tanto menores, (según todos los datos creíbles) que, los de los "ricos tradicionalistas" y los ricos corporativos" de las sociedades occidentales) éstos se afirman entre coordinadas cuyo valor condicionante no es fácil pasar por alto. La más importante es, de seguro, la muy sustancial de que estos privilegios no se heredan (17) pero también tiene alta significación la frecuente remoción de los propios titulares a posiciones de base (o aproximadas a ella). Estos descensos pueden ser hoy menos abruptos y sus consecuencias menos graves de lo que solían ser hasta algunos años después de la muerte de Stalin. Así lo abona la historia reciente de los países del bloque socialista aunque no, por cierto, la de China Popular. Nadie está, con todo, garantizado contra ellos. Y la pregunta cabe, entonces, de hasta donde la subsistencia de un sector dirigente es algo más que una abstracción sino opera,

por lo menos un moderado margen de estabilidad personal y familiar en el tope. Sin ella, hay que confesarlo, la transformación de un sector dirigente en "clase" parece un paso peculiarmente difícil (18). Y si a los efectos de la inestabilidad hay que referirse, digamos que ella importa un "memento mori" muy activo y espoleante que tanto puede convertirse en un fuerte amortizador de las tendencias decadentes connaturales a una transmisión hereditaria de privilegios y de "derechos sin deberes" como también promover una sed de provechos rápidos, una avidez extremadamente nociva.

Si quiere abarcarse, empero, el problema a todo lo ancho, junto a la no transmisibilidad de las posiciones hay que enfrentar igualmente la cuestión de la naturaleza de la "propiedad". Djilas trató de demostrar que, si ésta implica, como la definición clásica lo estipula, el "derecho a usar, disponer y gozar de algo", la "nueva clase" que dirige gestiona, controla y se beneficia con los resultados de la propiedad colectiva de los medios de producción ejerce, concretamente, su verdadera titularidad la capa superior de la burocracia política soviética sería, de acuerdo a ello, la "propiedad colectiva" auténtica y esta sería la realidad radical y no un despotismo o una burocratización que pudieran ser pasajeras y, sobre todo, simples consecuencias del hecho recién apuntado. Pero, señalemos, la propiedad no implica sólo los derechos que Djilas recapituló, sino también la "personalidad" y la estabilidad de esa relación de uso, disposición y goce. Si ello es así, las condiciones peculiares del poder de la "nueva clase" señalan qué distante se halla esta de las condiciones de la clase propietaria de los países capitalistas tanto en cuantía como en modalidades. Que, de cualquier modo, engendre males, que no se atenue por esas clásicas virtudes aristocráticas (discreción, frugalidad, buen gusto, refinamiento, desapego) que tan escasas son también hoy en Occidente y (sobre todo) en los Estados Unidos, puede ser hartamente cierto. También puede serlo que engendre -como en todas partes la lucha por la riqueza- la

ambición, la duplicidad, los celos, que prime los logros de adulación y la ubicación cortesanías que caracterizan carreras de la clase directorial en el capitalismo maduro según los diagnósticos más serios y cuidadosos.

Resumiendo lo antedicho, la cuestión de la base económica del poder de los sectores dirigentes de las sociedades socialistas se juega en los fenómenos de la personalidad y la transmisibilidad de las ventajas y en el espectro de modalidades "disposición", "control", "gestión", "uso" y "provecho" -de la propiedad de unos medios que, por el consenso ideológico-social más profundo e inmutable, tienen a la colectividad misma por titular. Que exista, ya demasiada movilidad social para que pueda hablarse de la existencia de una clase, como es la opinión de Meynaud (19), que no pueda asimilarse un poder de origen "político" con los estrechos lazos que mantenían con la propiedad el tipo que Wittfogel acuñó como "despotismo oriental" así supone Bottomore (20), las opiniones más cautas son regularmente hostiles a las analogías deformantes que tienden, más que a otra cosa, a negar el auténtico "novum" histórico que las sociedades socialistas representan.

Desde otro punto de vista, sin embargo, cabe enfocar el sector dirigente socialista con el tema que interesa a nuestro desarrollo y es el de su unidad. Desde él parece obvio que una sociedad pluralista y capitalista supone, por muy unificada que se encuentre su cima de poder, una serie de transacciones y compromisos que una sociedad, sometida a las pautas de un dinamismo movilizador y una planificación total e irreversible, está muy lejos de consentir. Aron, en la línea común de un pensamiento siempre tan interesante como discutible, apunta que las "revoluciones soviética y nazi" (así identifica) cancelaron totalmente los clivajes tradicionales que existían entre los sectores dirigentes (el civil y el militar; el de administradores y tecnócratas con políticos; el del poder

espiritual tradicional y los intelectuales; el de las organizaciones reivindicativas de masas y los núcleos defensores del sistema) (21).

Como es fácilmente perceptible, la cuestión de la unidad del sector dirigente tiende a entrelazarse con la de los límites que contengan su poder. Y es en este punto que, frente al estereotipo de una constelación de dominio prácticamente despótica, resulta interesante el planteo de Marcuse, ya parcialmente referido aquí. Para Marcuse la cuestión es *si existe o no una base política y económica para la utilización de la posición particular de la burocracia* a los fines de una transformación incesante de la sociedad soviética. Es obvio, piensa, que cumpliendo esta *actividad separada* en la división del trabajo social posee también intereses *particulares y separados*. Esto, que reconoce el pensamiento oficial, no se considera empero como definitivo, ya que se supone que la dialéctica del pasaje del socialismo al comunismo enjugará fatalmente la *posición de clase* de la burocracia, aunque no la burocracia misma. Ella se haría, sí, *abierta* y perdería su contenido político. En cambio, debe aceptarse que hoy esa burocracia no engendra poder indefinidamente renovable, a menos de poseer su propia base económica o aliarse a otros grupos sociales que la tuvieran. Cree que, en puridad, no posee esa base aunque sí el *control* del sistema productivo y del político, factor decisivo en verdad pero no *índice suficiente de la localización real del poder*. En punto a control, afirma Marcuse que en el sistema soviético deben distinguirse el *control técnico-administrativo* y el *control social*. Los dos coincidirían si los que rigen el funcionamiento de las unidades industriales y agrícolas determinasen por sí mismos y *como grupo particular*, la política a adoptar frente a las empresas (como un todo) y a los trabajadores. Una tal coincidencia, que, no puede tenerse por dada. El control social es ejercido por el Partido y domina sobre todos los controles técnico-administrativos por su mismo carácter de centraliza-

do y planificado. Descartando el control social ejercido desde abajo, que supone inexistente y la variable "poder personal" que cree sometido, pese a ejemplos tan estridentes como el período staliniano, a las exigencias del sistema social entero, las dos posibilidades se plantearían del siguiente modo. Primero: o un *grupo particular* dentro de la burocracia ejerce el poder sobre todo el resto de ella y es, a través de esa vía, sujeto autónomo del control social o -segundo: la burocracia, *en tanto clase*, es realmente soberana y coincidirían en ella el control social y el técnico administrativo. Planteadas estas posibilidades, hay que subrayar que la visión marcuseana de la burocracia soviética es más bien moderada, pues no sólo la supone regulada por un *terror* más despersonalizado y técnico de lo que suele suponerse (las "purgas" serían un ejemplo de él) sino obligada a una incesante *composición* de soluciones, a costa de compromisos y regateos entre sus diferentes ramas y sectores. Más importantes, mayor impacto tendrían aún las limitaciones externas representadas por las *orientaciones y principios generales* de la sociedad. Esas orientaciones y principios se encarnarían sobre todo en la "soberanía del Plan" y en los límites infranqueables que más allá de toda flexibilización importa la "ideología" (marxista). Cree, sí, que la burocracia soviética (u otras análogas) puede ser considerada con cierta seguridad *una clase separada*, aunque carente de medios para la perpetuación efectiva de sus propios intereses, dotada de un poder que ejerce gracias al control político, económico y militar sobre el resto de la población y capaz de dar nacimiento a toda una serie de intereses particulares. Esos intereses, sin embargo, deben buscar y encontrar (es su medio de subsistir) formas de "composición" con normas de política general que no son capaces de contradecir (22).

Es advertible en la exposición de Marcuse la insistencia sobre la burocracia como núcleo del nivel dirigente. Ahora bien -y aunque esto pudiera encubrir solo una de las tantas

discordias de terminología que proliferan en este problema: ¿es "burocrático" o "político" el centro decisivo de ese nivel?

La segunda alternativa nos parece muy bien fundada por Bottomore, que tanto considera *desviado* ("misleading") el planteo de Djilas, como supone, por su parte, que las elites socialistas son las que más se acercan al modelo millsiano de una "elite de poder", concebida como una minoría organizada que llega al dominio con la acquiescencia de ciertas clases y se mantiene en él gracias a su organización (23). Bottomore afirma incisivamente que, si hay elite socialista, esta es política y no burocrática, político y no burocrático su dominio y abierta su conscripción a determinadas calidades (astucia, persuasión, energía, perseverancia) más que a exámenes mandarinescos de capacidad técnica o erudición marxista. No cree ni que el partido *se haga más débil*, como dice Djilas, ni tampoco que domine o gobierne porque controla los medios de producción. Más cierto le resulta lo inverso: controla los medios de producción "porque" domina y gobierna, aunque esto no signifique que la burocracia no tenga influencia (si bien se halle lejos de ser una "clase dirigentes y esté, en cambio, severamente vigilada) (24).

No faltan quienes supongan que una estricta antítesis "políticos-burócratas" empobrece realmente la complejidad y el dinamismo del sistema soviético de poder. Alfred G. Meyer, distinguido estudioso estadounidense del marxismo y la U.R.S.S. parte del hecho de que ser miembro del partido es una condición necesaria para acceder a una posición de autoridad. El Partido Comunista es la *escuela de dirigentes* para toda la sociedad, *la elite política del país* y la organización de todos los especializados profesionalmente en el ejercicio del poder, la toma de decisiones y el manejo de organizaciones vastísimas. A estos "especialistas en poder" Meyer les llama *generalistas*, aunque la misma distribución de la autoridad dentro del Estado y del Partido sea muy desigual.

Pero hay *otras elites* en la sociedad soviética que el proceso de los últimos cincuenta años ha alumbrado y *no son la elite del poder*. Si en el tope dependen del Partido, si constitucionalmente lo están de los "soviets" elegidos, más abajo tejen redes de autoridad muy entrelazadas y movibles. Policía, Burocracia, Fuerzas Armadas aparecen como interdependientes y con el rasgo común de "especialistas" frente a los "generalistas" de la política. La relación entre estas elites profesionales y el Partido es muy complicada. No son ya, si alguna vez lo han sido, simples vasallas de la elite política. Su interdependencia les permite entrar en competencia por la posesión del control -o por compartir éste- de las tomas de decisión mayores. Su pluralidad, a la vez, contribuye a un rasgo general de la sociedad soviética que, para Meyer, es el de que la línea de división entre el pueblo y la elite sea mucho más estrecha que en las sociedades occidentales: faltan las masas hacinadas en tugurios y "villas-miseria" y faltan también las fortunas fabulosas y los tantos que viven de rentas de origen desconocido. Empero, sin ser tan tajantes, hay diferencias sociales de importancia, coonestadas por cierta retórica igualitarista y por una ideología del "logro" o "resultado" ("achievement") según la cual la autoridad, el "status" y el nivel de vida de cada uno depende de su contribución a la sociedad. De aquí surge un *vago elitismo* del que pueden resultar comportamientos de desprecio a las masas que la prensa soviética denuncia sin cesar (25).

Hay entonces un nivel elevado y hay igualmente la necesidad de ingresar a él. Meyer se pregunta: ¿Cuál es la base de esta pretensión? ¿Quiénes la sostienen? ¿Cuál es la composición del Partido Comunista? ¿Cómo se llega a ser miembro de él y a participar de su poder? Y, punto más importante aún: ¿quienes son los dirigentes y qué calificaciones los han designado para esta posición? En un retrospecto histórico, Meyer recuerda las condiciones los primeros revolucionarios, fuertes en su mezcla de talento, suerte, energía y el poder

sustentador que les dio el recoger el sueño milenarista antiautoritario de las masas. Después estas condiciones no fueron siempre las más idóneas para evitar la usura de las posiciones y aún la sustitución rápida de los dirigentes. Los accedidos a las alturas durante el dominio de Stalin se podían caracterizar, según el analista que resumimos, por tres cualidades: fidelidad personal al supremo, ortodoxia ideológica y, sobre todo, "agilidad" o sea capacidad de realizar a tiempo los cambios necesarios para sobrevivir. Probaron su idoneidad en orientar e impulsar realizaciones sin par y dirigir hombres entre dificultades extraordinarias; mirados por el lado más desfavorable su implacabilidad, su dureza fue manifiesta. Para Meyer el período staliniano no representó sólo el de "acumulación primitiva del capital", considerada en términos económicos sino también el de acumulación primitiva de autoridad, entendida en términos políticos. Es durante él que el Partido se convierte en *empresario* en escala grandiosa, con dirigentes que no carecen de ciertas semejanzas con los famosos "robber barons" fundadores de los grandes imperios industriales norteamericanos.

¿Como se recluta el partido en la posteridad staliniana? Meyer sostiene que *el reclutamiento de la elite en la U.R.S.S es muy organizado y sistemático. Todo el Partido funciona como una máquina para detectar dirigentes potenciales y emplea para esto todas las organizaciones sociales, desde el sistema de educación, en el que se descubren los talentos hasta cada organización (...) y servicio gubernamental en los que las cualidades de los individuos pueden ser juzgadas y los dirigentes potenciales elegidos. Toda la sociedad está fundada sobre una regulación de la movilidad social con el fin evidente de dar autoridad a quienes pueden mejor servirla, a colocar cerca de la cima de la pirámide del poder a aquellos que a los ojos del Partido pueden estar en la cima. Relevante significación tienen en esta selección (Meyer dice que igual que en los Estados Unidos) los estudios realizados, a cuya*

posibilidad de realizarlos no cree que exista completa igualdad (aunque si grande). Sin embargo, *las consideraciones "ideológicas"* tienden a interferir con las *consideraciones "académicas"*, lo que significa en la práctica que los tipos de "personalidad autoritaria" (Adorno), doctrinarios, burocráticos, "carreristas" poseen ostensible ventaja respecto a otras modalidades psicológicas (emotivos, imaginativos, independientes...)

Pero, se pregunta Meyer ¿no se puede decir lo mismo de todo sistema político establecido? *Pese a defectos y desigualdades con todo, piensa que la Unión Soviética tiende a hallarse más cerca de una meritocracia que todo otro sistema político moderno*, lo que se traduce también en el más alto índice de movilidad social.

Más importante es señalar los efectos de lo precedente para el diagnóstico regimental. *La existencia de rasgos meritocráticos en el sistema soviético puede ser vista como una función de su burocratización profunda, siendo el sistema de nombramiento de promoción por mérito uno de los principios reconocidos de una administración burocrática racional*. Pero también puede afirmarse que la meritocracia efectiva es la realización del ideal democrático de las carreras abiertas a todos los talentos.

¿Confirma esto los temores de Bakunin en el sentido de que una sociedad marxista se basara en el privilegio imperioso de la "inteligencia"? ¿La autoridad va a hombres notables o a caracteres conformistas? ¿Que méritos designan para la autoridad? Meyer piensa firmemente que los méritos calificativos más importantes son "políticos: asumir responsabilidades, animar grandes organizaciones, conducir a hombres a cooperar. Aunque todo ello, por supuesto, unido a una absoluta lealtad al Partido y a sus fines. Con el tiempo, el estilo "gerencial" parece haber cambiado y la vida humana

cobrado más precio que en la época de Stalin. También, de nuevo, la base económica pretende la supremacía sobre la superestructura política y el papel del "generalista" cambia. De jefe todo poderoso tiende a ser el que organiza, ajusta, arbitra, regla conflictos de intereses. Tal cambio en el estilo y el rol del partido se halla aún en curso y poco es lo definitivo que se pueda decir sobre él (26).

Ante tal realidad, Meyer se inclina a optar entre los varios modelos interpretativos de la dirección socialista por *el modelo burocrático*. Subraya, sin embargo como ya se vió, el condicionante general "político" que lo entorna. También y previamente, rechaza con cierto sarcasmo *el modelo totalitario* que estaba en boga en la ciencia política estadounidense de la década del 50 y sobrevive en la mayoría de la prensa (¡no faltaba más!) de nuestro continente (27).

Notas Apendice E

(1) V. "La Revolución traicionada", "Historia de la Revolución Rusa", los libros de Victor Serge, etc.

(2) Buenos Aires, Sudamericana, 1957

(3) Esa desigualdad se advertiría en la gran anchura del espectro de remuneraciones entre la base y el tope y los numerosos privilegios complementarios que se aseguraría la "nueva clase".

(4) Herbert Marcuse: "Le marxisme soviétique", Paris, Idées-Gallimard-N.R.F 1967, p. 138

(5) "Principio no neutral", "ni científico" le llama Hinkelammert, en cuanto se concreta en la U.R.S.S en incentivos materiales contrastantes con el igualitarismo chino y el sistema cubano de incentivos no-materiales

(6) XXVIII, págs. 137;144-151;151-155;155-161

(7) XXVIII, págs. 121 y ss y 136-137

(8) Marcuse, op. cit. p. 138 n.

(9) I, p. 129; XXVIII, págs. 148-150. Intachable resulta a la razón y al buen sentido, como armoniosa construcción que aúna los principios democráticos de discusión e iniciativa y los formales de la unidad, el dinamismo y la eficacia, el llamado "centralismo democrático". Este parece el juicio merecible por esas dos instancias representadas por el libre debate en las bases de la solución y conducta mejores y el cumplimiento fiel e inquebrantable posterior de las decisiones mayoritariamente adoptadas. Su operatividad presenta, empero, un grave flanco. Y es la falta de una oportunidad prescripta, objetiva, mecánica, si se quiere (tal el sistema electoral de los regímenes pluralistas) en que las bases puedan plantear la existencia de nuevas situaciones, problemas, desafíos que hagan necesario revisar las decisiones que se están cumpliendo y proponer nuevas soluciones y conductas a la discusión pública. Si esa oportunidad falta, el endurecimiento autocrático eventual de la cima podrá exigir que se sigan cumpliendo las viejas decisiones incluso cuando la situación haya cambiado totalmente y sea firme la convicción en las bases de la necesidad de un replanteo.

(10) Sobre el deperdecimiento del Estado y la sustitución del gobierno de los hombres por la "administración de las cosas" según la fórmula socialista-utópica retomada por Engels: V. "El listado y la Revolución" de Lenin, el Primer manifiesto de la Tercera Internacional y el programa de 1918 del Partido Comunista de la U.R.S.S de 1918.

(11) V. sobre la concepción marxista de la sociedad sin clases y sus aspectos morales, históricos y sociológicos el penetrante y sintético pasaje de Bottomore (I, págs. 124-129)

(12) XXXIV, p. 173. Bebel sostenía, por ejemplo, la necesidad de un omnipotente comité de "expertos" para decidir lo que podía ser impreso o no

(13) XXXIV, págs. 172-173 (ya en el cap XIV n9)

(14) I, 127

(15) V.par.38

(16) VI Edward Hallet Carr: "The Bolshevik Revolution", vol I (1917-1923) London, Penguin Books, págs. 248-251

(17) Pueden traducirse si, como parece ocurre, en ciertas ventajas de educación y crecimiento ambiental que no llegarían a cancelar, con todo, la condición de partir de una base esencialmente equitativa respecto a los menos favorecidos, de un tener que "ponerse en línea"

(18) El mismo Djilas, op. cit. págs. 75-77, admite que la idea misma de clase supone cierta dosis de clausura, de trasmisión hereditaria de las ventajas adquiridas.

(19) Meynaud, RFSP, 1958, "Sur une interpretation du comunisme", p. 415

(20) I, págs. 36-37

(21) VI, págs. 481-483

(22) Marcuse, op. cit. págs. 142-147 y 147-155

(23) I, págs. 37-38

(24) I, págs. 78-79;85 V. par. 50 y 51

(25) I, págs. 78-79. Observa, además que algunos estudios -caso del de John A.Armstrong: "The Soviet Bureaucratic Elite: A case-study of the Ukrainian Apparatus" (London, Stevens Sons, 1959), aún sosteniendo la existencia de un "gobierno burocrático", solo demuestra un énfasis mayor que el puesto en el pasado en un entrenamiento formal y en la foja educacional. Pero no a que el ascenso (y la carrera tras él) se deban a calificaciones formales y no a la capacidad para el liderazgo político (I. p' 85 n)

(26) Meyer, est. cit. págs. 1066-1070

(27) Idem, págs. 1070-1075. Una comparación entre el sector dirigente soviético y el norteamericano admitiría las conclusiones de que el soviético: 1) es "más democrático en sus orígenes sociales"; 2) más restringido y cerrado en sus decisiones efectivas; 3) mejor preparado como burocracia dirigente, tanto en el aspecto técnico como en el político. En contraste con él, el grupo estadounidense de mando mostraría un verdadero foso entre los políticos sin experiencia administrativa o gubernativa más allá de los problemas locales y electorales y los administradores con experiencia técnica y gestiona-ria privada pero sin formación ni experiencia ideológicas o políticas. Estas son, al menos, las conclusiones de dos expertos "sovietistas" y politicólogos universitarios de los E.E.U.U (Bibl. en RFSP, 1967, p. 340 del libro de Zbnigniew Brzezinski y Samuel P. Huntingaten: "Political Power: U.S.A./U.S.S.R", New York, The Viking Press, 1964.

APENDICE F

LA VIOLENCIA Y EL PODER SOCIAL

La posibilidad de que el poder político adquiriera especificidad y autonomía respecto al poder social y económico representa una de las implicaciones más decisivas del mundo presente. Es fenómeno drástico y frontal en las revoluciones cabalmente entendidas, en las que el poder político de nueva instauración cancela -junto con otras- las estructuras socio-económicas remanentes. Menos ostentoso y nítido se da también en los procesos "populistas" y en la erección de nuevos estados del tipo de los africanos posteriores a 1945 (1). En ambos casos sectores civiles y/o militares se empujan sobre las estructuras sociales dominantes y con el poder político-militar en su mano son capaces o de configurar una "elite del poder" del tipo de las que se alega existen en las sociedades socialistas o, caso distinto y más complejo, duplicar y "contestar" la estructura social superviviente con nuevos sectores. Con nuevos sectores que desde la primacía político-ideológica intentan buscar consolidar ésta a través del crecimiento de un Estado del que son titulares y de cuyos beneficios son atributarios (2) Aunque puedan hacerlo también a través de formas más personales y directas de riqueza regular o irregularmente adquirida. El circuito "función-poder-propiedad" se da aquí en uno de sus varios avatares posibles.

Tal coyuntura -y éste es el propósito del presente agregado- tiene un vínculo ostensible con la cuestión, en verdad clásica, del empleo de la fuerza -esto es, de la "violencia"- como fundamento del poder político y como causa de cambios sustanciales en la estratificación social. Fue considerada cuidadosamente por Engels en el "AntiDuhring", pues su característica de infracción a las variantes en las relaciones de producción como motor de los cambios sociales es clara. Y ello también explica que sea -desde la exposición sutil hasta el vulgar estereotipo- una de las piezas polémicas del antimarxismo. (Todo lo anterior, apúntese bien, suponiendo siempre al marxismo un sistema conclusivo y cerrado, sin complementos ni reelaboraciones posibles, tanto de una parte como de otra).

El ejemplo clásico es, como puede suponerse, el de la sociedad bárbara señorial. En ella se verificaría que la propiedad y el poder nacen de la función militar y que la nobleza feudal habría tenido en esa función su origen. Gran importancia asumió tanto para la adquisición como para la conservación de la propiedad la diferenciación social provocada por la guerra y la conquista, recuerda Hobsbawn, quien afirma que Engels desarrollo la misma idea en el libro antes citado (más bien trató de subsumirlo en sus tesis generales) (3). Hasta el siglo XI, recuerda Schumpeter, el estamento de los "caballeros" fue nutrido por campesinos que, en el caso de poder proporcionarse armas y caballo y acreditar su valor en el combate, recibían normalmente un "feudo" y entraban en la "nueva clase" (4). Antes de ese momento, las invasiones bárbaras ya habían subrayado la importancia de la guerra y la conquista en los grandes cambios históricos implicados en la emergencia de la "nobleza" y en la transformación de los mandos militares en monarquías (5). Fuerza física, coraje habrían resultado las calificaciones fundantes de una superioridad pronto legitimada. Algunos teóricos, como lo hizo finalmente Mosca, señalaron también que las "virtudes señoriales" no se reducían al vigor de un mandoble bien dado y que

incluían atributos verdaderamente ético-políticos como la inteligencia, la resolución, la energía, *verdaderas aptitudes del mando en todas las épocas* 96).

Varias son las teorías del origen del Estado y el poder que se han elaborado sobre el subrayado de estos fenómenos. Engels polemizó en su ya citada obra con la de Eugene Duhring pero más conocida (7) ha sido la de Oppenheimer.

Señalaba Oppenheimer que las teorías del Estado *burguesa y marxista* contemplan al Estado surgido de *manera pacífica* a partir de *puras fuerzas internas*. *La teoría sociológica* (la suya) sostiene que el Estado nació del *poder extra-económico y casi siempre del poder exterior* (en el sentido de ejercido desde fuera por grupos ajenos al ámbito a dominar y servido por medios bélicos o semi-bélicos: robo, engaño, conquista). El Estado lo impone unilateralmente *el grupo vencedor al vencido* y ello hace explicable que mientras la organización tribal sea natural, la organización estatal sea arbitraria. *De la sociedad política formada por los compañeros de campaña* surge el Estado como *Estado militar* que, llanamente expuesto, *es un sistema mediante el que una minoría dominante explota por la fuerza a una mayoría dominada*. Numerosos ejemplos -entre los más conocidos los "vikings" escandinavos y las tribus nómades de Nor-Africa y el Cercano Oriente- corroboran una secuencia que tiene tres momentos claramente deslindables de *matanza, tributo y Estado* (8).

Hasta aquí la "tesis de la violencia" como fuente autónoma de poder político y social con toda la ostensible contradicción con explicaciones más difundidas. Fue justamente en nombre de ellas que Engels atacó la tesis de Eugenio Duhring. Duhring sostenía en verdad *la inmediatez*, la prioridad (temporal, es obvio) representada por la violencia, la acción política y los actos políticos del Estado respecto a la índole mediata de la acción y los procesos económicos (9).

Resumiendo el debate, puede decirse que el punto céntrico de él se situó en las causas que posibilitaran que algunos hombres, proveyéndose de armas y otros implementos pudieran adquirir lustre y ganar beneficios que les permitirán acceder a una clase superior ya formada o en formación. Es obvio que para ello debe partirse de determinada cuantía o umbral económico: ni entonces ni ahora (extrapoladas las exigencias) esto era factible para todos.

Abundante es la argumentación de la vinculación tradicional entre la riqueza y el deber militar: la nobleza medioeval, los "samurai" japoneses y los acaudalados de Grecia y Roma, que cargaban con el deber de proporcionar las fuerzas más importantes de caballería y los hoplitas mientras la clase proletaria era excluida originariamente del servicio militar y del derecho a portar armas (10). Engels destacó en el caso particular de Atenas que la jerarquía militar estaba determinada por la propiedad (11) y Schumpeter admite *hacer uso de la plausible idea* de que la posesión de ciertos *medios de producción* no deja de mantener sólidos vínculos con la posibilidad del destaque bélico (12).

Sobre el punto de referencia (más común para los lectores de su época que de la nuestra) de la sujeción de Viernes por Robinson Crusoe en la famosa novela de De Foe, se pregunta Engels de donde venían las armas para que éste lo hiciera y se contesta obviamente que del *nivel productivo, de las fuerzas de producción*, etc. También un cierto grado de desarrollo de la producción y de desigualdad en su distribución era necesario para que Viernes pudiese ser utilizado por Robinson, dándole los instrumentos de labor y el mínimo de medios manutención para que el amo pudiese utilizar la fuerza de trabajo de su nuevo vasallo (13).

Llegados aquí nos parece pertinente observar que bien parece la línea general de la argumentación de Engels trasla-

dar la visible función de "condicionante" y "posibilitación" de las facultades que brinda el nivel económico y técnico a la función de "determinante". Las armas, por ejemplo, resultan del nivel técnico y su eventual adquisición, del nivel económico de cada uno pero: hay que usarlas; saber hacerlo; hacerlo exitosamente y sin que flaquee el corazón, un accidente no raro y que traía deshonra y ningún lucro, como la historia de los Infantes de Carrión, yernos del Cid, lo corrobora. A esto se une todavía el peligro de infravalorar la invención y la originalidad estratégicas y aún cierta inseguridad en torno al argumento de los medios de subsistencia de Viernes y las herramientas para hacerlo trabajar que pudieron ser hurtados, dice Engels, pero *no es indispensable que así sea* (14). Aunque *pudieron serlo* y también los medios de subsistencia los pudo ir produciendo, con un levisimo desfase inicial, el propio sometido.

Presumida la clarificación empírica de este problema se plantea enseguida la cuestión de su significación. Hinkelammert, que ha enfocado el tema desde el punto de vista de la condición del poder militar o político (en la U.R.S.S) como "*constituens*" de la clase dominante afirma que aquel es mera *causa histórica* y que la clase dominante se hace tal por la posesión de los *medios claves de producción* (15). Para Engels en la sumisión de Viernes a Robinson la *fuerza* es el *medio* y la *ventaja económica* el *fin perseguido* (Aquí, como se ve, acotemos, la disputa es más bien terminológica, pues también podría concebirse a la fuerza como la "fuente" del poder y el provecho de él, el "resultado).

Los otros dominios de esta cuestión, menor pero llena de consecuencias son más bien de tipo macro-histórico. Engels recordaba, por ejemplo (16) que, salvo *raras excepciones*, la dominación física violenta se adapta al sistema económico. Quedan sí, esas excepciones, como la de los *pueblos bárbaros*, como los reinos cristianos de España que sojuzgaron a los moros pero, tras ello, lo arrasaron y destruyeron todo.

Concebidas, las cosas, resultaba que *de ninguna manera en la historia* la propiedad privada *aparece como resultado de la rapiña y la violencia*; la fuerza no desempeña ningún papel considerable en su constitución y obedece esencialmente a los cambios en las relaciones de producción. Si ejemplos se necesitaran, pensaba Engels, la comunidad primitiva no fue destruida ni por el despotismo ni por la violencia de los pueblos nómades sino por la destrucción gradual de la industria doméstica bajo el impacto de la competencia de la gran industria. Y la dependencia del trabajo asalariado al gran capital fabril tampoco sería la fuerza la que la habría instaurado.

Señálese en esta breve glosa de opiniones que (al margen de los vacíos que pudiera ofrecer hacia 1880 el estudio de las comunidades primitivas) Engels negaba la significación del concepto, tan común hoy, de la “violencia larvada” y en toda su argumentación tendía a superponer los planos de lo “inmediato” (que pudiera estar ocupado por la violencia) y el “mediato” en el que pudiera fundarse la primacía económica). Pero también tendía a confundir el plano macroscópico (¿como entraba en su tesis la conquista española de América?) y el microscópico, en el que algunos de sus ejemplos pudieran ser irrefutables.

Identificando los procesos políticos con la violencia, Engels, por fin, observa que si los procesos políticos fueran la *base y la causa* de la situación económica, *la burguesía* no hubiera debido (¿o podido?) luchar contra el régimen feudal, como lo hizo, e imponerse a él, usando de su poder económico para destrozarse el poder político del feudalismo (17).

Complejo es el argumento, que mismo Engels debilita al reconocer que durante una parte del período (o todo?) la

monarquía empleó el poder burgués contra el feudalismo, lo que equivale a decir que un “tercer actor” de voluntad de significación esencialmente política tuvo la voz cantante en el proceso. Engels también alude al empleo de nuevas armas-fusiles, cañones por parte de la burguesía, lo que agregaría aún un nuevo ingrediente, no puramente económico en la pugna y ratificaría el lugar común de que, a dos violencias, siempre las más “moderna” es la que se sale con la suya (18). Descartando, con todo, estos matices, podría ser la conclusión general sobre este tema la de que cuando existen procesos económico-sociales en verdad incoercibles, irreversibles, estos se imponen a toda “violencia” y esta se muestra incapaz de detener el cambio inminente en las relaciones de producción. Digase, empero, que tales cambios no son siempre tan inminentes ni incoercibles ni unívocos, antes de la mundialización de un solo circuito económico existan siempre esas relaciones sociales de producción (existirán sí con posterioridad a la acción de la violencia) entre la comunidad sojuzgada y el grupo que la somete a sojuzgamiento.

Como ya a ese título se han recogido en otras partes de este desarrollo, vale la pena cerrar esta (y todo él) recordando las razonables reflexiones de Bottomore sobre las fuentes de poder de la “clase dominante” o “gobernante” (“ruling class”). Bottomore supone que la validez de la teoría marxista de ella depende de la validez general de toda la teoría. Si esa validez no es universal, podemos concebir el dominio originado en el factor militar o político (caso del “partido único”) tanto como de la posesión de los medios de producción. Dos evidencias parecen para Bottomore: 1º) que el dominio ha nacido en las masas de las sociedades de la adquisición del poder económico (“a contrario sensu” es también aseverar que no lo ha sido en todas); 2º) que la consolidación de una “clase gobernante” exige la concentración de varios tipos de poder - militar, político, económico- que (bien podemos agregar) tenderán casi incoerciblemente a reforzarse unos a otros (19).

Notas a Apendice F

- (1) V. par. 68
- (2) Ver Rene Dumont, op. cit.
- (3) XXIV, p. 39
- (4) Schumpeter: "Imperialismo, cit. págs. 165-166
- (5) Idem, pág. 179; XXVI, págs. 182 y 204
- (6) XXIX, págs. 43-44
- (7) Y no solo en el Uruguay donde "El Estado", en su versión francesa, fue por decadas lectura obligatoria en los cursos de sociología.
- (8) Francisco Ayala: "Oppenheimer", México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- (9) XXV, págs. 226-296
- (10) Mosca: XXIX, págs. 43-44; XXVI, p.156
- (11) XXVI, p. 139. Engels afirma explícitamente que la formación del Estado ateniense se cumplió sin que intervinieran violencias exteriores (idem, p. 143)
- (12) Schumpeter, op. cit. p. 180
- (13) XXV, págs. 267 y ss; 275 y ss. Engels completo (y complico) su demostración, subrayando el factor de invención popular en materia táctica (vgr. las filas flexibles de tiradores frente a la columna cerrada, en la guerra franco-prusiana de 1870) y vinculando la esclavitud al desarrollo de la industria algodonera inglesa (aunque sea solvente explicación de la violencia-o por lo menos de su prolongación).También avanzó dos predicciones que bien pueden jugarse modelos de error: la ruina de los Estados por obra de los

gustos de guerra y la destrucción de la sociedad burguesa por ministerio de las masas entrenadas a través del servicio militar obligatorio y universal (XXV, págs. 279-281 y 284)

- (14) XXV, p. 270
- (15) XXVIII, p.126
- (16) XXV, págs. 295-296
- (17) XXV, págs. 271-272
- (18) XXV, págs. 272-274
- (19) XXV, págs. 273-274

INDICE

Advertencia y clave	7
PARTE A - LA REALIDAD Y LA NORMA	13
Capítulo I: un tema candente	15
Párrafo 1: La importancia del problema	15
2: De la hipótesis a la prueba	16
3: Implicaciones ideológicas	21
Notas: al capítulo I	24
Capítulo II: El fenómeno de la desigualdad	27
Párrafo 4: Los pocos que deciden	27
Notas: al capítulo II	29
Capítulo III: Una contradicción: la realidad y el modelo democrático	31
Párrafo 5: El flagrante contraste	31
6: Tentativas de explicación	34
Notas: al capítulo III	38
Capítulo IV: Justificaciones de la contradicción	41
Párrafo 7: Aceptación de una realidad	41
8: Tendencias al liderazgo y la oligarquía	41
9: La democracia en nueva faz	42
Notas :al capítulo IV	48

PARTE B: TRAYECTORIA DE UN PROBLEMA.....	51
Capítulo V: Historia de un concepto	53
Párrafo 10: De Aristóteles a Rousseau	53
II: Los siglos XIX y XX	57
Notas: al capítulo V	60
Capítulo VI: Marx y el marxismo	63
Párrafo 12: Estado y clase dominante	63
Notas: al capítulo VI	72
Capítulo VII: Los neo-maquiavelistas	77
Párrafo 13: Unidad y diversidad de los maquiavelistas.....	77
14: Gaetano Mosca	78
15: Mosca y Pareto	84
16: Vilfredo Pareto	84
17: Roberto Michels.....	90
18: Los neo-maquiavelistas: aporte y crítica	95
Notas: al capítulo VII	98
Capítulo VIII: Marx y los neo-maquiavelistas	107
Párrafo 19: Semejanzas y diferencias	107
Notas: al capítulo VIII	111
Capítulo IX: Teorías estadounidenses :	
Mills y Hunter	115
Párrafo 20: Mills: las claves esenciales	115
21: Perspectiva histórica y proceso personal	120
22: Hunter: la ciudad regional.....	122
23: Un concepto controvertido	123
24: Parsons y Mills	129
25: Dificultades de verificabilidad	131
26: El tema de la coordinación	136
27: Una estructura alternativa	138

28: Mills y el poder.....	144
29: Ciencia y diatriba.....	146
30: Balance de una visión	147
Notas: al Capítulo IX	151

PARTE C: LOS VAIVENES DE UN DEBATE163

Capítulo X: Replicas a la teoría elitista	165
Párrafo 31: La actividad de los medios dirigidos	165
32: La desunión de los medios dirigentes	170
33: Poder Político y poder social	176
34: La exigencia de precisión	177
Notas: al Capítulo X.....	179

Capítulo XI: Las "elites del valor"	183
Párrafo 35: El valor, núcleo congregante	183
36: Mannheim y Lasswell	185
37: Aristocracia, privilegio y servicio	186
Notas: al Capítulo XI	193

Capítulo XII: Las elites funcionales	199
Párrafo 38: Una pluralidad de topes	199
Notas: al Capítulo XII.....	202

Capítulo XIII: las constelaciones de poder, realidad resistente	205
Párrafo 39: Dicotomía del poder y unidad del tope	205
40: Supremacía propietaria	207
41: Exageración de la apertura	207
42: Elasticidad de los límites	208
43: Influencia de la variable externa	208
44: El siglo XIX	209
45: Hispanoamérica, tierra de oligarquía	211
46: Gran Bretaña y el "Establishment"	219

Notas: al Capítulo XIII	226
PARTE D: HACIA LA CONCEPTUACION DEL SECTOR DIRIGENTE	
Capítulo XIV: Los factores de configuración	235
Párrafo 47: Enumeración de variables	235
Notas: al Capítulo XIV	246
Capítulo XV: Los tipos elitarios y criterios clasificatorios	249
Párrafo 48: Pluralidad de clasificaciones	249
Notas: al Capítulo XV	252
Capítulo XVI: Las elites sectoriales	255
Párrafo 49: Los dirigentes de cada tope	255
Notas: al Capítulo XVI	262
Capítulo XVII: Diversidad (y caos) terminológico	263
Párrafo 50: Categorías abstractas y peculiaridad	263
Notas: al Capítulo XVII	269
PARTE E: BALANCE DE UN DEBATE	
Capítulo XVIII: Conclusiones	275
Párrafo 51: Una estipulación provisoria	275
52: Las tres primeras evidencias: el hecho oligárquico, la pluralidad de roles, el compromiso	277
53: Predominio primario de la riqueza	279
54: ¿Complot o afinidades?	280
55: Razones de un poder	281
56: Modos de acción de la riqueza	284
57: Función, poder y riqueza	291
58: Una pluralidad enmascarante	295
59: Diversidad real de topes	299

60: Intelectuales, técnicos y burócratas	299
61: Militares y gerentes	302
62: Unidad y pluralidad armonizadas	305
63: La clase superior: límites y división	306
64: Indole gradual de lo histórico-concreto	309
65: Características del sector unificado	311
66: Modelos	312
67: Estado y elenco político: instrumentalidad o especificidad	317
68: Condiciones del Tercer Mundo	329
69: Incidencia de la acción externa	331
Notas al Capítulo XVII	334

APENDICES

Apéndice A: Dos versiones argentinas de la "clase dirigente"	349
Notas: al Apéndice A	353
Apéndice B: El sufragio universal, garantía democrática	355
Notas: al Apéndice B	365
Apéndice C: Marx y el "Estado-función"	367
Notas: al Apéndice C	370
Apéndice D: El marxismo y la entidad del Estado y sus gestores	373
Notas: al Apéndice D	381
Apéndice E: El sector dirigente y los países socialistas	385
Notas: al Apéndice E	399
Apéndice: F: La violencia y el poder social	403
Notas: al Apéndice F	410

Se terminó de imprimir en el
mes de agosto de 1989
en Imprenta Rosgal S.A.
Urquiza 3090
Teléfono 80 25 07

Depósito Legal 234656/89

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3200

El Centro de Estudios para la Democracia Uruguaya, CELADU, fue fundado en 1983 por Wilson Ferreira Aldunate y tiene como objetivo contribuir al diseño de un Proyecto Nacional que permita al Uruguay abandonar el estancamiento y el subdesarrollo que lo han afectado en las últimas décadas. Para ello ha llevado a cabo numerosas actividades en los campos de la economía —agropecuaria, industria, servicios, de las políticas sociales e institucionales, de la ciencia y tecnología— y promueve programas de descentralización, desarrollo regional y cultural. Precisamente en este campo tan diverso y sometido, el CELADU se propuso rescatar textos decisivos de grandes autores del pensamiento nacional e internacional, como los Escritos políticos de Carlos Real de Azúa.

